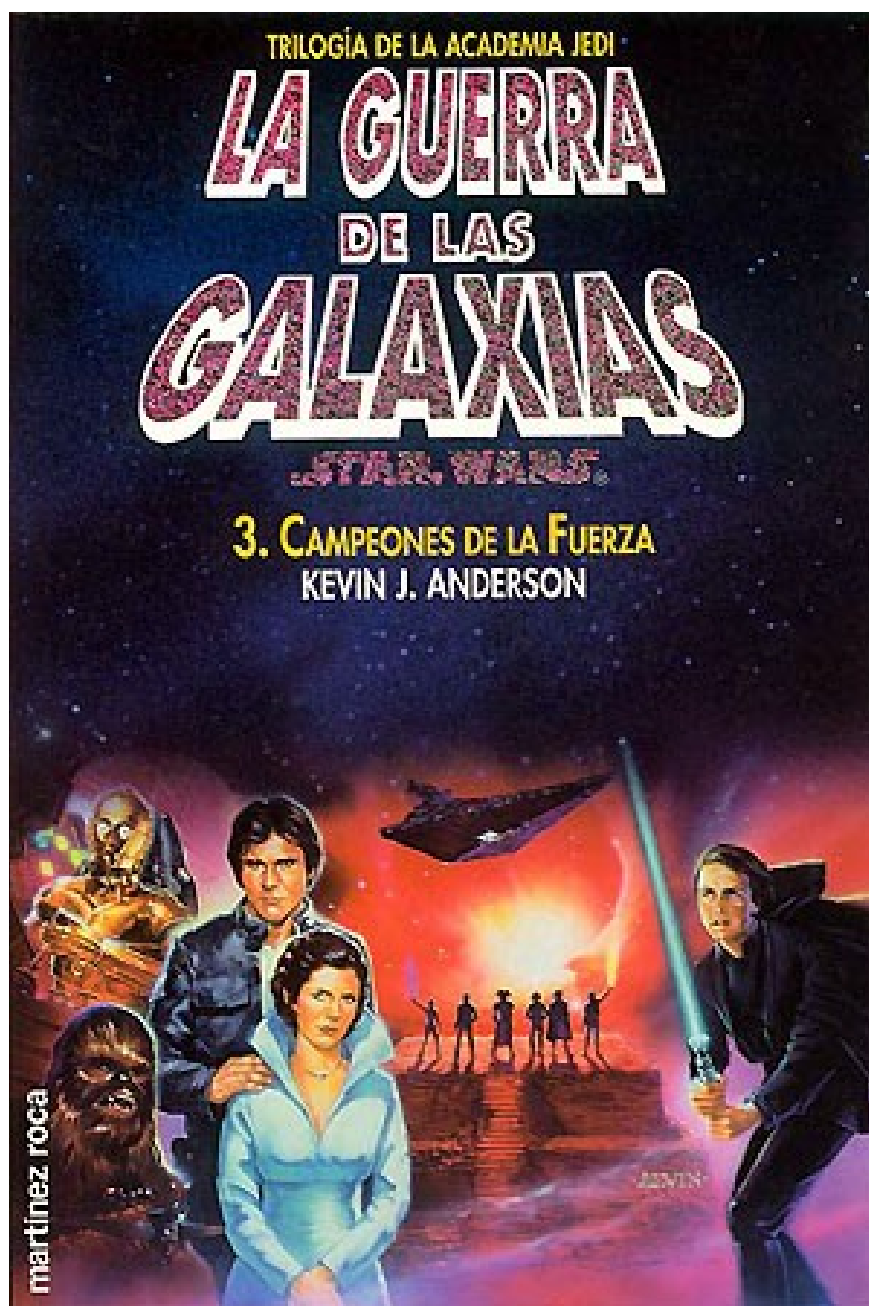


CAMPEONES DE LA FUERZA



1

El *Triturador de Soles* se sumergió en el sistema de Carida como el cuchillo de un asesino que se hunde en el corazón de una víctima desprevenida.

Kyp Durrón, envejecido mucho más de lo que correspondía a sus años, estaba encorvado encima de los controles con sus oscuros ojos ardiendo apasionadamente y toda la atención concentrada en su nuevo objetivo. Kyp se disponía a eliminar todas las amenazas que se cernían sobre la Nueva República mediante el poderío de la superarma y las poderosas técnicas que le había enseñado Exar Kun, su mentor espectral.

Pocos días antes había aniquilado a la almirante Daala y sus dos Destruidores Estelares en la Nebulosa del Caldero. Después había lanzado al espacio una de las cápsulas de mensaje en forma de ataúd con que contaba el *Triturador de Soles*, eyectándola cerca de la periferia de la explosión para que la galaxia pudiera saber a quién había que atribuir aquella victoria.

Como próximo objetivo, Kyp se disponía a desafiar al centro de adiestramiento militar imperial de Carida.

El planeta militar era un mundo de gran tamaño con una gravedad bastante elevada que servía para endurecer los músculos de los aspirantes a convertirse en soldados de las tropas de asalto. Sus masas terrestres no domesticadas por la civilización proporcionaban una amplia gama de entornos de entrenamiento: eriales árticos, junglas casi imposibles de atravesar, riscos y montañas muy escarpadas, y desiertos abrasadores por los que se arrastraban reptiles venenosos de muchas patas.

Carida parecía el reverso de Deyer, el acogedor y apacible mundo natal de Kyp, donde él y su familia habían vivido en colonias de balsas que flotaban sobre la tranquila superficie de los lagos terraformados. Deyer había sido un mundo lleno de paz, pero esa paz había quedado hecha añicos años antes cuando los padres de Kyp decidieron elevar su voz protestando contra la destrucción de Alderaan. Las tropas de asalto imperiales habían aplastado la colonia, desterrando a Kyp y sus padres a las minas de especia de Kessel mientras su hermano Zeth era reclutado a la fuerza y enviado al centro de adiestramiento imperial.

Cuando se puso en órbita alrededor del planeta militar, el rostro de Kyp mostraba la expresión tensa y endurecida de una persona que ha atravesado las llamas devastadoras de su propia conciencia. Sus ojos estaban ribeteados de sombras. No esperaba encontrar con vida a su hermano después de tantos años, pero estaba decidido a averiguar la verdad.

Y si Zeth no estaba allí, Kyp contaba con el poder suficiente para destruir todo el sistema solar de Carida.

Una semana antes Kyp había dado por muerto a Luke Skywalker, y lo había dejado yaciendo en la cima del Gran Templo de Yavin 4. Había robado los parámetros de diseño del *Triturador de Soles* de la mente de su ingenua creadora, la doctora Qwi Xux. Después había hecho estallar cinco estrellas para incinerar a la almirante Daala y sus dos Destruidores Estelares. Daala había intentado huir de la explosión de las estrellas en el último momento,

pero no le había servido de nada. La onda expansiva había sido lo suficientemente poderosa como para opacar todos los visores del *Triturador de Soles* un segundo antes de que el frente de fuego alcanzara al navío insignia de Daala, el *Gorgona*.

La obsesión de Kyp se había ido volviendo más y más irresistible después de aquella impresionante victoria, y había lanzado al *Triturador de Soles* en un vector directo hiperespacial, avanzando a velocidad máxima con el objetivo final de aniquilar al Imperio.

La red defensiva de Carida detectó la presencia del *Triturador de Soles* apenas Kyp hubo entrado en órbita alrededor del planeta. Kyp decidió transmitir su ultimátum antes de que las fuerzas imperiales intentaran alguna estupidez, y empezó a emitir en una amplia gama de frecuencias.

—Academia militar de Carida, aquí el piloto del *Triturador de Soles* —dijo, tratando de conseguir que su voz sonara lo más grave posible. Kyp rebuscó en su mente intentando recordar el nombre del embajador que había causado un incidente diplomático en Coruscant al arrojar el contenido de su copa al rostro de Mon Mothma—. Deseo hablar con..., con el embajador Furgan para discutir los términos de su rendición.

El planeta no respondió. Kyp permaneció inmóvil con la mirada clavada en el sistema de comunicaciones, esperando que algún sonido brotara de la rejilla.

Sus consolas de alarma parpadearon cuando los caridanos intentaron centrar un rayo tractor en el *Triturador de Soles*, pero Kyp manipuló los controles con una velocidad aumentada por el entrenamiento Jedi e hizo que su órbita oscilase de una manera tan imprevisible que nunca podrían obtener una conexión positiva.

—No he venido aquí para perder el tiempo con jueguecitos, Carida. —La mano de Kyp se tensó hasta convertirse en un puño que descargó sobre la unidad de comunicaciones—. Si no responden dentro de los quince minutos siguientes, dispararé un torpedo contra el corazón de su sol. Creo que están familiarizados con las potencialidades de esta arma. ¿Me han entendido?

Kyp empezó a contar en voz alta.

—Uno... Dos... Tres... Cuatro...

Llegó a once antes de que una voz seca y cortante surgiera repentinamente del sistema de comunicaciones.

—Estamos transmitiendo un conjunto de coordenadas de descenso, intruso. Sígala con toda exactitud o será destruido. Transfiera el control de su nave a las tropas de asalto inmediatamente después de haber descendido.

—No parece comprender lo qué está ocurriendo aquí —replicó Kyp sin tomarse la molestia de reprimir la risa—. O me deja hablar con el embajador Furgan ahora mismo, o todo su sistema planetario se convertirá en la mancha luminosa más nueva de la galaxia... Ya he hecho estallar una nebulosa para acabar con un par de cruceros de combate imperiales. ¿Cree que no soy capaz de destruir una simple estrella para acabar con un planeta lleno de soldados de las tropas de asalto? Busque al embajador Furgan, y proporcióneme un contacto visual.

El panel holográfico empezó a parpadear, y el rostro achatado de Furgan apareció en el mientras su mano apartaba al oficial de comunicaciones. Kyp reconoció al embajador por sus frondosas cejas y sus gruesos labios purpúreos.

–¿Por qué ha venido aquí, rebelde? –preguntó Furgan—. No está en situación de exigir nada.

Kyp alzó los ojos hacia el techo de la cabina y sintió que estaba empezando a perder la paciencia.

–Escúcheme con mucha atención. Furgan: quiero averiguar qué ha sido de mi hermano Zeth –dijo—. Mi hermano fue reclutado a la fuerza en el planeta Deyer hace diez años, y después fue traído aquí. Discutiremos los términos de la rendición en cuanto yo haya obtenido esa información.

Furgan le miró fijamente y frunció el ceño uniendo sus espesas e hirsutas cejas.

–El Imperio no negocia con terroristas.

–No le queda otra elección.

Furgan se removió nerviosamente y acabó rindiéndose.

–Necesitaré algún tiempo para acceder a una información tan antigua –dijo—. Mantenga su posición orbital actual, y ya nos pondremos en contacto con usted.

–Dispone de una hora –dijo Kyp, y cortó la transmisión.

El embajador Furgan bajó la vista hacia su oficial de comunicaciones en la ciudadela principal del centro de adiestramiento militar imperial de Carida mientras fruncía sus gruesos labios del color de un morado reciente.

–Compruebe si ese chico ha dicho la verdad, teniente Dauren –ordenó—. Quiero saber qué es capaz de hacer esa arma.

Un capitán de las tropas de asalto entró en la sala moviéndose con un paso tan marcial y exacto que Furgan sintió cómo escalofríos de admiración subían y bajaban a lo largo de su columna vertebral.

–Informe –dijo mirando al capitán.

El altavoz del casco amplificó la voz del capitán de las tropas de asalto.

–El coronel Ardax anuncia que su fuerza de ataque está preparada para partir con rumbo hacia el planeta Anoth –dijo—. Hemos cargado ocho vehículos MT–AT en el destructor *Venganza* junto con una dotación completa de tropas y armamento.

Los dedos de Furgan tablearon sobre el reluciente metal de la consola que tenía delante.

–A primera vista ese contingente puede parecer una exhibición de poder ridículamente excesiva para secuestrar a un bebé e imponerse a su única cuidadora, una mujer..., pero estamos hablando de un bebé Jedi, y no voy a cometer el error de subestimar las defensas que los rebeldes puedan haber instalado allí. Dígale al coronel Ardax que prepare a su fuerza de ataque para la partida inmediata. Antes he de resolver un pequeño problema que acaba de surgir..., y después podremos ir a buscar un sustituto joven y maleable para el Emperador.

El capitán de las tropas de asalto saludó, giró sobre el tacón de una bota impecablemente lustrada y salió de la sala.

–Nuestra red de espionaje nos ha informado de que los rebeldes cuentan con un arma imperial robada llamada *Triturador de Soles* que se supone puede provocar la explosión de una estrella, embajador –dijo el oficial de comunicaciones mientras examinaba las lecturas de sus

paneles—. Y hace menos de una semana hubo una misteriosa explosión múltiple de supernovas en la Nebulosa del Caldero..., tal como ha afirmado el intruso.

Furgan sintió que un escalofrío de excitación recorría todo su cuerpo al ver confirmadas sus sospechas. ¡Si lograba adueñarse del *Triturador de Soles* y del bebé Jedi, entonces tendría a su disposición un poder muy superior al de cualquier de los señores de la guerra que se enfrentaban continuamente en los Sistemas del Núcleo! Carida quizá llegaría a convertirse en el centro de un nuevo y floreciente Imperio..., en el que Furgan podría controlarlo todo en calidad de regente.

—Lanzaremos un ataque a gran escala para dejar inutilizada su nave mientras el piloto del *Triturador de Soles* está distraído esperando recibir noticias de su hermano —dijo—. No podemos permitir que una oportunidad semejante se nos escurra entre los dedos.

Kyp permanecía con la mirada fija en el cronómetro del *Triturador de Soles*, y se iba irritando un poco más ante el transcurrir de cada nuevo intervalo de tiempo indicado por su tictac. Si no fuese porque todavía no había perdido toda esperanza de averiguar qué había sido de Zeth, Kyp ya habría lanzado uno de los cuatro torpedos de resonancia que le quedaban hacia el sol de Carida, y se habría alejado después a toda velocidad para ver cómo el sistema estallaba, difundiendo el calor abrasador y la blanca luz cegadora que acompañarían a su conversión en supernova.

La imagen del oficial de comunicaciones de Carida apareció ante el con un estallido de estática.

—Carida al piloto del *Triturador de Soles* —dijo con expresión un tanto contrita, pero con voz firme y segura de sí misma—. ¿Es usted Kyp Durrón, hermano de Zeth, que fue reclutado en la colonia del planeta Deyer?

El oficial habló despacio y sin apresurarse, articulando cada palabra con innecesaria precisión.

—Ya les he dado esa información —replicó Kyp—. ¿Qué han averiguado?

La imagen del oficial de comunicaciones pareció desenfocarse levemente.

—Lamentamos informarle de que su hermano no sobrevivió a la fase inicial del adiestramiento militar. Nuestros ejercicios son muy rigurosos, y han sido concebidos para eliminar a todos los aspirantes salvo a los mejores.

Kyp sintió un rugido tan ensordecedor como el de un río desbordado retumbando en sus oídos. Había esperado la noticia, pero escuchar la confirmación de sus peores temores hizo que la desesperación se adueñara de él.

—¿Cuáles...? ¿Cuáles fueron las circunstancias de su muerte? —logró preguntar.

—Un momento —dijo el oficial de comunicaciones. Kyp esperó y esperó—. él y su equipo se vieron sorprendidos por una repentina tempestad de nieve durante un recorrido de supervivencia en una zona montañosa. Parece ser que murió congelado. Existen algunas indicaciones de que se sacrificó heroicamente para que otros miembros de su equipo pudieran sobrevivir. Tengo todos los detalles en un fichero, y si lo desea puedo transmitírselo.

—Sí, envíeme todos los datos que tenga —dijo Kyp con la boca reseca.

Un recuerdo de su hermano surgió bruscamente en su memoria —dos chicos que lanzaban al agua botecillos hechos con juncos y contemplaban cómo se iban alejando a la deriva hacia las ciénagas—, y se confundió de repente con la expresión que había visto en el

rostro de Zeth cuando los soldados de las tropas de asalto irrumpieron en su casa y se lo llevaron a rastras.

—La transmisión exigirá unos momentos —dijo el oficial de comunicaciones.

Kyp contempló cómo los datos iban desfilando por sus pantallas. Pensó en Exar Kun, el antiguo Señor del Sith que le había revelado la existencia de muchas cosas que el Maestro Skywalker se negaba a enseñar. La noticia de la inevitable muerte de Zeth había cortado las últimas y ya muy debilitadas fibras de prudencia y control de sí mismo que seguían reteniendo a Kyp. A partir de entonces, ya nada podría detenerle.

No tendría ninguna compasión de Carida, el planeta asesino. Kyp arrancarían aquel espino imperial clavado en el costado de la Nueva República, y después se dedicaría a acabar con los grandes señores de la guerra imperiales que estaban reuniendo sus fuerzas cerca del núcleo de la galaxia.

Esperó a que los archivos del expediente de Zeth acabaran de quedar grabados en la memoria del *Triturador de Soles*. Necesitaría mucho tiempo para asimilar todas aquellas palabras y para imaginar hasta el último detalle de la vida de su hermano, aquella vida que habrían debido compartir...

Y de repente un grupo de cuarenta cazas TIE en formación de combate emergió del delgado velo de la atmósfera de un punto de la curvatura planetaria y avanzó rugiendo hacia él. Veinte cazas más surgieron del extremo opuesto del horizonte en una maniobra de pinzas. ¡La transmisión del expediente de Zeth no había sido más que un truco para ganar tiempo y mantenerle distraído mientras los caridanos lanzaban un ataque contra él!

Kyp no sabía si debía sentir diversión o irritación. Una hosca sonrisa aleteó en sus labios durante un momento y se esfumó enseguida.

Los cazas TIE llegaron a toda velocidad, disparando un diluvio de rayos verdosos que pretendía ser una devastadora andanada láser. Kyp oyó los golpes ahogados de los haces de energía al chocar con el casco del *Triturador de Soles*, pero su armadura cuántica especial era capaz de soportar incluso el impacto directo de la batería turboláser de un Destructor Estelar.

Un piloto se puso en contacto con Kyp.

—Le tenemos rodeado —dijo—. No puede escapar.

—Lo siento mucho, pero se me han acabado las banderas blancas —replicó Kyp.

Después utilizó sus sensores para seguir el rastro de la transmisión y averiguar de qué caza TIE había procedido el mensaje. Centró las miras de sus cañones láser defensivos y lanzó una ráfaga que dio de lleno en el panel solar de la nave. El caza TIE estalló convirtiéndose en una flor de llamas blancas y anaranjadas.

Los otros cazas replicaron al ataque. Kyp volvió a centrar las miras de sus cañones defensivos y seleccionó cinco víctimas. Logró acertar a tres.

Después utilizó la extremada movilidad del *Triturador de Soles* para salir disparado hacia arriba, elevándose una fracción de segundo antes de que los cazas TIE supervivientes devolvieran el fuego a través de las explosiones en rápida expansión de su primera ronda de víctimas. Kyp dejó escapar una carcajada al ver cómo dos cazas se aniquilaban el uno al otro en el fuego cruzado.

El muro de ira se fue haciendo cada vez más sólido y alto en su interior, y aumentó todavía más sus reservas de poder. Los caridanos habían recibido muchas más advertencias de las que se merecían.

Kyp había emitido su ultimátum, y Furgan había enviado naves de ataque contra él.

—Éste ha sido vuestro último error —dijo.

Los cazas TIE siguieron disparando, fallando con mucha más frecuencia de la que acertaban. Los haces láser rebotaban en el blindaje del *Triturador de Soles* sin causar ningún daño. Los pilotos no parecían saber cómo centrar sus miras y disparar adecuadamente. Probablemente se habían pasado todo el tiempo practicando en cámaras de simulación sin haber librado ni una sola batalla espacial de verdad. Kyp confiaba en la Fuerza, no en las simulaciones de combate.

Devolvió el fuego aniquilando otra nave, pero acabó decidiendo que continuar el combate sólo sería un desperdicio de su tiempo. Tenía un objetivo mucho mayor del que ocuparse. Dos interceptores TIE empezaron a perseguirle a toda velocidad cuando salió de la órbita planetaria, y Kyp fijó un curso que llevaría el *Triturador de Soles* hasta la estrella que brillaba en el corazón del sistema.

El único daño que podían llegar a causar al *Triturador de Soles* sería la destrucción de sus diminutas torretas láser. Las fuerzas de Daala habían conseguido dejar inutilizado el armamento exterior del *Triturador de Soles* en el pasado, pero los ingenieros de la Nueva República lo habían reparado.

Otro caza TIE alcanzado despidió chorros de atmósfera congelada al estallar. Kyp atravesó la nube de restos con la velocidad del rayo y siguió avanzando hacia el sol. Los cazas imperiales sobrevivientes empezaron a perseguirle sin dejar de disparar ni un instante. Kyp no les prestó ninguna atención.

Su mente repasaba una y otra vez las imágenes de Zeth, y se imaginaba a su hermano helándose poco a poco, agonizando sin ninguna esperanza de sobrevivir en un ejercicio de adiestramiento de un ejército al que nunca había querido unirse. La única forma de cauterizar aquel recuerdo que Kyp tenía a su alcance era limpiar todo el planeta con el fuego, un fuego que sólo el *Triturador de Soles* podía crear.

Conectó los sistemas de disparo de sus torpedos de resonancia. El proyectil de alta energía sería expulsado mediante una descarga plasmática de forma oval emitida por el generador toroidal instalado en el extremo del *Triturador de Soles*.

La vez anterior Kyp había disparado los torpedos contra estrellas supergigantes dentro de una nebulosa. El sol de Carida era una estrella amarilla que no tenía nada de particular, pero aun así el *Triturador de Soles* provocaría una reacción en cadena dentro de su núcleo.

Kyp siguió avanzando hacia la bola llameante de fuego amarillo y las protuberancias parpadeantes que brotaban de la cromosfera de la estrella. Células de convección en perpetuo hervor impulsaban nudos de gases calientes hacia la superficie, donde se enfriaban y volvían a hundirse lentamente en los torbellinos de las profundidades. Los puntos oscuros de las manchas solares destacaban como granos sobre el resplandor de la estrella, y Kyp escogió uno y empezó a guiarse por el como si fuera el centro de una diana.

Armó el torpedo de resonancia y dedicó un momento a mirar hacia atrás. Los cazas TIE que habían estado persiguiendo al *Triturador de Soles* ya se habían dispersado, no atreviéndose a llegar tan cerca del sol.

Los sistemas de advertencia empezaron a parpadear delante de Kyp, pero no les hizo ningún caso. Pulsó los botones de disparo en cuanto la luz verde del sistema de control empezó a parpadear y envió un elipsoide verde azulado hacia el sol de Carida con un siseo chisporroteante de plasma. Los mecanismos de puntería encontrarían el núcleo y provocarían una inestabilidad irreversible.

Kyp se reclinó en el cómodo asiento de pilotaje y dejó escapar un suspiro de alivio y decisión. Había rebasado el punto de no retorno, y ya no podía volverse atrás.

Saber que la destrucción de la academia militar ya sólo era cuestión de tiempo tendría que haber hecho que se sintiera satisfecho y lleno de júbilo, pero ese conocimiento no podía disipar la pena que sentía por la pérdida de su hermano.

Las alarmas aullaban en la ciudadela del centro de adiestramiento militar. Los soldados de las tropas de asalto corrían por las salas enlosadas, ocupando posiciones de emergencia en puntos estratégicos tal como se les había enseñado a hacer; pero resultaba obvio que en realidad no tenían muy claro cómo debían reaccionar.

El rostro del embajador Furgan mostraba una expresión de estupor tan grande que resultaba casi cómica. Sus ojos saltones sobresalían de las órbitas como si pudieran salir disparadas de ellas en cualquier momento, y sus labios temblaron y chocaron entre sí mientras intentaba encontrar las palabras.

—Pero ¿cómo es posible que todos nuestros cazas TIE hayan fallado? —logró preguntar por fin.

—No han fallado, señor —dijo Dauren, el oficial de comunicaciones—. El *Triturador de Soles* parece poseer un blindaje impenetrable y muy superior a cualquier otro con el que nos hayamos encontrado hasta el momento.

—Kyp Durrón ha llegado a nuestro sol. Las lecturas no son totalmente fiables debido a las descargas de la corona solar, pero al parecer acaba de lanzar alguna clase de proyectil de alta energía. —El oficial de comunicaciones tragó saliva—. Creo que sabemos lo que eso significa, señor.

—Suponiendo que el peligro sea real... —dijo Furgan.

—Debemos suponer que el peligro es real, señor. —Dauren estaba intentando controlar su creciente nerviosismo—. La Nueva República se mostró claramente preocupada en cuanto comprendió lo que significaba la posesión de un arma semejante. Las estrellas de la Nebulosa del Caldero estallaron.

La voz de Kyp Durrón brotó repentinamente de los intercomunicadores.

—Les advertí, Carida..., pero escogieron tratar de tenderme una trampa en vez de hacerme caso. Ahora acepten el destino que ustedes mismos han desencadenado. Según mis cálculos, harán falta dos horas para que el núcleo de su sol llegue a una configuración crítica. —Kyp hizo una breve pausa—. Disponen de ese período de tiempo para evacuar su planeta.

Furgan golpeó la mesa con un puño.

—¿Qué vamos a hacer, señor? —preguntó Dauren—. ¿Organizo la evacuación?

Furgan se inclinó sobre el panel para mover un interruptor y abrir un canal de comunicación con un hangar situado en los niveles inferiores de la ciudadela.

—Reúna inmediatamente a sus fuerzas, coronel Ardax —ordenó—. Haga que suban al destructor *Venganza*. Lanzaremos a la fuerza de ataque contra Anoth antes de una hora, y yo la acompañaré.

—Sí, señor —contestó el coronel desde el hangar.

Furgan se volvió hacia el oficial de comunicaciones.

—¿Está totalmente seguro de que el hermano de ese chico murió? ¿No hay nada que podamos utilizar para presionarle?

Dauren parpadeó.

—No sé, señor... Me dijo que ganara tiempo entreteniéndole, así que me inventé una historia y le transmití un expediente falso. ¿Quiere que examine los archivos?

—¡Pues claro que quiero que lo haga! —gritó Furgan—. Si podemos utilizar al hermano como rehén, quizá podamos obligar a ese chico a que neutralice los efectos del *Triturador de Soles*.

—Me ocuparé de ello inmediatamente, señor —dijo Dauren, y las yemas de sus dedos empezaron a revolotear sobre los teclados.

Seis de los oficiales superiores de adiestramiento de Furgan entraron en el centro de control convocados por el gemido estridente de las alarmas y saludaron rígidamente. Furgan, bastante más bajo que ellos, juntó las manos a la espalda y abombó el pecho mientras se dirigía a los responsables de adiestrar a las tropas de asalto.

—Hagan un inventario de todas las naves en condiciones de funcionar que hay en Carida —dijo—. Tenemos que transferir los núcleos de datos de nuestros ordenadores y llevarnos el máximo de personal posible. Dudo que seamos capaces de evacuar a todo el mundo, así que se llevará a cabo una selección basándose en el rango.

—¿Vamos a abandonar Carida sin luchar? —preguntó un general.

—¡El sol va a estallar, general! —aulló Furgan—. ¿Cómo se propone luchar contra eso?

—¿Una evacuación basada en el rango? —murmuró Dauren con un hilo de voz alzando la mirada de su panel—. Pero yo sólo soy teniente, señor...

Furgan contempló con el ceño fruncido al oficial de comunicaciones encorvado sobre sus paneles de control.

—¡Entonces eso le dará un incentivo todavía más grande en su labor de encontrar al hermano de ese chico y obligarle a que desactive ese torpedo!

Kyp mantenía la mirada clavada en los visores semipolarizados, y estaba observando cómo los cazas TIE supervivientes volvían a Carida. Sonrió con satisfacción. Contemplar la aterrorizada agitación de los caridanos mientras intentaban huir llevándose consigo todos los objetos de valor de un planeta entero resultaría muy divertido.

Durante los veinte minutos siguientes Kyp vio cómo la ciudadela principal de adiestramiento expulsaba un chorro continuo de naves: había cazas de pequeñas dimensiones, enormes transportes de personal, barcasas espaciales del modelo Trabajadoras de las Estrellas, e incluso un destructor de aspecto temible y mortífero.

Kyp empezó a irritarse consigo mismo por estar permitiendo que los imperiales se llevaran una cantidad de armamento tan grande.

Estaba seguro de que acabaría siendo utilizado contra la Nueva República, pero de momento disfrutaría destruyendo el sistema solar.

—No podéis escapar —murmuró—. Algunos quizá consigan huir, pero no podréis escapar todos.

Echó un vistazo a su cronómetro. Las inestabilidades ya habían empezado a palpar en la estrella, y eso significaba que por fin podía obtener una estimación más precisa del tiempo que debería transcurrir hasta que el sol estallara. Los caridanos disponían de veintisiete minutos antes de que la primera onda expansiva alcanzara el planeta.

El chorro de naves ya casi se había esfumado, y sólo se veían unos cuantos aparatos antiguos y en bastante mal estado que intentaban salir del pozo gravitatorio. Carida no parecía estar muy bien provista en lo tocante a naves, y Kyp supuso que la mayor parte de sus navíos de primera categoría debían de haber sido requisados por el Gran Almirante Thrawn o por algún otro señor de la guerra imperial.

El panel holográfico parpadeó de repente y la imagen del oficial de comunicaciones apareció en él.

—¡Piloto del *Triturador de Soles*! Aquí el teniente Dauren llamando a Kyp Durrón... ¡Es una emergencia, un mensaje urgente!

A Kyp no le costaba nada imaginarse que cualquier persona que aún siguiera en Carida debía de tener mensajes muy urgentes que transmitirle, y se tomó su tiempo antes de responder porque quería ver sufrir al oficial de comunicaciones.

—Sí, aquí Kyp Durrón —dijo por fin—. ¿De qué se trata? —Hemos encontrado a su hermano Zeth, Kyp Durrón.

Kyp sintió como si alguien acabara de atravesarle el corazón con una espada de luz.

—¿Qué? ¡Pero si me dijo que había muerto!

—Hicimos una comprobación a fondo de nuestros archivos y acabamos logrando localizarle. Está destacado en la ciudadela, ¡y no ha conseguido encontrar un medio de transporte para salir de Carida! He ordenado que venga a mi central de comunicaciones, y estará aquí dentro de un momento.

—¡Pero eso es imposible! —gritó Kyp—. Me dijo que había muerto durante la fase de adiestramiento... Tengo los ficheros que me transmitió.

—Se trataba de información falsificada —replicó secamente el teniente Dauren.

Kyp cerró los ojos un instante antes de que las lágrimas los abrasaran nublándole la vista. Saber que Zeth estaba vivo hizo que sintiera una alegría abrumadora, y el comprender que había cometido el peor error posible —creer en lo que le habían dicho los imperiales— hizo que la alegría quedara empañada por la ira.

Lanzó una rápida mirada al cronómetro. Faltaban veintiún minutos para la explosión. Kyp empuñó los controles del *Triturador de Soles* e invirtió el curso, volviendo al planeta con la velocidad de un rayo láser. Dudaba que tuviera el tiempo suficiente para rescatar a su hermano, pero tenía que intentarlo.

Clavó la mirada en el cronómetro que iba mostrando el transcurrir de los segundos. Le ardían los ojos, y sentía una dolorosa punzada cada vez que veía cambiar los números.

Necesitó cinco minutos para llegar a Carida. Orbitó el planeta trazando un apretado arco sobre él, atravesó la línea que separaba la noche del día y se dirigió hacia la pequeña aglomeración de fortalezas y edificios que formaba el centro de adiestramiento imperial.

El teniente Dauren volvió a aparecer en el pequeño campo holográfico. Su mano se movió a un lado y tiró de algo invisible hasta hacer aparecer un soldado vestido con el uniforme blanco de las tropas de asalto dentro de los límites de la imagen.

—¡Kyp Durrón! Responda, por favor...

—Estoy aquí —dijo Kyp—. Voy a recogerles.

El oficial de comunicaciones se volvió hacia el soldado.

—Quítese el casco, número veintiuno doce.

El soldado se quitó el casco con movimientos lentos y vacilantes, como si llevara mucho tiempo sin hacerlo. Después permaneció inmóvil, parpadeando bajo la luz no filtrada por sus visores como si casi nunca tuviera ocasión de contemplar el mundo a través de sus ojos. Kyp vio una imagen desgarradora que le recordó el rostro que veía cuando se contemplaba en una placa de reflexión.

—Diga su nombre —ordenó Dauren.

El soldado volvió a parpadear, visiblemente confuso. Kyp se preguntó si estaría drogado.

—Veintiuno doce —dijo.

—Su número de servicio no, ¡su nombre!

El joven guardó silencio durante unos momentos interminables, como si estuviera buscando a tientas entre un montón de recuerdos oxidados e inservibles, hasta que acabó encontrando una palabra que sonó más como una pregunta que como una respuesta.

—¿Zeth? Zeth Dur... Durrón.

Pero Kyp no necesitaba oírle pronunciar su nombre. No había olvidado al muchacho nervudo y moreno que nadaba en los lagos de Deyer y que era capaz de atrapar peces con una pequeña red manual.

—Ya voy, Zeth —murmuró.

El oficial de comunicaciones movió las manos.

—No podrá llegar a tiempo —dijo—. Debe detener la acción del torpedo del *Triturador de Soles*. Invierta la reacción en cadena... Es nuestra única esperanza.

—¡No puedo detenerla! —respondió Kyp—. Nada puede detenerla.

—¡Si no lo hace moriremos todos! —gritó Dauren.

—Pues entonces morirán —dijo Kyp—. Es lo que se merecen. Morirán todos... salvo Zeth. Voy a sacarle de Carida.

Kyp atravesó las capas superiores de la atmósfera de Carida con un rugido atronador. El aire recalentado se deslizaba por los costados de la superarma, y el frente de choque iba empujando un escudo por delante de él. Los estallidos sónicos ondulaban en la estela dejada por el *Triturador de Soles*.

La superficie del planeta se iba aproximando a una velocidad aterradora. Kyp sobrevoló un erial resquebrajado y desnudo lleno de rocas rojizas y cañones agrietados. Cuando volvió la mirada hacia las planicies del desierto vio formas geométricas y las pautas de los caminos trazados con implacable exactitud por el cuerpo imperial de ingenieros.

El *Triturador de Soles* pasó como un meteoro por encima de una agrupación de bunkers y barracones metálicos. Grupos de soldados de las tropas de asalto iban y venían de un lado a otro, llevando a cabo sus maniobras de adiestramiento sin saber que su sol estaba a punto de estallar.

El cronómetro estaba indicando que faltaban siete minutos para la explosión.

Kyp solicitó una pantalla de puntería al ordenador y localizó la ciudadela principal. El aire tiraba de su nave abofeteándola con potentes ráfagas de viento, pero Kyp no les prestaba atención. Las llamas de la atmósfera en ignición salían despedidas de la armadura cuántica con un chisporroteo.

—Déme su situación exacta —dijo Kyp.

El oficial de comunicaciones había empezado a sollozar.

—¡Sé que está en el edificio principal de la ciudadela! —gritó Kyp—. ¿Dónde se encuentra exactamente?

—En los niveles superiores de la torreta sur —respondió Zeth, obedeciendo con la rígida exactitud militar que se le había inculcado durante su adiestramiento.

Kyp ya podía ver las torres y pináculos de la academia militar sobresaliendo de una meseta llena de edificios y estructuras más bajas. Los sensores de la nave proyectaron una imagen aumentada de la ciudadela y centraron la mira en la torreta que Zeth había mencionado.

Faltaban cinco minutos para la explosión.

—Prepárate, Zeth... Ya casi he llegado.

—¡Para rescatarnos a los dos! —gritó Dauren.

Kyp sintió una dolorosa punzada de irritación. Quería dejar abandonado a su destino al oficial de comunicaciones que le había mentido, hundiéndole en la desesperación y obligándole a tomar la decisión de destruir Carida. Quería cruzarse de brazos y permitir que el teniente muriese incinerado por un chorro de llamas solares..., pero de momento aquel hombre podía ayudarle.

—Vayan a una zona despejada. Estaré allí en menos de un minuto... No podrán llegar al techo a tiempo, así que voy a abrir un agujero en él.

Dauren asintió.

—¿Kyp? —murmuró Zeth, logrando salir de su confusión al fin—. ¿Mi hermano? Kyp, ¿eres tú?

El *Triturador de Soles* aulló sobre los minaretes y torreones de la ciudadela caridana. Un muro de dimensiones ciclópeas rodeaba toda la fortaleza. Centenares de refugiados de bajo rango se apelotonaban en el patio y se metían en diminutos aerodeslizadores que emprendían el vuelo hacia los cielos, aunque carecían de capacidad hiperimpulsora y nunca podrían escapar de la furia de la supernova.

Kyp redujo bruscamente la velocidad hasta que el *Triturador de Soles* quedó inmóvil flotando encima de la fortaleza..., y de repente el casco de la pequeña nave se bamboleó de un lado a otro cuando los cañones láser automáticos del perímetro hicieron fuego después de haberlo centrado en sus puntos de mira.

—¡Desconecte sus defensas! —le gritó al oficial de comunicaciones.

Kyp desperdició unos instantes apuntando sus torretas defensivas y disparándolas contra los cañones láser del perímetro. Dos de los emplazamientos de armas estallaron desprendiendo nubes de humo, pero el tercero, que alojaba un cañón desintegrador, consiguió un impacto directo en el *Triturador de Soles*.

La superarma giró locamente sobre sí misma, y salió despedida hacia un lado en una trayectoria totalmente incontrolada hasta que acabó estrellándose contra una torreta. Kyp logró recuperar el control y fue elevando el vehículo. No tenía tiempo para dar rienda suelta a su ira. No tenía tiempo para hacer nada..., salvo llegar a la torre.

Kyp vio cómo el cronómetro pasaba de los cuatro minutos a los tres.

—¡Pónganse a cubierto! —gritó—. Voy a volar el techo.

Apuntó una de sus armas y disparó.... pero sólo consiguió ver aparecer un mensaje de ERROR en el panel de control. La torreta láser había quedado averiada por su colisión con la torre. Kyp lanzó una maldición e hizo girar la nave hasta que pudo apuntar otro láser.

Una breve ráfaga de intensidad controlada bastó para que el techo de la torre empezara a derretirse y se doblara hacia el interior. Trozos de roca sintética y vigas metálicas de refuerzo volaron por los aires. Kyp conectó su rayo tractor para apartar los escombros antes de que pudieran caer sobre los niveles inferiores.

Después colocó el *Triturador de Soles* encima del cráter humeante en que se había convertido el techo. Dirigió sus sensores hacia abajo y vio dos siluetas apareciendo de debajo de los escritorios que habían utilizado como refugio.

Dos minutos.

Kyp siguió flotando sobre ellas. Si hacía descender la nave, podrían llegar hasta la escalerilla que llevaba a la compuerta y ponerse a salvo dentro del *Triturador de Soles*. Kyp ya había programado una ruta de huida.

Kyp inició el descenso..., y el teniente Dauren se incorporó de repente y golpeó a Zeth en la nuca con un trozo de plásticero. Zeth cayó de rodillas, meneando la cabeza y desenfundando su desintegrador en un acto reflejo. El oficial de comunicaciones corrió hacia la escalerilla del *Triturador de Soles*, pero Kyp, enfurecido por lo que acababa de hacer, elevó la nave alejando la escalerilla de las manos del teniente imperial.

El oficial de comunicaciones agitó los brazos y saltó hacia arriba intentando llegar a la escalerilla, pero no lo consiguió. Sus manos chocaron con el casco. La armadura cuántica aún humeaba debido a la veloz travesía de la atmósfera que había llevado a cabo Kyp, y Dauren gritó cuando el metal recalentado le quemó las manos.

Dauren cayó al suelo y se volvió justo a tiempo de ver cómo Zeth le apuntaba con su desintegrador. Zeth apuntó con toda la precisión que se esperaba de un soldado bien adiestrado y disparó. El oficial de comunicaciones salió despedido hacia atrás con el pecho convertido en un agujero negro y se derrumbó entre los cascotes.

Un minuto.

Kyp maniobró el *Triturador de Soles* hasta volver a colocarlo en la posición adecuada y bajó la escalerilla, pero Zeth había caído de rodillas. La sangre chorreaba por su nuca y manchaba la blancura del uniforme de las tropas de asalto. Zeth no podía moverse. La herida que le había infligido el oficial de comunicaciones era demasiado grave.

Kyp pensó a toda velocidad y centró el rayo tractor en la flácida silueta de su hermano, alzándola del suelo y subiéndola rápidamente hacia el *Triturador de Soles*. Era la única manera de salvar a Zeth. Kyp soltó los controles y corrió hacia la compuerta. Tendría que abrir la compuerta, bajar por la escalerilla y meter a su hermano en el *Triturador de Soles*. Alargó la mano hacia el mecanismo que abriría la compuerta del *Triturador de Soles*...

Y el sol de Carida estalló.

La onda expansiva atravesó la atmósfera con un rugido ensordecedor, trayendo consigo una oleada de fuego incinerador. Toda la ciudadela se convirtió en una tempestad de llamas.

El *Triturador de Soles* salió despedido dando tumbos, y el impacto hizo que Kyp se viera impulsado hacia la pared que tenía delante. Su rostro chocó con una mirilla exterior y pudo ver cómo el cuerpo de Zeth se desintegraba, convirtiéndose en una silueta de sombras que se desvaneció casi al instante mientras la devastadora energía estelar envolvía Carida.

Kyp se levantó tambaleándose y se dejó caer en el asiento de pilotaje. Estaba tan aturdido que apenas sabía lo que se hacía, pero utilizó sus instintos Jedi para conectar los motores sublumínicos. La primera oleada de la supernova estaba formada por radiaciones iniciales y partículas de alta energía que habían sido emitidas hacia el exterior al producirse la explosión estelar. Las radiaciones más potentes llegarían aproximadamente un minuto después.

Las oleadas ondulantes del segundo huracán de energía chocaron con Carida y resquebrajaron el planeta de un polo a otro una fracción de segundo después de que el *Triturador de Soles* hubiera acelerado a lo largo de la ruta de huida preprogramada, alejándose con todos los indicadores de seguridad de sus paneles de control rebasando la línea roja.

Kyp sintió cómo la gravedad tiraba de su rostro estirándolo en una mueca horrible. Cerró los párpados y lágrimas de angustia empezaron a fluir por sus sienes, moviéndose hacia atrás debido al tirón de la aceleración.

El *Triturador de Soles* salió a toda velocidad de la atmósfera y entró en el hiperespacio. Las líneas estelares se formaron a su alrededor y la supernova hizo un último y fallido intento de agarrarlo con sus manos de fuego, y Kyp dejó escapar un interminable alarido de desesperación al comprender lo que había hecho.

Su grito se desvaneció en el hiperespacio junto con él.

2

Leia Organa Solo salió corriendo del *Halcón Milenario* apenas se hubo posado sobre Yavin 4 y agachó la cabeza mientras bajaba por la rampa de descenso. Después alzó la mirada hacia la imponente masa del Gran Templo massassi.

El frescor de la mañana impregnaba la luna de las junglas, y la neblina brotaba del suelo y se aferraba a las copas de los árboles y rozaba los flancos de la pirámide escalonada de piedra, envolviéndola como un tenue sudario blanco. «Es como si estuviera tejiendo una mortaja fúnebre para Luke...», pensó Leia.

Había transcurrido una semana desde que los estudiantes de la Academia Jedi habían encontrado el cuerpo inmóvil de Luke Skywalker en la cima del templo. Le habían llevado dentro y habían intentado cuidarle lo mejor posible, pero no sabían qué hacer. Los mejores médicos de la Nueva República no habían descubierto ningún daño físico. Todos estaban de acuerdo en que Luke seguía con vida, pero parecía hallarse sumido en un peculiar estado de éxtasis. No había respondido a ninguna prueba o sondeo.

Los gemelos bajaron por la rampa del *Halcón*, dejando caer los pies sobre el metal con todas sus fuerzas en un intento de averiguar cuál de los dos podía provocar un estrépito mayor con sus pequeñas botas. Han caminaba entre Jacen y Jaina cogiéndolos de la mano.

—No hagáis tanto ruido, pareja —les dijo.

—¿Vamos a ver al tío Luke? —preguntó Jaina.

—Sí, pero está enfermo —respondió Han—. No podrá hablar con vosotros.

—¿Está muerto? —preguntó Jacen.

—¡No! —exclamó secamente Leia—. Venid, entremos en el templo.

Los gemelos bajaron corriendo por la rampa.

Los penetrantes aromas de la jungla trajeron cálidos recuerdos a la memoria de Leia mientras cruzaba el claro. Los olores de los árboles caídos, de las hojas que se iban pudriendo poco a poco y de las flores se confundían unos con otros para acabar creando una potente sinfonía olfativa. Leia había propuesto aquellas ruinas vacías como sede para la academia de Luke, pero nunca había podido visitarlas..., y cuando por fin venía a ellas, era para ver el cuerpo inmóvil de su hermano.

—Esto no me apetece en lo más mínimo —murmuró Han.

Leia extendió el brazo para apretarle suavemente la mano. Han le devolvió el apretón durante más tiempo y con más fuerza de lo que ella había esperado.

Siluetas envueltas en túnicas surgieron del templo y parecieron avanzar flotando hacia ellos por entre las sombras de primera hora de la mañana. Leia contó rápidamente una docena, y reconoció el rostro naranja oscuro de Cilghal, la embajadora calamariana, en la primera de ellas. Leia había sabido percibir el gran potencial Jedi de la alienígena anfibia, y había insistido en que debía ir a la academia de Luke. Una vez allí, Cilghal había logrado utilizar las habilidades diplomáticas de que había dado muestras una y otra vez a lo largo de su carrera como embajadora para mantener unidos a los doce estudiantes durante los días terribles que siguieron a la caída de su Maestro Jedi.

Leia reconoció a algunos de los aspirantes a convertirse en Jedi que avanzaban sobre el suelo humedecido por el rocío del amanecer. Streen, un anciano de cabellera despeinada medio recogida bajo el capuchón de una túnica Jedi, había sido buscador de gases en Beshin, donde había llevado una existencia de ermitaño escondiéndose de las voces que oía resonar dentro de su cabeza. También vio a Kirana Ti, una de las brujas del planeta Dathomir a las que Leia y Han habían conocido durante los días llenos de emociones y peligros en que Han cortejó a Leia. Kirana Ti fue hacia ellos y saludó a los gemelos con una gran sonrisa. La bruja de Dathomir tenía una hija un año mayor que los gemelos, y la había dejado al cuidado de sus compañeras de clan en su mundo natal.

Leia también pudo identificar a Tionne, la joven de larga cabellera plateada que caía en cascada por la espalda de su túnica. Tionne era una estudiante de la historia de la antigua Orden Jedi que ardía en deseos de llegar a ser una Jedi.

Junto a ella estaban el siempre callado y hosco Kam Solusar, un Jedi que había caído en la corrupción y al que Luke había conseguido llevar de vuelta al lado de la luz, y Dorsk 81, un alienígena de piel lustrosa y carente de vello que había sido donado generación tras generación porque su sociedad creía que ya había conseguido crear la civilización perfecta y no deseaba que se produjera ningún cambio en ella.

Leia no reconoció al otro puñado de estudiantes Jedi, pero sabía que Luke había llevado a cabo su búsqueda de candidatos con una gran diligencia. La llamada seguía resonando de un confín a otro de la galaxia, invitando a todos aquellos que poseyeran el potencial necesario para llegar a convertirse en nuevos Caballeros Jedi.

A pesar de que su instructor yacía sumido en un profundo coma...

Cilghal alzó una mano—aleta.

—Nos alegra mucho que hayas podido venir, Leia —dijo.

—Embajadora Cilghal... —murmuró Leia—. Mi hermano... ¿Ha habido algún cambio?

Fueron lentamente hacia la gigantesca y opresiva masa del templo massassi. Leia ya creía saber cuál iba a ser la respuesta a su pregunta.

—No. —Cilghal meneó su gran cabeza cuadrada—. Pero quizá tu presencia pueda surtir algún efecto que la nuestra es incapaz de producir.

Los gemelos ya habían captado la solemnidad de aquellos momentos, y no sólo no estaban correteando de un lado a otro entre risitas como solían hacer, sino que tampoco intentaron explorar las salas de paredes de piedra que olían a moho. El grupo entró en la penumbra del hangar que ocupaba una gran parte del nivel inferior del templo massassi, y Cilghal llevó a Leia, Han y los gemelos hasta un turboascensor.

—Vamos, chicos —dijo Han, y volvió a coger a Jacen y Jaina de las manos—. Quizá podáis ayudar a recuperarse al tío Luke.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Jaina, abriendo mucho sus grandes ojos de un marrón líquido que se habían llenado de una repentina esperanza.

—Todavía no lo sé, cariño —replicó Han—. Si se te ocurre alguna idea, házmelo saber enseguida.

Las puertas del turboascensor se cerraron y la plataforma fue subiendo hacia los niveles superiores del templo. Los gemelos se abrazaron con repentina inquietud. Aún no habían superado el temor a los turboascensores que habían desarrollado desde que uno de ellos les

transportó hasta los oscuros niveles inferiores abandonados de la Ciudad Imperial, pero el trayecto terminó en un momento y salieron del turboascensor para encontrarse en la gigantesca sala de audiencias del Gran Templo. Los tragaluces derramaban rayos de sol sobre una espaciosa avenida de piedras pulimentadas que llevaba hasta un estrado.

Leia recordó cómo había subido a ese estrado hacía ya bastantes años después de que la *Estrella de la Muerte* hubiera sido destruida para entregar medallas a Han, Chewbacca, Luke y los otros héroes de la batalla de Yavin; pero volver a verlo en aquellas circunstancias hizo que sintiera una dolorosa opresión en el pecho. Han dejó escapar un gemido ahogado junto a ella, un sonido ronco y lleno de dolor que Leia nunca había oído surgir de sus labios con anterioridad.

Luke yacía sobre la plataforma ceremonial que se alzaba al otro extremo de la sala..., como un cadáver expuesto para un funeral en una gran sala vacía y repleta de ecos.

Leia sintió un miedo repentino que le aceleró el pulso. Quería darse la vuelta para no tener que verle, pero sus pies la obligaron a avanzar. Fue hacia el estrado, moviéndose con rápidas zancadas que se convirtieron en una veloz carrera antes de que hubiese llegado al final de la avenida. Han la siguió llevando un gemelo en cada brazo. Tenía los ojos enrojecidos mientras intentaba contener el llanto. Leia ya sentía las mejillas húmedas.

Luke estaba envuelto en los pliegues de su túnica Jedi. Le habían peinado, y tenía las manos cruzadas sobre el pecho. Su piel estaba grisácea, y parecía más plástico que piel humana.

—Oh. Luke —murmuró Leia.

—Si se le pudiera descongelar como hiciste conmigo cuando me rescataste del palacio de Jabba... —dijo Han.

Leia extendió una mano para tocar a Luke. Utilizó sus capacidades con la Fuerza e intentó profundizar al máximo y establecer contacto con su espíritu, pero sólo encontró un agujero helado y un vacío tan enorme como si algo se hubiera llevado a Luke. No estaba muerto. Leia siempre había estado convencida de que si su hermano moría, ella lo sabría enseguida de alguna forma misteriosa.

—¿Está durmiendo? —preguntó Jacen.

—Sí..., en cierta manera —respondió Leia, no ocurriéndole nada más que decir.

—¿Y cuándo despertará? —preguntó Jaina.

—No lo sabemos —dijo Leia—. No sabemos cómo despertarle. —Quizá despierte si le doy un beso.

Jaina trepó al estrado y se estiró hasta que pudo besar los labios inmóviles de su tío. Leia contuvo el aliento durante un momento y se sintió invadida por la absurda esperanza de que la magia de la niña pudiera dar resultado. Pero Luke permaneció inmóvil.

—Está frío... —murmuró Jaina.

Ver que su tío no había despertado hizo que la pequeña inclinara la cabeza, visiblemente desilusionada.

Han apretó la mano de Leia con tanta fuerza que le dolió, pero no quería dejar de sentir el contacto de los dedos de su esposo.

—Lleva así desde hace días —dijo Cilghal detrás de ellos—. Trajimos su espada de luz con él. La encontramos al lado de su cuerpo en la cima del templo.

Cilghal pareció vacilar durante unos momentos, y después dio un paso hacia adelante y miró a Luke.

—El Maestro Skywalker me dijo que poseo un talento innato para curar mediante la Fuerza. Había empezado a enseñarme cómo desarrollar mis habilidades..., pero he intentado utilizar cuanto se sin obtener ningún resultado. No está enfermo. No se trata de nada físico... Parece como si hubiera quedado atrapado en un momento del tiempo, como si su alma hubiera salido de su cuerpo dejándolo aquí para que espere su regreso.

—O como si estuviera esperando que encontremos una forma de ayudarla a regresar —dijo Leia.

—No se cómo conseguirlo —murmuró Cilghal con voz enronquecida—. Ninguno de nosotros lo sabe..., todavía. Pero quizá trabajando juntos podamos descubrirlo.

—¿Tenéis alguna idea de lo que ocurrió en realidad? —preguntó Leia—. ¿Habéis encontrado algún indicio?

Pudo sentir la repentina agudización del torbellino de emociones que se agitaban dentro de Han. Cilghal desvió la mirada de sus enormes ojos de calamariana, pero Han respondió con hosca convicción.

—Ha sido Kyp —dijo—. Fue Kyp quien lo hizo.

—¿Qué? —exclamó Leia, girando sobre sí misma para mirarle.

Han respondió con un torrente de palabras balbuceadas.

—La última vez que hablé con Luke, me dijo que estaba muy preocupado por Kyp. —Han tragó saliva con un visible esfuerzo—.

Me contó que Kyp había empezado a investigar el lado oscuro. El chico había robado la nave de Mara Jade y se había esfumado, y Luke no tenía ni idea de adónde podía haber ido. Bien, pues creo que Kyp volvió y desafió a Luke.

—Pero ¿por qué? —preguntó Leia—. ¿Para qué iba a hacer algo semejante?

Cilghal asintió con un movimiento tan lento y cansado como si su cabeza pesara demasiado para que sus hombros pudieran sostenerla por más tiempo.

—Encontramos la nave robada delante del templo —dijo—. Sigue ahí. así que no sabemos cómo se marchó..., a menos que huyera a las junglas.

—¿Qué probabilidades hay de que lo hiciera? —preguntó Leia. Cilghal meneó la cabeza.

—Los estudiantes Jedi hemos unido nuestros talentos y las hemos sondeado. No detectamos su presencia en Yavin 4. La única explicación es que debió de marcharse en otra nave.

—Sí, pero... ¿De dónde pudo sacarla? —preguntó Leia.

Y de repente recordó el asombro de los astrónomos de la Nueva República cuando dieron la noticia imposible de que todo un grupo de estrellas de la Nebulosa del Caldero se había convertido en supernovas en el mismo instante.

—Me pregunto si Kyp puede haber sacado el *Triturador de Soles* del núcleo de Yavin... —murmuró.

Han parpadeó.

—¿Cómo puede habérselas arreglado para hacerlo?

Cilghal inclinó la cabeza en un gesto lleno de abatimiento.

—Si Kyp Durrón ha conseguido hacer eso, entonces su poder es mucho más grande de lo que nos temíamos. No me extraña que pudiera derrotar al Maestro Skywalker.

Han se estremeció, como si temiera aceptar lo que sabía era la verdad. Leia percibió el remolino de emociones que oscilaba locamente en su interior.

—Si Kyp ha perdido el control de sí mismo y tiene el *Triturador de Soles*... Entonces tendré que ir a detenerle.

Leia se volvió rápidamente hacia el y le fulminó con la mirada, acordándose de que Han siempre se había lanzado de cabeza a todos los desafíos que se le ponían por delante.

—¿Es que vuelves a tener delirios de grandeza? ¿Por qué tienes que ser tú?

—Porque soy la única persona a la que quizá escuchará —replicó Han.

Volvió la mirada hacia el rostro cadavérico de Luke, y Leia vio que le temblaban los labios.

—Ove, si Kyp no me escucha... Bueno, entonces no escuchará a nadie, y estará perdido para siempre —siguió diciendo Han—. Si su poder es tan grande como piensa Cilghal, ese chico no es el tipo de enemigo que la Nueva República puede permitirse el lujo de tener.

—Han miró a Leia y la obsequió con aquella sonrisa torcida que ella conocía tan bien—. Además, todo lo que sabe sobre el manejo de esa nave se lo enseñé yo. No puede hacerme nada, ¿verdad?

La cena con los estudiantes Jedi se desarrolló en un ambiente sombrío y lleno de tristeza.

Han utilizó los sintetizadores de alimentos del *Halcón* para crear un menú de platos corellianos bastante pesados y difíciles de digerir. Leia mordisqueó unas cuantas tiras de carne frita y sazonada con especias de una salamandra peluda que Kirana Ti había cazado en la jungla. Los gemelos se atiborraron de frutas y bayas, y consiguieron ponerse perdidos con los jugos y la pulpa mientras lo hacían. Dorsk 81 devoró una cena sosa y de aspecto nada apetitoso consistente en cubos de alimentos considerablemente procesados.

La conversación quedó reducida al mínimo y fue bastante forzada. Nadie se atrevía a hablar del tema que realmente les preocupaba a todos..., hasta que Kam Solusar empezó a hablar con su tono seco y cortante de costumbre.

—Teníamos la esperanza de que nos traería noticias, ministra Organa Solo —dijo—. Ayúdenos a descubrir lo que debemos hacer. Somos estudiantes Jedi sin un Maestro Jedi. Hemos aprendido algunas cosas, pero no las suficientes para poder seguir avanzando por nuestra cuenta.

—No estoy muy segura de que debamos tratar de aprender a controlar aquello que no entendemos —intervino Tionne—. ¡Fijaos en lo que le ocurrió a Gantoris! Fue consumido por alguna cosa maligna que descubrió por casualidad y sin darse cuenta de lo que era en realidad... ¿Y qué hay de Kyp Durrón? ¿Y si nos vamos viendo atraídos hacia el lado oscuro sin darnos cuenta?

Streen se puso en pie y meneó la cabeza.

—No, no... ¡Está aquí! ¿Acaso no oís las voces? —Todo el mundo se volvió a mirarle, y Streen se sentó e incluyó los hombros hacia adelante como si estuviera intentando ocultarse bajo su túnica Jedi.

Después resopló y carraspeó ruidosamente antes de seguir hablando—. Puedo oírle... Ahora mismo me está hablando en susurros.

Siempre me habla... No puedo alejarme de él.

Leia sintió una repentina oleada de esperanza.

—¿Luke? ¿Puedes oír a Luke hablándote?

—¡No! —Streen giró rápidamente hasta quedar de cara a ella—.

Oigo hablar al Hombre Oscuro... Es un hombre hecho de oscuridad, una sombra. Habló con Kyp Durrón. Haces brillar la luz, pero la sombra no se va nunca, y habla, y susurra...

Streen se tapó los oídos con las manos y empezó a apretarse las sienes.

—Esto es demasiado peligroso —dijo Kirana Ti frunciendo el ceño—. Vengo de Dathomir, y allí he visto lo que ocurre cuando todo un grupo sucumbe ante el lado oscuro. Las brujas malignas de mi planeta han hecho que Dathomir fuera un infierno durante siglos... y la galaxia se salvó únicamente debido a que no podían viajar por el espacio. Si las brujas hubieran logrado extender sus oscuras manipulaciones de un sistema estelar a otro...

—Sí, deberíamos interrumpir todos nuestros ejercicios Jedi —dijo Dorsk 81, parpadeando y contemplándoles con sus grandes ojos amarillos—. La verdad es que no era una buena idea. Ni siquiera deberíamos haberlo intentado.

Leia dejó caer las dos manos sobre la mesa.

—¡Basta ya! —exclamó—. Luke se avergonzaría de oír decir estas cosas a sus estudiantes. Con ese tipo de actitud nunca llegaréis a convertirlos en Caballeros Jedi.

Leia estaba cada vez más enfurecida.

—Sí, existe un riesgo—siguió diciendo—. Siempre habrá riesgos. Habéis visto lo que ocurre cuando alguien no es lo suficientemente precavido..., pero eso sólo significa que debéis tener cuidado. No os dejéis seducir por el lado oscuro. Aprended del sacrificio de Gantoris, aprended de la manera en que fue tentado Kyp Durrón y aprended de todos los sacrificios que hizo vuestro Maestro Jedi cuando intentó protegeros.

Se puso en pie y dejó que sus ojos fueran recorriendo lentamente los rostros de todos los estudiantes. Algunos se encogieron, y otros le sostuvieron la mirada sin bajar la cabeza.

—Sois la nueva generación de Caballeros Jedi —dijo—. Es una gran carga, cierto, pero debéis soportarla porque la Nueva República os necesita. Los antiguos Caballeros Jedi protegieron a la República durante un millar de generaciones. ¿Cómo podéis rendiros después del primer desafío?

»Tenéis que ser los campeones de la Fuerza con o sin vuestro Maestro Jedi. Aprended tal como aprendió Luke: paso a paso. Debéis trabajar juntos, descubrir las cosas que todavía ignoráis y luchar contra aquello que debe ser combatido... ¡Pero lo único que no podéis hacer es rendiros!

–Tiene razón –dijo Cilghal con su firme tranquilidad habitual–. Si nos rendimos, la Nueva República dispondrá de un arma menos contra el mal que acecha en la galaxia. Aunque algunos fracasemos, el resto debe triunfar.

–Hazlo o no lo hagas... –dijo Kirana Ti.

–... porque el intentarlo no existe –concluyó Tionne, terminando la frase que el Maestro Skywalker les había repetido una y otra vez.

Leia se sentó lentamente, sintiendo que el corazón le palpitaba a toda velocidad y que se le formaba un nudo en la garganta. Los gemelos contemplaron a su madre con cara de asombro, y Han le lanzó una mirada llena de admiración mientras le apretaba la mano. Leia respiró hondo, empezó a permitir que la tensión se fuera disipando y que sus músculos se relajaran poco a poco...

Y de repente un terrible alarido de agonía resonó dentro de su espíritu haciéndolo añicos. Era como una avalancha impalpable en la Fuerza, o como el clamor de miles y miles de vidas aniquiladas en un solo instante. Los estudiantes Jedi, todos ellos sensibles a la Fuerza, se llevaron las manos al pecho o intentaron taparse los oídos.

Streen dejó escapar un largo gemido.

–¡Son demasiados, demasiados...! –protestó con voz quejumbrosa.

La sangre de Leia parecía arder en sus venas. Unas garras terribles se deslizaron a lo largo de su columna vertebral, tirando dolorosamente de sus nervios y enviando descargas eléctricas por todo su cuerpo. Los gemelos estaban llorando.

Han agarró a Leia por los hombros y la sacudió.

–¿Qué te pasa. Leia" –preguntó atónito–. ¿Qué ha ocurrido? –Al parecer Han no había sentido nada–. ¿Qué ha sido eso?

–Una gran... perturbación en..., en la Fuerza –logró responder Leia por fin con voz entrecortada–. Algo terrible acaba de ocurrir.

Leia pensó en el joven Kyp Durrón, que se había vuelto hacia el lado oscuro y que estaba armado con el *Triturador de Soles*, y una gélida oleada de terror se fue adueñando de ella.

–Algo terrible... –repitió, pero no pudo responder a las otras preguntas de Han.

3

La Fuerza se movía a través de todas las cosas, convirtiendo el universo en un tapiz invisible que unía a la criatura viva más pequeña con el cúmulo de estrellas más enorme. La sinergia hacía que el todo fuese mucho mayor que la suma de sus partes.

Y cuando una de esas hebras se rompió, las ondulaciones se fueron extendiendo por toda la estructura. Hubo un sinfín de acciones y reacciones, grandes oleadas de ondas expansivas que afectaron a todos los que podían oírlas...

La destrucción de Carida aulló a través de la Fuerza, acumulando energía e intensidad a medida que se iba reflejando en otras mentes dotadas de la sensibilidad necesaria para percibirla. Se transformó en un tumulto que se fue agitando en una incontrollable sucesión de choques...

Y que acabó provocando un despertar.

Las percepciones sensoriales volvieron a Luke Skywalker como una tormenta surgida de la nada, liberándole de aquel vacío asfixiante que le había atrapado y dejado paralizado. El último grito que había lanzado todavía resonaba en sus oídos, pero descubrió que se sentía extrañamente entumecido y confuso.

Lo último que recordaba era la presencia de los zarcillos serpentinos de Fuerza negra que se habían enroscado a su alrededor. Las serpientes de poder Sith habían surgido de las invocaciones de Exar Kun y de Kyp Durrón, el estudiante Jedi de Luke que había escogido el camino equivocado, y habían hundido sus colmillos en él. Luke había sido incapaz de resistir su poderío combinado. Había intentado utilizar su espada de luz, pero ni siquiera la hoja de energía le había servido de nada.

Luke había caído en un pozo sin fondo más profundo que cualquiera de los agujeros negros del cúmulo de las Fauces. No sabía cuánto tiempo había permanecido impotente. Sólo recordaba un vacío, una frialdad... hasta que algo le había permitido recuperar la libertad sacándole de allí.

El repentino clamor de impresiones sensoriales se extendió por todo su ser, y Luke necesitó algún tiempo para examinarlas e ir asimilando poco a poco todo lo que podía ver: los muros de la gran sala de audiencias, las piedras romboidales, las baldosas traslúcidas colocadas formando dibujos casi hipnóticos, la larga avenida, y los bancos vacíos que se extendían sobre el suelo como olas congeladas, allí donde en tiempos pasados toda la Alianza Rebelde había celebrado su victoria sobre la primera *Estrella de la Muerte*.

Le zumbaba la cabeza, y se sentía débil y mareado. Se preguntó por qué debía sentirse tan curiosamente insustancial hasta que bajó la mirada..., y vio su cuerpo, yaciendo inmóvil debajo de él con los ojos cerrados y el rostro inexpresivo.

El asombro y la incredulidad le nublaron la vista, pero Luke se obligó a concentrarse en sus rasgos. Vio las cicatrices casi imperceptibles de su rostro, el recuerdo de las heridas que le había infligido el wampa, aquella criatura de los hielos que le había atacado en el planeta Hoth. Su cuerpo seguía envuelto en su túnica marrón Jedi, y tenía las manos cruzadas encima del pecho. La espada de luz estaba junto a su cadera, un silencioso cilindro de platiacero, cristales y componentes electrónicos.

—¿Qué está ocurriendo? —gritó—. ¿Hay alguien ahí?

Oyó resonar las palabras dentro de su cabeza en forma de transmisiones vibratorias, pero no hubo ningún sonido perceptible en la atmósfera.

Luke por fin se miró a sí mismo. Examinó la parte de su ser que estaba consciente y vio una imagen carente de sustancia, como el reflejo fantasmal de su cuerpo, como si hubiera reconstruido un holograma utilizando su idea general del aspecto que tenía. Sus brazos y piernas espectrales parecían estar envueltos por los holgados pliegues de una túnica Jedi, pero los colores eran muy apagados. Todo estaba impregnado por un leve resplandor azulado que temblaba y oscilaba con cada movimiento suyo.

Y Luke comprendió de repente qué había ocurrido, y se sintió invadido por una oleada de asombro y perplejidad. Ya había tenido varios encuentros con los espíritus de Obi-Wan Kenobi y Yoda, así como con el de su padre, Anakin Skywalker.

¿Quería decir eso que estaba muerto? Parecía una idea ridícula, porque Luke no tenía la sensación de haber muerto..., pero tampoco había que olvidar que carecía de cualquier punto de comparación. Se acordó de que los cuerpos de Obi-Wan Kenobi, Yoda y Anakin se habían esfumado en el momento de su muerte. Obi-Wan y Yoda sólo habían dejado túnicas vacías, y de Anakin Skywalker sólo había quedado la armadura de Darth Vader, igualmente vacía.

¿Por qué seguía intacto su cuerpo entonces, y qué hacía yaciendo encima de aquel estrado? ¿Sería quizá porque aún no era del todo un Maestro Jedi completamente entregado a la Fuerza, o sería quizá que no estaba realmente muerto?

Luke oyó un débil zumbido que le indicó que el turboascensor se estaba aproximando a la gran cámara. El sonido parecía fantasmagórico y nada natural, como si estuviera utilizando un sentido distinto al oído para percibirlo.

Las puertas del turboascensor se abrieron. Erredós extendió su rueda delantera y salió de él, y después fue avanzando con una lentitud casi respetuosa a lo largo de la avenida de losas pulimentadas. El androide fue hacia la plataforma.

La imagen iridiscente de Luke se colocó delante de su cuerpo expuesto sobre la plataforma, y contempló con alegría cómo el pequeño androide astromecánico se acercaba a él.

—¡Cuánto me alegra verte, Erredós! —exclamó.

Luke esperaba que el androide lanzara un silbido de excitación, pero Erredós no dio ninguna indicación de que le hubiera oído o de que hubiese detectado la presencia de Luke.

—¿Erredós?

Erredós subió por la rampa hasta el cuerpo de Luke. El androide dejó escapar un pitido quejumbroso que expresaba una profunda pena, suponiendo que los androides fueran capaces de sentir tales emociones. Luke sintió una desgarradora punzada de dolor que atravesó su forma impalpable al ver cómo su amigo mecánico contemplaba el cuerpo. El receptor óptico de Erredós pasó del rojo al azul y volvió a ponerse rojo.

Luke comprendió que el androide estaba tomando lecturas para examinar el estado de su cuerpo. Se preguntó si Erredós detectaría alguna diferencia provocada por la liberación de su espíritu, pero el androide no dio ninguna señal de que hubiera notado algún cambio.

Luke intentó ir hacia Erredós y tocar el reluciente cuerpo en forma de barril. Necesitó unos momentos para averiguar cómo podía mover sus «piernas» fantasmales, y su imagen se

deslizó sobre el suelo con una vertiginosa fluidez. Pero cuando intentó tocar a Erredós su mano atravesó al androide.

Luke no sintió ningún contacto con el plásticero del cuerpo del androide, y tampoco podía percibir el roce del suelo en sus pies etéreos. Después intentó caminar a través del androide con la esperanza de que eso causaría alguna perturbación en los sistemas sensores de Erredós, pero Erredós siguió tomando lecturas sin inmutarse.

El androide emitió otro pitido como en señal de despedida, y después giró sobre sí mismo y fue lentamente hacia el turboascensor.

—¡Espera, Erredós! —gritó Luke.

Pero no tenía muchas esperanzas de que el androide pudiera oírle.

De repente tuvo una idea, y en vez de utilizar sus manos ilusorias lo que hizo fue desplegar un zarcillo de la Fuerza. Acababa de acordarse de cómo el y Gantoris habían utilizado suaves empujones con la Fuerza para hacer oscilar antenas metálicas en las ruinas flotantes de Tibanópolis, en Bepin.

Luke extendió su roce invisible hasta las placas de Erredós con la esperanza de producir un potente sonido metálico, suponiendo que al menos haría que el androide se diera cuenta de que allí ocurría algo raro. Se esforzó y empujó con toda su potencia intangible, y sólo consiguió producir lo que le pareció un golpecito casi imperceptible sobre las placas metálicas del androide.

Erredós se detuvo durante un momento, pero el androide enseguida pareció decidir que aquel sonido inexplicable no tenía ninguna importancia y entró en el turboascensor mientras Luke hacía acopio de energías para lanzar otro empujón con la Fuerza. Una vez dentro del ascensor Erredós volvió nuevamente su sensor óptico hacia el cuerpo de su amo y emitió un largo silbido quejumbroso antes de que se cerraran las puertas. Luke oyó el zumbido de la plataforma al ponerse en marcha para volver a los niveles inferiores del Gran Templo.

Luke permaneció inmóvil en el vacío lleno de ecos de la gran sala de audiencias, solo de nuevo y sintiéndose totalmente impotente. Había despertado, sí, pero carecía de sustancia y al parecer no podía hacer nada. Tendría que encontrar otra manera de salir de aquella apurada situación.

Volvió la mirada hacia los tragaluces del techo para contemplar la negrura de la noche sin luna de la jungla, y se preguntó qué podía hacer para escapar de aquella terrible trampa.

Chewbacca apremió a los últimos miembros del equipo de las Fuerzas Especiales a subir al transporte de tropas con un ensordecedor rugido wookiee lleno de impaciencia. Los otros transportes llevaban todo el día yendo y viniendo de la superficie de Coruscant a una órbita cercana al planeta, desplazando las armas, el equipo y el personal del contingente de asalto que se estaba reuniendo en el espacio.

El grupo de batalla fuertemente armado consistía en una fragata de escolta y cuatro corbetas corellianas, con lo que poseía la potencia de fuego suficiente para ocupar el «tanque de cerebros» secreto imperial, la Instalación de las Fauces, y vencer cualquier resistencia que pudieran oponer los científicos creadores de armas que habían quedado abandonados allí.

Los últimos tres rezagados subieron por la rampa. Llevaban armadura ligera y estaban acabando de asegurarse las mochilas a la espalda. Chewbacca vio cómo los soldados se instalaban en sus asientos y se ponían los arneses de seguridad antes de pulsar el botón DESPEJADA para hacer subir la rampa de abordaje.

—Tu impaciencia no nos está ayudando en nada, Chewbacca —dijo Cetrespeó—. El nivel de tensión ya es considerable, y sólo estás consiguiendo empeorar las cosas. Ya estoy empezando a tener malos presentimientos respecto a esta misión.

Chewbacca respondió con un gruñido gutural sin hacer ningún caso de su comentario. Estaba tan impaciente que alzó en vilo al androide y lo dejó caer con un ensordecedor ruido metálico en el único asiento que aún estaba vacío..., que desgraciadamente se encontraba al lado del de Chewbacca.

—¡Oh, vaya! —exclamó Cetrespeó mientras se apresuraba a ponerse el arnés de seguridad—. Estoy haciendo todo lo que puedo... Ya sabes que no tengo ninguna experiencia en este tipo de asuntos.

Chewbacca se instaló en un asiento que nunca había sido concebido para acomodar a una criatura tan grande, y dobló sus peludas rodillas hasta dejarlas casi al nivel de su pecho. Le hubiese gustado poder estar a bordo del *Halcón Milenario*; pero Han y Leia habían ido a ver a Luke Skywalker, y Chewbacca estaba convencido de que su primer deber era acudir en ayuda de los prisioneros wookies que seguían atrapados en la Instalación de las Fauces y rescatarlos de su cautiverio.

Los otros miembros del equipo de asalto se removieron nerviosamente en sus asientos y miraron a su alrededor, haciendo una última comprobación de sus listas mentales de equipo y procedimientos básicos. Los Comandos de Page, una tropa de élite, tendrían a su cargo la mayor parte de la misión en primera línea, con mucha potencia de fuego de la Nueva República para respaldarles. El Comandante de Operaciones Especiales, el general Crix Madine, había explicado detalladamente la estrategia de la ocupación que se planeaba llevar a cabo a las Fuerzas Especiales. Todos los soldados eran muy competentes y estaban lo suficientemente adiestrados.

Chewbacca estaba deseando que el piloto se diera un poco de prisa y despegara de una vez. Dejó escapar un largo suspiro por entre sus gruesos labios, pensó en Han e intentó no preocuparse. Aun así, Chewbacca no podía olvidar que llevaba mucho tiempo esperando que surgiera una oportunidad de ayudar a los esclavos wookies torturados.

Cuando él, Han y el joven Kyp Durrón habían sido capturados por la almirante Daala en la Instalación de las Fauces, Chewbacca había sido obligado a trabajar al lado de los cautivos wookies a bordo de los Destruidores Estelares y en la misma Instalación. Los wookies llevaban más de diez años prisioneros dentro del cúmulo de agujeros negros haciendo trabajos peligrosos y agotadores, y ya no eran capaces de oponer ninguna resistencia. Pensar en sus vidas destrozadas hacía que Chewbacca sintiese que le hervía la sangre.

No hacía mucho había hablado ante el Consejo de la Nueva República, contando con la no excesivamente fiable ayuda de Cetrespeó como traductor. Chewbacca había apremiado a los miembros del Consejo a que tomaran la decisión de ocupar la Instalación y liberar a los prisioneros wookies, con lo que también impedirían que los diseños de nuevas superarmas cayeran en manos de los imperiales. Mon Mothma le había prestado su apoyo, y el Consejo había acabado accediendo a su petición.

Los soportes de descenso del transporte fueron subiendo poco a poco con un zumbido mecánico y desaparecieron dentro del casco con un repiqueteo de metal contra metal. El transporte se alzó sobre sus haces repulsores oscilando una leve sacudida y empezó a alejarse de la plataforma de descenso, subiendo por el cielo mientras la metrópolis de Ciudad Imperial brillaba bajo él.

Cetrespeó empezó a hablar consigo mismo. Chewbacca se maravilló al pensar en los extremos de sofisticación que debía de alcanzar el cerebro electrónico del androide para ser capaz de encontrar un motivo de queja a cada momento.

—Sencillamente no entiendo por qué el ama Leia me ordenó que fuese contigo —estaba diciendo Cetrespeó—. Siempre me alegra poder ser útil en lo que sea, naturalmente, pero podría haber ayudado a cuidar de los niños mientras ella visita al amo Luke en Yavin 4. He estado haciendo un buen trabajo como cuidador y guardián de los gemelos. ¿no?

Chewbacca soltó un gruñido.

—Cierto, perdimos a los niños en el Zoo Holográfico de Animales Extinguidos —siguió diciendo Cetrespeó—, pero sólo fue una vez, y además todo terminó bien.

El androide meneó su cabeza dorada.

La aceleración se fue incrementando, y Chewbacca cerró los ojos y le gruñó en wookie al androide que se estuviera callado. Cetrespeó no le hizo ningún caso.

—Me habría gustado mucho poder ver a Erredós en la Academia Jedi del amo Luke —dijo—. Llevo mucho tiempo sin poder hablar con mi contraparte.

Después Cetrespeó cambió de tema sin reducir ni un solo instante la velocidad de su continuo parloteo.

—Francamente, no se de qué se espera que sirva mi presencia en esta misión militar. Nunca he sido muy buen combatiente... No me gustan los combates. Odio el ajetreo y la violencia en todas sus formas, aunque por desgracia he tenido que encontrarme en muchas situaciones movidas.

La inercia empujó a Chewbacca, incrustando su cuerpo en el respaldo de aquel asiento que resultaba tan incómodamente pequeño para él mientras el transporte aceleraba dirigiéndose hacia el grupo de navíos de combate que orbitaba Coruscant.

Y Cetrespeó seguía hablando.

—Puedo comprender la razón por la que se ha querido contar con mi presencia, desde luego —estaba diciendo—. Se supone que debo ayudar en el examen de los datos contenidos en los ordenadores de la Instalación de las Fauces, y supongo que también puedo ser de cierta ayuda a la hora de traducir los lenguajes de los científicos alienígenas, pero estoy seguro de que debe de haber unos cuantos androides más que estén mejor cualificados que yo para llevar a cabo ese tipo de trabajo. El general Antilles se ha llevado consigo todo un grupo de androides decodificadores para que se encarguen de la información codificada, ¿no? Los Comandos de Page son expertos en ese tipo de cosas. ¿Por qué he de ir con vosotros y hacer todo el trabajo más duro? Me parece terriblemente injusto.

Chewbacca ladró una seca orden. Cetrespeó se volvió hacia el con sus sensores ópticos amarillos iluminados por un brillo de indignación.

—No pienso callarme, Chewbacca —replicó—. ¿Por qué debería hacerte caso, especialmente después de que me dejaras la cabeza vuelta del revés en la Ciudad de las Nubes?

»Si hubieras abierto la boca durante los preparativos de esta misión especial, podrías haberles convencido de que me dejaran quedar con el ama Leia. Pero pensaste que mi presencia podía resultar de utilidad, así que ahora tendrá que escucharme.

Chewbacca dejó escapar un suspiro de fastidio, extendió una manaza peluda y movió el interruptor de energía incrustado en la parte de atrás del cuello de Cetrespeó. El androide se fue inclinando hacia delante, y el chorro de palabras que brotaba de su altavoz fue surgiendo cada vez más y más despacio hasta que se interrumpió del todo.

Los Comandos de Page sentados en la cabina del transporte de tropas —conocidos por su intenso adiestramiento, fría eficiencia y total y absoluta profesionalidad— se volvieron hacia Chewbacca y aplaudieron su acción.

El general Wedge Antilles contemplaba el espacio desde el puente de mando de la fragata de escolta *Yavaris*. La luz del sol se reflejaba en los cascos metálicos de las naves que formaban su flota. Había solicitado el mando de aquella misión porque quería volver al lugar en el que Qwi Xux había pasado una parte tan grande de su existencia, aquel complejo de investigación donde podían estar ocultos los secretos de su memoria perdida.

La *Yavaris* era una nave excelente, y resultaba altamente temible en el combate a pesar de la apariencia de fragilidad que le daba la delgada columna vertebral que separaba sus dos componentes primarios. En la popa de la fragata había una estructura con forma de caja que contenía los motores sublumínicos e hiperespaciales y los reactores de energía que abastecían no sólo a los motores, sino también a doce baterías turboláser y doce cañones láser. En el otro extremo de la varilla de conexión y a bastante distancia de los motores se encontraba la sección de control, mucho más grande y formando ángulo hacia abajo. La segunda estructura contenía el puente de mando, los alojamientos de la tripulación, los sistemas sensores y los hangares de carga que transportaban dos escuadrones de cazas X para el ataque.

La fragata de escolta llevaba unos novecientos soldados veteranos a bordo, mientras que el resto de la flota de Wedge —cuatro corbetas corellianas— transportaba cuatrocientos soldados más, cien a bordo de cada navío.

Wedge deslizó una mano por su oscura cabellera apartándola de la frente y tensó su cuadrada mandíbula. El último transporte de tropas ya había establecido la conexión de ataque con la fragata, y estaba enviando al resto de los incursos cuidadosamente seleccionados que formaban el contingente de ataque.

Han Solo había informado de que la Instalación de las Fauces ya no estaba protegida por los Destruyores Estelares de la almirante Daala, que habían salido del cúmulo de agujeros negros para sembrar el caos y la destrucción en la galaxia. La valiosísima información sobre las superarmas y los científicos que vivían en la Instalación carecían de defensas..., probablemente. Aun así, Wedge estaba preparado para encontrarse con alguna que otra sorpresa y no olvidaba que iba a vérselas con un grupo de diseñadores de armas imperiales.

Wedge conectó el intercomunicador del puente de mando de la *Yavaris*.

—Preparados para la partida —dijo.

Las cuatro corbetas se colocaron alrededor de la fragata de escolta en una formación de diamante. Wedge vio un palpar de luz blanco azulada delante de él cuando las hileras de potentes motores cobraron vida de repente.

Los gigantescos motores de las corbetas eran el doble de grandes que la sección de camarotes y la estructura de control en forma de cabeza de martillo. Años antes la princesa Leia viajaba a bordo de una corbeta cuando fue capturada por el Destructor Estelar de Vader y éste le exigió que devolviera los planos de la *Estrella de la Muerte* que había robado.

Wedge contempló cómo el delicado encaje de luces que era el lado nocturno de Coruscant se iba alejando de la flota a medida que los navíos salían de la órbita e iniciaban un rápido ascenso en ángulo, dejando atrás las estaciones de atraque y los enormes espejos parabólicos que dirigían los rayos de sol amplificadas hacia el planeta para calentar las gélidas latitudes superiores.

Le habría gustado que Qwi se quedara a su lado para presenciar la partida, pero estaba en su camarote repasando cintas de información en una incesante labor de estudio. Su memoria se negaba a volver, y Qwi estaba decidida a llenar los espacios en blanco lo más deprisa posible recuperando la información que había perdido.

También sentía una profunda repulsión ante los planetas vistos desde una trayectoria orbital. Wedge había necesitado muchas preguntas cariñosas y mucha delicada insistencia antes de que Qwi acabara diciéndole que le recordaban su infancia, cuando había sido mantenida como rehén a bordo de una esfera de adiestramiento orbital bajo la implacable tutela de Moff Tarkin. Qwi había sido obligada a presenciar cómo un grupo de Destruyores Estelares de la clase Victoria destruía las colmenas en las que vivía su gente cada vez que algún estudiante no conseguía superar un examen.

Pensar en todas las cosas terribles que el Imperio había hecho a la delicada y hermosa Qwi hizo que Wedge apretara los dientes.

—¿Preparados para entrar en el hiperespacio? —preguntó volviéndose hacia el puente de mando.

—Curso fijado, señor —respondió el oficial de navegación.

Wedge se juró que haría cuanto estuviera en sus manos para llenar de alegría la vida de Qwi... en cuanto hubieran tomado la Instalación de las Fauces.

—En marcha —dijo.

Qwi Xux estaba sentada delante de la pantalla, inmóvil en su camarote sin ventanas de los niveles inferiores protegidos de la *Yavaris* con la mirada clavada en ella mientras sus grandes ojos color índigo parpadeaban lentamente. Estaba repasando un archivo detrás de

otro, absorbiendo la Información con tanto entusiasmo como una esponja del desierto de Tatooine absorbía las gotitas de humedad.

Encima de su mesa de trabajo había un cubo que contenía un pequeño retrato holográfico de Wedge. Qwi volvía la mirada hacia el con frecuencia para recordarse a sí misma qué aspecto tenía Wedge, quién era y lo mucho que significaba para ella. Después del cruel castigo que Kyp Durrón había infligido a su mente cuando la invadió con su sonda mental, Qwi ya no podía estar segura de ninguno de sus recuerdos.

Al principio incluso se había olvidado de Wedge y de todos los momentos que habían pasado juntos. Wedge, desesperado, se lo había contado todo, le había enseñado fotos y hologramas y había vuelto a llevarla a todos los lugares del planeta Ithor que habían visitado juntos. También le había explicado su visita a los trabajos de reconstrucción de la Catedral de los Vientos cuando estuvieron en el planeta Vórtice.

Algunas de aquellas cosas hacían que imágenes escurridizas parpadearan durante unos momentos en las profundidades de su mente, manteniéndose allí el tiempo suficiente para que Qwi supiera que habían estado en aquellos sitios, pero ya no era capaz de recordarlos con claridad.

Otras de las cosas que le dijo Wedge volvieron a su mente y estallaron entre sus pensamientos con una nitidez lo bastante grande para hacer que los ojos se le llenaran de lágrimas abrasadoras. Fuera lo que fuese lo que le había ocurrido. Wedge estaba allí para rodearla con los brazos y consolarla.

—Te ayudaré a recordar, y no me importa el tiempo que pueda hacer falta para ello —le había dicho—. Y si no conseguimos recuperar todo tu pasado..., entonces te ayudaré a crear nuevos recuerdos para que llenes los huecos con ellos.

Wedge le había acariciado la mano, y Qwi había asentido.

Qwi estaba repasando las cintas del discurso que había pronunciado ante el Consejo de la Nueva República durante el que había insistido en que debían abandonar sus intentos de analizar el *Triturador de Soles* y librarse de él para siempre. Los miembros del Consejo habían acabado accediendo de bastante mala gana a su petición, y decidieron olvidarse del proyecto enviándolo al núcleo de un gigante gaseoso. Pero al parecer aquello no había bastado para impedir que la ira y la determinación de alguien tan poderoso como Kyp Durrón acabaran permitiéndole recuperar la superarma.

Qwi siguió contemplando la grabación holográfica de su discurso ante el Consejo de la Nueva República. Oía cómo su voz articulaba las palabras, pero no recordaba haberlas pronunciado. Guardó los recuerdos dentro de su mente, pero en realidad sólo eran imágenes externas de sí misma tal como había sido vista y registrada por otros. Qwi respiró hondo y pasó al fichero siguiente. Era un método lento y tosco, pero Qwi no podía hacer otra cosa y tendría que conformarse con él.

Una gran parte de sus conocimientos científicos básicos seguían estando intactos, pero algunas cosas habían desaparecido por completo: problemas que había entendido y resuelto, diseños de nuevas armas y nuevas ideas que había desarrollado... Parecía como si Kyp hubiese borrado todo aquello que no le gustaba mientras hurgaba en su cerebro y extraía violentamente de él todo cuanto tuviera alguna relación con el *Triturador de Soles*.

Qwi tenía que reconstruir todo lo que pudiera. Haber perdido sus conocimientos relacionados con el *Triturador de Soles* no la preocupaba en lo más mínimo, desde luego. Se había jurado no revelar a nadie cómo funcionaba el arma, y después de lo que le había hecho

Kyp el revelarlo le hubiese resultado totalmente imposible ni aunque quisiera hacerlo. Algunos inventos eran tan terribles que era preferible que desapareciesen para siempre...

La flota de asalto de las Fauces llevaba casi un día entero de viaje avanzando hacia el sistema de Kessel. Qwi había pasado una gran parte de aquel período de tiempo estudiando, y sólo se había apartado de la pantalla durante unos momentos para hablar con Wedge cuando fue a visitarla después de haber atendido sus deberes en el puente de mando. Cuando le trajo la comida, comieron juntos casi sin hablar y dedicando prácticamente todo el tiempo a mirarse a los ojos.

Wedge entraba de vez en cuando y ponía las manos sobre los delgados hombros de Qwi, dándole masaje hasta que sus tensos músculos se iban relajando poco a poco y un suave calor fluía por ellos.

—Estás trabajando demasiado. Qwi —le había dicho en más de una ocasión.

—He de hacerlo —le respondía ella.

Se acordó de su juventud, cuando había estudiado desesperadamente llenando su joven y maleable cerebro con montañas de conocimientos de física, ingeniería y tecnologías del armamento para satisfacer a Moff Tarkin. Era la única estudiante que había logrado sobrevivir al riguroso adiestramiento. Resultaba tristemente irónico que la salvaje violación de su mente llevada a cabo por Kyp no hubiera eliminado aquellos dolorosos recuerdos de su infancia que Qwi hubiese preferido poder olvidar.

Había algunas cosas que no podía recuperar mediante las cintas de datos o los programas de enseñanza. Qwi tendría que volver a la Instalación de las Fauces y recorrer los laboratorios en los que había pasado tantos años de su vida. Sólo entonces podría saber qué recuerdos acabarían volviendo a su mente y qué parte de su pasado tendría que sacrificar para siempre.

El intercomunicador emitió un zumbido y la voz de Wedge resonó en el camarote.

—¿Puedes subir al puente, Qwi? Hay algo que me gustaría que vieras.

Qwi le dijo que iba enseguida y sonrió al oír su voz. Fue en un turboascensor hasta las torres de mando de la fragata y salió al continuo ajetreo del puente. Wedge se volvió para darle la bienvenida, pero los ojos color índigo de Qwi ya se habían visto atraídos hacia el enorme visor delantero de la *Yavaris*.

Había visto el cúmulo de las Fauces con anterioridad, pero eso no impidió que se quedara boquiabierto de asombro. El increíble torbellino de gases ionizados y restos superrecalentados pasaba a toda velocidad junto a los insondables agujeros negros moviéndose en una colosal vorágine de colores.

—Hemos salido del hiperespacio cerca del sistema de Kessel —dijo Wedge—, y estamos preparando el vector de entrada. He pensado que quizá te gustaría verlo.

Qwi tragó saliva para eliminar el nudo que se le había formado en la garganta, fue hacia Wedge y le cogió de la mano. Los agujeros negros formaban un laberinto de pozos gravitatorios y callejones sin salida hiperespaciales, y sólo existían unos cuantos caminos «seguros» que permitiesen atravesar aquel complicado laberinto.

—Tomamos el curso de los bancos de datos del *Triturador de Soles* —dijo Wedge—. Espero que nada haya cambiado, o de lo contrario todos nos llevaremos una gran sorpresa cuando intentemos atravesar el cúmulo.

Qwi asintió.

—No debería haber ningún peligro —dijo—. Comprobé meticulosamente toda esa ruta hasta asegurarme que podía ser recorrida sin problemas.

Wedge le lanzó una mirada llena de cariño, como si se fiara más de su verificación que de todas las simulaciones hechas mediante los ordenadores.

El cúmulo de agujeros negros era una rareza astronómica tan grande que rozaba la imposibilidad. Los astrofísicos llevaban miles de años intentando determinar su origen y tratando de averiguar si alguna extrañísima combinación de circunstancias galácticas había acabado provocando el nacimiento de los agujeros negros, o si una poderosa raza alienígena increíblemente antigua había creado el cúmulo para algún propósito inimaginable.

El cúmulo de las Fauces desprendía un sinfín de radiaciones letales, y en aquellos mismos instantes estaba impulsando al sistema de Kessel por el camino que acabaría llevándolo a la destrucción. Pero de momento el Imperio había encontrado una isla de estabilidad dentro del cúmulo, y había construido su laboratorio secreto en ella.

—Bien, pues entonces vayamos allí —dijo Qwi mientras contemplaba los remolinos de gases luminosos que destellaban en un increíble movimiento a cámara lenta. Tenía mucho que descubrir..., y una cuenta pendiente que saldar—. Estoy preparada.

Las naves que componían la flota de ataque a las Fauces se desplegaron, y fueron lanzándose una por una hacia el corazón del cúmulo de agujeros negros.

5

Un ala del reconstruido Palacio Imperial había sido convertida en un entorno adecuado para una raza tan amante del agua como era la calamariana, y aquel hábitat saturado de humedad acogía a los calamarianos traídos allí por el almirante Ackbar que habían sido adiestrados para trabajar como astromecánicos especializados suyos.

El hábitat había sido construido con plásticero y metales duros a los que se había moldeado para que adquiriesen la apariencia de un arrecife surgido de la nada dentro del inmenso palacio. Algunas de las mirillas redondas permitían contemplar el resplandeciente horizonte urbano de la Ciudad Imperial, y otras daban a un gran tanque lleno de agua que iba circulando por las habitaciones como un río atrapado.

El ruidoso susurro del chorro de neblina surgido de los generadores de humedad sobresaltó a Terpfen, arrancándole de su nerviosa contemplación. El calamariano recorrió rápidamente su alojamiento con la mirada haciendo girar sus ojos circulares, pero no vio nada entre las sombras aparte de la hermosa luz azulada que entraba por las ventanillas acuáticas con delicados reflejos de gema. Terpfen vio cómo un pez engullidor verde grisáceo avanzaba lentamente a lo largo del canal e iba filtrando los microorganismos de la corriente. Los únicos sonidos que rompían el silencio eran los siseos de los generadores de vapor y el burbujeo de los aparatos de aireación instalados en los tanques de la pared.

Terpfen llevaba más de un día sin oír ninguna voz dentro de su mente y sin sentir ninguna compulsión procedente de sus amos imperiales de Carida, y no sabía si debía asustarse..., o empezar a albergar esperanzas. Furgan tenía la costumbre de torturarlo y burlarse de él con regularidad meramente para recordarle su continua presencia, y Terpfen había empezado a sentirse solo.

El Palacio Imperial estaba lleno de rumores que circulaban a toda velocidad de un nivel a otro. Se habían detectado señales de alarma en Carida, y después todos los contactos se habían interrumpido de repente. La Nueva República había enviado naves de exploración para que inspeccionaran la zona. Si Carida había sido destruida de alguna manera inexplicable, entonces quizá el control que los imperiales ejercían sobre su cerebro hubiera desaparecido junto con el planeta. ¡Terpfen por fin podría ser libre!

Terpfen había sido hecho prisionero durante la terrible ocupación imperial del planeta acuático de Calamari. Al igual que muchos de sus congéneres, Terpfen había sido llevado a un campamento de trabajo donde se le había obligado a trabajar en las instalaciones que construían naves espaciales.

Pero además Terpfen había sido condenado a padecer un adiestramiento de una variedad muy especial. Había sido llevado al planeta militar imperial de Carida, donde había sufrido semanas de torturas y condicionamiento mientras los xenocirujanos extraían ciertas porciones de su cerebro y las sustituían con circuitos orgánicos cultivados en biocubas, lo cual permitía que Furgan utilizara a Terpfen como un títere perfectamente camuflado e indetectable.

Las cicatrices suturadas a toda prisa de su enorme cabeza de calamariano habían servido como insignias de su terrible prueba cuando fue puesto en libertad. Muchos calamarianos también habían sido severamente torturados durante la ocupación imperial, y nadie sospechó que Terpfen pudiera estar cometiendo actos de traición al servicio de los imperiales.

Llevaba años intentando resistirse a sus dueños imperiales, pero la mitad de su cerebro no le pertenecía y los controladores imperiales siempre podían manipularle a voluntad.

Terpfen había saboteado el caza B expandido del almirante Ackbar para que se estrellara en Vórtice, y el accidente había destruido la inapreciable Catedral de los Vientos y había deshonrado a Ackbar. Después había colocado un sensor en otro caza B, lo cual le había permitido averiguar la situación de Anoth, el planeta secreto donde el pequeño Anakin Solo vivía en aislamiento y se hallaba protegido de ojos y mentes inquisitivas. Terpfen había transmitido esa información crucial al embajador Furgan, que sólo vivía para poder causar daños a la Nueva República, y sabía que en aquellos mismos instantes los caridanos ya debían de estar preparando un ataque para secuestrar al tercer niño Jedi.

Terpfen estaba inmóvil delante de la ventana del acuario de su habitación sumida en la penumbra, contemplando cómo el engullidor se movía perezosamente en el agua. Un depredador acuático se lanzó sobre el agitando aletas terminadas en afiladas puntas y abriendo sus temibles mandíbulas. El depredador caería sobre el pez engullidor al igual que las fuerzas imperiales caerían sobre el indefenso niño y su única protectora, Winter, que en el pasado había sido la confidente y compañera de Leia.

—¡No!

Terpfen golpeó el grueso cristal con sus manos—aleta. Las vibraciones asustaron al depredador de boca repleta de colmillos, y el pez asesino se alejó a toda velocidad en busca de otra presa. El engullidor protoplásmico siguió avanzando lentamente sin haberse enterado de lo que acababa de ocurrir, y continuó examinando el agua en busca de alimento microscópico.

Quizá sus amos de Carida se habían visto distraídos temporalmente por otros asuntos urgentes que reclamaban su atención..., pero si Terpfen esperaba poder hacer algo para frustrar sus planes, tendría que entrar en acción inmediatamente. Terpfen se juró que actuaría sin importarle el daño que eso pudiera causar a su cerebro.

Ackbar seguía en Calamari, soportando el exilio que se había impuesto a sí mismo, y estaba trabajando con sus gentes para reparar las ciudades flotantes que habían sido devastadas por el reciente ataque de la almirante Daala. Ackbar afirmaba haber dejado de interesarse por la política de la Nueva República.

El pequeño Anakin no tardaría en correr un serio peligro debido al ataque de los imperiales, por lo que Terpfen acudiría directamente a Leia Organa Solo. Sabía que Leia podía movilizar las fuerzas de la Nueva República e impedir que los imperiales se salieran con la suya. Pero la Ministra de Estado y Han Solo acababan de partir con rumbo a la luna cubierta de junglas de Yavin...

Terpfen tendría que ir allí. Sí, tendría que conseguir una nave y hablar con ella. Lo confesaría todo, y después se confiaría a su clemencia. Leia podía ejecutarle al instante, y tendría todo el derecho del mundo a hacerlo, pero incluso eso sería un castigo justo por todos los daños que Terpfen había causado.

Terpfen tomó una decisión aprovechando que por el momento todavía era capaz de decidir por su cuenta, y recorrió su alojamiento con la mirada por última vez. Dio la espalda a las ventanas del acuario que le recordaban el mundo del que había salido hacía ya mucho tiempo, y lanzó un último vistazo al horizonte urbano lleno de facetas con sus rascacielos de un kilómetro de altura, parpadeantes luces de descenso y lanzaderas relucientes que se alzaban hacia la aurora que envolvía la noche con una delicada capa de luminosidad. Terpfen dudaba mucho de que volviese a ver Coruscant.

No disponía del tiempo necesario para utilizar la astucia.

Terpfen entró en el hangar de reparaciones y mantenimiento de los cazas espaciales utilizando sus códigos de acceso de seguridad y avanzó con paso rápido y seguro de sí mismo. Su olor corporal estaba impregnado por el aroma de la tensión, pero si se movía lo suficientemente deprisa nadie se daría cuenta de ello hasta que ya fuese demasiado tarde.

Las enormes puertas de lanzamiento ya habían sido selladas para la noche. Dos astromecánicos calamarianos estaban al lado de un caza B. Un grupo de ugnaghts parloteaba a toda velocidad mientras trabajaba en los motores hiperlumínicos de un par de cazas X que habían sido conectados para poder llevar a cabo un intercambio de información entre sus ordenadores de navegación.

Terpfen fue hacia el caza B y uno de los mecánicos calamarianos le saludó mientras se aproximaba. El otro, una hembra, salió del compartimento de pilotaje con una ágil contorsión y bajó al suelo una bolsa de rejilla llena de herramientas. Terpfen ya había comprobado el estado del caza desde su terminal de información, y sabía que estaba preparado para el lanzamiento. No necesitaba preguntarlo, pero el hacerlo serviría para distraer a la pareja de mecánicos.

—¿Se han completado las reparaciones tal como estaba planeado? —preguntó.

—Sí, señor—dijo el calamariano—. ¿Qué está haciendo aquí tan tarde?

—He de ocuparme de algunos asuntos personales —dijo.

Terpfen metió la mano en un bolsillo de su mono de vuelo y sacó de él una pistola desintegradora con el control de intensidad ajustado en la marca de aturdimiento. Disparó el arma moviéndola en un arco de barrido que envolvió a los dos mecánicos en una oleada de ondulaciones azuladas. El macho cayó al suelo sin emitir ningún sonido, y la hembra quedó inconsciente colgada de un peldaño de la escalerilla y acabó desplomándose sobre el flanco del caza B. Los músculos de su codo no tardaron en aflojarse, y la calamariana se desplomó sobre la dura superficie del hangar.

Los ugnaghts dejaron de parlotear junto a los cazas X y alzaron la cabeza hacia Terpfen contemplándole con expresiones de asombro. Un instante después empezaron a chillar. Tres de ellos echaron a correr hacia la alarma de comunicaciones instalada junto a los controles de las puertas del hangar.

Terpfen alzó su desintegrador, volvió a pulsar el botón de disparo y derribó a los ugnaghts que intentaban llegar hasta la alarma. Los otros alzaron sus rechonchas manos para indicar que se rendían, pero Terpfen no podía correr el riesgo de hacer prisioneros y también los derribó con una nueva ráfaga aturdidora.

Después cruzó con paso rápido y decidido las lisas planchas metálicas del suelo hasta llegar a los controles de las puertas de lanzamiento y sacó un chip decodificador camuflado en la insignia esmaltada que lucía sobre su pecho derecho. Los imperiales se lo habían proporcionado hacía unos meses por si necesitaba salir huyendo a toda prisa, pero Terpfen iba a utilizar la tecnología imperial en beneficio de la Nueva República.

Terpfen introdujo la pequeña loseta en la rendija del sistema y presionó tres botones en rápida sucesión. Los mecanismos electrónicos zumbaron mientras examinaban la información contenida en el chip. El chip decodificador convenció a los controles de que Terpfen disponía de los códigos de anulación adecuados y de que contaba con la autorización del almirante Ackbar y de Mon Mothma.

Los dos gruesos paneles de la puerta de lanzamiento se fueron separando con un gemido ahogado. Los vientos nocturnos entraron siseando en el hangar, y revolotearon por la gran sala trayendo consigo el frío y la humedad.

Terpfen fue hacia el caza B reparado, deslizó sus manos—aleta debajo de los brazos del mecánico calamariano caído y lo arrastró sobre las resbaladizas planchas metálicas del suelo hasta dejarlo al lado de los cuerpos inconscientes de los ugnights contra los que había disparado.

Después se ocupó de la hembra, y ésta dejó escapar un gemido cuando empezó a moverla. Su brazo colgaba en un ángulo extraño, obviamente fracturado a causa de la caída. Terpfen vaciló durante un momento de torturante culpabilidad, pero la herida había sido causada de manera accidental y no podía hacer nada para ayudar a la calamariana. Unas cuantas horas dentro de un tanque bacta la dejarían como nueva.

Y cuando saliera de él, Terpfen ya estaría de camino a Yavin 4.

Trepó hasta el asiento de pilotaje del caza B y conectó los sistemas de control. Todas las luces se pusieron de color verde. Terpfen selló la escotilla. Los potentes motores del caza B podían alcanzar grandes velocidades, y le permitirían llegar al sistema de Yavin en un tiempo récord. Terpfen no tenía más remedio que hacerlo.

Fue alzando la nave de aspecto torpe y poco maniobrable sobre sus haces repulsores y la dirigió hacia las puertas de lanzamiento abiertas.

Y de repente el estridente chirriar de las alarmas hizo vibrar todo el hangar de mantenimiento y se abrió paso hasta el interior de la carlinga. Terpfen volvió la cabeza para averiguar qué había ocurrido y vio a otro ugnight, que al parecer había estado escondido dentro de la carlinga de un caza X. El ugnight había salido de su escondite hacía unos momentos, comprensiblemente aterrorizado, y había corrido hasta el panel para dar la alarma.

Terpfen masculló una maldición y comprendió que debía darse prisa. Esperaba no tener que luchar para salir de allí.

Conectó los reactores de maniobra y salió disparado por la enorme boca del hangar. El caza B que acababa de robar se alejó de las inmensas torres de Coruscant y avanzó a toda velocidad, surcando el cielo nocturno en un vector directo que lo pondría en órbita.

Terpfen no podía desperdiciar ni un instante intentando engañar a los monitores de seguridad de la Nueva República. En aquellos momentos debía parecerles un saboteador imperial que estaba robando un caza espacial. Si era capturado, sería interrogado hasta que fuese demasiado tarde para ayudar al pequeño Anakin Solo. Terpfen había hecho muchas cosas terribles contra su voluntad, pero por fin se hallaba libre del control imperial y a partir de aquel momento sería responsable de cualquier fracaso. Ya no podía echarle la culpa a nadie más.

La rapidez con que las fuerzas de seguridad de Coruscant se lanzaron detrás de él le sorprendió y le consternó. Cuatro cazas X aparecieron a baja altitud y empezaron a acercarse al caza de Terpfen.

Su comunicador emitió un zumbido.

—Su partida del palacio no contaba con la autorización reglamentaria, caza B —dijo uno de los pilotos que le perseguían—. Vuelva inmediatamente o dispararemos contra usted.

Terpfen se limitó a incrementar el flujo de energía a los escudos de su nave. El caza B era una de las más valiosas contribuciones que Ackbar había hecho a la Rebelión, y como navío de combate resultaba muy superior a los ya bastante anticuados cazas X. Terpfen podía dejarlos atrás sin ninguna dificultad, y sus escudos probablemente conseguirían sobrevivir a

varios impactos directos; pero no sabía si podría enfrentarse a la potencia de fuego combinada de varios cazas X y sobrevivir.

–Es su última oportunidad. caza B –dijo el piloto del caza X.

Un instante después disparó un haz a baja intensidad que se desparramó sobre los escudos de Terpfen. El disparo de advertencia hizo que el caza B se bamboleara, pero no causó ningún daño.

Terpfen pulsó el botón motriz de la palanca de control, conectando los quemadores secundarios que impulsaron su nave a una velocidad todavía mayor para lanzarla hacia la aurora y una órbita planetaria baja que sus sistemas de navegación detectaron e indicaron con gruesas líneas rojas de peligro.

La batalla librada un año antes para reconquistar Coruscant y acabar con las facciones imperiales enfrentadas había sido ganada al precio de una increíble cantidad de destrucción. Muchos navíos espaciales semidestrozados seguían girando alrededor del planeta en órbitas bajas, formando un gigantesco basurero. Los equipos de recuperación llevaban meses desmantelándolos, reparando los que todavía podían ser útiles y sacando a los irrecuperables de su órbita para que se precipitaran a través de la atmósfera en un espectacular descenso llameante. Pero aquel tipo de trabajo había gozado de una prioridad bastante baja durante la fase de crisis de la formación de la Nueva República, y aún había una gran cantidad de chatarra moviéndose en órbita por senderos claramente marcados.

Terpfen ya había examinado las posiciones de los cascos quemados y retorcidos, y había elaborado su carta orbital particular. Había descubierto un peligroso camino a través del laberinto, una trayectoria tan angosta que tendría que recorrerla sin ningún margen para el error..., pero ir por ella parecía su mejor oportunidad. Estaba seguro de que la alarma se había extendido por todos los sistemas de seguridad de Coruscant, y antes de que transcurriera mucho tiempo largas hileras de escuadrones de cazas aparecerían aullando para converger sobre él.

Terpfen no quería combatir. No quería causar más muertes y daños. Lo único que deseaba era huir de allí lo más deprisa posible sin que nadie tuviera que sufrir por ello.

Dejó la envoltura atmosférica detrás de él, y los cazas X continuaron persiguiéndole y abrieron fuego a discreción. Terpfen se negó a devolver sus disparos a pesar de que le habría resultado más fácil escapar si hubiera conseguido averiar una nave o más, pero no quería tener que llevar el peso de la muerte de un piloto inocente sobre su conciencia. Ya había demasiadas muertes a las que tenía que enfrentarse.

Entró en la negrura del espacio y pasó a toda velocidad por entre relucientes fragmentos metálicos, módulos de reacción y planchas de cargueros que habían sido hechos añicos. Terpfen se deslizó por encima de una masa de vigas retorcidas y una estructura de paneles solares casi totalmente intacta que había formado parte de un caza TIE destruido.

El casco reventado de un navío de grandes dimensiones apareció delante de él –era un crucero de asalto Loronar–, reducido a poco más que un amasijo de vigas estructurales y planchas resquebrajadas después de que sus motores hiperlumínicos hubieran estallado debido a un impacto directo.

Terpfen se lanzó hacia los restos, sabiendo que la cavidad que la explosión había creado en su centro era lo bastante grande para que un caza X pudiera pasar por ella. Ya había estudiado la trayectoria, y esperaba que los riesgos que implicaba seguirla harían que sus

perseguidores vacilaran durante el tiempo suficiente para que pudiese introducirse en el hiperespacio.

Terpfen se metió por la abertura del casco del crucero de asalto sin reducir la velocidad. Dos cazas X se desviaron, pero otro consiguió seguir a Terpfen. El cuarto caza se desvió un micrón de más hacia un lado, y un trozo de viga le arrancó las alas. El caza X giró locamente sobre sí mismo y chocó con los restos. El impacto hizo estallar sus cilindros de combustible.

Terpfen sintió cómo garras de dolor y abatimiento se hundían en su corazón. Nunca había querido causar la muerte de nadie.

El último caza X seguía persiguiéndole, disparando repetidas salvas láser en un intento de vengar la muerte de su compañero.

Terpfen inspeccionó sus escudos y vio que el repetido diluvio de andanadas estaba empezando a afectarlos. No culpaba al otro piloto por la ira que sentía, pero tampoco podía rendirse. Estudió sus paneles de control. El ordenador de navegación ya había trazado el curso más aconsejable para llegar al sistema de Yavin.

Terpfen alteró el vector para salir lo más deprisa posible del campo de escombros orbitales antes de que sus escudos fallaran del todo. El caza X volvió a lanzarse sobre el con todo su armamento escupiendo llamas de alta energía. Terpfen entró en el espacio abierto y conectó los hiperimpulsores.

Y el caza B salió disparado hacia adelante un instante después, quedando totalmente fuera del alcance del otro caza. Terpfen se desvaneció en el hiperespacio con un estallido silencioso, acompañado por los trazos blancos de las líneas estelares que parecían lanzas dispuestas a empalarle.

Han Solo y Leia permanecieron inmóviles y abrazados durante largo tiempo delante del *Halcón Milenario*. La opresiva humedad de la luna cubierta de junglas se pegaba a ellos como trapos mojados que rozaran su piel. Han volvió a abrazar a Leia y aspiró el perfume de su cuerpo. Las comisuras de sus labios subieron lentamente dibujando una sonrisa melancólica. Podía sentir cómo Leia temblaba junto a él... o quizá fueran las manos de Han las que temblaban.

—He de irme, Leia —dijo por fin—. Tengo que encontrar a Kyp. Puedo impedir que haga estallar más sistemas estelares y mate a más gente.

—Lo se —dijo ella—. Es sólo que... ¡Oh, si al menos pudiéramos planear nuestras aventuras para estar más tiempo juntos!

Han intentó obsequiarla con su famosa sonrisa de despreocupación temeraria, pero no le salió demasiado bien.

—Veré qué puedo hacer al respecto—dijo, y después la besó con pasión y como si quisiera que el beso no terminara nunca—. Ya verás cómo la próxima vez lo conseguimos.

Se inclinó para tomar en sus brazos a los gemelos. Jacen y Jaina estaban visiblemente impacientes por volver al interior del templo y poder jugar en él.

Los niños habían descubierto un grupo de salamandras peludas que habían hecho su nido en un ala no utilizada del Gran Templo, y aunque Jacen ya había afirmado que podía conversar con ellas a pesar de que todavía no era capaz de hablar muy bien. Han se preguntó qué le estarían diciendo al niño aquellos animales arbóreos tan peludos y ruidosos.

Se volvió hacia la rampa.

—Sabes que necesito que te quedes aquí con los chicos para que estéis a salvo —dijo—. Y ahora también tienes que estar con Luke.

Leia asintió. Ya habían pasado por momentos parecidos con anterioridad.

—Sé cuidar de mí misma —replicó—. Anda, vete de una vez... Si realmente puedes hacer algo para detener a Kyp, no deberías estar desperdiciando el tiempo aquí.

Han volvió a besarla, se despidió de los gemelos agitando la mano y desapareció dentro de la nave.

Lando Calrissian sacó el palillo con la flor-fruto exótico pinchado en el de su copa antes de que pudiera echar raíces en el fondo. Después tomó un sorbo del cóctel espumoso y dulzón y sonrió a Mara Jade, que estaba sentada delante de él en una mesa de un elegante salón rotatorio situado en la cima de uno de los rascacielos de Ciudad Imperial.

—¿Estás segura de que no quieres otra copa? —preguntó.

Mara Jade era una auténtica belleza: su cabellera tenía un color tan hermoso como poco habitual, y además tenía pómulos muy marcados, labios generosos y ojos del color de las gemas más caras. Aún no había tocado su primera copa, pero eso no impedía que Lando hiciera cuanto estaba en sus manos para irradiar confianza en sí mismo.

—No, Calrissian, muchas gracias. Tenemos asuntos de que hablar.

Las ventanas del recinto de observación mostraban la masa resplandeciente del antiguo Palacio Imperial y los pináculos y rascacielos de aspecto cristalino que se alzaban hasta llegar a los confines de la atmósfera. Los aerodeslizadores de transporte iban y venían por encima de los edificios, con sus flancos mostrando mensajes parpadeantes en muchos idiomas mientras llevaban a los grupos de turistas a contemplar el crepúsculo y el resplandor de la aurora. Dos lunas que no se parecían en nada la una a la otra flotaban en el cielo y derramaban su pálida claridad sobre la ajetreada ciudad.

Notas musicales surgidas de una compleja hilera de teclados con muchos niveles en cuyo centro estaba sentada una criatura tentaculada de piel entre púrpura y negra hicieron vibrar el aire de repente. La criatura era capaz de pulsar un número asombroso de teclas al mismo tiempo con un revoloteo de cilios. Su gran cabeza llena de protuberancias no tenía ojos, sino membranas timpánicas de distintos tamaños que le permitían oír la música en una increíble gama de tonos. Sus tentáculos se movían sin parar presionando las teclas y creando ecos casi imperceptibles, tocando melodías que resultaban al mismo tiempo demasiado graves y demasiado agudas para el oído humano.

Lando tomó otro sorbo y se recostó en su asiento con un suspiro y una afable sonrisa. Había dejado su elegante capa color borgoña encima del respaldo de su asiento. Mara Jade sólo llevaba un mono de vuelo muy ceñido al cuerpo, y sus curvas parecían senderos llenos de riesgos que atravesaran un complicado sistema planetario.

Lando la miró.

—Bien, ¿crees que la Alianza de Contrabandistas estaría interesada en un acuerdo para distribuir la especia brillestim de Kessel? —preguntó.

Mara asintió.

—Creo que puedo garantizarlo —dijo—. Moruth Doole permitió que las minas de especia acabaran llegando a un estado de abandono realmente lamentable. El contrabando del mercado negro de la Institución Penitenciaria imperial ha hecho que todo el planeta se convierta en una auténtica molestia para cualquier contrabandista un poco decente que intente ganarse la vida y se respete mínimamente a sí mismo. Se necesitaron señores del crimen tan poderosos y que tuvieran tantos recursos como Jabba el Hutt sólo para hacer que valiera la pena explotarlo.

—Yo haré que merezca la pena explotarlo —dijo Lando, y juntó las manos sobre la superficie de la mesa—. Recibí una recompensa de un millón de créditos de la Duquesa de Dargul, y puedo invertirlos con el objetivo de conseguir que los sistemas alcancen un nuevo nivel de sofisticación.

—¿Cuáles son exactamente tus planes? —preguntó Mara, inclinándose sobre la mesa hasta quedar un poco más cerca de él.

Lando respondió a su movimiento imitándolo y haciendo que sus grandes ojos castaños quedaran más cerca de los de Mara. El corazón le estaba latiendo a toda velocidad. Mara frunció el ceño y volvió a erguirse en su asiento esperando a que respondiera.

Lando se sintió un poco decepcionado, y tuvo que hacer un pequeño esfuerzo para encontrar las palabras necesarias.

—Eh... Bueno, no siento mucho cariño por la prisión que Doole convirtió en el centro de sus operaciones, pero creo que puedo utilizarla como punto de partida. Desmantelaré la mayor parte de la antigua institución penitenciaria, pero utilizaré los edificios como nueva base.

»Ah, y tampoco planeo utilizar esclavos como fuerza laboral. He pensado que podemos conseguir androides mineros. Estoy familiarizado con algunos procedimientos de explotación minera bastante sofisticados, ¿sabes? Si utilizo sistemas superrefrigerados, entonces las firmas infrarrojas no atraerán a esas arañas que se alimentan de energía y que estuvieron causando tantos problemas antes.

—Los androides no pueden hacerlo todo —dijo Mara—. Vas a necesitar a unas cuantas personas ahí abajo... ¿A quién podrás convencer para que trabaje en un medio ambiente tan horrible?

—Puede que sea horrible para los seres humanos —replicó Lando, juntando las manos detrás de la nuca mientras se erguía en su asiento—, pero no lo es para otras especies. De hecho, estoy pensando en un viejo amigo mío llamado Nien Nunb, que fue mi copiloto a bordo del *Halcón* durante la Batalla de Endor... Es sullustano, lo cual quiere decir que estamos hablando de un alienígena muy bajito que creció viviendo en los túneles y las madrigueras de un mundo volcánico bastante inhóspito. ¡Esas minas de especia le parecerían un auténtico balneario de primera categoría! —Mara le lanzó una mirada llena de escepticismo, y Lando se encogió de hombros—. Eh, ya he trabajado con el anteriormente, y confío en Nunb.

—Parece como si tuvieras preparadas casi todas las respuestas, Calrissian —dijo Mara—. Pero de momento todo esto no es más que charla... ¿Cuándo has planeado regresar a Kessel y ponerte a trabajar?

—Bueno, perdí mi nave allí. He de volver a Kessel para recuperar la *Dama Afortunada* y empezar a explotar las minas. —Lando enarcó las cejas—. Oye, supongo que no te apetecerá llevarme hasta ese sistema, ¿verdad?

—Pues no. —Mara Jade se puso en pie—. No me apetece en lo más mínimo.

—Bien, qué se le va a hacer... ¿Te reunirás conmigo en Kessel dentro de una semana estándar? A esas alturas ya tendría que haberme hecho una idea de qué tal van las cosas por allí, y entonces podremos establecer los cimientos para una relación muy larga y sólida.

Lando volvió a sonreírle.

—Una relación de negocios —le corrigió ella, pero no con tanta sequedad como podría haber llegado a utilizar.

—¿Estás totalmente segura de que no quieres cenar conmigo? —preguntó Lando.

—Ya he comido una barra de raciones —dijo Mara, y se dispuso a marcharse—. Una semana estándar, ¿de acuerdo? Te veré en Kessel.

Mara Jade giró sobre sí misma y se fue.

Lando le sopló un beso, pero Mara no le vio..., lo cual probablemente fuese preferible.

El músico tentaculado se inclinó sobre los teclados e interpretó una melancólica melodía llena de resonancias emocionales no correspondidas.

Han Solo tragó saliva intentando eliminar el nudo que se le había formado en la garganta mientras se preparaba para hablar ante los senadores y generales y la misma Mon Mothma. La atmósfera de la sala del Consejo estaba bastante cargada, y hacía calor.

—No suelo dirigirme a esta... Eh... —Han pensó a toda velocidad, intentando encontrar el tipo de lenguaje florido que Leia habría utilizado delante de un grupo de políticos—. No suelo dirigirme a esta augusta asamblea, pero necesito cierta información y la necesito deprisa.

Mon Mothma se irguió en su asiento, moviéndose con visible dificultad. Un androide médico permanecía inmóvil a su lado, atendiendo los silenciosos sistemas de apoyo vital y observación conectados al cuerpo de la Jefe de Estado. La piel de la líder agonizante se había vuelto de un color grisáceo, como si ya hubiera decidido morir y sólo estuviera esperando el momento en que se desprendería de sus huesos. Mon Mothma había abandonado toda pretensión de ocultar sus graves problemas de salud a medida que su estado físico iba empeorando rápidamente.

Según Leia, a Mon Mothma sólo le quedaban unas cuantas semanas de vida antes de que pereciese debido a la extraña enfermedad consuntiva que la iba debilitando sin cesar, pero mientras la observaba Han pensó que no apostaría a que sobreviviese ni siquiera ese tiempo.

—¿Qué es exactamente...? —empezó a decir Mon Mothma, y después hizo una pausa y respiró hondo—. ¿Qué es lo que necesita saber, general Solo?

Han volvió a tragar saliva. No podía ocultar la verdad, aunque no le gustaba nada tener que admitirla.

—Kyp Durrón era mi amigo, pero... Bueno, parece ser que ha escogido el camino equivocado. Atacó a Luke Skywalker. Se ha llevado el *Triturador de Soles*, y ha hecho estallar la Nebulosa del Caldero para destruir la flota de la almirante Daala. Hace poco Leia y todos los estudiantes Jedi de Yavin experimentaron lo que definieron como «una gran perturbación en la Fuerza», y Leia está convencida de que Kyp puede haber hecho algo más.

El general Rieekan habló con su voz áspera y ronca de costumbre mientras observaba a Han con ojos llenos de cansancio. Rieekan había sido comandante de la Base Eco en Hoth, y había vivido muchos momentos difíciles.

—Nuestros exploradores acaban de regresar, general Solo. Su amigo ha vuelto a utilizar el *Triturador de Soles*: ha destruido el sistema estelar de Carida, sede de la academia militar imperial.

Han sintió que se le resecaba la garganta, aunque la noticia no era una gran sorpresa si se pensaba en lo mucho que Kyp odiaba al Imperio.

—Esta carnicería debe terminar. Ni siquiera el Emperador había llegado a tales extremos de atrocidad —dijo el general Jan Dodonna, el anciano experto en estrategia—. La Nueva República no emplea tácticas tan bárbaras.

—¡Bueno, pues ese joven sí que las emplea! —exclamó Garm Bel-Iblis—. Y ha destruido dos objetivos imperiales cruciales... Puede que no estemos de acuerdo con los métodos de Durrón, pero su índice de éxitos únicamente puede definirse empleando la palabra «asombroso».

Mon Mothma intervino de repente. La agonizante Jefe de Estado había logrado encontrar las energías necesarias para hablar en un tono áspero e imperioso que atrajo la atención de todos los presentes en cuanto la oyeron.

—No permitiré que este joven sea presentado como..., como un héroe de guerra. —Hizo una pausa para respirar hondo y después alzó su tenso puño para indicar que aún no había terminado de hablar—. Su cruzada personal debe acabar. ¿Puede detener a Kyp Durrón, general Solo?

—¡Antes he de encontrarle! Proporcionenme la información obtenida en las misiones de reconocimiento de la Nebulosa del Caldero y de Carida llevadas a cabo por sus exploradores. Quizá consiga dar con él... Si pudiera hablar con Kyp cara a cara, estoy seguro de que podría razonar con el chico.

—Tendrá acceso a toda la información que desee, general Solo —dijo Mon Mothma, y extendió las manos delante de su cuerpo colocándolas sobre la superficie de piedra sintética como si estuviera intentando apoyarse en ella—. ¿Necesitará... una escolta militar?

—No, eso podría asustarle y hacer que resultara aún más difícil de localizar —dijo Han—. Iré en el *Halcón*. Si tengo suerte, quizá también consiga volver con el *Triturador de Soles*— La mirada de Han recorrió lentamente la cámara del Consejo—. Y esta vez tendremos que asegurarnos que queda totalmente destruido.

Han ya casi había terminado los preparativos de emergencia de último momento para partir a bordo del *Halcón* cuando oyó una voz a su espalda.

—¡Han, viejo amigo! ¿Necesitas que te echen una mano?

Han miró por encima de su hombro y vio a Lando Calrissian cruzando el hangar para venir hacia él, y contempló cómo se agachaba para pasar por debajo del alerón de un caza X.

—Me marcho, Lando —dijo—. No se cuánto tiempo estaré fuera.

—Ya me había enterado de que te ibas —dijo Lando—. Eh, ¿por qué no dejas que venga contigo? Chewbacca está ocupado con la misión de las Fauces, así que necesitarás un copiloto.

Han titubeó antes de responder.

—Es algo que he de hacer yo solo, Lando —replicó por fin—. No puedo pedirle a nadie que venga conmigo.

—Pilotar el *Halcón* tú solo es una auténtica locura, Han. No sabes en qué clase de situaciones hostiles puedes llegar a verte metido... ¿Quién estará sentado delante de los controles si tienes que ir al pozo artillero? —Lando le obsequió con la sonrisa más irresistible de todo su repertorio—. Tienes que admitir que soy la elección obvia, ¿no?

Han dejó escapar un suspiro.—Mi primera elección sería Chewbacca... ¿Sabes que echo de menos a ese montón de pelos? Por lo menos el nunca ha intentado quitarme el *Halcón* con una baraja de cartas.

—Oh, vamos, Han... Eso se acabó para siempre —dijo Lando—. Lo prometimos, ¿recuerdas?

—¿Cómo iba a poder olvidarlo? —gimió Han. Lando le había vencido en la última ronda de manos de sabacc que habían jugado y se había convertido en propietario del *Halcón*..., y después le había devuelto la nave a Han sólo para impresionar a Mara Jade—. Pero de todas formas... Bueno, ¿qué motivo tienes tú para meterte en esto, viejo pirata? —preguntó enarcando las cejas—. ¿Por qué tienes tantas ganas de venir conmigo?

Lando removió nerviosamente los pies sobre las relucientes planchas metálicas del suelo del hangar. Un motor sublumínico se puso en marcha al otro extremo de la cámara, emitió una especie de balido ahogado y acabó deteniéndose con una tos agónica mientras una dotación de mecánicos se apresuraba a trepar por el fuselaje de un caza A medio desmantelado.

Si quieres que sea sincero contigo... En fin, la verdad es que necesito estar en Kessel dentro de una semana.

–Pero yo no voy a acercarme a Kessel en ningún momento de mi viaje –dijo Han.

–Todavía no sabes dónde irás, Han. Vas a partir en busca de Kyp, ¿verdad?

–De acuerdo, te has anotado un tanto. ¿Y qué pasa con Kessel? –preguntó–. Pensaba que no tendrías ninguna prisa por volver después de lo que nos ocurrió la última vez que estuvimos por allí. Por mi parte, puedo asegurarte que no me apetece en lo más mínimo volver a Kessel.

–Mara Jade va a reunirse conmigo en Kessel dentro de una semana. Somos socios en una nueva operación de minería de la especia.

Lando sonrió de oreja a oreja, y se echó la capa color borgoña sobre el hombro.

Han intentó disimular una sonrisa llena de escepticismo ante las palabras de Lando.

–¿Y Mara sabe algo acerca de esa nueva sociedad, o todo esto no es más que otra de tus fanfarronadas habituales?

Lando puso cara de sentirse muy ofendido.

–Pues claro que lo sabe... En fin, más o menos. Además, si me llevas a Kessel quizá consiga recuperar la *Dama Afortunada*, con lo que me evitaré el tener que ir de paquete en las naves de otras personas. Es algo que está empezando a resultar muy molesto.

–Desde luego, desde luego –dijo Han–. Está bien, si nos acercamos a Kessel te llevaré allí..., pero encontrar a Kyp tiene prioridad sobre todo lo demás.

–Por supuesto, Han. Eso está clarísimo –dijo Lando–. Siempre que yo llegue a Kessel antes de una semana... –añadió después en un susurro que Han no pudo oír.

Haberse convertido en un espíritu sin cuerpo hacía que Luke Skywalker se viera reducido a la impotencia mientras contemplaba cómo su hermana Leia y sus estudiantes Jedi entraban en la gran sala de audiencias. Erredós precedía al desfile como una escolta silenciosa, y el pequeño androide fue rodando lentamente a lo largo de la avenida hasta detenerse delante de la plataforma sobre la que yacía el cuerpo de Luke.

Los estudiantes Jedi se alinearon ante la silueta inmóvil de su instructor, y la contemplaron con tanto respeto como si estuvieran asistiendo a un funeral. Luke pudo percibir las emociones que emanaban de ellos: pena, confusión, abatimiento y una profunda preocupación.

—¡Leia! —gritó con su nueva voz ultraterrena envuelta en ecos fantasmales—. ¡Leia! —repitió tan fuerte como era capaz de hacerlo, intentando abrirse paso a través de los muros de otras dimensiones que le mantenían prisionero.

Leia se encogió levemente sobre sí misma, pero no pareció oírle y se inclinó hacia adelante para poner la mano sobre uno de los fríos brazos del cuerpo de Luke.

—No se si puedes escucharme, Luke —le oyó susurrar—, pero se que no estás muerto. Todavía puedo percibir tu presencia cerca de nosotros... Encontraremos alguna manera de ayudarte. Seguiremos intentándolo hasta que lo consigamos.

Después apretó suavemente la flácida mano de Luke, y se dio la vuelta rápidamente mientras parpadeaba para contener las lágrimas que habían empezado a acumularse en sus ojos.

—Leia... —suspiró Luke.

Contempló cómo los estudiantes Jedi la seguían hasta el turboascensor, y un instante después volvió a encontrarse solo con su cuerpo paralizado y recorrió con la mirada los muros llenos de ecos del gran templo massassi.

—Bien, si tiene que ser así... —murmuró.

Empezó a buscar otra solución. Si Erredós no podía oírle y si Leia y los otros estudiantes Jedi no eran capaces de percibir su presencia, entonces quizá pudiera comunicarse con alguien que se hallara en su nuevo plano de existencia. Luke intentaría encontrar a un luminoso espíritu Jedi con el que ya había hablado muchas veces anteriormente.

—¡Ben! —gritó—. Obi-Wan Kenobi, ¿puedes oírme?

Su voz vibró en el éter, y Luke volvió a gritar en el silencio utilizando toda la potencia de fuego emocional que era capaz de extraer del fondo de su alma.

—¡Ben!

La falta de respuesta hizo que Luke se sintiera cada vez más preocupado, y decidió llamar a otros espíritus.

—¡Yoda! Padre... ¡Anakin Skywalker!

Esperó, pero tampoco hubo respuesta...

Y siguió sin haberla hasta que de repente sintió una ondulación helada que recorrió el aire como un carámbano que se derrite muy despacio, y oyó unas palabras que parecieron surgir de los muros en forma de temblor impalpable.

—No pueden oírte, Skywalker..., pero yo sí puedo.

Luke giró sobre sí mismo y vio formarse una grieta en los muros de piedra. La resquebrajadura se fue volviendo cada vez más y más oscura, y una silueta negra como el alquitrán rezumó de ella y se fue solidificando poco a poco hasta adquirir la forma de un hombre encapuchado, cuyos rasgos Luke al fin pudo ver con claridad por encontrarse en el mismo plano de los espíritus donde residía la sombra. El desconocido tenía una larga cabellera negra, la piel muy oscura y un sol negro tatuado en su frente que parecía arder. Sus ojos eran como fragmentos de obsidiana, y el brillo que llameaba en ellos era tan gélido como los reflejos de esa piedra negra. Su boca estaba fruncida en una mueca de crueldad e ira, la expresión de alguien que ha sido traicionado y que ha dispuesto de mucho tiempo para ir llenando su mente con pensamientos impregnados de amargura.

—Exar Kun... —murmuró Luke, y el espíritu oscuro le oyó sin ninguna dificultad.

—¿Disfrutas viendo cómo tu espíritu está atrapado lejos de tu cuerpo, Skywalker? —preguntó Kun con voz burlona—. Yo he tenido cuatro mil años para irme acostumbrando a ello. Los primeros dos siglos siempre son los peores, ¿sabes?

Luke le fulminó con la mirada.

—Has corrompido a mis estudiantes, Exar Kun. Causaste la muerte de Gantoris, y volviste a Kyp Durrón en mi contra. Kun se echó a reír.

—Quizá todo eso ha sido un resultado de tus deficiencias como maestro —replicó—. O de haberte engañado a ti mismo...

—¿Qué te hace pensar que seguiré así durante millares de años? —preguntó Luke.

—Que en cuanto haya destruido tu cuerpo físico no tendrás otra elección —respondió Kun—. Dejar atrapado mi espíritu dentro de estos templos fue la única manera de que pudiera sobrevivir cuando llegó el holocausto final. Los Caballeros Jedi habían unido sus poderes para devastar la superficie de Yavin 4. Mataron a los pocos nativos que yo había permitido que siguieran viviendo, y después destruyeron mi cuerpo en un infierno de llamas y energía desencadenada.

»Mi espíritu se vio obligado a esperar, esperar y esperar..., hasta que por fin trajiste a tus estudiantes Jedi aquí. Bastó con que aprendieran a escuchar para que esos estudiantes pudieran oír mi voz.

Un eco de miedo recorrió la mente de Luke, pero cuando volvió a hablar hizo todo lo posible para que su voz sonara tranquila y llena de valor.

—No puedes hacer ningún daño a mi cuerpo, Kun —dijo—. No puedes entrar en contacto con nada que pertenezca al plano físico. He intentado hacerlo, y se que es imposible.

—Ah, pero yo conozco otras maneras de luchar —dijo el espíritu de Kun—, y he dispuesto de milenios interminables para ir adquiriendo mucha práctica en ellas. Puedes tener la seguridad de que acabaré destruyéndote, Skywalker.

Kun se fue esfumando en las grietas de las losas igual que si estuviera hecho de humo, y su silueta de sombras fue descendiendo hacia el corazón del Gran Templo como si ya se

hubiera hartado de torturar a Luke. Una vez hubo desaparecido Luke volvió a quedarse solo, pero más decidido que nunca a escapar de su prisión etérea.

Encontraría una manera de conseguirlo. Un Jedi siempre era capaz de encontrar una manera.

Leia despertó sintiéndose llena de temor un instante después de que los gemelos hubieran empezado a llorar en sus catres al lado de ella.

—¡Es tío Luke! —dijo Jaina.

—Le van a hacer daño —dijo Jacen.

Leia se irguió de golpe, y sintió cómo una serie de vibraciones sibilantes recorrían su cuerpo con un extraño cosquilleo que no se parecía a ninguna sensación que hubiese experimentado con anterioridad. Percibió más que oyó el aullar del viento, como si hubiese una tormenta atrapada dentro del templo y ésta tuviera su centro en la gran sala de audiencias en la que yacía Luke.

Se puso una túnica blanca, se la ciñó a la cintura y salió corriendo al pasillo. Unos cuantos estudiantes Jedi estaban saliendo de sus cámaras, y también parecían haber experimentado un temor indefinible.

Los gemelos saltaron de sus catres.

—¡No os mováis de ahí! —gritó Leia, volviéndose hacia ellos y dudando mucho de que la obedecieran—. ¡Cuida de ellos, Erredós! —le gritó al androide, que había aparecido por el pasillo con las luces parpadeando y emitiendo zumbidos de confusión.

Los estudiantes Jedi se habían vuelto hacia ella.

—¡Vayamos a la gran sala de audiencias! —gritó Leia—. ¡Venga, daros prisa!

Erredós giró sobre sí mismo en el pasillo y fue hacia las habitaciones de Leia y los niños, y los pitidos y gemidos de confusión que lanzaba el androide siguieron a Leia por el corredor. Entró en el turboascensor, y cuando éste se detuvo y abrió sus puertas Leia se encontró con que la gigantesca cámara estaba llena de vientos de tempestad que ululaban de un lado a otro. Leia salió del ascensor y entró en lo que parecía un auténtico ciclón.

Ríos de aire frío entraban por los tragaluces del techo, y los cristales de hielo surgían de la nada y empezaban a brillar a medida que la temperatura descendía en picado. Vientos llegados de todas las direcciones chocaron en el centro de la gran sala y empezaron a girar en un remolino que iba adquiriendo cada vez más velocidad y una fuerza irresistible.

¡Streen!

El anciano ermitaño de Bepin estaba inmóvil en el perímetro de la tormenta circular con los pliegues marrones de su túnica Jedi aleteando a su alrededor. Su revuelta cabellera canosa se retorció, envolviendo su cabeza como si estuviera cargada de estática. Sus labios farfullaron unas palabras incomprensibles, y sus ojos permanecieron cerrados como si estuviera teniendo una pesadilla.

Leia sabía que ni siquiera los Jedi más poderosos eran capaces de manipular fenómenos a una escala tan amplia como la involucrada en el clima, pero sí podían mover objetos, y enseguida se dio cuenta de que Streen estaba haciendo precisamente eso. No estaba

alterando el clima, sino que se limitaba a desplazar el aire, atrayéndolo de todas direcciones para crear un tornado pequeño pero muy destructivo que ya había empezado a avanzar hacia el cuerpo de Luke.

—¡No! —gritó tratando de hacerse oír por encima del viento—. ¡Streen!

El ciclón cayó sobre Luke, azotó su cuerpo y lo levantó por los aires. Leia corrió hacia su hermano paralizado, con sus pies apenas tocando el suelo mientras los potentes vendavales la golpeaban amenazando con hacerla caer de lado. La tempestad le hizo perder el equilibrio y Leia se encontró lanzada por los aires, volando hacia las paredes de piedra como si fuese un insecto. Giró sobre sí misma y desplegó sus pensamientos, calmándose lo suficiente para poder usar sus capacidades con la Fuerza y desviar su cuerpo. En vez de quedar aplastada contra los bloques de piedra, Leia resbaló suavemente hasta llegar al suelo.

El cuerpo de Luke seguía ascendiendo, atraído cada vez más hacia arriba por el huracán. Su túnica Jedi se enroscaba a su alrededor mientras los vientos hacían que girase de un lado a otro, como si fuese un cadáver expulsado desde la compuerta de un carguero y enviado hacia la tumba del espacio.

Streen no parecía darse cuenta de lo que estaba haciendo.

Leia logró ponerse en pie y saltó. Esta vez cabalgó sobre las corrientes de aire circulares, y voló por la parte exterior del ciclón acercándose cada vez más a su indefenso hermano. Logró llegar hasta un pliegue de su túnica y sintió cómo sus dedos aferraban la tosca tela..., y después sintió la quemadura del roce cuando ésta le fue arrebatada de la mano. Leia volvió a caer al suelo.

Luke había sido aspirado hasta la boca del tornado, y seguía subiendo en dirección a los tragaluces.

—¡Luke! —gritó—. Ayúdame, por favor...

No tenía ni idea de si Luke podía oírla, o de si podía hacer algo en el caso de que la estuviera oyendo. Leia acumuló todas sus reservas de energía en los músculos de las piernas y volvió a saltar al aire. Quizá le fuera posible utilizar sus capacidades de levitación Jedi durante una fracción de segundo. Sabía que Luke lo había hecho en varias ocasiones, aunque ella nunca había llegado a dominar esa habilidad que en aquellos momentos se había vuelto repentinamente mucho más importante de lo que jamás lo había sido antes.

El viento la atrapó cuando saltaba hacia arriba. Leia logró llegar a una altura suficiente para agarrarse al cuerpo de Luke. Le rodeó la cintura con los brazos y retorció las piernas alrededor de sus tobillos, aferrándose frenéticamente a él con la esperanza de que su peso tiraría de Luke haciendo que descendiera.

Pero el vendaval se intensificó de repente cuando ya empezaban a bajar, y los rugidos y aullidos del ciclón se volvieron todavía más ensordecedores. Leia sintió cómo el gélido viento invernal le entumecía la piel, dejándole insensible todo el cuerpo. Un instante después salieron disparados hacia el techo de la gran sala de audiencias, avanzando en línea recta hacia el tragaluz de mayores dimensiones, del que colgaban hileras de carámbanos tan amenazadores como jabalinas.

Y Leia comprendió de repente lo que Streen tenía intención de hacerles, ya fuera consciente o inconscientemente. Serían aspirados fuera del Gran Templo, arrojados a una gran altura en el cielo..., y después el viento se esfumaría de repente y permitiría que cayeran centenares de metros hasta encontrarse con las ramas afiladas como lanzas del dosel arbóreo de la jungla.

Las puertas del ascensor se abrieron y Kirana Ti salió corriendo de la plataforma, seguida por Tionne y Kam Solusar.

—¡Detened a Streen! —gritó Leia.

Kirana Ti reaccionó al instante. Llevaba una delgada pero flexible armadura rojiza hecha con las pieles escamosas de los reptiles de Dathomir. En su mundo había sido una guerrera y había luchado empleando una habilidad innata para el manejo de la Fuerza que nunca había sido adiestrada o refinada, pero también había tomado parte en combates de naturaleza física.

Kirana Ti echó a correr impulsada por sus largas y musculosas piernas, agachando la cabeza mientras se lanzaba contra el viento ciclónico que rodeaba a Streen. El viejo ermitaño parecía estar sumido en un profundo trance, y giraba lentamente sobre sí mismo con los brazos colgando flácidamente a los lados y las puntas de los dedos muy separadas, como si estuviera intentando coger algo.

Kirana Ti se tambaleó al chocar con el viento, pero ladeó la cabeza, separó las piernas y tensó los dedos de sus pies descalzos sobre el suelo de piedra intentando obtener la máxima tracción posible. Siguió impulsándose hacia adelante en contra del viento, y acabó logrando llegar a la zona muerta de la tempestad. Después se lanzó sobre Streen, derribándolo al suelo de piedra e inmovilizándole las manos a la espalda.

Streen dejó escapar un grito ahogado, abrió los ojos y parpadeó varias veces. Después contempló lo que le rodeaba como si no entendiera nada. El viento se esfumó al instante, y la atmósfera de la gran sala volvió a quedar sumida en la inmovilidad más absoluta.

Leia y Luke ya habían llegado al techo de la gran estancia cuando cayeron de repente hacia la dureza inflexible de las losas que se extendían debajo de ellos. Luke cayó como un muñeco, y Leia trató de recordar cómo se utilizaban las capacidades de levitación, pero el pánico le nubló la mente.

Tionne y Kam Solusar echaron a correr y estiraron los brazos mientras empleaban las enseñanzas que se les había impartido. Leia se encontró cayendo mucho más despacio cuando ya estaba a menos de un metro de las losas, y acabó quedando inmóvil y suspendida en el aire junto al cuerpo de Luke. Después fueron descendiendo lentamente hacia el suelo. Leia abrazó a Luke y lo sostuvo junto a su pecho, pero su hermano no mostró la más mínima reacción.

Streen se sentó en el suelo, y Kam Solusar corrió hacia Kirana Ti para ayudarla a mantenerle inmovilizado. El viejo ermitaño se echó a llorar. Kam Solusar apretó los dientes hasta hacerlos rechinar y su expresión pareció indicar que deseaba matar al anciano allí mismo y sin esperar ni un instante, pero Kirana Ti le detuvo.

—No le hagas daño —dijo—. No sabe qué ha estado haciendo.

—He tenido una pesadilla —murmuró Streen—. El Hombre Oscuro me estaba hablando... Me hablaba en susurros. Siempre está ahí, siempre acecha... Estaba luchando con el en mi sueño.

Streen miró a su alrededor, como si buscara simpatía o que le animaran a continuar hablando.

—Iba a matar al Hombre Oscuro y a salvaros a todos, pero me despertasteis —siguió diciendo.

Streen comprendió por fin dónde se encontraba, y recorrió la gran sala de audiencias con la mirada hasta que sus ojos se posaron en Leia, que seguía abrazando a Luke.

—Te engañó, Streen —dijo secamente Kirana Ti—. No estabas luchando con el Hombre Oscuro, sino que te estaba manipulando. Fuiste su herramienta... Si no te hubiéramos detenido, habrías destruido al Maestro Skywalker.

Streen empezó a sollozar.

Tionne ayudó a Leia a volver a colocar a Luke sobre la gran losa de piedra que había encima de la plataforma.

—No parece haber sufrido ningún daño —dijo Leia.

—Hemos tenido mucha suerte —dijo Tionne—. Me pregunto si los Caballeros Jedi de la antigüedad también tuvieron que enfrentarse a desafíos parecidos...

—Si lo hicieron, espero que consigas encontrar las viejas historias que lo cuentan —dijo Leia—. Tenemos que averiguar qué hicieron esos Jedi para derrotar a sus enemigos.

Streen se puso en pie y se sacudió liberándose de las manos de Kirana Ti y Kam Solusar, que seguían sujetándole. El rostro del anciano estaba lleno de ira e indignación.

—Debemos destruir al Hombre Oscuro antes de que nos mate a todos —dijo.

Leia sabía que Streen tenía razón, y sintió cómo un temor helado le apretaba el corazón llenándose de un frío insoportable.

Ser administrador jefe de la Instalación de las Fauces ya era una carga lo suficientemente grande en circunstancias normales, pero Tol Sivron nunca había imaginado que llegaría un día en el que debería desempeñar su cargo sin contar con la ayuda imperial. Sivron, un alienígena de la raza *twi'lek*, acarició sus extremadamente sensibles colas cefálicas y volvió la cabeza hacia el ventanal de la sala de conferencias desierta para contemplar el vacío espacial que envolvía al complejo secreto.

La almirante Daala nunca le había gustado, y tampoco le gustaba su altiva sequedad. Durante todos los años que habían pasado en la Instalación de las Fauces, Tol Sivron jamás tuvo la sensación de que Daala comprendiera su misión de crear nuevas armas de destrucción masiva para el Gran Moff Tarkin, a quien los dos debían enormes favores.

Los cuatro Destruidores Estelares de Daala le habían sido confiados para que protegiera a Sivron y a sus valiosísimos científicos diseñadores de nuevos armamentos, pero Daala se había negado a aceptar la situación subordinada que ocupaba en el gran esquema general. Había permitido que unos cuantos rebeldes que habían sido hechos prisioneros robaran el *Triturador de Soles* y secuestraran a Qwi Xux, una de las mejores diseñadoras de armas del equipo de Sivron. Después Daala había abandonado su puesto para perseguir a los espías, dejando sin protección a Sivron!

Sivron empezó a ir y venir por la sala de conferencias, hinchado de orgullosa vanidad y encorvado bajo el peso de la decepción. Meneó la cabeza, y los dos apéndices cefálicos que parecían enormes gusanos se deslizaron sobre su chaqueta en un movimiento acompañado por un cosquilleo de percepciones sensoriales. Sivron agarró una cola cefálica y se envolvió los hombros con ella.

El puñado de soldados de las tropas de asalto que Daala había dejado en la Instalación de las Fauces no servía de mucho. Tol Sivron ya había llevado a cabo un recuento de los soldados, y sabía que su número ascendía a 123. Había redactado informes oficiales, buscado sus historiales de servicio y compilado información que quizá fuera de utilidad algún día. No tenía muy claro de qué forma podía llegar a ser útil, pero Sivron siempre había basado su carrera en la redacción de informes y la continua acumulación de datos. Alguien acabaría encontrándoles un valor en algún lugar.

Los soldados obedecían sus órdenes —después de todo, eso era precisamente lo que hacían siempre, obedecer órdenes—, pero Sivron no era un comandante militar. No tenía ni idea de cómo debía desplegar a los soldados si la Instalación de las Fauces llegaba a ser atacada alguna vez por invasores rebeldes.

Durante el último mes había hecho que los científicos de las Fauces se esforzaran todavía más en su labor de crear prototipos mejores y defensas más funcionales, y les había obligado a preparar planes para posibles contingencias, procedimientos de emergencia, gamas de eventualidades y respuestas prescritas para cada situación imaginable. «Estar preparados es nuestra mejor arma», pensó. Tol Sivron nunca dejaría de estar preparado.

Había solicitado frecuentes informes de progreso de sus equipos de investigadores, insistiendo en que debían ser actualizados continuamente. El archivo contiguo a su despacho estaba lleno de documentos impresos y modelos demostrativos de varios conceptos. Sivron no había tenido tiempo para examinarlos todos, naturalmente, pero aun así le reconfortaba saber que estaban allí.

Oyó unos pasos que se aproximaban y vio a sus cuatro líderes de división principales, que llegaban a la reunión de la mañana escoltados por los guardaespaldas de las tropas de asalto que les habían sido asignados.

Tol Sivron no se dio la vuelta para saludarles, y siguió contemplando el enorme esqueleto esférico del prototipo de la *Estrella de la Muerte* que se alzaba por encima del macizo de rocas como el esquema de una luna. Sintió una punzada de orgullo, porque sabía que la *Estrella de la Muerte* era el éxito más grande de toda la historia de la Instalación de las Fauces. El Gran Moff Tarkin había echado un vistazo al prototipo y había condecorado inmediatamente a Sivron, después de lo cual había hecho lo mismo con Bevel Lemelisk, su jefe de diseñadores, y con Qwi Xux, su primera ayudante.

Los cuatro líderes de división ocuparon sus asientos alrededor de la mesa. Cada uno había traído consigo una bebida caliente, y cada uno masticaba un pastelillo reconstituido como desayuno. Todos habían venido provistos de una copia impresa del orden del día.

Sivron decidió que la reunión duraría poco y que no se desperdiciaría ni un instante en divagaciones. Sí, la reunión no duraría más de dos horas, o posiblemente tres como máximo. De todas maneras, no tenían muchos temas que discutir... La *Estrella de la Muerte* siguió avanzando en su lenta órbita hasta desaparecer por encima de su cabeza, y Sivron se volvió hacia sus cuatro administradores principales.

Doxin era más ancho que alto, y estaba completamente calvo con excepción de unas cejas muy angostas y oscuras que parecían dos alambres incrustados en su frente. Tenía los labios lo bastante gruesos como para mantener en equilibrio un punzón de datos sobre ellos cuando sonreía. Doxin tenía a su cargo todo lo referente a los conceptos y utilidades prácticas en el campo de las altas energías.

A su lado estaba sentado Golanda. Su elevada estatura y rostro anguloso, con un mentón puntiagudo y una nariz aguileña que daban a su cara una forma general bastante parecida a la de un Destructor Estelar, hacían que su atractivo físico estuviese más o menos al nivel del de un gundark. Golanda estaba al frente de la sección de innovaciones artilleras y despliegues tácticos. En diez años no había dejado de quejarse ni un solo instante de lo estúpido e inútil que resultaba llevar a cabo investigaciones artilleras en el centro de un cúmulo de agujeros negros, donde las continuas fluctuaciones gravitatorias hacían inservibles sus cálculos y convertían cada prueba en una pérdida de tiempo.

El tercer líder de división, Yemm, era un devaroniano de aspecto demoníaco que dominaba de una manera insuperable el arte de decir siempre lo más adecuado en el momento justo. Estaba al frente de la división de documentación y asesoramiento legal.

Wermyn, el último líder de división, estaba sentado a un extremo de la mesa y era un hombretón de aspecto bestial que sólo tenía un brazo. Su piel era de un color verde purpúreo que parecía indicar un origen no totalmente humano. Wermyn estaba a cargo del funcionamiento de las centrales de energía y factorías, y era el responsable de que la Instalación de las Fauces funcionara correctamente.

—Buenos días a todo el mundo —dijo Tol Sivron, y tomó asiento a la cabecera de la mesa mientras tabaleaba sobre la lisa superficie con sus garras puntiagudas como agujas—. Veo que todos han traído su orden del día consigo... Excelente, excelente. —Después volvió la cabeza hacia los cuatro soldados de las tropas de asalto que se habían quedado inmóviles delante de la puerta y los contempló con el ceño fruncido—. Tenga la bondad de salir y cerrar la puerta, capitán. Esta reunión es privada y de alto nivel.

El capitán hizo salir a sus subordinados sin decir palabra y selló la puerta con un siseo de gases comprimidos.

—Bien —dijo Tol Sivron removiendo los papeles que tenía delante—, ahora me gustaría que cada uno informara sobre las actividades recientes de su división. Después de que hayamos examinado las posibles implicaciones de cualquier novedad que haya podido surgir, podremos pasar a concebir y debatir estrategias. Supongo que nuestros Planes de Emergencia revisados ya habrán sido repartidos entre todo el personal de este complejo, ¿no?

Sivron alzó la mirada hacia Yemm, el encargado del papeleo.

El devaroniano sonrió afablemente y asintió. Los cuernos de su cabeza subieron y bajaron con el movimiento.

—Sí, director. Todo el mundo ha recibido un ejemplar del documento de trescientas sesenta y cinco páginas, así como instrucciones de leerlo y estudiarlo diligentemente.

—Excelente —dijo Sivron, y trazó una crucecita junto a la primera línea de su orden del día—. Dejaremos un poco de tiempo al final de la reunión para cualquier nuevo asunto, pero ahora me gustaría seguir con el orden del día. Todavía me quedan muchos informes que revisar... ¿Tendría la bondad de empezar, Wermyn?

La voz ronca y gutural del líder de la división de centrales de energía y factorías entonó un detallado informe sobre los suministros, los índices de consumo de energía y el tiempo que se había calculado durarían las células del reactor. La única preocupación de Wermyn era que empezaban a andar escasos de repuestos, y dudaba mucho de que recibieran otro envío del exterior.

Tol Sivron anotó meticulosamente ese hecho en su cuaderno de datos.

Después Doxin tomó un sorbo de su bebida caliente e informó sobre una nueva arma con la que sus científicos habían estado haciendo pruebas.

—Es un cambiador de fase metálico—cristalino —dijo Doxin—. Lo llamamos CFMC para abreviar.

—Hmmmmmm —murmuró Tol Sivron dándose golpecitos en el mentón con una larga garra—. Tendremos que pensar en un nombre que tenga un poco más de gancho antes de presentársela a los imperiales.

—No es más que un acrónimo de trabajo —dijo Doxin, obviamente avergonzado—. Hemos construido un modelo funcional, aunque nuestros resultados no han sido demasiado consistentes hasta el momento. Las pruebas nos han proporcionado razones para esperar que un modelo a mayor escala pueda funcionar con éxito.

—¿Y qué es lo que hace exactamente? —preguntó Tol Sivron.

Doxin le miró fijamente mientras torcía el gesto.

—Le he remitido varios informes durante las últimas siete semanas, director —dijo—. ¿Es que no los ha leído?

Sivron reaccionó con un encogimiento instintivo de sus colas cefálicas.

—Estoy muy ocupado, y no puedo acordarme de todo lo que leo —dijo—. Especialmente cuando se trata de un proyecto con un nombre tan poco inspirado... Tenga la bondad de refrescarme la memoria al respecto, Doxin.

—El campo del CFMC altera la estructura cristalina de los metales, como por ejemplo los de los cascos de las naves espaciales —empezó a decir Doxin, animándose poco a poco a medida que hablaba—. El CFMC puede atravesar los blindajes convencionales y convertir las planchas de un casco en polvo. Los procesos físicos involucrados son bastante más complejos, naturalmente, y esto no es más que un resumen ejecutivo.

—Sí, sí —dijo Tol Sivron—. Suena magnífico... ¿En qué consisten esos problemas que han estado teniendo?

—Bueno, el CFMC funciona de manera efectiva únicamente sobre un uno por ciento de la superficie de la plancha con la que hemos hecho la prueba.

—Y eso significa que su utilidad quizá no sea terriblemente grande, ¿verdad? —dijo Tol Sivron.

Doxin deslizó las puntas de los dedos sobre la reluciente superficie de la mesa produciendo un sonido chirriante.

—Bueno, director, eso no tiene por qué ser necesariamente cierto... La efectividad del uno por ciento quedó distribuida sobre un área bastante grande, y dejó pequeños orificios del tamaño de un alfilerazo esparcidos por toda la superficie. Una pérdida de integridad tal bastaría para destruir cualquier nave.

Sivron sonrió.

—¡Ah, eso es magnífico! Siga con sus estudios, y continúe enviándome esos excelentes informes.

Después Golanda, la mujer de rostro afilado y flaco que se hallaba a cargo del despliegue de artillería y de las innovaciones tácticas, les habló de los nuevos obuses de resonancia cumular parcialmente basados en los trabajos teóricos preliminares llevados a cabo para el *Triturador de Soles*.

Yemm interrumpió de repente el resumen de Golanda poniéndose en pie y lanzando un grito ahogado. Sivron le contempló con el ceño fruncido.

—Aún no ha llegado el momento de abordar nuevos temas, Yemm —dijo secamente.

—Sí, director, pero... —balbuceó Yemm señalando frenéticamente el ventanal.

Los otros líderes de división se pusieron en pie hablando y gritando todos a la vez.

Tol Sivron acabó dándose la vuelta para ver unas siluetas que se recortaban sobre el telón de fondo gaseoso de las Fauces. Las colas cefálicas del twi'lek se desenroscaron de golpe y quedaron rígidamente extendidas detrás de su cabeza.

Una flota de navíos de combate rebeldes acababa de aparecer dentro de las Fauces. La fuerza de invasión que Sivron llevaba tanto tiempo temiendo ver llegar por fin se había materializado.

El general Wedge Antilles hizo avanzar la fragata de escolta *Yavaris* hacia el amasijo de rocas que formaban la Instalación de las Fauces, con dos corbetas corellianas en la punta del despliegue y las otras dos flanqueándole.

Qwi Xux, tan hermosa como una escultura color azul claro, permanecía inmóvil junto a él en el puesto de observación, pareciendo algo tensa y, al mismo tiempo, sintiendo un obvio deseo de regresar al sitio en el que había vivido durante tanto tiempo. Qwi albergaba la

esperanza de que podría arrancarle algunas pistas que quizá bastarían para devolverle sus recuerdos perdidos.

—Instalación de las Fauces, aquí el general Antilles, comandante de la flota de ocupación de la Nueva República —dijo Wedge por el canal de comunicaciones—. Respondan inmediatamente para poder discutir los términos de su rendición.

Se sintió un poco arrogante mientras pronunciaba aquellas palabras, pero sabía que no podían enfrentarse a su flota. Oculta en el centro del cúmulo de agujeros negros y sin los Destruidores Estelares de la almirante Daala para defenderla, la Instalación de las Fauces dependía mucho más de la inaccesibilidad que de la potencia de fuego para su protección.

Sus naves siguieron aproximándose a la aglomeración de rocas sin que su mensaje recibiera ninguna respuesta, pero cuando la estructura metálica del prototipo de la *Estrella de la Muerte* surgió por encima de los planetoides moviéndose lentamente en su órbita. Wedge sintió una punzada de terror.

—¡Levanten los escudos! —ordenó instintivamente.

Pero la *Estrella de la Muerte* no abrió fuego, y siguió avanzando grácilmente en su órbita hasta volver a desaparecer.

Wedge continuó aproximando su flota a la Instalación, y de repente un encaje de haces láser salió disparado hacia ellos desde los pequeños edificios y módulos de alojamiento esparcidos sobre las masas deformes de los asteroides. Sólo unos cuantos haces lograron dar en su objetivo, e incluso éstos rebotaron en los escudos de las naves sin causar ningún daño.

—Muy bien —dijo Wedge—. Atacaremos con dos corbetas, y sólo lanzaremos andanadas quirúrgicas... Queremos eliminar esas defensas, pero no dañar la Instalación propiamente dicha. —Se volvió hacia Qwi—. Ese lugar contiene demasiados datos importantes como para correr el riesgo de perderlo.

Wedge se dedicó a contemplar las enormes hileras de motores traseros de las dos corbetas que precedían a la formación mientras las naves descargaban un diluvio de haces destructores sobre los asteroides. Lanzas rojizas surgieron de las baterías para pulverizar las rocas.

—Esto está resultando demasiado fácil —dijo Wedge.

Una señal desesperada llegó repentinamente del capitán de una corbeta. Su imagen parpadeó mientras enviaba un haz de transmisión por el canal de emergencia.

—¡Algo muy extraño le está ocurriendo a nuestro casco! Los escudos no sirven de nada... Es alguna nueva clase de arma. Los mamparos del casco se están debilitando. No consigo localizar con exactitud...

La transmisión quedó interrumpida de repente al convertirse la corbeta en una bola de fuego y fragmentos metálicos.

—¡Atrás! —gritó Wedge por el canal de comunicaciones.

Pero la segunda corbeta siguió avanzando, y decidió utilizar todos sus cañones turboláser duales así como un par de torpedos de protones que habían sido instalados específicamente para la misión de ocupación.

—¡Retroceda, capitán Ortola! —ordenó Wedge.

El capitán de la segunda corbeta atacó el planetoide más cercano. Los torpedos de protones salieron despedidos con un chisporroteo de energía incontenible. Los haces turboláser provocaron la ignición de los gases volátiles e inflamables, reduciendo el pequeño planetoide a polvo incandescente.

—Esa nueva arma ya no nos causará más problemas, señor —dijo el capitán Ortola—. Puede desplegar las fuerzas de ataque como desee.

Los gritos de advertencia surgían del intercomunicador de la Instalación de las Fauces en una monótona cacofonía de ruidos tan estridentes que Tol Sivron estaba teniendo considerables dificultades para pensar en lo que iba a decir.

—Presten atención, por favor —dijo finalmente por el intercomunicador—. Recuerden que deben seguir los procedimientos de emergencia.

Las tropas de asalto corrían por los pasillos de baldosas blancas. El capitán de las tropas de asalto gritaba instrucciones e iba enviando a sus soldados a establecer posiciones defensivas en los cruces vitales. Nadie se tomó la molestia de recurrir a los escenarios para contingencias meticulosamente redactados y probados que Tol Sivron y sus administradores habían invertido tanto tiempo en desarrollar.

Sivron apretó sus dientes puntiagudos en una mueca de disgusto y volvió a hablar por el intercomunicador.

—Si necesitan otro ejemplar de sus procedimientos de emergencia o si tienen dificultades para encontrar uno, pónganse en contacto inmediatamente con sus respectivos líderes de división —dijo alzando la voz—. Nos ocuparemos de que lo reciban con la mayor brevedad posible.

Las naves rebeldes que flotaban sobre la Instalación de las Fauces parecían estructuras surgidas de una pesadilla, y estaban abriéndose paso por entre los haces láser defensivos de la Instalación prestándoles tan poca atención como si fueran simples picaduras de insectos.

Doxin estaba sentado delante de un puesto de comunicación interlaboratorios, y lanzó un grito de alegría al ver cómo una de las corbetas rebeldes se encogía sobre sí misma y se desintegraba un instante después, convirtiéndose en una nube de placas metálicas pulverizadas que quedó envuelta por los chorros del combustible y los gases refrigerantes que escapaban de sus depósitos.

—¡Ha funcionado! —exclamó—. ¡El CFMC ha funcionado!

Dio unos golpecitos en la conexión receptora de su oreja, escuchó y torció sus enormes labios con visible preocupación. Cuando Doxin frunció el ceño, las ondulaciones recorrieron su calva cabeza y subieron hasta su coronilla, esparciéndose por ella como surcos abiertos sobre un terreno escarpado.

—Desgraciadamente no tendremos ocasión de utilizarlo una segunda vez, director, ya que el CFMC no parece haber funcionado exactamente tal como se esperaba —siguió diciendo—. Pero creo que el éxito obtenido contra un objetivo real ha demostrado que el sistema merece que se siga trabajando en él.

—Desde luego —asintió Sivron, contemplando con admiración la nube de restos de la corbeta que todavía estaba expandiéndose lentamente por el espacio—. Debemos celebrar una reunión de verificación para continuar examinando el tema.

—El sistema no responde —dijo Doxin.

La segunda corbeta rebelde avanzó a toda velocidad escupiendo fuego por todos sus sistemas de armamento, y el asteroide que albergaba los laboratorios y despachos de la división de conceptos de alta energía quedó incinerado bajo el diluvio destructor.

—Bien, al parecer está claro que el CFMC ha quedado totalmente inservible —dijo Sivron.

Doxin estaba profundamente decepcionado.

—Ahora nunca podremos llevar a cabo un análisis posdisparo —dijo con un suspiro—. No se cómo nos las arreglaremos para redactar un informe sin disponer de los datos necesarios...

Una sorda vibración recorrió todo el complejo. Tol Sivron volvió la mirada hacia el pasillo mientras sus líderes de división se apelotonaban detrás de él para ver qué había ocurrido. Hilachas de humo gris blanquecino habían empezado a deslizarse por los corredores, y estaban sobrecargando los sistemas de ventilación.

Las pantallas de los monitores de ordenador instaladas en la sala de conferencias se apagaron de repente. Sivron se estaba poniendo en pie para exigir una explicación cuando las luces de todos los despachos parpadearon y se apagaron, siendo sustituidas un instante después por la débil claridad verdosa de los sistemas de emergencia.

El capitán de las tropas de asalto entró corriendo en la sala de conferencias con un repiquetear de botas sobre las baldosas del suelo.

—¿Qué está ocurriendo, capitán? —preguntó Tol Sivron—. Infórmeme de la situación.

—Acabamos de completar con éxito la destrucción del núcleo principal del ordenador, señor —respondió el capitán.

—¿Que han hecho qué? —gritó Sivron.

El capitán siguió hablando con su voz seca y metálica.

—Necesitamos disponer de sus códigos personales para acceder a las copias de seguridad, director. Vamos a irradiarlas para borrar toda la información clasificada.

—¿Figura eso en los procedimientos de emergencia? —Tol Sivron volvió la cabeza de derecha a izquierda buscando una respuesta de sus líderes de división, y acabó cogiendo el ejemplar del manual de Procedimientos de Emergencia que tenía delante—. ¿En qué página lo ha encontrado, capitán?

—No podemos permitir que nuestros datos más vitales caigan en manos de los rebeldes, señor. Las copias de seguridad de los bancos de datos del ordenador deben ser destruidas antes de que los invasores tomen el control de este complejo.

—No estoy muy segura de que tratáramos esa contingencia cuando redactamos el manual —dijo Golanda, encogiéndose de hombros mientras pasaba las páginas de su ejemplar.

—Quizá tendríamos que incluirla en forma de apéndice... —sugirió Yemm.

Wermyn se había puesto en pie y estaba hurgando entre sus papeles con su única y robusta manaza.

—¡Lo he encontrado, director! —exclamó de repente—. Está en la Sección 5.4... «En el Caso de Invasión Rebelde», párrafo (C). Si parece probable que una invasión de esas características consiga adueñarse de la Instalación, debo llevar a mi equipo hasta el asteroide en el que se encuentra el reactor central y destruir las torres de refrigeración para que todo el sistema entre en fase supercrítica, con lo que destruirá la base y también a los invasores.

—¡Excelente, excelente! —dijo Tol Sivron, que acababa de encontrar la página buscada y estaba leyendo el párrafo—. Bien, pues entonces ocúpese de ello.

Wermyn se inclinó sobre la mesa y su piel de un púrpura verdoso se volvió un poco más oscura.

—Todos esos procedimientos han sido aprobados, director, pero no acabo de entender qué debemos hacer a continuación. ¿Cómo se las arreglará mi equipo para salir de allí? De hecho, ¿cómo vamos a ponernos a salvo después de que yo haya provocado la reacción en cadena?

La voz de un soldado se abrió paso a través del parloteo de alarmas que brotaba del intercomunicador.

—¡Tropas rebeldes han entrado en la base! Tropas rebeldes han entrado en la base...

La transmisión se interrumpió de repente y terminó con un graznido de estática.

—Den la orden de evacuación —dijo Sivron, cada vez más perplejo.

Volvió hacia el ventanal sus ojillos de twi'lek, mucho más juntos de lo normal en un ser humano. Los navíos de combate rebeldes continuaban atacando la Instalación..., y de repente una reluciente estructura metálica surgió por encima del horizonte, una esfera armilar del tamaño de una pequeña luna.

—Vaya a ocuparse de los reactores tal como se le ha dicho, Wermyn —ordenó Tol Sivron—. Evacuaremos a todo el personal al prototipo de la *Estrella de la Muerte*. Podemos pasar a recogerles, y después escaparemos en el prototipo. Abandonaremos a los rebeldes a su muerte, y volveremos al Imperio llevando nuestros inapreciables conocimientos con nosotros.

Tres transportes con grupos de ataque de la Nueva República se posaron en el asteroide central de la Instalación de las Fauces, abriéndose paso a través de las puertas del hangar con ráfagas de sus cañones láser de proa. Después las compuertas de los tres transportes se abrieron velozmente, subiendo como otras tantas alas metálicas, y los grupos de ataque salieron corriendo de los compartimentos de pasajeros y se desplegaron formando falanges defensivas. Los soldados se agazaparon con las cabezas encogidas detrás de sus armaduras antidescargas desintegradoras, sosteniendo rifles de alta energía en sus manos.

Chewbacca dejó escapar un potente alarido wookiee mientras bajaba corriendo por la rampa con su arco de energía preparado para hacer fuego. Una manaza velluda apretaba la culata, y el arma en forma de ballesta apuntaba hacia delante. Chewbacca tenía el pelaje erizado. Podía oler la mezcla de humo, aceite y vapores de líquido refrigerante. Chewbacca hendió el aire con su manaza peluda, indicando al grupo de élite de los Comandos de Page que avanzara detrás de él.

Haces desintegradores surcaron el aire un instante después, surgiendo repentinamente desde el rincón en el que se habían emboscado cuatro soldados de las tropas de asalto. Un miembro de otro grupo de ataque se desplomó, y un instante después cuarenta haces desintegradores convergieron sobre los soldados imperiales.

Chewbacca no había olvidado sus días de prisionero en la Instalación de las Fauces, cuando había sido obligado a realizar trabajos de mantenimiento en las naves de la almirante Daala. Había sentido la tentación de sabotear una de sus lanzaderas de asalto de la clase Gamma, pero sabía que de hacerlo sólo conseguiría ser ejecutado al instante sin haber podido causar ningún daño irreparable a las fuerzas imperiales.

Pero en aquellos momentos Chewbacca sólo podía pensar en los otros esclavos wookies. Se acordaba de sus cabezas encorvadas, sus cuerpos enflaquecidos y las calvas de su pelaje. El fuego de sus ojos se había extinguido después de años de trabajos agotadores que habían ido robándoles la esperanza.

Chewbacca apenas pudo reprimir un gruñido de furia al acordarse del sádico «capataz» de los wookies, un hombre de cuerpo tan obeso y cubierto de bultos que resultaba casi deforme y que supervisaba el trabajo de los esclavos allí donde éstos fueran asignados. Sus ojos llameantes, su voz cortante como un trozo de cristal y su letal látigo de energía mantenían controlados a los wookies mediante la intimidación.

Las alarmas empezaron a aullar en los intercomunicadores, y su estridente sonido reforzó la ira de Chewbacca e hizo que sus glándulas segregaran todavía más adrenalina. Volvió la cabeza hacia los grupos de ataque para apremiarles a avanzar con un gruñido. Pensó en Cetrespeó, que seguía a bordo del navío insignia *Yavaris*, y se alegró de que el androide de protocolo dorado no tuviera que exponerse al fuego cruzado. Chewbacca ya había tenido que recomponer a Cetrespeó en una ocasión, y no quería tener que volver a hacerlo.

Fue hacia una gran sala de trabajo de paredes rocosas en la que recordaba haber pasado horas interminables de pesada labor. Las puertas estaban selladas mediante gruesos escudos antidesintegradores sostenidos por remaches tan grandes como los nudillos de Chewbacca.

Golpeó el panel metálico con la palma de su mano. Los Comandos de Page estaban hurgando en sus mochilas detrás de él, y un instante después dos de ellos corrieron hacia Chewbacca con un detonador térmico en cada mano. Colocaron los detonadores en lugares estratégicos de la puerta blindada y activaron los cronómetros. Pequeñas cifras ambarinas empezaron a parpadear y se sucedieron a gran velocidad iniciando la cuenta atrás.

—¡Retroceded! —gritó un comando.

Chewbacca siguió al equipo con sus largas zancadas de wookiee mientras doblaban la esquina justo a tiempo de oír una explosión ahogada. Un momento después hubo un sonido mucho más potente que creó ecos en toda la sala cuando la gruesa puerta blindada se desplomó sobre el suelo con un ensordecedor estrépito metálico.

—En marcha —dijo el líder del grupo de ataque.

Chewbacca se lanzó a la carga a través de la humareda y entró en el hangar que había estado protegido por las puertas blindadas. Oyó sonidos siseantes, como rayos mezclados con gritos de dolor y furia. Los wookies cautivos habían sido reducidos a un estado tan lamentable que incluso habían olvidado su lengua.

El humo se fue disipando poco a poco, y Chewbacca quedó bastante desilusionado al darse cuenta de que la batalla ya había terminado, pero le alegró ver que los wookies por fin habían decidido rebelarse al oír las alarmas y presentir que sus largos años de sufrimiento estaban a punto de terminar.

Nueve wookies habían convergido sobre el capataz, que había ido retrocediendo hasta pegar la espalda a una lanzadera imperial de la clase Lambda medio desmantelada. El capataz era un hombretón con el cuerpo en forma de barril, y su piel aceitosa brillaba todavía más de lo normal debido a la capa de sudor fruto del miedo que la cubría. Chewbacca vio cómo fruncía los labios en un gruñido desafiante mientras movía su látigo de energía como si fuera una serpiente lanzando golpes de un lado a otro. Los wookies gruñían e intentaban acercarse lo suficiente para poder hacerle pedazos con sus garras.

Chewbacca reaccionó lanzando su propio rugido de desafío. Unos cuantos wookies alzaron la mirada hacia la fuerza de rescate, pero otros gigantes peludos estaban tan absortos en su ocasión de cobrarse su deuda pendiente con el capataz que no prestaron ninguna atención a su llegada.

–Tira tu arma –le ordenó el líder del grupo de comandos al capataz.

Todos los rifles desintegradores estaban apuntándole, y Chewbacca casi sonrió al ver cómo aquel hombre tan cruel volvía la mirada hacia las fuerzas de la Nueva República con una expresión de alivio en el rostro.

Los wookies seguían gruñendo y resoplando. Parecían hallarse en un estado bastante peor que hacía unos meses. Una vez desaparecida la protección de la almirante Daala, el capataz debía de haber obligado a los esclavos a trabajar todavía más duro que antes para dotar de nuevas defensas a la Instalación de las Fauces.

–¡Te he dicho que tires el arma! –insistió el líder del equipo de comandos.

El capataz volvió a agitar su látigo de energía haciendo retroceder al grupo de wookies que le mantenía acorralado. Chewbacca ya había visto a los tres enormes machos que estaban más cerca del capataz, y se había dado cuenta de que su pelaje estaba sucio y lleno de calvas y quemaduras causadas por los golpes del látigo entre las que relucían los verdugones cerúleos de viejas cicatrices. El wookiee más viejo, un gigante de pelaje gris que Chewbacca recordaba se llamaba Nawruun, se había agazapado al lado de la lanzadera y estaba escondido debajo de los paneles de cantos afilados en que se convertían las alas de la nave al ser subidas. Los huesos del viejo wookiee parecían haber sido deformados y maltratados por años de duro trabajo, pero la ira que ardía en sus ojos brillaba con una luz más intensa que la de una estrella.

El capataz alzó su látigo de energía y sus ojos fueron de los wookies a los Comandos de Page. El líder del grupo de ataque disparó una ráfaga de advertencia que rebotó en una pared del hangar con un tañido metálico. El capataz alzó su mano libre en un gesto de rendición, y después dejó que su látigo de energía cayera al suelo. El mango tintineó al chocar con las planchas.

–Y ahora retroceded –dijo el líder del grupo de ataque.

Chewbacca empezó a hablar en wookiee. Los asombrados prisioneros permanecieron inmóviles y en tensión durante unos momentos. El capataz parecía estar a punto de desmayarse de puro terror cuando de repente el viejo Nawruun se lanzó al suelo, movió una manaza peluda para agarrar el mango del látigo y empezó a manipular los botones de activación.

El capataz dejó escapar un chillido estridente y retrocedió hasta pegarse a la pared mientras buscaba desesperadamente un sitio donde esconderse. Chewbacca les gritó a los wookies que se estuvieran quietos, pero éstos no le oyeron. Todo el grupo de cautivos saltó hacia adelante con las garras extendidas, decididos a despedazar al capataz hasta que no fuese más que una masa de fragmentos ensangrentados.

Nawruun saltó sobre el cuerpo en forma de barril. El wookiee era muy viejo y estaba deformado por la esclavitud, pero agarró el látigo de energía como si fuese una porra y derribó al capataz haciendo que cayera al suelo. El hombretón se derrumbó con un alarido mientras manoteaba frenéticamente.

Los otros wookies cayeron sobre él. Nawruun pegó el mango del látigo de energía al rostro del capataz..., y activó el arma poniéndola a plena potencia.

La lanza de energía taladró la cabeza del capataz y llenó su cavidad craneana de fuegos artificiales. Chorros de chispas brotaron de sus cuencas oculares, y siguieron brotando de ellas hasta que el cráneo del capataz quedó hecho añicos y cubrió a los histéricos prisioneros wookies con un diluvio de materia orgánica ensangrentada.

El silencio descendió de golpe sobre el hangar.

Chewbacca avanzó por entre los encogidos wookies supervivientes. Habían consumido toda su furia y sus reservas de energía, y todos fueron apartándose poco a poco del cadáver de su torturador. El viejo Nawruun se irguió, clavó la mirada en el látigo de energía que empuñaba y lo contempló durante unos momentos como si no supiese qué era hasta que acabó dejándolo caer al suelo.

El látigo hizo un sonido hueco al chocar con las planchas y Nawruun se fue doblando sobre sí mismo hasta caer junto a él. Un gran estremecimiento recorrió todo su cuerpo, y el viejo wookie empezó a sollozar.

Tol Sivron intentó encontrar un sitio cómodo para sentarse y relajarse en el compartimento de pilotaje de la *Estrella de la Muerte*, pero el prototipo no había sido diseñado pensando en los lujos.

Hileras de equipo rodeadas por cables y soldaduras hechas a toda prisa surgían del suelo. Las vigas y estructuras reforzadas le impedían ver la mayor parte de la Instalación convertida en campo de batalla, pero aun así Sivron podía darse cuenta de que las fuerzas rebeldes ya se habían adueñado de todo el complejo.

El amasijo de torres de refrigeración y difusores de radiación del reactor central que ocupaba el perímetro exterior del aglomerado de planetoides se iluminó de repente y empezó a derrumbarse.

La voz seca y gutural de Wermyn brotó un instante después de la rejilla de la radio.

—Nuestros explosivos han destruido los sistemas de refrigeración, director Sivron —dijo—. El reactor no tardará en pasar a la fase supercrítica. No creo que los atacantes puedan detener la reacción en cadena. La Instalación de las Fauces está condenada.

—Muy bien, Wermyn —dijo Sivron.

Se sentía consternado ante la pérdida de un equipo que tenía una importancia vital, pero pensándolo bien... Bueno, ¿qué otra cosa podía hacer después de todo? Sus guardianes imperiales le habían abandonado. Sivron y sus líderes de división habían ofrecido una digna resistencia. No tenían ninguna ayuda militar, por lo que no se podía esperar que logran vencer a una fuerza de ataque bien armada, ¿verdad? Además, estaban siguiendo los procedimientos establecidos. Nadie podría hacerles ningún reproche.

Sivron miró al capitán de las tropas de asalto y a los otros tres líderes de división. El resto de científicos de las Fauces y los contingentes de soldados ya habían buscado refugio en las salas de control y aprovisionamiento del prototipo.

—No he tenido ocasión de examinar todos los esquemas técnicos de este prototipo de estación de combate —dijo, y miró a su alrededor—. ¿Hay alguien que sepa pilotar este navío?

Golanda miró a Doxin, que a su vez miró a Yemm.

—Tengo cierta experiencia como piloto de vehículos de ataque, señor —dijo el capitán de las tropas de asalto—. Quizá consiga entender los controles.

–Excelente, capitán –dijo Tol Sivron–. Hmmmm... ¿Necesita sentarse aquí? –preguntó, levantándose del sillón de mando.

–No es necesario, señor. Puedo manejar los controles desde el centro de mando.

El capitán fue hacia una hilera de controles.

–Deben de haber detectado las explosiones de Wermyn –dijo Doxin mientras contemplaba cómo las naves de ataque rebeldes se agrupaban alrededor del planetoide que albergaba el reactor.

Dos lanzaderas más bajaron del vacío para desplegar nuevos grupos de asalto en la central de energía. La potencia de fuego combinada de los rebeldes impediría cualquier intento de rescate.

–¿Y ahora cómo se supone que vamos a sacar a Wermyn de ahí? –preguntó Sivron.

Yemm volvió a hojear el manual de Procedimientos de Emergencia.

–Creo que tampoco pensamos en esa contingencia –dijo por fin.

Las colas cefálicas de Tol Sivron ondularon de un lado a otro en un movimiento que indicaba intensa irritación.

–Lo cual es un error lamentable, ¿no le parece?

Frunció el ceño e intentó encontrar alguna manera de adaptarse a la nueva situación. Los twi'leks eran unos grandes expertos en el arte de la adaptación. Sivron había conseguido adaptarse cuando se marchó de Ryloth, su planeta natal; y después también había sabido adaptarse cuando Moff Tarkin le nombró director del tanque de cerebros. Estaba claro que tendría que volver a cambiar sus planes para adaptarse a una nueva situación que estaba empeorando por minutos y sacar el máximo provecho posible de ella.

–Muy bien, así que no hay tiempo de rescatar a Wermyn... Cambio de planes. Debemos servir al Imperio, y ése es nuestro primer deber y tiene prioridad sobre todo lo demás. Debemos retirarnos rápidamente y salir de aquí con este prototipo de la *Estrella de la Muerte* intacto.

Wermyn ya había visto cómo los equipos de ataque rebeldes descendían para adueñarse del planetoide que albergaba el reactor, y volvió a ponerse en contacto con Tol Sivron.

–¿Qué puedo hacer para ayudarle, director? –preguntó, y su ronca voz de bajo sonaba claramente más preocupada y nerviosa que antes–. ¿Cómo planean rescatarnos?

Tol Sivron abrió el canal de comunicaciones.

–Wermyn, quiero que sepa lo mucho que le admiro y cómo respeto sus largos años de servicio –dijo en el tono más sincero y solemne de que era capaz–. Lamento mucho que no pueda disfrutar de un retiro tan largo y feliz como el que yo había esperado para usted. Una vez más, le ruego que acepte mi admiración y mi respeto... Muchas gracias, Wermyn.

Cortó la comunicación y se volvió hacia el capitán de las tropas de asalto.

–Bien, y ahora tenemos que salir de aquí inmediatamente.

Qwi Xux bajó a la Instalación de las Fauces con Wedge Antilles en cuanto hubo pasado el momento más encarnizado de la batalla. Qwi vio cómo los planetoides se iban haciendo más y

más grandes a medida que se aproximaban a ellos. Había pasado la mayor parte de su vida allí abajo, pero recordaba muy poco de ella.

Dejando aparte la destrucción de la primera corbeta, las pérdidas sufridas por la flota de la Nueva República habían sido mínimas. Los científicos de las Fauces habían ofrecido una resistencia casi inapreciable y, de hecho, muy inferior a la que Wedge temía encontrar. Qwi ya ardía en deseos de recorrer sus antiguos laboratorios, y estaba impaciente por examinar sus archivos con la esperanza de hallar una contestación a algunas de sus preguntas..., aunque temía cuáles pudieran ser esas respuestas.

Wedge se inclinó sobre ella y le cogió la mano.

—Todo irá bien —dijo—. Nos serás de una gran ayuda. Espera y lo verás.

Qwi Xux volvió la cabeza hacia el y le contempló con sus grandes ojos llenos de melancólica ternura.

—Haré cuanto pueda, y... —empezó a decir. Pero algo atrajo su atención de repente, y extendió una mano señalando los planetoides—. ¡Mira, Wedge! Tenemos que detenerlo.

El prototipo de la *Estrella de la Muerte* se estaba alejando de la Instalación de las Fauces impulsado por sus potentes motores, una gigantesca esfera metálica que relucía bajo la luz reflejada de la nube de gases.

—Según mis archivos, la Instalación de las Fauces contaba con un prototipo en condiciones de funcionar —dijo Qwi—. Si llevan esa *Estrella de la Muerte* al espacio de la Nueva República...

La colosal esfera de la *Estrella de la Muerte* salió disparada a toda velocidad hacia los confines del cúmulo de agujeros negros antes de que Qwi pudiera terminar la frase, y se esfumó entre las nubes de gases superrecalentados.

Terpfen permanecía inmóvil bajo la enorme sombra del Gran Templo mientras las primeras claridades del amanecer que traía consigo la aparición de Yavin se iban intensificando, calentando las junglas poco a poco hasta que las primeras hilachas de neblina brotaron del suelo y se enroscaron en el aire.

Terpfen, que había quedado paralizado de miedo ante la inmensa y antiquísima pirámide escalonada, hizo girar sus ojos circulares para contemplar la zona de descenso en la que había dejado su caza B robado. La nave emitía crujidos y chasquidos mientras se iba enfriando entre la maleza recortada que ya volvía a crecer en la pista. Terpfen vio las decoloraciones del casco indicadoras de los sitios en que los cazas X que le habían perseguido al huir de Coruscant habían obtenido impactos directos.

Alzó la mirada y vio a varios estudiantes Jedi, siluetas diminutas que se recortaban en la cima del templo. A medida que la luna cubierta de junglas se movía en su órbita alrededor del gigante gaseoso, la configuración del sistema provocaba un fenómeno muy inusual que había dejado asombrados a los rebeldes cuando establecieron su base secreta en el pequeño satélite.

Los rayos de luz que atravesaban las capas superiores del primario de Yavin quedaban refractados en muchos colores distintos, y después llegaban a la atmósfera de la luna, chocando con ella y siendo filtrados por los telones de neblina que ascendían lentamente del suelo hasta dejar en libertad un diluvio de arco iris que sólo duraba unos minutos cada amanecer. Los estudiantes Jedi se habían congregado para contemplar la tormenta de arco iris en el último nivel del templo, y habían visto bajar su nave. Ya estaban llegando.

Terpfen, que llevaba un mono de piloto de caza ceñido al cuerpo, sintió cómo su corazón empezaba a latir más deprisa y se dio cuenta de que le daba vueltas la cabeza. Lo que más le aterrorizaba era la idea de confesar sus traiciones, pero Terpfen tenía que enfrentarse a lo que había hecho. Intentó ensayar las palabras de su confesión, pero decidió que no le serviría de nada hacerlo. No había ninguna manera de compartir aquella horrible noticia que pudiera reducir su espantoso impacto.

Se sentía tan débil como si estuviera a punto de perder el conocimiento, y se agarró a los fríos bloques cubiertos de musgo del templo con una mano—aleta. Temía que Carida se las arreglase de alguna manera para volver a encontrarle, y que Furgan volviese a clavar sus garras en los componentes orgánicos con que habían sustituido algunas porciones de su cerebro.

¡No! ¡Su mente volvía a pertenecerle! Llevaba más de un día sin experimentar el tirón impalpable de sus amos imperiales. Terpfen ya había olvidado lo que se sentía al poder pensar sus propios pensamientos, y había ido saboreando aquella nueva libertad con un creciente asombro. Se había permitido concebir la fantasía de acabar con el poder del Imperio, e incluso se había imaginado a sí mismo estrangulando al embajador Furgan, aquel ser horrible de ojos saltones.

Y ninguna presencia sombría había surgido de la nada para aplastar su mente mientras albergaba aquellos pensamientos. Se sentía tan... ¡libre!

Terpfen compendió que la debilidad que estaba experimentando no era más que un efecto secundario del miedo que se había adueñado de él. La sensación se fue disipando poco a poco, y Terpfen volvió a erguirse en cuanto oyó sonido de pasos que se aproximaban.

La primera silueta que emergió a la brillante claridad del día fue la de la Ministra de Estado Leia Organa Solo. Debía de haber ido corriendo hasta el turboascensor, suponiendo que el caza B había traído algún mensaje de emergencia de Coruscant. Tenía la cabellera despeinada y revuelta por el viento, y sus ojos estaban llenos de sombras. Su frente estaba arrugada por un fruncimiento de inquietud, como si ya tuviera algún otro motivo de preocupación.

Terpfen se sintió invadido por una nueva desesperación, y pensó en la agonía que vería dibujarse en sus facciones cuando le revelara que los imperiales conocían el paradero de su hijo Anakin.

Leia se detuvo ante el y le contempló con el rostro muy serio, como si estuviera evaluándolo. Terpfen vio que fruncía el ceño en un claro esfuerzo de meditación.

—Le conozco... —dijo por fin—. Se llama Terpfen, ¿verdad? ¿Por qué ha venido aquí?

Terpfen sabía que su maltrecha cabeza bulbosa y el abultado trazado de cicatrices que la cubría hacían que fuese reconocible incluso para los humanos. Detrás de Leia aparecieron varios estudiantes Jedi a los que Terpfen no reconoció, y un instante después vio a la embajadora Cilghal. Los enormes ojos redondos de la calamariana parecieron atravesarle para escrutar su alma.

—Ministra Organa Solo... —dijo Terpfen con voz temblorosa. Después cayó de rodillas ante ella, en parte porque se sentía horriblemente desgraciado y en parte porque sus piernas se negaban a seguir sosteniéndole durante más tiempo—. ¡Su hijo Anakin corre un grave peligro!

Terpfen inclinó lentamente su cabeza llena de cicatrices, y lo confesó todo antes de que Leia pudiera empezar a dispararle preguntas tan secas y precisas como una andanada de rayos láser.

Leia contempló la cabeza surcada de cicatrices de Terpfen y tuvo la sensación de que estaba siendo estrangulada lentamente. ¡La compleja pantalla de seguridad y secreto que Luke y Ackbar habían tejido en torno al planeta Anoth había sido atravesada! El Imperio sabía dónde encontrar a su bebé.

—Tenemos que ir a Anoth inmediatamente, ministra Organa Solo —dijo Terpfen—. Debemos enviarles un mensaje, hay que evacuar a su hijo antes de que un grupo de ataque imperial pueda llegar hasta él... Transmití las coordenadas de Anoth a Carida mientras me encontraba bajo la influencia de Furgan, pero no me quedé con una copia de ellas. Destruí esa información. Debe llevarnos hasta allí. Haré todo lo que pueda para ayudarles, pero debemos actuar lo más deprisa posible.

Leia se dispuso a entrar en acción. Estaba preparada para hacer cuanto fuese necesario a fin de salvar a su hijo..., pero de repente se acordó de algo que la horrorizó y la dejó paralizada.

—No puedo ponerme en contacto con Anoth —dijo—. ¡Ni siquiera yo sé dónde está ese planeta!

Terpfen la miró fijamente, pero Leia no podía leer ninguna expresión en su rostro anguloso de criatura acuática.

—También me lo ocultaron a mí —siguió diciendo—. Los únicos que conocen las coordenadas del planeta son Winter, y ella está en Anoth, y Ackbar, que se está escondiendo en Calamari, y Luke, que se encuentra sumido en un profundo coma. ¡No sé cómo llegar hasta allí!

Leia intentó calmarse, y trató de recordar y recuperar la velocidad con que había sido capaz de pensar y reaccionar en sus días de juventud. Cuando estaba a bordo de la primera *Estrella de la Muerte*, había tomado el mando durante el apresurado y casi fallido intento de rescate llevado a cabo por Han y Luke. Entonces había sabido lo que debía hacer, y había actuado rápidamente y sin ninguna vacilación.

Pero el paso del tiempo le había dado tres hijos de los que cuidar, y sus nuevas prioridades parecían impedirle pensar con rapidez. Han ya había partido en busca de Kyp Durrón y del *Triturador de Soles*. Leia se había quedado en Yavin 4 con los gemelos, se suponía que para cuidar de ellos y asegurarse de que no corrían ningún peligro. No podía irse.

La embajadora Cilghal pareció captar sus pensamientos.

—Debes ir. Leia —dijo—. Ve a salvar a tu hijo... Tus gemelos estarán a salvo aquí. Los estudiantes Jedi les protegerán.

Leia sintió como si hubiera quedado repentinamente libre de una atadura cuya existencia había estado ignorando hasta aquel momento, y los planes inundaron su mente y empezaron a formarse con una increíble claridad.

—Muy bien, Terpfen... Vendrá conmigo, y tendremos que llegar a Calamari lo más deprisa posible. Encontraremos a Ackbar, y el podrá llevarnos hasta Winter y Anakin.

Leia contempló al traidor con una compleja mezcla de ira, esperanza, compasión y pena.

Terpfen desvió la mirada.

—No —dijo—. ¿Y si los imperiales vuelven a activar mis circuitos orgánicos? ¿Y si me obligan a cometer nuevos actos de sabotaje?

—Mantendré los ojos bien abiertos —dijo secamente Leia—, pero quiero que venga conmigo a ver a Ackbar. —Pensó en la desesperación del almirante calamariano, y en cómo había ido a esconderse en la soledad de los océanos de su planeta para que nadie tuviera que contemplar su vergüenza—. Va a explicarle que el no fue el culpable de la colisión en Vórtice.

Terpfen se levantó con un visible esfuerzo y se tambaleó de un lado a otro, pero acabó logrando mantenerse erguido sobre sus pies.

—Ministra Organa Solo... —balbuceó como si se hubiera tragado algo terriblemente repugnante—. Yo... Lo siento.

Leia le fulminó con la mirada, pero ya estaba sintiendo cómo la adrenalina inundaba su organismo y la apremiaba con la necesidad de moverse y hacer todo cuanto estuviera a su alcance para evitar la catástrofe. Cualquier vacilación podía significar la pérdida de todo.

—Discúlpese cuando esto haya terminado —dijo—. En estos momentos lo que necesito es su ayuda.

El *Halcón Milenario* emergió del hiperespacio cerca de las coordenadas del sistema estelar destruido que había sido Carida.

Han Solo polarizó el visor segmentado para contemplar los escombros que hasta hacía muy poco tiempo habían sido un grupo de planetas y un sol llameante. Mirase donde mirase, ya sólo podía ver una franja de gases que todavía brillaban y un mar de radiaciones surgido de la supernova. La destrucción pertenecía a un orden de magnitud mayor incluso que el que se había encontrado cuando salió del hiperespacio para descubrir que Alderaan había sido reducido a un montón de fragmentos desmenuzados. Todo aquello había ocurrido cuando aún ni siquiera conocía a Leia, antes de que hubiera unido su destino al de la Rebelión y antes de que llegara a creer en la Fuerza.

La estrella de Carida había estallado expeliendo materia estelar que formaba una gruesa banda alrededor de la eclíptica, así como gigantescos telones de gases en continua agitación que brillaban y chisporroteaban con destellos de intensa energía a través de todo el espectro. La onda expansiva había surcado el espacio, y seguiría avanzando por el hasta terminar disipándose millares de años después.

Han conectó sus sensores de alta resolución y localizó unas cuantas masas de cenizas y polvo, los bultos consumidos de mundos que habían sido los planetas exteriores del sistema. Todavía resplandecían como ascuas en una hoguera agonizante.

Lando Calrissian estaba sentado junto a él, boquiabierto por el asombro.

—Vaya, amigo, ese chico sí que sabe cómo causar daños...

Han asintió. Tenía la garganta reseca y tan dolorida como si estuviera en carne viva. No ver a Chewbacca sentado en el asiento del copiloto hacía que se sintiera bastante raro. Han esperaba que su amigo wookiee estuviera pasándolo mejor en su misión de lo que lo estaba pasando él.

Los bancos sensores del *Halcón* apenas podían absorber las sobrecargas de energía que palpitaban a través de los restos del sistema caridano. Los rayos X y gamma martilleaban los escudos de la nave, pero Han no vio ni rastro de Kyp.

—¿Qué crees que vas a poder encontrar con toda la estática que hay por aquí, Han? —preguntó Lando—. Si tienes muchos reflejos y un montón de suerte, quizá podrías llegar a detectar una huella fónica dejada por los motores sublumínicos del *Triturador de Soles*, pero nunca conseguirás encontrar ese rastro estando envuelto en el halo de una supernova. Las probabilidades de que lo consigas son...

Han le interrumpió levantando una mano.

—No me hables jamás de probabilidades —dijo—. Tú tienes la experiencia suficiente para saber que no hay que hacer ningún caso de ellas.

Lando sonrió.

—Sí, ya lo sé, ya lo sé... Bueno, ¿qué vamos a hacer entonces? ¿Para qué hemos venido a este sistema?

Han frunció los labios mientras buscaba una respuesta. No podía explicar por qué, pero le había parecido que si quería seguir la pista de Kyp debía empezar yendo al sistema de Carida.

—Quiero ver lo que vio Kyp —dijo por fin—, y quiero pensar tal como el ha podido estar pensando. ¿Qué estaba pasando por su cabeza?

—Tú le conoces mucho mejor que yo, viejo amigo. Si Kyp hizo arder toda la Nebulosa del Caldero para eliminar a la almirante Daala, y ahora ha hecho añicos todo el centro de adiestramiento militar imperial... Bueno, ¿dónde irá a continuación? Ponte en su lugar y piensa. Han. ¿Cuál sería tu próximo objetivo?

Han clavó la mirada en el infierno que hasta no hacía mucho tiempo era el sol de Carida.

—Si mi objetivo fuese causar el máximo daño posible al Imperio, entonces iría a...

Han se dio la vuelta y miró a Lando. Las pupilas castaño oscuro de Lando estaban clavadas en él, y tenía los ojos muy abiertos.

—Eso es demasiado peligroso —dijo—. ¡Nunca iría allí!

—No creo que el peligro tenga nada que ver con ello —replicó Han.

—Deja que lo adivine. Lo próximo que vas a decir será que seguiremos a Kyp hasta los Sistemas del Núcleo.

—Lo has adivinado, viejo amigo.

Han introdujo las coordenadas en el ordenador de navegación, y oyó murmurar a Lando que así nunca llegaría a Kessel a tiempo.

Los gases resplandecientes de la estrella de Carida convenida en supernova formaron un embudo a su alrededor a medida que el espacio se alargaba. El *Halcón* salió disparado al hiperespacio, siguiendo un rumbo que lo llevaría muy atrás de las líneas enemigas y al mismísimo corazón de las fuerzas con las que seguía contando el Imperio.

El Emperador había reunido todas sus defensas cerca del resplandeciente corazón de la galaxia, allí donde las estrellas estaban muy cerca la unas de las otras formando configuraciones que aún no habían sido exploradas, y había presentado batalla por última vez a los rebeldes. Pero Palpatine había sido destruido, y desde entonces los señores de la guerra imperiales se habían limitado a luchar entre sí intentando hacerse con el control de lo que quedaba del Imperio. Ya no había ningún supergenio militar como el Gran Almirante Thrawn que pudiera unificar los restos, y la gran máquina de guerra imperial se había retirado hacia los altamente protegidos Sistemas del Núcleo. Los señores de la guerra habían permitido que la victoriosa Nueva República se lamiese sus heridas mientras intentaban alcanzar la supremacía en su pequeño rincón de la galaxia.

Pero cuando un líder militar lograrse imponerse a los demás, las fuerzas combinadas del Imperio se lanzarían sobre la Nueva República..., a menos que Kyp Durrón las destruyera antes.

Han y Lando encontraron los restos de una enana roja que había estallado en la periferia del Núcleo. El pequeño sol de escasa magnitud nunca había tenido nada de particular, y según el atlas planetario del *Halcón* carecía de mundos habitables. Pero las misiones de exploración habían averiguado que el sistema de la enana roja albergaba un astillero de construcción de naves espaciales, un depósito de armamento, y espacio para el almacenamiento de archivos protegidos bajo la forma de bóvedas blindadas excavadas en las profundidades de varios planetas rocosos desprovistos de vida.

Han alzó la mirada hacia el visor y vio que la pequeña estrella había estallado de una manera menos espectacular que el sol de Carida, produciendo una pequeña erupción sin la

masa suficiente para generar una reacción en cadena significativa. Pero aun así las ondas expansivas habían pulverizado e incinerado a los planetas que se movían en órbitas más cercanas a la enana roja.

—Lo ha vuelto a hacer —dijo Han—. No hay manera de que se te pase por alto un rastro como el que está dejando Kyp, ¿verdad? Lando entrecerró los ojos mientras inspeccionaba los sensores. —He localizado a once Destruidores Estelares de la clase Victoria saliendo del sistema —dijo.

—Oh, eso es sencillamente estupendo —dijo Han. Ya tenía preocupaciones más que suficientes con Kyp y el *Triturador de Soles*, y lo último que deseaba en aquellos momentos era tener que vérselas con una flota imperial al mismo tiempo—. ¿Todavía no nos han detectado?

—No lo creo. Aún hay muchas radiaciones e interferencias como resultado de esa explosión. Tengo la impresión de que se han limitado a hacer las maletas y salir corriendo.

Han empezó a sentir un poco de esperanza.

—¿Crees que esto ocurrió recientemente? Puede que Kyp acabe de hacer estallar la estrella, ¿no?

—Podría ser.

—Muy bien. Entonces será mejor que empieces a buscar... —Ya le tengo, Han. El *Triturador de Soles* se encuentra a bastante altura por encima de la eclíptica, como si estuviera..., como si estuviera contemplando lo que ocurre.

—Traza un curso —dijo Han, irguiéndose en el asiento—. Vamos a por él. Máxima velocidad, Lando.

Conectó el sistema de encendido y la hilera de motores sublumínicos del *Halcón* despidió una llamarada blanca. La aceleración incrustó a Han y Lando en los respaldos de sus asientos mientras la nave describía un grácil viraje, deslizándose por encima del plano orbital para empezar a aproximarse al puntito que acababa de aparecer en las pantallas de sus sensores. Pero el *Triturador de Soles* se puso en movimiento en cuanto el *Halcón* empezó a reducir la distancia que se interponía entre ellos.

—Nos ha detectado. ¡Sigámosle! —gritó Han—. Si pasa a velocidad lumínica le habremos perdido.

El *Halcón* salió disparado hacia adelante. Han clavó la mirada en un puntito luminoso que se desplazaba sobre el panorama estelar en una trayectoria que le haría cruzar el rumbo que estaban siguiendo.

—¿Quieres que conecte los láser, Han? —preguntó Lando—. No vamos a dispararle, ¿verdad? ¿Y si no se para?

—Dispararle no serviría de nada..., no con esa armadura cuántica suya. —Han abrió un canal de comunicaciones—. Kyp, soy yo... Soy Han Solo. Tenemos que hablar contigo, chico.

La respuesta del *Triturador de Soles* consistió en un parpadeo acompañado por un cambio de curso y un aumento de la velocidad.

—Pisa a fondo, Lando —dijo Han—. Vamos a seguirle.

—Ya estamos a punto de rebasar las líneas rojas —replicó Lando.

—El *Halcón* aguantará —dijo Han, y volvió a inclinarse sobre el sistema de comunicaciones—. ¡Eh, Kyp, escúchame!

El *Triturador de Soles* describió un arco y empezó a aumentar de tamaño en el visor.

—Ah... ¿Han? —exclamó Lando—. Viene hacia nosotros.

Han se sintió invadido por una oleada de júbilo, y se alegró de que Kyp estuviera dando la vuelta para hablar con ellos.

—Creo que va a embestirnos —dijo Lando.

Han parpadeó con incredulidad y se inclinó sobre el transmisor.

—No lo hagas, Kyp. ¡Kyp! ¡Soy yo, Han!

El *Triturador de Soles* pasó junto a ellos a toda velocidad, desviándose en el último momento para lanzar una andanada de haces láser desde las armas defensivas instaladas en su casco. Han oyó los golpes sordos de los disparos al hacer impacto en el *Halcón*, pero no causaron ningún daño.

—Debe de haber sido una advertencia —dijo Lando.

—Sí, ¿eh? ¡Pues menuda advertencia! —replicó Han—. Kyp, ¿por qué no...?

La voz áspera y quebradiza del joven brotó por fin del canal de comunicaciones.

—Déjame en paz, Han. Vete de aquí. Tengo mucho trabajo que hacer.

—Hmmm. Bueno, Kyp, la verdad es que ése es precisamente el tema del que me gustaría hablar contigo... —balbuceó Han, sintiéndose repentinamente confuso y sin saber muy bien qué debía decirle.

El *Triturador de Soles* volvió a avanzar hacia ellos como si se dispusiera a lanzar otra andanada de fuego láser. Han movió velozmente las manos sobre los controles cuando la pequeña nave pasaba a toda velocidad junto a ellos y disparó el rayo tractor del *Halcón Milenario*, centrándolo sobre la diminuta superarma y estableciendo contacto.

—¡Eh, le he pillado! —exclamó, muy sorprendido.

La inercia del *Triturador de Soles* bastó para que el *Halcón* se bamboleara y empezase a girar, pero el rayo tractor aguantó el repentino tirón. Han incrementó el flujo de energía y reforzó su presa invisible. Las dos naves acabaron quedándose relativamente inmóviles muy por encima del plano orbital que había ocupado la enana roja antes de estallar.

—Muy bien, Han —dijo Kyp—. Si es así como lo quieres... No puedo permitir que me detengas.

El canal de comunicaciones volvió a quedar en silencio.

—No me ha gustado nada cómo sonaba eso, Han —dijo Lando.

La voz de Kyp volvió a surgir del canal de comunicaciones.

—Uno de estos torpedos de resonancia basta para hacer estallar toda una estrella —dijo—. Estoy seguro de que un montón de chatarra como el *Halcón* no le durará ni un segundo.

Han alzó la mirada hacia la silueta cristalina del *Triturador de Soles*. El proyector toroidal quedó envuelto en un chisporroteo azul verdoso, y empezó a acumular la energía necesaria

para lanzar uno de sus proyectiles a una distancia tan reducida que en términos espaciales equivalía al disparar a quemarropa.

–Tengo un mal presentimiento, Lando –murmuró Han.

La luz de mediados de la mañana entraba por los tragaluces del techo del templo y se derramaba sobre la gran sala de audiencias. Haces de claridad dorada llenaban de manchitas luminosas las losas del suelo y se reflejaban en los bloques de piedra tallada de las paredes.

El espíritu de Luke Skywalker estaba inmóvil detrás de su cuerpo inmóvil sobre la plataforma, viendo cómo Cilghal llevaba a los gemelos a hacerle otra visita. Cilghal los tenía cogidos de la mano, y avanzaba con pasos rápidos y llenos de fluidez. Aquella mañana se había puesto su atuendo azul de embajadora en vez de la oscura túnica Jedi. Detrás de la embajadora calamariana venían Streen, con el rostro ensombrecido por la culpabilidad, y la esbelta y musculosa Kirana Ti.

Erredós se mantenía cerca del cuerpo de Luke y rodaba de un lado a otro como si fuese un centinela. El androide astromecánico se había impuesto a sí mismo la misión de proteger al Maestro Jedi después de la devastadora tempestad. Luke descubrió que la lealtad del pequeño androide le conmovía profundamente, aunque no le había sorprendido.

Los gemelos de Han y Leia contemplaron a Luke con los ojos muy abiertos, y el espíritu de Luke los contempló a su vez sintiéndose lleno de tristeza y anhelo. Luke no podía comunicarse, y se sentía atrapado. ¿Qué habría hecho Obi-Wan Kenobi de haberse encontrado en una situación semejante? Luke creía que la Fuerza le proporcionaría una respuesta... siempre que supiese dónde debía buscarla, por supuesto.

—¿Veis, niños? Vuestro tío Luke no corre ningún peligro. Anoche logramos rescatarle... Vuestra madre nos ayudó, y todos ayudamos. Todavía estamos intentando descubrir la manera de despertarle.

—¡Estoy despierto! —gritó Luke en el vacío del plano espiritual—. He de dar con una forma de hacéroslo saber...

Los gemelos estaban contemplando el cuerpo inmóvil de su tío. —Está despierto —dijo Jacen—. Está ahí.

El niño alzó sus pupilas oscuras para mirar directamente al espíritu de Luke.

Luke, muy sorprendido, le devolvió la mirada.

—¿Puedes verme, Jacen? —preguntó—. ¿Puedes entenderme? Tanto Jaina como Jacen asintieron con la cabeza. Cilghal puso las manos sobre los hombros de los gemelos y se los llevó.

—Claro que está ahí, niños.

Luke se dispuso a seguirles sintiéndose excitado y repentinamente lleno de nuevas esperanzas, pero Streen fue hacia la plataforma y cayó de rodillas ante ella. Parecía tan triste y desesperado que Luke percibió las oleadas de confusión que emanaban de él con tanta intensidad como si fuesen un golpe físico.

—¡Lo lamento profundamente, Maestro Skywalker! —exclamó Streen—. Presté oídos a las voces equivocadas dentro de mi cabeza... El Hombre Oscuro me engañó. Nunca volverá a hacerlo.

Streen alzó la mirada y sus pupilas se movieron rápidamente de un lado a otro sin centrarse en nada. El anciano ermitaño también daba la impresión de estar mirando a Luke.

—¿Tú también puedes verme, Streen? ¿Puedes oírme?

Luke estaba pensando a toda velocidad, y se preguntó si sus capacidades habrían cambiado con su nuevo estado.

—El Hombre Oscuro vino a mí —dijo Streen—, pero también siento tu presencia aquí, Maestro Skywalker. Nunca dudaré de ti.

Kirana Ti puso la mano sobre el hombro de Streen y se lo apretó suavemente. La mente de Luke estaba funcionando a toda velocidad. Exar Kun podía comunicarse con los demás, aunque sólo fuese de maneras muy sutiles, y Luke acababa de descubrir que el también podía hacerlo. Ya podía hablar con los gemelos, y el comprenderlo hizo que se sintiera invadido por una oleada de júbilo.

Empezó a hacer planes mientras los otros estudiantes Jedi salían de la gran sala llena de ecos. Luke sintió una nueva confianza en sí mismo y por fin tuvo la seguridad de que podría escapar de aquella trampa, quizá con la ayuda de sus estudiantes Jedi, su nueva generación de Caballeros Jedi.

—Qué conmovedor... —dijo de repente una voz que no pertenecía a aquel mundo y que parecía surgir de los muros de piedra—. Tus torpes estudiantes siguen creyendo que pueden salvarte..., pero yo se muchas cosas que ellos ignoran. Mi adiestramiento no quedó limitado por la cobardía, como sí le ocurrió al tuyo.

Exar Kun apareció ante Luke, una silueta de negrura ondulante.

—Gantoris era mío, y fue destruido —siguió diciendo—. Kyp Durrón continúa estando bajo mi tutela. Streen ya es mío, y los demás también empezarán a oír mi voz. —Exar Kun alzó sus brazos espectrales—. Todas las piezas van ocupando el lugar que les corresponde.

»Resucitaré a la Hermandad del Sith, y utilizaré a tus estudiantes Jedi para formar el núcleo de un ejército invencible que estará armado con la Fuerza.

Luke avanzó hacia Exar Kun aunque aún no sabía cómo luchar con aquel enemigo intangible. Exar Kun se rió, como si acabara de ocurrírsele una idea.

—Vine a ti por primera vez en un sueño disfrazado con la identidad de tu padre corrompido, Skywalker... Quizá debería aparecerme a ellos con tu forma. Si las palabras salen de tu boca, entonces no cabe duda que seguirán las enseñanzas del Sith.

—¡No! —gritó Luke.

Impulsó su cuerpo astral hacia adelante en un intento de caer sobre la silueta iridiscente del Señor del Sith. La forma resplandeciente en que se había convertido Luke pasó a través de las sombras sin encontrar ningún obstáculo, pero Exar Kun pareció perder la corporeidad durante un momento.

Luke sintió como si una lanza de hielo se hundiera en el núcleo de su ser cuando entró en contacto con Kun, pero se obligó a mantenerse impasible mientras el Señor Oscuro retrocedía hacia el muro de piedra y empezaba a infiltrarse en las grietas para escapar.

—Ya he sido templado por el lado oscuro —dijo Luke—, y salí de esa prueba siendo más fuerte de lo que era antes de pasar por ella. Tú eres débil porque sólo conoces las enseñanzas malignas. Tu comprensión no es más grande que la de mis estudiantes.

—Ya veremos quién es el más fuerte... —replicó Exar Kun antes de desaparecer del todo.

El sol se había ocultado detrás de la gigantesca bola de Yavin. La llegada de la seminoche de la luna hizo que el cielo quedara iluminado únicamente por el resplandor anaranjado reflejado desde el gigante gaseoso, con lo que la jungla cobró una apariencia general rojiza.

Las ruidosas colonias de salamandras peludas se instalaron en las ramas más altas para pasar la noche. Los depredadores y las presas ejecutaban las danzas de la supervivencia entre la maleza. Escarabajos piraña color azul zafiro zumbaban sobre las perezosas corrientes de los ríos en busca de víctimas, y otros insectos entonaban sus cánticos de apareamiento.

Y muy lejos, en las profundidades ocultas de la jungla, unas horribles criaturas nocturnas surgieron de sus cavernas llenas de sombras y agitaron sus alas coriáceas. Aquellos seres que carecían de mente y se expresaban con siseos y bufidos empezaron a seguir una compulsión irresistible que tiraba de ellos llevándolos hacia el Gran Templo...

Las alas de las criaturas se agitaban con un sonido parecido al de un trapo húmedo que chocara contra una piedra, apoyándose en las corrientes de aire descendentes que surgían debido al rápido enfriamiento de la atmósfera. Venas purpúreas palpitaban mientras sus negros corazones latían rápidamente, proporcionándoles la energía necesaria para su largo vuelo.

Una cabeza temible se extendía al final de cada uno de los dos largos y sinuosos cuellos que brotaban de cada torso lleno de músculos. Una cola de aspecto mortífero terminada en un aguijón sobre el que relucían los cristales del veneno colgaba detrás de cada criatura, y escamas iridiscentes brillaban bajo la luz rojo oscuro de la seminoche como si estuvieran iluminadas por ascuas recién removidas. Ojos amarillos de reptil ensancharon sus pupilas verticales y buscaron su objetivo.

Las criaturas, monstruos alquímicos creados hacía mucho tiempo cuando Yavin 4 era el dominio de Exar Kun, habían vivido durante generaciones en las negras grutas de lejanas montañas donde el agua goteaba incesantemente en un lento repiqueteo... y tres de ellas acababan de despertar, y habían sido sacadas de su letargo para encomendarles la misión de destruir el cuerpo de Luke Skywalker.

Las criaturas aladas llegaron a los tragaluces abiertos en la cima de la pirámide escalonada, y sus garras arañaron las piedras desgastadas por las inclemencias del tiempo que enmarcaban los angostos ventanales. Las dos cabezas de cada criatura subían y bajaban lentamente, siseando y haciendo chasquear sus fauces en una nerviosa e impaciente espera del momento de atacar.

Los monstruos pegaron sus alas de murciélago al cuerpo, se metieron por los tragaluces y entraron en la gran sala. Después descendieron hacia el cuerpo indefenso de Luke, moviéndose al unísono con sus largas garras extendidas...

La imagen de Luke estaba envuelta en una débil iridiscencia, pero no despedía ninguna luz en la penumbra de la habitación donde dormían los gemelos. La puerta estaba abierta. Cilghal seguía despierta y estaba estudiando en su habitación al otro lado del pasillo, pero todavía no podía oír la voz de Luke.

—Jacen... —dijo Luke con aquella voz ahogada que resonaba dentro de su cabeza. El niño se removió, y Jaina suspiró junto a él y se dio la vuelta sin despertarse—. ¡Jacen! —repitió Luke—. Jaina, necesito vuestra ayuda... Sólo vosotros podéis ayudarme.

El niño despertó por fin, abrió sus grandes ojos oscuros y parpadeó. Recorrió la habitación con la mirada, bostezó y acabó posando la vista en la imagen de Luke.

—¿Tío Luke? —preguntó—. ¿Ayudarte? Claro.

—Despierta a tu hermana y sígueme. Dile que de la alarma y que traiga a todos los estudiantes Jedi. ¡Pero ahora tienes que ayudarme! Quizá tú puedas mantenerlos a raya el tiempo suficiente...

Jacen no hizo preguntas. Cuando sacudió a su hermana. Jaina ya había empezado a despertarse. También vio a Luke, y el niño sólo necesitó unas cuantas palabras para explicarle la situación.

Jacen fue trotando por el pasillo tan deprisa como podían llevarle sus piernecitas. Luke flotaba delante de él, apremiándole a ir más rápido y llegar al turboascensor lo más pronto posible.

Jaina entró corriendo en la habitación de Cilghal y gritó «¡Socorro, socorro!» con toda la potencia de que eran capaces sus pulmones.

—El tío Luke necesita ayuda...

Los estudiantes Jedi salieron a la carrera de sus habitaciones.

Las sirenas de los sistemas de alarma empezaron a sonar de repente. Luke comprendió que Erredós, que seguía montando guardia en la gran sala de audiencias, debía de haberlos conectado: pero no sabía qué podría hacer el androide astromecánico contra las monstruosas criaturas aladas convocadas por Exar Kun.

Jacen vaciló unos momentos dentro del turboascensor mientras Luke le mostraba qué botón debía pulsar.

—¡Date prisa, Jacen! —dijo Luke.

El turboascensor por fin salió disparado hacia arriba. Las puertas se abrieron para revelar la enorme sala sumida en la penumbra.

Erredós iba y venía de un lado a otro a un extremo de la avenida, parloteando incesantemente en su lenguaje electrónico y emitiendo estridentes pitidos. Su brazo soldador estaba extendido y lanzaba chispas azuladas, pero las criaturas reptilianas aleteaban en el aire y trazaban círculos a su alrededor tan despreocupadamente como si considerasen que la lentitud de movimientos de Erredós hacía que el androide no supusiese ninguna amenaza para ellas.

Dos criaturas emprendieron el vuelo desde la plataforma al oír abrirse las puertas del turboascensor y empezaron a graznar y sisear, dirigiendo bufidos amenazadores al niño que salió de la cabina para desafiarlas.

Erredós dejó escapar un quejumbroso chillido electrónico, como si agradeciera cualquier clase de ayuda. Las alarmas seguían resonando por todo el templo.

La tercera criatura se había posado en un extremo de la larga losa de piedra sobre la que yacía el cuerpo de Luke. Sus dos cabezas se adelantaron para emitir un doble grito de

irritación, y una de ellas bajó de repente para arrancar un puñado de tela de la túnica de Luke. La otra cabeza frunció sus labios escamosos y dejó al descubierto varias hileras de colmillos desiguales.

—Están enfadadas —dijo Jacen como si tuviera alguna especie de conexión empática con las criaturas—. No... deberían ser así.

—Aléjalas de mi cuerpo, Jacen —dijo Luke sin apartar la mirada ni un momento de los agujijones venenosos de sus colas, los dientes amenazadores y las afiladas garras—. Ve a ayudar a Erredós. Los otros estarán aquí dentro de unos segundos.

Jacen se puso a gritar como un guerrero enloquecido por el furor de la batalla y corrió hacia los monstruos sin el más mínimo temor, moviendo sus piernecitas regordetas tan deprisa como podía mientras agitaba los brazos sin dejar de gritar ni un instante.

Dos criaturas graznaron, viraron en el aire y movieron sus alas coriáceas para lanzarse sobre el niño. Erredós silbó una advertencia.

Jacen se agachó en el último momento. Las largas garras curvadas y de una dureza metálica que poseían las criaturas resbalaron sobre las losas del suelo y produjeron chorros de chispas. El niño siguió corriendo sin detenerse y fue en línea recta hacia la tercera criatura, que estaba contemplando con ávido anhelo los indefensos párpados cerrados de Luke como si fueran un bocado delicioso.

Jacen llegó a la plataforma. La tercera criatura remontó el vuelo y agitó su cola de escorpión mientras atacaba con sus dos cabezas repletas de colmillos chasqueantes.

Luke no podía luchar por sí mismo, y fue hacia el niño mientras Jacen trataba de llegar a lo alto de la plataforma. El niño acabó logrando subir, y empezó a montar guardia junto al cuerpo inmóvil de su tío con el rostro lleno de hosca decisión. Erredós se puso al lado de Jacen, con su brazo soldador aún envuelto en chispas láser.

Y un instante después Luke comprendió lo que podía hacer... suponiendo que fuera posible hacerlo y que consiguiera utilizar sus capacidades de aquella manera. Al lado de su cuerpo envuelto en la túnica había un cilindro negro del que sobresalían botones activadores.

—Coge mi espada de luz, Jacen —dijo.

Las tres criaturas aladas seguían moviéndose en círculos por la gran sala, intercambiando graznidos como si estuvieran recibiendo instrucciones de Exar Kun.

El niño agarró la empuñadura de la espada de luz sin vacilar. El arma era tan larga como su pequeño antebrazo.

—No se cómo usarla —dijo volviéndose hacia Luke.

—Yo te enseñaré —replicó Luke—. Deja que te guíe... Deja que luche a tu lado.

Las tres criaturas aladas se lanzaron sobre el niño con las garras extendidas y la sed de sangre ardiendo en sus ojos, atacando al unísono con un ensordecedor coro de graznidos y bufidos.

Jacen sostuvo la empuñadura de la espada de luz ante el y presionó el botón de activación. La hoja mortífera de la espada de luz ardió en la penumbra con un siseo chasqueante. El niño separó los pies, alzó la hoja centelleante y se preparó para defender a Luke Skywalker, el Maestro Jedi.

Cilghal cogió en brazos a Jaina y corrió por los pasillos. Dorsk 81 y Tionne se reunieron con ella en el turboascensor y todos subieron hasta el último nivel del templo, dispuestos a luchar para defender a su Maestro Jedi tal como habían hecho antes cuando se enfrentaron a la furia de la tormenta. Pero ni siquiera los temores más terribles de Cilghal la habían preparado para el asombroso espectáculo con el que se encontró cuando entró en la gran sala de audiencias.

El pequeño Jacen sostenía en su mano una espada de luz, y la blandía con una gracia y una seguridad en sí mismo dignas de un consumado maestro de la esgrima. El trío de criaturas aladas se lanzó sobre él agitando sus aguijones que goteaban veneno, haciendo chasquear sus hileras de largos colmillos y extendiendo sus temibles garras... pero Jacen movió el arma de energía en una pirueta increíble, utilizándola como si fuese una extensión de su brazo. La hoja hendió el aire con un zumbido chisporroteante.

Erredós se movía nerviosamente de un lado a otro, haciendo cuanto podía para impedir que las criaturas aladas se acercasen demasiado al cuerpo del Maestro Skywalker. Jacen seguía luchando.

Un lagarto alado se lanzó al ataque abriendo sus fauces repletas de colmillos, pero Jacen reaccionó con increíble destreza y cercenó una cabeza con un solo golpe. El mandoble de Jacen solamente dejó un humeante muñón de cuello unido al torso y la segunda cabeza del monstruo bicéfalo se retorció locamente, bufando y siseando. La criatura acabó cayendo al suelo, y sus alas coriáceas se agitaron espasmódicamente golpeando las losas.

Los dos monstruos que seguían con vida atacaron utilizando sus aguijones de escorpión. El niño hizo girar la espada de luz cortando limpiamente un aguijón puntiagudo, y después se apartó para esquivar las negras gotas de veneno que brotaron del extremo amputado. El horrible líquido quemó las viejas piedras del templo massassi como si fuese ácido, haciendo hervir su superficie entre nubes de un humo grasiento color gris púrpura.

La criatura herida enloqueció de dolor y aleteó de un lado a otro hasta que chocó con su compañera, y enseguida empezó a desgarrarla con sus zarpas al mismo tiempo que la atacaba ferozmente con sus dos cabezas llenas de temibles dientes. También intentó utilizar el muñón inútil en que se había convertido su aguijón, pero la otra criatura era más fuerte y empleó el suyo, dejando un agujero humeante en el torso de su atacante. El veneno fue abriéndose paso a través de la carne, y el agujero siguió siseando y desprendiendo humo.

El lagarto volador que estaba venciendo cerró sus fauces sobre el cuello escamoso de la otra criatura. El superviviente esperó hasta que su víctima hubiera dejado de debatirse, y entonces extrajo sus garras de las heridas que habían infligido y empezó a subir, dejando que el cadáver cayera al suelo con un golpe ahogado. Erredós corrió hacia el flácido cuerpo de la criatura para lanzarle una descarga y asegurarse de que estaba realmente muerta.

Cilghal. Tionne y Dorsk 81 se habían quedado inmóviles en el umbral del turboascensor, paralizados de estupor ante aquella increíble batalla.

—¡Tenemos que ayudarle! —gritó Dorsk 81.

—¿Cómo? —preguntó Tionne—. No disponemos de armas. Cilghal no apartaba los ojos del encarnizado combate.

—Tal vez Jacen no necesite nuestra ayuda...

Jaina se soltó de la mano de Cilghal y echó a correr por la avenida, aprovechando la fracción de segundo en que los estudiantes Jedi permanecieron paralizados por la vacilación. Cilghal fue la primera en recuperarse y correr detrás de ella.

El último reptil alado aulló con sus dos gargantas, enfurecido por el ataque de su compañero. Después se dejó caer en un picado incontenible. Jacen retrocedió para enfrentarse a él, sosteniendo la espada de luz preparada a la altura del hombro y esperando el momento adecuado.

Jacen hizo girar la espada de luz en un arco impecable, impulsándola con un movimiento lleno de gracia y habilidad y sin perder el control de sus reflejos ni un solo instante mientras la criatura alada caía sobre él, amenazándole con sus colmillos goteantes y sus garras extendidas. La hoja centelleante chocó con los dos cuellos y los cercenó en un solo destello cegador. El cuerpo de la criatura cayó sobre Jacen, derribándolo al suelo y agitando las alas en un reflejo convulsivo.

Erredós se apresuró a rodar hacia el niño sin dejar de silbar ni un instante.

—Está bien —dijo Jaina, que por fin había conseguido llegar a la plataforma—. ¡Jacen!

—¡Jaina! —gritó Cilghal, reuniéndose con ella.

La punta llameante de la espada de luz surgió del cuerpo del reptil envuelta en una humareda. Jacen había conseguido abrirse paso a través de las rígidas membranas de las alas, y Cilghal le ayudó a quedar libre del todo.

Jaina, sorprendida, alzó la mirada para ver cómo la primera criatura alada que había caído al suelo se incorporaba tambaleándose y se aferraba a la vida, alzando la cabeza que le quedaba y todavía dominada por el desesperado deseo de matar a Luke. El monstruo se agarró al borde de la mesa de piedra, el muñón del cuello cercenado aún rezumando sangre, y logró izarse a ella moviendo convulsivamente su cola de escorpión de un lado a otro mientras se preparaba para clavar el aguijón en que terminaba. Las alas se agitaron, ayudando a la criatura a mantener el equilibrio sobre la mesa donde podría hacer pedazos el cuerpo de Luke.

La criatura herida se lanzó sobre la garganta desprotegida de Luke en un último momento de desafío, impulsada por el espíritu maligno que la controlaba.

Pero Jaina llegó primero. La niña saltó hacia el monstruo, lo agarró por las alas y tiró hacia atrás con todo su peso. La criatura se retorció frenéticamente mientras abría y cerraba las fauces con ruidosos chasquidos, e intentó morder las manos que sujetaban sus alas coriáceas.

Cilghal había entrado en acción sólo un segundo después de que lo hiciera Jaina, y rodeó el largo cuello serpentino de la criatura con sus fuertes manos—aleta de calamariana mientras Jaina seguía tirando de las alas con todas sus fuerzas echándolas hacia atrás. Cilghal dejó escapar un gruñido de esfuerzo mientras retorcía el cuello de la criatura, aplastando una sucesión de vértebras como si no fuesen más que ramitas secas.

El monstruo se derrumbó sobre la mesa de piedra, muerto al fin.

Jaina estaba jadeando, y se fue dejando resbalar poco a poco hasta quedar sentada. Jacen se puso en pie y miró a su alrededor como si se sintiera algo confuso. Después parpadeó igual que si acabara de despertarse y desactivó la espada de luz con un diestro movimiento de un dedito. El zumbido de la hoja se desvaneció en el repentino silencio que se adueñó de la gran sala de audiencias.

Las puertas del turboascensor se abrieron, y los otros estudiantes Jedi salieron corriendo de él para quedarse inmóviles en cuanto vieron la carnicería.

Tionne llegó a la plataforma. Su cabellera plateada fluía detrás de ella como la cola de un cometa. Se inclinó sobre el cuerpo de Luke, agarró con una mueca de asco los todavía rezumantes despojos de la última criatura que Jacen había matado y la arrojó a un lado, apartándola del Maestro Jedi.

Cilghal corrió hacia Jacen en el mismo instante en que el niño volvía a colocar la espada de luz junto al cuerpo inmóvil de Luke. Le abrazó con todas sus fuerzas, y después le contempló con asombro. ¡Hacía tan sólo unos momentos había visto cómo aquel niño, que todavía no tenía tres años, libraba un duelo digno de los más legendarios maestros de la espada de luz!

Dorsk 81 y los otros estudiantes Jedi fueron hacia la plataforma. –¡Peleó tan bien como un Maestro Jedi! –exclamó Dorsk 81–.

Me recordó el duelo entre Gantoris y el Maestro Skywalker.

–El tío Luke estaba conmigo –dijo Jacen–. Me enseñó a hacerlo. Está aquí.

Cilghal abrió y cerró varias veces sus enormes ojos redondos. –¿Qué quieres decir? –preguntó Tionne. –¿Puedes verle ahora? –preguntó Dorsk 81. –Sí. Está ahí mismo. –Jaina señaló el vacío–. Dice que se siente muy orgulloso de nosotros –añadió, y soltó una risita.

Jacen también se rió, pero parecía agotado. Tenía todo el cuerpo cubierto por un viscoso líquido oscuro, y un instante después medio se sentó y medio se derrumbó en el regazo de Cilghal.

Los estudiantes Jedi se miraron los unos a los otros y después alzaron la mirada para contemplar el vacío por encima del cuerpo de Luke. Erredós dejó escapar un silbido lleno de confusión.

–¿Y qué más dice? –preguntó Cilghal.

Jacen y Jaina permanecieron inmóviles durante un momento, como si estuvieran escuchando una voz que nadie más podía oír.

–Exar Kun es el que está causando todos estos problemas –dijo Jacen.

–Detened a Exar Kun, y entonces el tío Luke podrá volver –concluyó Jaina.

Leia permaneció sentada en un silencio cargado de tensión al lado de Terpfen durante todo el viaje desde Yavin 4 hasta el mundo oceánico de Calamari. Terpfen apenas dijo una palabra, y se mantuvo encorvado encima de los controles como si no pudiera soportar el peso invisible de la culpabilidad que le oprimía.

La pequeña nave descendió a través de los remolinos de nubes que se agitaban en la atmósfera del mundo color azul zafiro, y puso rumbo hacia una de las ciudades flotantes semidestruidas en las que Ackbar había estado supervisando las heroicas operaciones de salvamento. La nave avanzó a toda velocidad hacia las aguas iluminadas por el sol, y Leia pudo ver franjas doradas que parecían caminos reflejándose sobre las olas.

Experimentó una extraña sensación de déjà vu, y pensó en el día en que ella y Cilghal habían llegado a aquel planeta buscando a Ackbar después de que se hubiera exilado. Tenía la sensación de estar completando el círculo y se dijo que había viajado hasta allí con aquel calamariano convertido en traidor a su pesar para redimir a Ackbar y, lo que era todavía más importante que eso, para solicitar la ayuda del almirante en la operación de rescate de su hijo.

—Equipo de salvamento de Arrecife del Hogar, aquí... —Terpfen vaciló—. Aquí la nave de la Ministra de Estado Leia Organa Solo. Debemos hablar con Ackbar. ¿Tienen algún sitio donde podamos descender?

La voz del mismo Ackbar respondió pasado sólo un instante. —¿Leia viene a verme? —preguntó—. Ella siempre es bienvenida aquí... ¿Eres tú, Terpfen? —añadió un momento después. —Sí, almirante.

—Me pareció haber reconocido tu voz. Me encantaría veros a los dos.

—Yo no estoy tan seguro, señor —murmuró Terpfen.

—¿Qué quieres decir? —replicó Ackbar—. ¿Algo va mal?

El calamariano agachó su cabeza llena de cicatrices y trató de responder. Leia se inclinó sobre el micrófono antes de que pudiera hacerlo.

—Será mejor que se lo expliquemos cara a cara, Ackbar —dijo con voz suave pero firme.

No dirigirse a él utilizando su rango aún hacía que se sintiera un poco incómoda.

Terpfen agradeció su intervención a Leia con una inclinación de cabeza que le costó un visible esfuerzo. Después hizo descender la nave en un rápido picado hacia la superficie del océano, sacándola de él cuando aún les faltaba un poco para llegar hasta las olas y deslizándose por encima de ellas hasta que estuvieron cerca de una aglomeración de navíos que flotaban alrededor de un remolino en las aguas color gris pizarra.

Había varias barcasas de apariencia orgánica provistas de una especie de grúas articuladas que introducían en el agua. Navíos de cascos hinchados que parecían fuelles gigantescos lanzaban chorros de llamas y humo por sus conductos de escape mientras sus potentes motores accionaban ventiladores para bombear aire en la estructura sumergida de Arrecife del Hogar, una de las majestuosas ciudades flotantes calamarianas, que había sido hundida durante el reciente ataque de la almirante Daala.

Leia se encontraba en Calamari para tratar de convencer a Ackbar de que recuperase su rango cuando el planeta fue atacado por los Destruidores Estelares de Daala. Los escuadrones

de cazas TIE imperiales habían logrado hundir Arrecife del Hogar y causar serios daños en unas cuantas ciudades más, pero Ackbar por fin había salido de su exilio autoimpuesto, y había dirigido a las fuerzas calamarianas consiguiendo llevarlas a la victoria.

Leia contempló el hervor de espuma blanca que cubrió las aguas cuando la estructura de la ciudad volvió a la superficie. Las burbujas se agitaban alrededor de la enorme cúpula de Arrecife del Hogar. Grupos de siluetas empezaron a moverse sobre el metal, asegurando los cables de sujeción de las grúas instaladas en las barcazas que flotaban alrededor de la descomunal estructura. Las bombas de los navíos–fuelle siguieron insuflando aire en los compartimentos sellados de Arrecife del Hogar, expulsando el agua que había ido inundando una cubierta detrás de otra.

En el agua había más grupos de siluetas oscuras –quarrens de rostros tentaculados– que trabajaban afanosamente en el perímetro de la ciudad dañada abriendo las compuertas de oleaje y taponando con parches improvisados las brechas abiertas en el casco, o que examinaban el fondo del océano en busca de objetos personales perdidos.

Terpfen hizo descender la nave hasta posarla sobre la cubierta mojada de la barcaza que coordinaba las operaciones del grupo de grúas, y la cúpula de la ciudad acabó de asomar por encima de la agitada superficie del océano.

Leia salió de la pequeña nave y se quedó inmóvil durante unos momentos para recuperar el equilibrio sobre la cubierta que oscilaba lentamente de un lado a otro. Un fino rociado de agua salada cayó sobre ella, y la mordedura cortante del viento y el acre olor a yodo de las algas que flotaban sobre las olas le hicieron dar un respingo. Una de las siluetas que trabajaba en el agua empezó a alejarse de la ciudad reflotada mediante una mochila impulsora, y no tardó en trepar por la larga escalerilla colocada en un flanco de la barcaza.

Leia reconoció a Ackbar apenas le vio subir con nervioso entusiasmo a la cubierta de la barcaza. Un instante después su silueta goteante ya estaba delante de ellos, y Ackbar se arrancó una delgada membrana traslúcida de la cara y aspiró una profunda bocanada de aire fresco.

–Saludos, Leia –dijo alzando una mano–aleta–. Estamos haciendo grandes progresos en los trabajos de reconstrucción de Ciudad Arrecife del Hogar. Nuestros equipos de salvamento sólo necesitarán unos cuantos meses más para reparar todos los daños, dejándola lista para ser habitada de nuevo. ¡Ah, y Terpfen también está aquí! –añadió Ackbar en un tono conmovedoramente alegre.

Fue hacia su antiguo jefe de mecánicos espaciales para darle un abrazo, y Terpfen permaneció rígidamente inmóvil sin poder decir ni una palabra.

Leia decidió intervenir, sabiendo que los problemas que la habían traído hasta allí eran tan acuciantes que no podía perder el tiempo intercambiando cortesías.

–Los imperiales han averiguado la situación de Anoth, Ackbar –dijo–. Winter y el pequeño Anakin corren un grave peligro en estos mismos instantes. Debes llevarnos allí ahora mismo. Eres el único que conoce las coordenadas del planeta.

La sorpresa dejó paralizado a Ackbar, y Terpfen se apartó de él rompiendo el abrazo.

–Os he traicionado, almirante –dijo–. Os he traicionado a todos...

El embajador Furgan se encontraba en la cubierta de control del destructor *Venganza*, y hacía todo lo posible para parecer importante y útil. La nave salió del hiperespacio y empezó a aproximarse al planeta Anoth, y Furgan dio un paso hacia adelante.

–Levanten los escudos –dijo.

–Ya están levantados, señor –respondió el coronel Ardax desde el puesto de mando.

Ardax llevaba un impecable uniforme gris verdoso de la Armada Imperial con la gorra firmemente plantada sobre su corta cabellera, y respiró hondo para ensanchar un poco más sus hombros después de hablar.

El coronel había conseguido irritar a Furgan durante todo el trayecto hasta Anoth tomando decisiones por sí mismo sin solicitar ninguna aportación de los demás, y Furgan ya estaba empezando a encontrarle demasiado independiente para su gusto. Ciertamente, Furgan no era más que el director administrativo de la academia militar de Carida –una academia militar que además ya no existía, pues el terrorista rebelde Kyp Durron la había destruido–, pero seguía siendo la persona más importante de todas las que viajaban a bordo de la nave, y su opinión debería ser apreciada y valorada.

Aún pensaba en la rugiente explosión de la estrella de Carida, los ecos de los gritos de todos los individuos de rango inferior y todo el equipo de gran valor que habían tenido que abandonar. Los gloriosos sueños de resucitar el Imperio que Furgan albergaba desde hacía mucho tiempo se habían empequeñecido... pero sólo en la magnitud de un micropunto láser. Si podía poner las manos sobre el bebé Jedi, volvería a haber esperanzas para la galaxia.

El *Venganza* atravesó los restos de un cinturón de asteroides esparcidos a lo largo de la órbita de Anoth, un planeta que se había disgregado en tres partes. Había dos fragmentos de gran tamaño que se hallaban en contacto, rozándose y creando descargas estáticas con el resultado de que había un continuo ir y venir de rayos de dimensiones titánicas entre ellos y, más alejada, una roca de menores dimensiones y contornos irregulares en cuyas planicies se acumulaba una tenue atmósfera respirable. Dentro de uno o dos siglos los tres fragmentos se pulverizarían el uno al otro convirtiéndose en polvo espacial, pero hasta que eso ocurriese Anoth era un refugio oculto y muy bien protegido, o lo había sido hasta aquel momento...

–Parece un lugar bastante..., bastante salvaje e inhóspito para criar a un niño –dijo el coronel Ardax.

–Ese entorno le endurecerá –replicó Furgan–. Es un comienzo muy adecuado para el riguroso adiestramiento por el que deberá pasar si ha de llegar a convertirse en nuestro nuevo Emperador.

–¿Tiene alguna idea de dónde debemos buscar exactamente esa supuesta fortaleza, embajador Furgan? –preguntó Ardax enarcando las cejas.

Furgan frunció la piel púrpura de su labio inferior haciéndolo sobresalir. Terpfen, su espía involuntario, sólo le había proporcionado las coordenadas del planeta.

–No puede esperar que me encargue de hacer todo su trabajo por usted, coronel –dijo secamente–. Utilice los sistemas sensores del destructor.

–Sí, señor.

El coronel movió una mano indicando a los técnicos de los paneles sensores y de análisis que debían empezar a trabajar.

—La encontraremos, señor —dijo un cabo, abriendo mucho los ojos y clavando la mirada en una pantalla que mostraba un diagrama de ordenador simplificado de los tres componentes del sistema de Anoth—. No hay gran cosa ahí abajo, así que no debería resultar muy difícil dar con ellos.

Furgan fue hacia el turboascensor instalado en la parte de atrás de la cubierta de control.

—Voy a bajar a inspeccionar los vehículos MT—AT, coronel —dijo—. Confío en que podrá ocuparse de todo sin necesidad de que yo esté presente.

—Sí, señor —dijo Ardax en un tono un poquito demasiado enfático. Mientras era engullido por el turboascensor, Furgan creyó oír un comentario murmurado por el capitán del destructor, pero las palabras quedaron ahogadas por las puertas metálicas que se cerraron detrás de él.

Furgan descendió hasta el hangar y la zona de despliegue del *Venganza*, salió del turboascensor y se encontró rodeado por el hervidero de frenética actividad de las tropas de asalto. Soldados con armaduras blancas trotaban sobre las planchas metálicas del suelo, yendo de un lado a otro en formaciones impecables mientras guardaban el equipo de asedio y las unidades de energía dentro de las bodegas de carga de los MT—AT.

En Carida, Furgan había seguido todo el proceso de diseño y desarrollo de los nuevos Transportes de Asalto para Terrenos Montañosos, y había tenido la oportunidad de ver cómo eran utilizados en pruebas de combate real. Furgan iría en la retaguardia del ataque, y dejaría que soldados perfectamente adiestrados se enfrentaran a los peligros iniciales, aunque en realidad había muy poco de que preocuparse. ¿Una mujer y un niño escondidos en un pedazo de roca? ¿Cuánta resistencia podían llegar a ofrecer?

Furgan deslizó sus dedos regordetes sobre la reluciente articulación de la rodilla de un walker imperial MT—AT. Las articulaciones segmentadas y las sofisticadas garras—almohadillas de los MT—AT habían sido diseñadas de tal manera que los vehículos eran capaces de escalar incluso superficies verticales de roca. En cada articulación había instalados cañones láser de supercarga capaces de atravesar una puerta blindada de medio metro de grosor. Dos cañones desintegradores de pequeño calibre colgaban a cada lado de la estructura colocada a un nivel un poco más bajo que acogía el compartimiento de pilotaje, y servirían para derribar a los cazas que pudieran intentar detener a los vehículos desde el cielo.

Furgan contempló el hermoso diseño, las líneas impecables y la reluciente superficie del blindaje, y se maravilló ante las increíbles capacidades de los MT—AT.

—Una máquina espléndida —dijo.

Los soldados de las tropas de asalto no le prestaron ninguna atención y siguieron terminando sus preparativos.

La voz del coronel Ardax surgió de repente del intercomunicador.

—¡Atención, por favor! Hemos localizado la base secreta después de haber superado algunas dificultades debidas a las descargas eléctricas y las interferencias de ionización existentes en el sistema. Prepárense para el despliegue inmediato de la fuerza de ataque. Esta operación debe ser llevada a cabo sin errores y con rapidez. Eso es todo...

Ardax cortó la comunicación.

—Bueno, ya han oído al coronel —dijo Furgan mientras los grupos de soldados de las tropas de asalto empezaban a subir a sus vehículos MT—AT.

Los contingentes de tropas de asalto serían lanzados desde la órbita en un atronador descenso a través de la atmósfera, y viajarían dentro de un capullo termorresistente que se desprendería en cuanto hubiese entrado en contacto con la superficie.

Un sargento de las tropas de asalto trepó a su carlinga llevando consigo armamento extra, aparatos de interrogatorio y equipo para la recogida de datos.

–¡Eh, usted! –gritó Furgan–. Meta todo eso en el compartimiento de carga... Voy a acompañarle.

El sargento volvió hacia el la lisa e inescrutable superficie de su visor ocular y le contempló en silencio durante un momento.

–¿Tiene algo que objetar a esa orden, sargento? –preguntó Furgan.

–No, señor –respondió el sargento, y las palabras surgieron de la rejilla de su casco acompañadas por un leve crujido de estática.

El sargento de las tropas de asalto sacó metódicamente todo el equipo y lo metió en un compartimiento inferior.

Furgan se instaló en el segundo asiento, se puso el arnés de seguridad y después se envolvió el cuerpo en dos capas de malla protectora para asegurarse de que llegaría a la superficie de Anoth sano y salvo. No quería tener que hacer su entrada triunfal en la fortaleza rebelde conquistada cojeando. Una vez hubo terminado de protegerse, esperó impacientemente a que el resto del contingente de soldados completara sus preparativos, subiera a sus transportes de asalto y cerrara las escotillas.

Cuando el suelo del hangar de lanzamiento cayó bajo sus pies tan repentinamente como si fuese una trampilla, Furgan se agarró a los brazos de su asiento y dejó escapar un chillido. Los transportes se sumergieron en la atmósfera que los aguardaba, descendiendo tan bruscamente como si fueran proyectiles de gran calibre. El MT–AT vibró y se bamboleó como si estuviera sufriendo los impactos de toda una batería de cañones láser a pesar de la protección que le ofrecía el grueso capullo de envoltura. Furgan intentó reprimir su grito de pánico, pero no lo consiguió.

El piloto sentado a su lado no abrió la boca.

Winter, la sirvienta personal de Leia, echó un vistazo al cronómetro en la fortaleza de Anoth y contempló al bebé de cabellos oscuros que reía y agitaba los puñitos. Ya iba siendo hora de acostar al pequeño Anakin.

El planeta triple de Anoth tenía su propio y nada usual ciclo de días, noches y crepúsculos, pero Winter insistía en que sus cronómetros funcionaran según el tiempo estándar de Coruscant. Las tenues capas de atmósfera del exterior rara vez quedaban iluminadas con algo más que un matiz púrpura oscuro surcado por franjas amarillas cuando las tremendas descargas eléctricas se abrían paso a través del espacio.

El planetoide era un mundo de tormentas, y toda su superficie estaba cubierta por pináculos de piedra que parecían catedrales titánicas y que se alzaban hasta llegar al límite del débil campo gravitatorio de Anoth. Estaba lleno de cavernas producidas por miles de inclusiones geológicas que habían desgastado la roca, volatilizándola poco a poco durante siglos de tensiones planetarias. Las enormes torres rocosas proporcionaban un escondite excelentemente protegido.

Winter cogió al bebé en brazos y lo acunó sobre su cadera mientras se adentraba en el complejo. El dormitorio de Anakin estaba muy bien iluminado, y había sido decorado con relajantes tonos pastel. Una música tintineante hacía vibrar la atmósfera, y la alegre melodía se mezclaba con el suave susurro del viento y el delicado correr del agua.

Un androide de energía GNK de forma rectangular que parecía una gran caja estaba cargando las baterías de los juguetes autoconscientes de Anakin, yendo con andares contoneantes de un acumulador a otro en un continuo ir y venir por la habitación.

—Gracias —dijo Winter por pura fuerza de la costumbre, aunque la programación interactiva del androide era prácticamente inexistente.

El androide emitió una respuesta a medio camino entre un balbuceo y un burbujeo, y salió de la habitación moviéndose lentamente sobre sus piernas provistas de articulaciones tipo acordeón.

—Buenas noches, amo Anakin —dijo el androide cuidador que había estado esperando pacientemente en los alojamientos de Anakin.

El androide TDL era un modelo de protocolo mejorado, y había sido programado para llevar a cabo casi todas las funciones necesarias en el cuidado de un niño pequeño. Los modelos TDL habían sido vendidos por toda la galaxia como androides niñera para políticos ocupados, personal militar espacial e incluso contrabandistas que tenían niños y no disponían de mucho tiempo libre para estar a su lado.

El androide TDL era de color plateado, y todos los ángulos y salientes de su estructura habían sido meticulosamente redondeados y camuflados. Las niñeras y las madres solían enfrentarse a circunstancias en las que se necesitaba un número de manos superior al habitual, y los androides niñera TDL tenían cuatro brazos plenamente funcionales recubiertos de cálida carne sintética —al igual que el torso— para que el bebé sostenido en sus brazos robóticos se sintiera más cómodo y protegido.

Anakin lanzó un gritito de placer al ver al androide, y después pronunció una palabra que se parecía bastante a su nombre. Winter dio unas suaves palmaditas en la espalda del bebé y se despidió de él.

—¿Tiene alguna preferencia especial dentro de la amplia selección de canciones de cuna y música para conciliar el sueño a la que puedo acceder, ama Winter? —preguntó el androide.

—Escoge al azar —respondió Winter—. Quiero volver a la sala de operaciones. Tengo una sensación extraña esta noche, como si algo no anduviera bien...

—Como usted quiera, ama Winter —dijo el androide niñera mientras acunaba al pequeño Anakin en sus brazos—. Da las buenas noches, Anakin.

El androide alzó la regordeta mano de Anakin y la movió en un gesto de despedida como si el niño fuese una marioneta.

Winter llegó a la puerta de la sala de operaciones una fracción de segundo antes de que las alarmas del sistema detector de intrusiones empezaran a sonar. Entró corriendo en el centro de control y recorrió con la mirada las enormes pantallas que mostraban imágenes exteriores del paisaje inhóspito y desnudo.

Varios objetos de grandes dimensiones aparecieron de repente y bajaron a toda velocidad hacia la superficie moviéndose muy cerca los unos de los otros, y una serie de estallidos

sónicos atravesó la tenue atmósfera con un rugido atronador. Winter vio cómo el último de un grupo de proyectiles chocaba con la base de una columna de roca cercana.

Winter activó los sistemas de defensa automatizados y cerró las gigantescas puertas blindadas que protegían la entrada a la caverna–hangar. Los dos paneles metálicos se unieron con un golpe sordo y una vibración que Winter pudo percibir a través de la roca.

Vio movimiento debajo de ella justo en el límite del alcance de las cámaras. Un instante después una pata metálica muy larga se dobló por una articulación titánica, y un pie erizado de garras chocó con las rocas creando tracción mediante remaches explosivos. La gigantesca máquina siguió moviéndose y acabó desapareciendo detrás de un promontorio.

Winter aumentó la sensibilidad del circuito de recepción auditiva y escuchó los gemidos chirriantes de las poleas, los motores y la maquinaria en acción, y el estruendo metálico de las orugas.

Manipuló velozmente los controles y contempló la imagen transmitida por otro conjunto de cámaras sensoras especiales instaladas en un pináculo lejano. Lo que vio hizo que Winter dejara escapar un jadeo de asombro y miedo, algo que para ella era una reacción realmente extrema teniendo en cuenta su impasible falta de emociones habitual.

Las masas humeantes de los módulos protectores de reentrada yacían esparcidas sobre el paisaje. Los cascarones metálicos se habían resquebrajado como huevos negros de enormes alimañas y habían dejado en libertad monstruosidades mecánicas, revelando unas máquinas de ocho patas que parecían arañas gigantes.

Cada pata erizada de articulaciones se movía a lo largo de un eje distinto mientras los pies provistos de garras ayudaban al cuerpo elipsoidal a desplazarse sobre el escarpado terreno, encontrando agarraderos en la roca y escalando poco a poco el picacho dentro del que se ocultaban Winter y Anakin.

Ocho vehículos–araña imperiales treparon por el pináculo de piedra disparando deslumbrantes haces de energía verdosa contra los gruesos muros de la fortaleza, buscando afanosamente una forma de entrar en ella.

Los estudiantes Jedi se habían reunido en la sala de guerra abandonada y llena de polvo del Gran Templo. Habían escogido aquella estancia pensando que era el lugar más adecuado para planear su batalla contra Exar Kun.

La sala de guerra instalada en el tercer nivel de la pirámide escalonada había sido utilizada en el pasado por la Alianza Rebelde como centro de control de su base secreta; y era allí donde el general Jan Dodonna, el genio de la estrategia, había planeado el ataque contra la primera *Estrella de la Muerte*.

Cilghal y los demás habían sacado una gran parte de la basura y suciedad que se había ido acumulando en la sala durante la década transcurrida desde que los rebeldes abandonaron la base. Luces de muchos colores parpadeaban en los paneles de control de las pocas redes de sensores que todavía funcionaban, y las placas visoras cubiertas de polvo y las pantallas de transpariacero agrietadas hacían que las señales se refractaran y quedaran envueltas en destellos. Encima del mapa táctico se veían las diminutas huellas de un reptil sobre las que se podían distinguir las huellas más grandes dejadas por las garras de algún depredador que lo había perseguido.

La sala de guerra estaba sellada tras la protección de los gruesos muros de piedra, y no permitía ninguna iluminación del exterior. Los paneles luminosos reparados de las esquinas hacían que todo el recinto estuviera lleno de brillante claridad, pero también volvían más oscuras las sombras.

Cilghal contempló al grupo de estudiantes Jedi. Tenía delante a una docena de candidatos seleccionados entre los mejores... pero las circunstancias habían cambiado, y los estudiantes se hallaban paralizados por el miedo y la indecisión, y no estaban preparados para enfrentarse a la terrible prueba que les había sido impuesta tan repentinamente.

Algunos –como Kirana Ti, Kam Solusar y, sorprendentemente, Streen– habían reaccionado con ira ante la intrusión del Señor del Sith muerto hacía mucho tiempo. Otros, en particular Dorsk 81, habían sido invadidos por un miedo irracional, y no se atrevían a desafiar al poder oscuro que había bastado para deformar a otros estudiantes y derrotar al Maestro Skywalker. Cilghal tampoco ardía en deseos de lanzarse al combate, pero había jurado hacer todo lo que estuviera en sus manos contra aquel enemigo que no se habían buscado.

–¿Y si Exar Kun puede oírnos mientras trazamos nuestros planes? –preguntó Dorsk 81. Sus enormes ojos brillaban bajo la áspera claridad de las placas luminosas–. ¡Podría estar espíándonos incluso aquí!

Había ido subiendo la voz poco a poco, y su piel de un verde aceitunado ya mostraba las manchas más oscuras indicadoras del pánico.

–El Hombre Oscuro puede estar en cualquier sitio –dijo Streen.

El anciano ermitaño se inclinó sobre la mesa llena de mapas y equipo. Su cabellera canosa seguía pareciendo estar agitada por el viento, y Streen se removió nerviosamente mientras recorría la sala con la mirada como si temiera que pudiese haber alguien observándoles.

–No hay ningún otro sitio al que podamos ir –replicó Cilghal–. Si Exar Kun puede encontrarnos aquí, entonces podrá dar con nosotros vayamos donde vayamos... Debemos empezar a actuar basándonos en la hipótesis de que todavía podemos combatirlo. –Contempló

a los candidatos. Cilghal se había esforzado al máximo para desarrollar sus capacidades oratorias durante su carrera diplomática como embajadora de Calamari. En el pasado había utilizado su voz y su ingenio con gran éxito, y estaba decidida a volver a hacerlo—. Ya tenemos suficientes problemas reales a los que enfrentarnos, y no hay ninguna necesidad de que fabriquemos problemas todavía peores con nuestra imaginación.

Un murmullo generalizado de asentimiento acogió sus palabras.

—Una gran parte de nuestro plan depende de tu conocimiento de la antigua sabiduría Jedi, Tionne —dijo Cilghal—. Cuéntanos todo lo que sepas sobre Exar Kun.

Tionne se irguió en el maltrecho e incómodo asiento que había escogido, una silla de control colocada al lado de uno de los puestos tácticos averiados. El instrumento musical de caja doble con el que tocaba las viejas baladas a cualquiera que quisiera escucharla estaba encima de su regazo.

El potencial Jedi de Tionne era considerablemente reducido. El Maestro Skywalker se lo había dejado muy claro, pero Tionne no estaba dispuesta a abandonar su propósito de convertirse en miembro de la nueva orden de Caballeros Jedi. Se había enamorado de las leyendas Jedi, y había viajado de un sistema estelar a otro examinando los escritos y los cuentos populares para compilar historias de los Jedis que habían vivido miles de años antes de la Era Oscura.

El Holocrón Jedi había sido como un manantial de tesoros inapreciables para ella, y Tionne había pasado una gran parte de su tiempo estudiándolo, repasando leyendas olvidadas y aclarando detalles. Pero el Holocrón había sido destruido cuando el Maestro Skywalker pidió a la simulación guardiana del conocimiento que contenía, el antiguo Maestro Jedi Vodo—Siosk Baas. que le hablara de Exar Kun, aquel estudiante suyo que había recreado la Hermandad del Sith...

Tionne recogió los mechones plateados de su cabellera sobre los hombros y contempló a los otros estudiantes con sus extraños ojos color madreperla. Sus labios eran delgados y pálidos, y estaban exangües a causa de la tensión.

—Encontrar leyendas verificables de la Gran Guerra Sith resulta muy difícil —empezó diciendo—. Ya han transcurrido cuatro mil años desde entonces, y el conflicto fue increíblemente devastador... pero al parecer los antiguos Caballeros Jedi se sintieron muy avergonzados porque no habían conseguido proteger a la galaxia. Muchos registros fueron deformados o destruidos, pero creo que he conseguido reunir los datos suficientes para reconstruir lo que realmente ocurrió.

Tionne tragó saliva antes de seguir hablando.

—Kun parece haber construido su fortaleza principal en esta luna cubierta de junglas. Esclavizó a toda la raza massassi para que edificara todos estos templos, a fin de que sirvieran como puntos focales para su poder.

Tionne miró a su alrededor como si estuviera evaluando a los estudiantes Jedi.

—De hecho —siguió diciendo—, esta reunión me recuerda el Gran Consejo del planeta Deneba, cuando la gran mayoría de antiguos Caballeros Jedi se reunieron para hablar de la marca oscura que estaba extendiéndose por toda la galaxia. El Maestro Vodo—Siosk Baas, que había adiestrado a Exar Kun, se convirtió en un mártir cuando intentó conseguir que su estudiante volviera al lado de la luz. El Maestro Vodo fracasó en su empeño, y los otros Jedi unieron sus poderes para formar una fuerza de ataque como jamás se había reunido antes.

Kun tenía un poder enorme, pero al parecer la clave... –Tionne golpeó suavemente su instrumento con una uña reluciente—. Bien, parece ser que la clave de la victoria estribó en que los otros Jedi combinaran sus poderes. Lucharon juntos como si formasen una sola unidad en la que todas las piezas encajaban a la perfección, como si fuesen componentes de una máquina mucho más grande impulsada por la Fuerza.

»No he encontrado mucha información al respecto, pero parece ser que durante la batalla final los Jedi unificados destruyeron la mayor parte de las junglas de Yavin 4 y que lo arrasaron prácticamente todo en sus esfuerzos por acabar con Exar Kun. Kun absorbió toda la energía vital de sus esclavos alienígenas en un último y desesperado gambito. Los antiguos Jedi consiguieron destruir una gran parte de lo que Kun había construido y aniquilaron el cuerpo de Kun, pero éste se las arregló de alguna manera desconocida para preservar su espíritu dentro de los templos... y así lo ha mantenido durante todos estos años.

–Entonces debemos terminar el trabajo –dijo Kirana Ti poniéndose en pie.

La bruja de Dathomir ya nunca se quitaba su armadura hecha con pieles de reptiles, y no se molestaba en ponerse la túnica Jedi porque no sabía en qué momento podía tener que luchar.

–Estoy de acuerdo –dijo Kam Solusar.

Su rostro delgado y anguloso mostraba la expresión de un hombre que había olvidado cómo sonreír hacía ya mucho tiempo.

–Sí, pero... ¿Cómo vamos a hacerlo? –preguntó Streen—. Millares de Caballeros Jedi no fueron capaces de aniquilar del todo al Hombre Oscuro, y nosotros sólo somos doce.

–Cierto –replicó Kirana Ti–, pero esta vez Exar Kun no dispone de una raza de alienígenas esclavizados de la que ir extrayendo energía. Sólo cuenta con sus propios recursos. Kun ya ha sido derrotado en una ocasión..., y el lo sabe.

–Y además todos nosotros nos hemos adiestrado juntos desde el principio –intervino Cilghal, extendiendo sus manos–aleta en un gesto que abarcó toda la mesa—. El Maestro Skywalker nos convirtió en un equipo. Leia nos llamó campeones de la Fuerza..., y eso es lo que debemos ser.

La silueta iridiscente en qué se había convertido Luke Skywalker permanecía inmóvil en el pináculo del Gran Templo. No podía sentir la fresca brisa crepuscular que estaba empezando a soplar a medida que la enorme masa anaranjada del gigante gaseoso se movía lentamente é iba proyectando una claridad cada vez más débil sobre las junglas. Luke contempló cómo una bandada de criaturas muy parecidas a murciélagos remontaba el vuelo y se desplegaba sobre las copas de los árboles para iniciar la búsqueda de insectos nocturnos.

Recordó la pesadilla en la que Exar Kun, disfrazado como Anakin Skywalker, le había apremiado a que investigara el lado oscuro. Luke había contemplado los esfuerzos de la raza massassi esclavizada cuando erigía aquéllos templos ciclópeos y trabajaba sin cesar hasta quedar aplastada por el agotamiento, y había visto todas aquellas imágenes recortadas sobre el telón de fondo de la historia. Después había logrado escapar de aquella pesadilla, pero no consiguió interpretar su advertencia a tiempo de salvarse.

Luke giró sobre sí mismo para ver la silueta encapuchada de Exar Kun alzándose como una masa de negrura contra el paisaje de la jungla, pero su terrible apariencia ya había perdido el poder de asustarle.

—Sigues mostrándote ante mí y eso quizá empiece a ser un poco arriesgado, Exar Kun... especialmente después de qué tus intentos de destruir mi cuerpo vayan fracasando uno detrás de otro.

Después del desenlace que había tenido el ataque de las criaturas aladas, Luke había observado cómo Cilghal se ocupaba de las pequeñas heridas sufridas por su cuerpo, limpiándolas y vendándolas con meticuloso cuidado y una empatía que Luke ya había percibido en ella desde sus primeros días en la Academia Jedi. Cilghal era una sanadora Jedi nata.

La embajadora calamariana había hablado en voz alta con el espíritu de Luke a pesar de que no podía verlo.

—Haremos cuanto podamos. Maestro Skywalker —le había dicho—. Té ruego que no pierdas la fe en nosotros.

Luke no la había perdido, desde luego, y pudo sentir cómo palpitaba en su interior mientras se enfrentaba con Exar Kun en la cima del templo, allí donde el Señor Sith y Kyp Durrón le habían derrotado anteriormente.

—He estado jugando contigo —dijo Kun, moviendo una mano hecha de sombras—. Nada afectará el curso de mis planes. Algunos de tus estudiantes ya me pertenecen, y los demás no tardarán mucho en seguirles.

—No lo creo —dijo Luke con una nueva convicción—. Los he adiestrado bien. Podrías mostrarles caminos fáciles a la gloria, pero tus trucos llevan implícito un precio muy elevado. Yo les he enseñado la virtud de la diligencia y a tener confianza en su propia valía y capacidades. Lo que tú les ofreces, Exar Kun, no es más que magia de salón... Yo les he dado el verdadero poder y significado de la Fuerza.

—¿Acaso crees que desconozco los risibles planes que están tramando contra mí? —replicó Kun.

El espíritu del Señor Oscuro parecía tener una tendencia cada vez mayor a emitir amenazas y alardear. Quizá estuviera empezando a sentirse un poco menos seguro de su victoria.

—No importa —dijo Luke—. Té derrotarán de todas maneras. El poder que imaginas poseer es tu gran debilidad, Exar Kun.

—¡Y la fe que tienes en tus amigos es la tuya! —replicó secamente Exar Kun.

Luke se echó a reír, y se sintió más lleno de fortaleza y decisión que nunca.

—Ya he oído palabras semejantes con anterioridad. En aquél entonces se acabó demostrando que no había nada de verdad en ellas, y ahora el paso del tiempo volverá a demostrarlo.

La silueta negra de Exar Kun onduló bajo una brisa invisible.

—¡Ya lo veremos! —fueron las últimas palabras de Kun antes de que la sombra se esfumara.

La situación era desesperada.

Han Solo sintió cómo gotitas de sudor helado cubrían su frente mientras clavaba la mirada en el visor de la cabina del *Halcón Milenario*. El *Triturador de Soles* estaba acumulando energía delante de él, y se disponía a utilizar su lanzador de torpedos supernova.

Han golpeó la consola con los puños.

—¡Espera un momento, chico! —gritó—. No lo hagas... Creía que eras mi amigo.

—Si tú fueses mi amigo, entonces no intentarías detenerme —graznó la voz de Kyp por el canal de comunicaciones—. Ya sabes todo lo que el Imperio le hizo a mi vida y a mi familia... No hace mucho que el Imperio me engañó con su última mentira, y ahora incluso mi hermano ha muerto.

Lando estaba manipulando frenéticamente los controles de su puesto de copiloto. Sus grandes ojos oscuros se movían de un lado a otro, y un instante después se volvió hacia Han y agitó desesperadamente una mano pidiéndole que desconectara el receptor vocal.

—Han, ¿te acuerdas de cuando tú y Kyp os llevasteis el *Triturador de Soles* de la Instalación de las Fauces? —susurró—. ¿Te acuerdas que Luke y yo estábamos esperando allí para interceptaros?

Han asintió, no muy seguro de adónde quería ir a parar Lando. —Claro.

—Bien, entonces establecimos una conexión entre las naves porque el ordenador de navegación del *Halcón* no funcionaba. —Lando enarcó las cejas, y cuando volvió a hablar lo hizo muy despacio y articulando con gran claridad cada palabra—. Escucha, Han: todavía tenemos los códigos de control del *Triturador de Soles* dentro de nuestros bancos de datos.

Han lo entendió todo de repente.

—¿Y pueden servirte de algo? —preguntó—. Ni siquiera estás familiarizado con los sistemas del *Triturador de Soles*.

—No tenemos muchas opciones más, ¿verdad, amigo?

—Cierto —dijo Han, usando un tono de voz innecesariamente bajo teniendo en cuenta que había desconectado el receptor vocal—. Haré que Kyp siga hablando, y mientras tanto tú haz todo lo que puedas para desactivar el *Triturador de Soles*.

Lando se enfrascó de nuevo en sus trabajos de programación con un fruncimiento de ceño escéptico pero decidido.

Han volvió a conectar el sistema de comunicaciones.

—¿Ya no te acuerdas de cuando fuimos a practicar el turbo esquí en los polos de Coruscant, Kyp? —preguntó—. Me llevaste por una de las pistas más peligrosas, pero yo te seguí porque pensé que te ibas a caer de narices. ¿Es que no te acuerdas de eso?

Kyp no respondió, pero Han comprendió que sus palabras habían logrado afectarle.

—¿Quién te sacó de las minas de especia de Kessel, chico? —preguntó—. ¿Quién te sacó de la celda del *Gorgona*? ¿Quién estuvo a tu lado durante la huida de las Fauces? ¿Quién

prometió hacer todo lo que pudiese para que tu vida volviera a ser digna de vivirse después de todos esos años de horrores?

—No funcionó —respondió Kyp con voz temblorosa y entrecortada.

—¿Y por qué no funcionó, chico? ¿Qué es lo que salió mal? ¿Qué ocurrió en Yavin 4? Ya se que tú y Luke no os entendíais demasiado bien, pero...

—No tuvo nada que ver con Luke Skywalker —replicó Kyp, en un tono tan a la defensiva que Han comprendió que estaba mintiendo—. Cuando estaba en los templos aprendí cosas que el Maestro Skywalker nunca llegaría a ser capaz de enseñarme. Aprendí a ser fuerte, aprendí a combatir al Imperio y a convertir mi ira en un arma...

—Oye, chico, no puedo afirmar que entienda la Fuerza —dijo Han—. De hecho, en una ocasión llegué a decir que no era más que una pseudo religión llena de paparruchadas; pero sí se que todo lo que me estás diciendo ahora me parece estar peligrosamente cerca del lado oscuro.

Kyp guardó silencio durante unos momentos que se hicieron muy largos.

—Han... Yo... —balbuceó por fin.

—¡Lo tengo! —susurró Lando.

Han asintió, y Lando tecleó la secuencia de control.

Una sucesión de luces parpadeó rápidamente en el tablero de control cuando la orden de anulación fue transmitida a través del angosto puente del espacio. El *Triturador de Soles* se oscureció repentinamente en el golfo negro iluminado únicamente por los débiles reflejos que brotaban de los restos de la enana roja. Las luces de su cabina, las balizas de puntería de los cañones láser y el llamear del plasma que se había estado acumulando al extremo de su generador de torpedos toroidal se apagaron de golpe.

—¡Sí! —gritó Lando.

Han lanzó un alarido de triunfo, y los dos se inclinaron el uno hacia el otro para hacer chocar sus manos.

—Deja que hable con el —dijo Han—. ¿Sigue disponiendo de energía para su sistema de comunicaciones?

—Canal abierto —dijo Lando—. Pero no creo que esté de muy buen humor...

—¡Me engañaste! —aulló la voz de Kyp surgiendo de la rejilla del comunicador—. Decías que eras mi amigo..., y ahora me has traicionado. Es tal como dijo Exar Kun... Los amigos te traicionan. Un Jedi no tiene tiempo para la amistad. Todos deberíais morir.

Y entonces ocurrió algo asombroso: el *Triturador de Soles* volvió a cobrar vida a pesar de los códigos de revocación transmitidos por Lando, y todas sus luces se encendieron con un destello cegador.

—¡No es culpa mía! —chilló Lando mientras intentaba volver a enviar la orden de anulación—. ¡No imaginaba que pudiera eliminarla tan deprisa de sus sistemas de control!

—Kyp puede hacer cosas con la Fuerza que ni tú ni yo entendemos —dijo Han.

El lanzador de torpedos de energía quedó envuelto en una nube de plasma intensamente luminosa y mucho más brillante que la claridad anterior, indicando que estaba preparado para lanzar su proyectil contra el *Halcón*.

Y esta vez Kyp no vaciló.

Streen estaba sentado sobre el frío suelo de piedra con las piernas cruzadas y dormitaba delante del Maestro Skywalker. El anciano ermitaño puso los brazos sobre las rodillas, sintiéndose caliente y cómodo dentro del mono de vuelo de muchos bolsillos que había traído consigo de sus días solitarios como buscador de gases en Bepin. Ya no podía oler el amargo aroma sulfuroso de las ricas vetas de gases ocultas en los estratos atmosféricos.

Streen tenía una misión nueva y mucho más grande, debía proteger al Maestro Skywalker.

Los rayos de luz procedentes del exterior entraban siguiendo trayectorias ya muy oblicuas y alargaban las sombras en la gran sala de audiencias. Doce velas –cada estudiante Jedi había colocado una– parpadeaban desprendiendo una claridad débil pero protectora que impregnaba la atmósfera inmóvil. Los puntitos brillantes relucían mientras la oscuridad se iba intensificando a su alrededor.

Streen empezó a hablar en voz baja consigo mismo. No, no escucharía las palabras del Hombre Oscuro. No, no serviría a los propósitos de Exar Kun. No, no haría nada que pudiese dañar al Maestro Skywalker. ¡No!

Streen tenía la empuñadura de la espada de luz de Luke encima del regazo, y podía sentir la fría dureza de su contacto en sus manos encallecidas.

Esta vez podría enfrentarse al Hombre Oscuro e impediría que se saliera con la suya. Algunos estudiantes Jedi habían expresado su preocupación ante la idea de permitir que Streen estuviera cerca del Maestro Skywalker, especialmente si iba armado con una espada de luz. Pero Streen había suplicado que se le concediera aquella oportunidad de redimirse, y Kirana Ti había intercedido por él.

Los otros vigilarían a Streen. El Maestro Skywalker correría peligro, pero tenían que afrontar ese riesgo.

Streen permitió que la caricia algodónosa del sueño fuera abriéndose paso por su mente. Su canosa cabeza se fue inclinando sobre su pecho. Había voces susurrantes como brisas que soplaban por entre sus pensamientos, formando palabras amables y frases tranquilizadoras..., promesas heladas...

Las palabras le exigían que despertara, pero Streen se resistió a ellas porque no sabía si eran sugerencias malignas o meramente una súplica insistente de sus compañeros de adiestramiento. Cuando por fin tuvo la sensación de que ya había esperado lo suficiente, Streen se permitió despertar de golpe.

Las voces se callaron en cuanto abrió los ojos y otra voz, esta vez externa, sustituyó al silencio.

–Despierta, discípulo... Los vientos están soplando.

Streen clavó la mirada en la forma negra que era Exar Kun, inmóvil en el centro de la gran sala de audiencias. La luz temblorosa de las velas y la tenue claridad del día que agonizaba le permitieron ver rasgos que parecían tallados a cincel en la silueta de ónice, mucho más detallados de lo que jamás los había visto con anterioridad en la sombra del Hombre Oscuro.

Exar Kun volvió hacia el un rostro claramente definido y de una negrura de ébano tan absoluta como si hubiera sido modelado en un trozo de lava: pómulos altos y marcados, ojos altivos, una boca delgada fruncida en una mueca de irritación... Una larga cabellera negra que parecía formada por hilos de carbón caía sobre un hombro, recogida en una gruesa cola de caballo. Su cuerpo estaba recubierto por una armadura acolchada, y el tatuaje palpitante de un sol negro ardía en su frente.

Streen se puso en pie moviéndose despacio y sin apresurarse. Se sentía tranquilo y fuerte, y lleno de ira por la manera en que el Hombre Oscuro había hundido un afilado gancho en su debilidad y lo había usado para arrastrarle por donde quería.

—No te serviré, Hombre Oscuro —dijo.

Exar Kun se rió.

—¿Y cómo te propones resistir? Ya eres mío.

—Si crees eso —dijo Streen, y respiró hondo para que su voz sonara más firme y segura de sí misma—, entonces has cometido tu primer error.

Alzó la empuñadura de la espada de luz de Luke, y la encendió con un ruidoso siseo chasqueante.

La sombra de Exar Kun retrocedió y pareció encogerse sobre sí misma, para gran satisfacción y sorpresa de Streen.

—Excelente —dijo Kun, pero no consiguió que su voz sonara tan firme y decidida como pretendía—. Ahora alza el arma y parte a Skywalker por la mitad. Acabemos de una vez con esta molestia.

Streen dio un paso hacia Exar Kun, sosteniendo el haz de energía verdosa de la espada de luz delante de él.

—Esta hoja es para ti, Hombre Oscuro.

—Si crees que esa arma va a tener algún efecto sobre mí, quizá deberías preguntar a tu amigo Gantoris qué puede hacerme —dijo Kun—. ¿O quizá ya has olvidado lo que le ocurrió a Gantoris cuando me desafió?

Una visión cruzó velozmente por la mente de Streen: el cadáver calcinado de Gantoris después de haber sido incinerado en una horrible conflagración que había avanzado desde el interior hacia el exterior, su cuerpo convertido en cenizas por los fuegos increíblemente abrasadores del lado oscuro... Kun debía de tener la intención de que ese recuerdo impulsara a Streen a sucumbir a la desesperación. Gantoris había sido su amigo, y él y Gantoris fueron los dos primeros candidatos que el Maestro Skywalker había descubierto al iniciar su búsqueda de nuevos Jedi.

Pero en vez de causar pánico o abatimiento, el recuerdo incrementó la decisión de Streen. El anciano ermitaño dio un paso hacia adelante y bajó la mirada hacia el hombre hecho de sombras.

—No eres bienvenido aquí, Exar Kun —dijo.

Streen volvió a sorprenderse al ver que la sombra del antiguo Señor del Sith retrocedía por la avenida alejándose de él.

—Si empiezas a resultarme difícil de manejar siempre puedo encontrar otras herramientas, Streen, y cuando haya recuperado el control de todo no tendré compasión de ti. Mis hermanos Sith utilizarán el poder almacenado dentro de esta red de templos. Si me desafías, puedo encontrar nuevas maneras de infligirte un dolor que está mucho más allá de cuanto puede llegar a concebir tu imaginación... ¡Y tendrás que soportarlas todas!

La sombra de Kun siguió retrocediendo..., y una silueta alta y esbelta surgió de repente de la escalera de piedra que terminaba en el extremo izquierdo de la gran sala de audiencias. Era Kirana Ti, vestida con su armadura de relucientes pieles de reptil. Sus músculos ondulaban bajo la débil claridad de las velas, y sus curvas hacían que pareciese tan flexible como letal.

—¿Huyes, Exar Kun? —preguntó Kirana Ti—. No sabía que resultara tan fácil asustarte.

Streen se mantuvo inmóvil con la espada de luz empuñada en su mano.

—Otra estudiante estúpida y temeraria —dijo Kun, girando sobre sí mismo para encararse con ella—. Deberías haber tenido más paciencia, ya que habría ido a visitarte a su debido tiempo... Las brujas de Dathomir serán unas magníficas adiciones a una nueva Hermandad Sith.

—Nunca tendrás ocasión de preguntarles si desean formar parte de ella, Exar Kun —replicó Kirana Ti—. Estás atrapado aquí, y nunca saldrás de esta sala —añadió mientras avanzaba hacia Exar Kun para intimidarle con su proximidad.

La sombra de Kun se distorsionó, pero no retrocedió.

—No puedes amenazarme... —dijo, y se alzó sobre ella.

El repentino movimiento de Kun hizo que Streen sintiera una gélida punzada de miedo en las entrañas, pero Kirana Ti se agachó con ágil fluidez para adoptar una postura de combate. Después se llevó una mano a la cintura y cogió una de las herramientas que colgaban de ella.

Un ruidoso chisporroteo hendió el aire, y Kirana Ti volvió a erguirse sosteniendo una espada de luz conectada en la mano. Una larga hoja amatista y blanca brotaba de la empuñadura y siseaba como un insecto enfurecido. Kirana Ti hizo oscilar lentamente la espada de luz de un lado a otro.

—¿De dónde has sacado esa arma? —preguntó Kun.

—Pertenece a Gantoris —respondió Kirana Ti—. Intentó enfrentarse a ti y fracasó. —Kirana Ti lanzó un mandoble con la espada de luz, y Exar Kun se encogió sobre sí mismo y retrocedió acercándose a Streen—. Pero yo triunfaré.

Kirana Ti fue hacia la plataforma sobre la que yacía el cuerpo de Luke, donde Streen seguía estando en guardia armado con la otra espada de luz. Kun estaba atrapado entre ellos.

Otro estudiante Jedi surgió de la escalera de la derecha. Era Kam Solusar, hosco y nervudo.

—Y si ella fracasa —dijo—, yo recogeré la espada de luz y me enfrentaré a ti.

Kam Solusar cruzó la sala y se detuvo al lado de Kirana Ti.

Un instante después Tionne surgió de la escalera del otro lado, y lanzó su desafío a Streen mientras iba hacia la plataforma. —Y yo también me enfrentaré a ti —dijo.

Cilghal entró en la sala con Jacen y Jaina cogidos de las manos.

—Y nosotros también nos enfrentaremos a ti —dijo—. Todos lucharemos contigo, Exar Kun.

Los otros estudiantes Jedi entraron en la sala y convergieron hasta formar un anillo que rodeó al Señor Oscuro del Sith.

Kun alzó sus brazos opacos en un gesto tan repentino como veloz. Una ráfaga de viento surgió de la nada y apagó las doce velas que rodeaban el cuerpo de Luke Skywalker, y la gran sala se llenó de sombras.

—No tememos a la oscuridad —dijo Tionne con firmeza—. Podemos crear nuestra propia luz.

Los ojos de Streen no tardaron en adaptarse a la nueva penumbra, y vio que los doce estudiantes Jedi estaban envueltos en una débil iridiscencia azulada, que se fue haciendo más brillante a medida que los nuevos Jedi convergían alrededor de Exar Kun.

—¡Incluso unidos sois demasiado débiles para enfrentarnos a mí! —gritó el hombre hecho de sombras.

Streen sintió una repentina opresión en la garganta, notó cómo su tráquea se cerraba y empezó a toser y jadear, incapaz de respirar. La silueta negra se volvió y clavó la mirada en quienes se le resistían. Los estudiantes Jedi se llevaron las manos a la garganta mientras hacían intentos desesperados por respirar y sus rostros se oscurecían a causa del esfuerzo.

La sombra de Kun se expandió, y se fue volviendo más oscura y más poderosa hasta que acabó alzándose sobre Streen como una gran torre negra.

—Coge tu espada de luz y acaba con estas débiles criaturas, Streen —le ordenó—. Después te permitiré vivir.

Streen oyó el cántico estridente de la sangre en sus oídos mientras su cuerpo se consumía por la falta de oxígeno. El sonido le recordó el soplar del viento y las tempestades. Viento. Aire. Streen aferró el viento con sus poderes Jedi y fue moviendo el aire, haciendo que fluyera hacia sus pulmones sin ser detenido por la barrera invisible con que lo estaba estrangulando Kun.

El oxígeno fresco y dulce volvió a llenarle poco a poco, y Streen exhaló e inhaló. Desplegó su poder e hizo lo mismo con los otros estudiantes Jedi, introduciendo aire dentro de sus pulmones para ayudarles a respirar y a que fueran recobrando las energías.

—Somos más poderosos que tú —dijo Dorsk 81 con voz jadeante y en un tono donde el asombro se mezclaba con el desafío.

—Cómo debéis de odiarme... —dijo Exar Kun, y había una sombra de desesperación claramente perceptible en su voz—. Puedo percibir vuestra ira.

Cilghal utilizó la sedosa voz de embajadora que tanto se había esforzado por desarrollar.

—No hay ira —dijo—. No te odiamos, Exar Kun. Eres una gran lección práctica para nosotros, y nos has revelado muchas cosas enseñándonos lo que significa ser un verdadero Jedi. Observándote podemos ver que el lado oscuro tiene muy poco poder propio. No tienes ningún poder que nosotros no tengamos, y te has limitado a utilizar nuestras propias debilidades en contra de nosotros.

—Estamos hartos de ti —dijo secamente Kam Solusar desde un extremo del círculo—, y ya ha llegado el momento de que seas derrotado de una vez por todas.

Los estudiantes Jedi dieron un paso hacia adelante y estrecharon el círculo que habían formado alrededor de la silueta de sombras atrapada en su centro. Streen alzó su espada de luz, y Kirana Ti levantó la suya preparándose para moverla hacia adelante en un mandoble letal. El brillo nebuloso que envolvía a los nuevos Caballeros Jedi se fue haciendo más intenso y se convirtió en una neblina luminosa que unía sus cuerpos formando un anillo ininterrumpido, una banda de luz sólida forjada por el poder de la Fuerza que palpitaba dentro de ellos.

—Conozco vuestros defectos —dijo Kun con voz estridente—. Todos tenéis debilidades. Tú...

La sombra se lanzó hacia la delgada silueta de Dorsk 81. El estudiante Jedi clonado se encogió sobre sí mismo, pero los otros candidatos le ayudaron transmitiéndole fortaleza.

—Tú, Dorsk 81... ¡Un fracaso! —se burló Exar Kun—. Ochenta generaciones de tu estructura genética fueron perfectas, idénticas... pero tú fuiste una anomalía. Eras un error, algo para lo que no había ningún lugar en tu mundo.

Pero el alienígena de piel aceitunada se negó a dejarse impresionar por sus palabras.

—Nuestras diferencias nos hacen fuertes —replicó—. Eso es algo que he aprendido aquí.

—Y tú... —Exar Kun giró sobre sí mismo para encararse con Tionne—. No tienes poderes Jedi. Eres patética y ridícula... Sólo puedes cantar canciones sobre grandes gestas, mientras que son otros los que las llevan a cabo.

Tionne le sonrió, y sus ojos color madreperla brillaron en la penumbra.

—Algún día las canciones narrarán nuestra gran victoria sobre Exar Kun... y yo las cantaré.

El resplandor siguió haciéndose más intenso a medida que la sinergia existente entre los candidatos se iba volviendo más potente, y fue tejiendo hebras para reforzar sus puntos débiles y resaltar todavía más lo que los hacía fuertes.

Streen no estuvo muy seguro de en qué momento apareció otra figura que se unió al círculo de estudiantes Jedi. Lo único que supo era que de repente estaba viendo una nueva forma carente de un cuerpo físico, una silueta encorvada y no muy alta que sostenía extendidas ante ella sus manos arrugadas. La silueta tenía un extraño rostro en forma de embudo recubierto de tentáculos, y sus ojillos contemplaban lo que la rodeaba desde debajo de una frente muy prominente. Streen reconoció al antiguo Maestro Jedi Vodo—Siosk Baas, que les había hablado desde el interior del Holocrón.

La imagen de Kun también vio al antiguo Maestro Jedi, y sus facciones parecieron quedar paralizadas en una mueca de asombro que podría haber pertenecido a una estatua.

—Los Jedi pueden superar sus debilidades si se unen —dijo el Maestro Vodo con su peculiar voz burbujeante—. Exar Kun, mi estudiante... Por fin has sido derrotado.

—¡No! —aulló la sombra con una voz que desgarró la noche mientras la silueta intentaba descubrir una parte del círculo en la que pudiera crear una brecha.

—Sí —dijo de repente otra voz sonora y firme.

Delante del Maestro Vodo acababa de aparecer la silueta iridiscente de un joven que vestía una túnica Jedi..., el Maestro Skywalker.

—Si se quiere extinguir una sombra hay que proyectar más luz —dijo Cilghal con su voz tranquila y llena de confianza en sí misma.

Kirana Ti dio un paso hacia adelante empuñando la espada de luz que había construido Gantoris. Streen fue hacia ella blandiendo la espada de luz de Luke Skywalker. Los dos se miraron a los ojos, asintieron y después atacaron con las deslumbrantes hojas luminosas.

Sus haces se cruzaron en el centro del cuerpo de sombras de Exar Kun, luz pura interceptándose con luz pura en un contacto que fue acompañado por un estallido de relámpagos. El destello de blancura cegadora pareció tan intenso como la explosión de un sol.

La oscuridad escapó de la silueta de Exar Kun. La negrura se hizo añicos, y los fragmentos salieron despedidos por todo el círculo buscando un corazón débil dentro del que esconderse.

Streen y Kirana Ti mantuvieron cruzadas sus espadas de luz, y la energía siguió siseando y chisporroteando.

Streen volvió a rozar los vientos con la Fuerza. La atmósfera de la gran sala de audiencias empezó a girar con una creciente fuerza de Coriolis para acabar formando un torbellino. El ciclón se fue tensando alrededor de un nudo invisible y envolvió a la sombra desgarrada, atrapándola y llevándola hacia el tejado en una veloz ascensión hasta que acabó expulsándola del templo para lanzarla al inmenso vacío.

Exar Kun se desvaneció con un alarido entrecortado, cuyos ecos murieron enseguida.

Los Caballeros Jedi se mantuvieron unidos durante un último momento, deleitándose en la fuerza compartida. Después se fueron separando los unos de los otros, sintiéndose llenos de agotamiento, alivio y triunfo. El resplandor ultraterreno se fue disipando lentamente a su alrededor.

La imagen del Maestro Jedi alienígena Vodo—Siosk Baas alzó la mirada hacia el techo, como si quisiera tener un último atisbo de su estudiante al fin derrotado, y después también desapareció al igual que lo había hecho Exar Kun.

Y el Maestro Skywalker gimió, y dejó escapar una tos jadeante mientras expelía el aire que llevaba mucho tiempo retenido dentro de sus pulmones y volvía a llenarlos, y se sentó sobre la plataforma de piedra.

—Lo... ¡Lo habéis conseguido! —exclamó Luke, recuperando sus energías con cada bocanada de aire limpio y fresco. Los nuevos Caballeros Jedi se apresuraron a ir hacia él—. Habéis roto las ataduras.

Jacen y Jaina corrieron hacia su tío Luke lanzando grititos de placer. Luke los levantó del suelo, y los gemelos rieron y le devolvieron el abrazo.

Luke Skywalker se volvió hacia sus estudiantes y les sonrió. Su rostro estaba iluminado por el orgullo que le inspiraba el grupo de Caballeros Jedi que había adiestrado.

—Sí, no cabe duda de que juntos formáis un equipo realmente formidable... —dijo—. Quizá ya no tengamos que seguir temiendo a la oscuridad.

Kyp Durrón estaba sentado en el asiento de pilotaje del *Triturador de Soles* con el cuerpo encorvado sobre los controles. Sus ojos permanecían clavados en el *Halcón Milenario* como si la nave fuese un demonio que se preparaba para saltar sobre él. Sus uñas bajaron lentamente por la superficie metálica del panel de navegación, arañándola como garras que intentaran hundirse en la carne de un enemigo.

Su mente se había visto repentinamente invadida por los recuerdos agridulces de los momentos felices que había vivido al lado de Han, de cómo los dos se habían deslizado a toda velocidad sobre las pistas de hielo en una frenética carrera de turboesquíes, cómo se habían hecho amigos en la negrura de las minas de especia y cómo Han había fingido no estar tan afectado por la aflicción que apenas sabía qué decir cuando Kyp partió hacia la Academia Jedi. Una parte de Kyp se sentía estupefacta y horrorizada ante la mera idea de estar amenazando la vida de Han Solo y de que quisiera destruir el *Halcón Milenario*.

La amenaza había parecido la solución obvia y el llevarla a cabo tampoco parecía encerrar ninguna dificultad, pero en realidad había surgido de una sombra oscura agazapada en las profundidades de su mente. La voz susurrante roía lentamente sus pensamientos, y no le dejaba en paz ni un solo instante. Era la voz que Kyp había oído durante su adiestramiento en Yavin 4 en los momentos más tenebrosos de la noche y en la pirámide de obsidiana llena de ecos oculta en el corazón de la jungla, y después había vuelto a oírla en la cima de la gran pirámide escalonada cuando había subido a ella para hacer volver el *Triturador de Soles* del núcleo de Yavin.

Kyp, impulsado y torturado por esa voz, había robado una nave y había huido a Endor, la luna de los bosques, para meditar junto a las cenizas de la pira funeraria de Darth Vader. Había creído ir lo bastante lejos como para escapar a la influencia de Kun, pero Kyp ya no creía que fuese posible huir de ella.

Después había continuado su viaje hasta llegar a los Sistemas del Núcleo, pero seguía sintiendo la presencia invisible de las cadenas que le mantenían atado al Señor Oscuro, y era consciente de las obligaciones malévolas exigidas por las enseñanzas Sith. Si intentaba resistirse y pensar por sí mismo, todo aquel peso volvía a caer sobre él con un impacto todavía más aplastante que antes, y entonces Kyp se sentía torturado por las palabras secas y feroces, las coacciones, las amenazas veladas y las burlas impregnadas de ira y sarcasmo.

Pero las palabras de Han Solo también tiraban de él, y eran armas de una especie muy distinta que llenaban su corazón de un nuevo calor e iban derritiendo poco a poco el hielo de la ira. En aquellos momentos la voz de Exar Kun parecía venir de muy lejos y sonar vagamente distraída, como si estuviera muy ocupado con otro desafío.

Y mientras Kyp escuchaba las palabras de Han comprendió que su amigo había logrado indicarle dónde se encontraba la verdad a pesar de saber muy poco sobre las enseñanzas Jedi. Estaba siguiendo el camino del lado oscuro. Las débiles justificaciones de Kyp se desmoronaron a su alrededor en una tempestad de excusas edificadas sobre unos frágiles cimientos de venganza.

—Han... Yo...

Pero los controles del *Triturador de Soles* se apagaron en el preciso instante en que Kyp se disponía a hablarle con sinceridad y cariño, a bajar sus defensas ante Han sincerándose con él y a pedir a su amigo que viniera a conversar con él. Una señal de anulación procedente

del ordenador del *Halcón* había desconectado los sistemas de armamento del *Triturador de Soles*, sus controles de navegación y el equipo de apoyo vital.

La negra red de la ira cayó de nuevo sobre Kyp y aplastó todas sus buenas intenciones. La indignación y la furia que se adueñaron de él, hicieron que encontrara el poder necesario para enviar una ráfaga de pensamientos de control a través de los circuitos integrados del ordenador del *Triturador de Soles*. Kyp barrió la programación intrusa, limpió los senderos electrónicos y los reconstruyó en un instante. Después volvió a trazar las funciones con un repentino aguijonazo mental que hizo que el *Triturador de Soles* volviera a funcionar. Los sistemas zumbaron al volver a la vida y recargarse de energía.

Exar Kun también había sido traicionado por quien se suponía era su aliado, el señor de la guerra Ulic Qel–Droma, y Han acababa de traicionar a Kyp. El Maestro Skywalker también le había traicionado al no ser capaz de impartirle las lecciones adecuadas para proporcionarle defensas contra Exar Kun. La voz del Señor Sith aulló dentro de la cabeza de Kyp ordenándole que matara a Han Solo, que destruyera al enemigo y permitiese que su ira fluyera en libertad y fuera haciéndose cada vez más potente e irresistible.

Kyp no pudo resistirse por más tiempo. Cerró sus oscuros ojos, sintiéndose incapaz de ver cómo sus manos aferraban las palancas de control para lanzar el torpedo. Armó el sistema. Las pantallas se iluminaron con el parpadeo de las señales de advertencia, pero Kyp no les prestó ninguna atención.

Tenía que destruir algo. Necesitaba matar a quienes le habían traicionado. Sus manos se curvaron sobre las empuñaduras de disparo. Sus pulgares se posaron sobre los botones de lanzamiento, preparándose para pulsarlos...

Preparándose...

Y un instante después la voz fantasmal de Exar Kun se convirtió en un gemido quejumbroso que resonó dentro de la mente de Kyp, y el gemido se transformó en un grito impregnado por la desesperación más absoluta, como si el Señor Oscuro estuviera siendo arrancado de aquel universo para ser exilado a un lugar totalmente distinto donde ya no podría seguir atormentando a Kyp Durrón.

Kyp se echó hacia atrás en su asiento de control, retrocediendo tan bruscamente como si un cable invisible que había estado tirando de él hasta aquel momento acabara de ser cortado. Sus brazos y su cabeza quedaron tan flácidos como los de un títere cuyos hilos acaban de ser cortados por una tijera, y el fresco viento de la libertad sopló a través de su mente y su cuerpo. Kyp parpadeó y se estremeció, sintiéndose lleno de repugnancia ante lo que había estado a punto de hacer.

El *Halcón Milenario* seguía manteniendo atrapado al *Triturador de Soles* en su rayo tractor. Kyp alzó la mirada hacia aquella nave vieja y maltrecha, la posesión más preciada de Han Solo, y se sintió repentinamente invadido por una incontenible oleada de desesperación.

Alargó la mano hacia los controles del torpedo de energía y canceló la secuencia de disparo con un gesto lleno de vehemencia. El generador de plasma emitió un último parpadeo y se fue oscureciendo a medida que la energía se disipaba poco a poco.

Sin la presencia de Exar Kun dentro de él. Kyp se sintió aislado y experimentó una repentina sensación de estar precipitándose en el vacío..., pero volvía a ser libre y podía actuar de manera independiente.

Abrió el canal de comunicaciones, pero tuvo que esperar unos momentos antes de hablar porque se sentía incapaz de articular una sola palabra. Tenía la garganta tan reseca como si llevara cuatro mil años sin comer ni beber.

—Han... —logró graznar por fin—. ¡Han, soy Kyp! —dijo después alzando la voz—. Yo... —Kyp calló, no sabiendo qué debía o qué podía decir a continuación—. Me rindo —concluyó pasados unos instantes mientras inclinaba la cabeza.

Tol Sivron, el administrador twi'lek, aún estaba bastante afectado por su horrenda travesía de las Fauces, la huida de las fuerzas de invasión rebeldes y el agitado trayecto gravitatorio entre los agujeros negros.

Sus largas colas cefálicas vibraban con un cosquilleante torrente de sensaciones, y Tol Sivron estaba encantado al ver que la información que había robado hacía tanto tiempo de los ficheros secretos de Daala —la lista de las complejas y tortuosas rutas que permitían atravesar el cúmulo de agujeros negros sin correr peligro— había resultado ser exacta. Si el mapa de trayectorias hubiera contenido aunque sólo fuese la más mínima imprecisión, él y su tripulación de fugitivos no estarían con vida en aquel momento.

El prototipo de la *Estrella de la Muerte* se bamboleó al emerger intacto del cúmulo impulsado por sus motores hasta el máximo de velocidad que podían obtener, pero los sistemas de propulsión dejaron de funcionar con un chisporroteo justo cuando la gigantesca esfera empezaba a alejarse de los sinuosos torbellinos de gases resplandecientes.

Chorros de chispas brotaron de los paneles mientras el capitán de las tropas de asalto se apresuraba a desconectar los motores y sistemas afectados. Yemm intentó utilizar un extintor manual para apagar las llamas que lamían una consola cercana, pero sólo consiguió provocar un cortocircuito en los sistemas del intercomunicador.

Golanda y Doxin estaban pasando a toda velocidad las páginas de los manuales de reparaciones y las especificaciones de diseño.

—Hemos conseguido salir de las Fauces, director —dijo el capitán de las tropas de asalto—, pero la travesía ha causado bastantes averías.

Doxin alzó la mirada con el ceño fruncido.

—Le recuerdo que estamos hablando de un prototipo no endurecido, y que nunca se tuvo la intención de llegar a utilizarlo en el espacio.

—Sí, señor —dijo el capitán de las tropas de asalto con su voz seca y carente de inflexiones—. Como me disponía a decir, creo que los daños podrán ser reparados en unos cuantos días... Es una simple cuestión de reinicializar los sistemas de ordenadores y cambiar los trazados de los circuitos. Creo que el prototipo resultará mucho más efectivo en el combate después de haber pasado por esta prueba.

Tol Sivron se frotó las manos y sonrió.

—Excelente, excelente... —dijo mientras se reclinaba en el asiento de pilotaje—. Eso nos proporcionará el tiempo necesario para seleccionar un objetivo adecuado sobre el que lanzar nuestro primer ataque.

Golanda solicitó una carta de navegación del banco de datos y la desplegó en la pantalla visora.

—Ya sabe que el sistema de Kessel se encuentra muy cerca, director —dijo—. Quizá deberíamos...

—Reparemos las unidades de propulsión y hagamos que vuelvan a funcionar antes de empezar a hacer planes para el futuro —la interrumpió Doxin—. La estrategia que acabemos decidiendo adoptar puede depender de lo que seamos capaces de hacer.

Yemm sacó la cubierta del panel de comunicaciones, se inclinó sobre el amasijo de cables ennegrecidos y olisqueó los aislamientos quemados con los ojos entrecerrados.

Golanda seguía estudiando su puesto de control, y estaba solicitando lecturas de los sensores exteriores del prototipo.

—He descubierto algo muy extraño, director —dijo por fin—. Si se examina la turbulencia de gases que rodea el cúmulo de agujeros negros, los datos obtenidos parecen indicar que una nave de grandes dimensiones entró hace poco en las Fauces..., hace tan sólo unos momentos, de hecho. La nave parece haber seguido otra de las rutas disponibles que la almirante Daala había clasificado como trayectorias seguras para llegar a la Instalación. —Golanda le miró, y Tol Sivron desvió la mirada para no tener que ver aquel rostro tan poco atractivo—. No nos hemos encontrado con ellos por meros segundos de diferencia.

Sivron no tenía ni idea de qué le estaba hablando, y tampoco entendía por qué razón debía preocuparle aquello. Todos esos problemas tan acuciantes eran como insectos que zumbaban alrededor de su cabeza amenazándole con sus agujijones, y Sivron reaccionó tratando de alejarlos.

—Bueno, ahora no podemos hacer nada al respecto —dijo—. Probablemente será otra nave rebelde que ha venido a prestar su apoyo a la invasión de nuestro complejo... —añadió con un suspiro—. Nos vengaremos de ellos en cuanto hayamos reparado la *Estrella de la Muerte* y todos sus sistemas vuelvan a funcionar.

Se reclinó en su asiento de pilotaje y cerró sus relucientes ojillos, anhelando aunque sólo fuera un momento de tranquilidad. Estaba deseando no haber abandonado nunca Ryloth, su mundo natal, donde la raza twi'lek vivía en las profundidades de catacumbas excavadas en las montañas de la banda crepuscular habitable que separaba el calor calcinante del día del frío gélido de la noche interminable.

Tol Sivron pensó en días más apacibles mientras respiraba el aire reciclado que olía a rancio por entre los huecos de sus dientes puntiagudos. Las tormentas de calor de Ryloth calentaban la zona crepuscular lo suficiente para que el planeta pudiera considerarse habitable, aunque eso no impedía que siguiera siendo un mundo lleno de desolación.

Los twi'leks habían construido su sociedad alrededor del gobierno de un «clan-cabeza» de cinco miembros que dirigían a la comunidad en todos los asuntos hasta que uno de ellos moría. Cuando eso ocurría, los twi'leks expulsaban a los miembros restantes del clan-cabeza a los eriales —y presumiblemente a sus muertes—, después de lo cual escogían un nuevo grupo de gobernantes.

Tol Sivron había sido miembro del clan-cabeza, y había sido cuidado y mimado por los beneficios del poder hasta que se volvió incapaz de llevar otro tipo de existencia. Todo el clan era joven y vigoroso, y Sivron había esperado cosechar los beneficios de su posición durante muchos años en los que disfrutaría de unos aposentos espaciosos, de las danzarinas twi'lek que eran famosas en toda la galaxia, y de los delicados bocados de carne cruda que podría desgarrar con sus dientes puntiagudos para paladear los picantes sabores líquidos de los que estaban impregnados.

Pero la buena vida apenas había durado un año estándar. Un compañero suyo había cometido la estupidez de perder el equilibrio en un andamio mientras estaba inspeccionando un proyecto de construcción en una profunda caverna, y se había precipitado al vacío para acabar empalándose en una estalagmita de diez mil años de antigüedad.

La raza twi'lek había obedecido su costumbre ancestral, y había exilado a Tol Sivron y los otros tres miembros del clan—cabeza a los desiertos calcinados del lado diurno para que se enfrentaran a las tormentas de calor y el azote del viento.

Al principio los gobernantes exiliados se resignaron a morir, pero Tol Sivron había acabado convenciendo a los otros tres de que si trabajaban en colaboración podrían sobrevivir, y de que quizá incluso serían capaces de subsistir en alguna caverna deshabitada del comienzo de la cordillera de montañas.

Los otros querían aferrarse a cualquier esperanza y se mostraron de acuerdo..., y Tol Sivron los mató a todos esa noche mientras dormían, y se adueñó de sus escasas posesiones para aumentar sus posibilidades de supervivencia. Se cubrió con gruesas capas de prendas arrancadas de los cadáveres de sus compañeros, y empezó a avanzar por aquel paisaje abrasador sin saber qué andaba buscando.

Tol Sivron había creído que las naves resplandecientes eran simples espejismos... hasta que se tropezó con el campamento. Era una base de adiestramiento y estación de reaprovisionamiento para la armada imperial, frecuentada por los contrabandistas pero mantenida por el Imperio.

Tol Sivron había conocido en el a un hombre llamado Tarkin, un joven y ambicioso comandante que ya tenía varias naves a sus órdenes y que albergaba la intención de convertir aquel pequeño puesto avanzado de Ryloth en una estación de reaprovisionamiento estratégicamente importante del Perímetro Exterior.

Tol Sivron había trabajado para Tarkin, y con el transcurso de los años demostró ser un administrador incomparable y un hábil supervisor del complicado proceso de engrandecimiento en el que se había embarcado Tarkin, que después se convertiría en Moff Tarkin y que acabaría siendo el Gran Moff Tarkin.

La carrera de Sivron había culminado con su nombramiento como director de la Instalación de las Fauces, de la que acababa de verse obligado a huir debido a la invasión rebelde. Si Tarkin todavía estuviera vivo, sin duda aquella vergonzosa retirada habría aparecido como una molesta mancha negra en la siguiente evaluación de resultados obtenidos por Tol Sivron.

Tenía que hacer algo para compensar aquel error..., y tenía que hacerlo lo más deprisa posible.

—Creo que el sistema de comunicaciones vuelve a funcionar, director —dijo Yemm, interrumpiendo el curso de sus pensamientos—. Estará listo para ser utilizado tan pronto como haya introducido las modificaciones en el registro de mantenimiento.

Sivron se irguió en el asiento.

—Bien, al menos hay algo que funciona por aquí...

Yemm fue introduciendo cifras en una de las terminales de ordenador y acabó volviéndose hacia Tol Sivron.

—Listo, director —dijo con una inclinación de cabeza que hizo subir y bajar sus cuernos.

—Conéctelo —ordenó Sivron—, y déjeme hablar con la tripulación. —Sus últimas palabras surgieron de los altavoces con tal potencia que se sobresaltó un poco. Sivron carraspeó para aclararse la garganta y se inclinó sobre el receptor vocal del asiento de pilotaje—. ¡Atención todo el mundo! Dense prisa con esas reparaciones —dijo secamente por el intercomunicador.

Su voz llegaba a todos los niveles, y hacía pensar en las órdenes de una deidad—. Quiero destruir algo lo más pronto posible.

El capitán de las tropas de asalto se volvió hacia él.

—Haremos cuanto podamos, señor —dijo—. Debería tener disponibles las estimaciones finales dentro de unas horas.

—Excelente, excelente.

Tol Sivron clavó la mirada en el vacío del espacio y contempló todos aquellos puntitos estelares que eran otros tantos posibles objetivos.

Tenía en sus manos una de las armas más devastadoras existentes en la galaxia, pero aún no había sido puesta a prueba..., de momento.

La segunda detonación cuidadosamente programada tuvo lugar en el mismo instante en que Wedge Antilles y su grupo de ataque entraban corriendo en el complejo del reactor de energía de la Instalación de las Fauces. Las cargas colocadas por un grupo de sabotaje estallaron en la base de las torres de refrigeración del reactor, inutilizando el enorme generador que proporcionaba energía a las instalaciones, los laboratorios, los ordenadores centrales y los sistemas de apoyo vital.

Wedge, que llevaba una armadura de camuflaje salpicada de manchitas marrones y verdes, había guiado a su grupo de ataque por las pasarelas del tubo de conexión hasta el asteroide en el que estaba instalada la central de energía. Pero los túneles fueron invadidos por chorros de humo grisáceo justo cuando el grupo de ataque entraba en la central, y un vendaval de aire caliente sopló por ellos trayendo consigo nubes de polvo y restos.

Wedge meneó la cabeza para conseguir que sus oídos dejaran de zumbiar. Se puso de rodillas y acabó logrando incorporarse.

—¡Necesito una evaluación de los daños, y la necesito enseguida! —gritó.

Tres soldados cruzaron corriendo la sala para encontrarse con un grupo de personal de la Instalación de las Fauces que huía de la destrucción. Los sabotadores parecían estar al mando de un hombretón manco de expresión hosca y piel verde purpúrea.

Los hombres de Wedge alzaron las armas y dirigieron los cañones de sus rifles desintegradores hacia los sabotadores, que se detuvieron con un ruido muy parecido al de las piezas de una maquinaria que encajan de repente. El manco patinó casi medio metro sobre el liso suelo metálico hasta acabar deteniéndose, y miró frenéticamente a su alrededor. Los otros sabotadores no apartaban la mirada de los soldados de la Nueva República.

—¡Tirad las armas! —ordenó Wedge.

El hombretón alzó su única mano con la palma hacia Wedge para mostrar que no iba armado. Wedge se sorprendió al ver que los otros también estaban desarmados.

—Ya es demasiado tarde para impedir que todo sea destruido —dijo el manco—. Soy Wermyn, líder de la división de operaciones del complejo. Acepte mi rendición. Mi equipo y yo le agradeceríamos muchísimo que nos sacara de esta roca antes de que todo estalle.

Wedge movió una mano señalando a cuatro de sus soldados.

—Ocupense de los prisioneros y pónganles grilletes restrictores para que no nos den más problemas —ordenó—. Tenemos que conseguir que ese reactor vuelva a funcionar, o nos veremos obligados a iniciar la evacuación.

Los sabotadores de las Fauces no ofrecieron ninguna resistencia mientras los soldados se los llevaban para someterlos a custodia, aunque los hombres de Wedge no parecían estar muy seguros de cómo se las arreglarían para ponerle los grilletes restrictores al único brazo de Wermyn.

Wedge y los técnicos entraron cautelosamente en el reactor. El calor cayó sobre ellos con un impacto tan potente como el de un remolino de arena durante la estación cálida de Tatooine. El aire estaba saturado por los olores acres de los lubricantes, el metal fundido y los restos calcinados de los explosivos de alta energía.

La sala estaba iluminada por las luces rojas de alerta, y sus reflejos en los siseantes chorros de vapor parecían gotitas de sangre que volaran por los aires. Las bombas y los motores vibraban con un ritmo palpitante que Wedge no tardó en acusar bajo la forma de un doloroso latir en el cráneo. Un componente del reactor de grandes dimensiones había quedado destruido, y los bordes irregulares que se curvaban hacia el exterior todavía rezumaban hilillos de metal a medio derretir.

Wedge entrecerró los ojos mientras los técnicos corrían hacia el reactor, agarrando los detectores manuales que habían llevado colgando de sus cinturones para estudiar las filtraciones de radiación. Uno de ellos no tardó en volver trotando hacia Wedge.

—Las bombas de refrigeración primaria y secundaria han sido destruidas —le explicó—. Nuestro amigo Wermyn tenía razón... Ha iniciado un proceso de fusión del núcleo, y no podemos hacer nada para detenerlo. No podemos reparar este equipo.

—¿Podemos desconectar el reactor? —preguntó Wedge.

—Los controles están destruidos y la reacción ya se ha iniciado —respondió el técnico—. Supongo que existe una posibilidad de que podamos hacer unos cableados de emergencia e instalar unos sistemas de control temporales en un par de horas, pero si desconectamos el reactor... Bueno, entonces también dejaremos sin energía y sin sistemas de apoyo vital a toda la Instalación de las Fauces.

Wedge contempló la destrucción que le rodeaba y sintió que se le formaba un vacío helado en el estómago. Pateó un trozo de blindaje de platiacero con la puntera de la bota, y el fragmento metálico repiqueteó sobre el suelo con un sonido hueco que acabó siendo engullido por el palpar de los motores.

—No acepté ponerme al frente de esta fuerza de ataque para permitir que todos los científicos y la *Estrella de la Muerte* huyeran mientras la Instalación es destruida bajo mis pies —dijo por fin.

Wedge respiró hondo y juntó las yemas de los dedos intentando concentrarse tal como solía hacer Qwi, aunque no estaba muy seguro de si le daría algún resultado.

Después cogió el comunicador que colgaba de su cinturón y sintonizó la frecuencia de comunicación con la fragata *Yavaris*, su navío insignia.

—Necesitamos unos cuantos expertos en ingeniería ahora mismo, capitán —dijo—. Tenemos que instalar unas cuantas bombas de refrigeración de emergencia para el reactor principal.

»Sí, ya se que no disponemos de mucho equipo, pero nuestros sistemas de refrigeración de los hiperimpulsores no deberían ser muy distintos a los que utiliza este reactor... Saque las bombas de los motores de una corbeta. Debemos instalar algún tipo de sistema de refrigeración de emergencia aquí abajo para mantener controlado el reactor hasta que hayamos podido sacar todo lo que tenga algún valor para nosotros de la Instalación de las Fauces.

Los dos técnicos alzaron la mirada hacia Wedge y sonrieron.

—Esa idea tal vez pueda dar resultado, señor.

Wedge les dijo que volvieran con los prisioneros, y se juró a sí mismo que no permitiría que los imperiales se salieran con la suya tan fácilmente.

Qwi Xux se sentía como una extraña en su propia casa. Entró con paso tímido y vacilante en la habitación que había identificado como su antiguo laboratorio, esperando que algo surgiera de la nada para saltar sobre ella y que los recuerdos volvieran en una oleada incontenible.

La iluminación se encendió, derramando una fría claridad blanca sobre los aparatos de diseño, sus terminales de ordenador y su mobiliario. Aquel lugar había sido su hogar, el centro de su vida durante más de una década; pero de repente le parecía tan ajeno como una tierra desconocida. Qwi lo contempló con asombro y suspiró.

Cetrespeó la había seguido, y entró en la habitación con un zumbido de servomotores.

—Sigo sin saber por qué estoy aquí, doctora Xux —dijo—. Puedo ayudarla en la tarea de asimilación de los datos que se encuentren, pero soy un androide de protocolo y no un modelo decodificador. Quizá debería haberse traído a Erredós... Este tipo de cosas se le dan mucho mejor que a mí. Es un modelo excelente, pero un poquito demasiado tozudo para un androide, no se si entiende a qué me refiero...

Qwi ignoró al androide y siguió adentrándose en la habitación. Caminaba de puntillas y sentía la piel fría y un poco pegajosa, como si estuviera sudando. El aire olía a rancio y a vacío. Qwi tembló mientras deslizaba los dedos sobre la fría piedra sintética de una de las gruesas columnas de soporte. Captó un destello de un recuerdo lejano: Han Solo atado a aquella columna, tan maltrecho y agotado que apenas era capaz de mantener erguida la cabeza después del «interrogatorio a fondo» al que le había sometido la almirante Daala.

Qwi avanzó hacia la mesa de laboratorio y fue cogiendo sus sensores de análisis espectral, analizadores de propiedades de materiales, simuladores de tensión y desgaste y un proyector de diseños holográficos en 3-D que relució con destellos oscuros bajo las brillantes luces de la habitación.

—Vaya, doctora Xux, esta área de trabajo tiene un aspecto realmente magnífico —dijo Cetrespeó—. Espaciosa y limpia... Estoy seguro de que ha alcanzado grandes logros aquí. Créame, he visto zonas de investigación mucho más desordenadas en los complejos de Coruscant.

—¿Por qué no haces un inventario del equipo, Cetrespeó? —le sugirió Qwi para conseguir que el androide se quedara callado y le permitiera pensar—. Quiero que prestes una atención especial a cualquier modelo para demostraciones que puedas encontrar, ya que podrían resultar muy significativos.

Qwi siguió con su inspección, y acabó descubriendo un pequeño teclado musical medio escondido entre un montón de listados y notas escritas a mano. Junto al teclado se veía el ojo lechoso de una terminal de ordenador apagada.

Conectó la terminal, pero la pantalla le pidió su contraseña antes de permitirle acceder a sus propios archivos. La idea no había sido mala, pero tendría que intentarlo de otra forma.

Qwi cogió el teclado musical y lo sostuvo sobre las palmas de sus manos. El instrumento le resultaba familiar y desconocido al mismo tiempo. Pulsó unas cuantas teclas y escuchó las notas agudas y suaves que brotaron de él. Qwi recordó haber estado inmóvil entre los restos de la Catedral de los Vientos destrozada y cómo había cogido un fragmento de uno de los conductos y había soplado por él, arrancándole una melodía lenta y melancólica. Un vor alado le había quitado la flauta improvisada de entre los dedos, y después había insistido en que no volvería a haber más música hasta que la catedral hubiera sido reconstruida...

Pero aquel teclado encerraba su propia música. Qwi recordaba vagamente haberlo utilizado, pero no conseguía acordarse de para qué lo usaba exactamente. Una imagen que aparecía y volvía a esfumarse surgió de repente en su mente, como un fruto mojado y resbaladizo que se le escurría de entre los dedos cada vez que intentaba cogerlo. Había dejado el teclado sobre la mesa con la sospecha de que quizá no volvería a verlo nunca... Qwi torció el gesto, respiró hondo y juntó los dedos en un desesperado esfuerzo de concentración.

¡Han Solo! Sí, todo tenía que estar tal como se encontraba cuando salió de allí para tratar de rescatar a Han y escapar con el *Triturador de Soles*.

Qwi permitió que sus largos y esbeltos dedos azulados bailaran sobre las teclas. Su mente no recordaba ninguna secuencia determinada, pero su cuerpo sí la conocía. Sus manos se movieron impulsadas por la fuerza de la costumbre y tejieron un veloz aro de melodías. Qwi sonrió al darse cuenta de lo familiares que le resultaban.

Cuando hubo terminado la secuencia de notas, la pantalla de su ordenador mostró un nuevo mensaje: CONTRASEÑA ACEPTADA. Qwi clavó sus ojos color índigo en ella y parpadeó, sintiéndose asombrada ante lo que acababa de hacer.

ERROR, siguió diciendo la pantalla del ordenador. BASE DE DATOS PRINCIPAL NO DISPONIBLE... BUSCANDO COPIAS DE SEGURIDAD. ARCHIVOS DAÑADOS.

Qwi sospechaba que Tol Sivron podía haber destruido el núcleo del ordenador antes de huir en el prototipo de la *Estrella de la Muerte*, pero aun así estaba segura de que ella tenía que haber dejado algunos datos almacenados en la memoria temporal de su terminal.

El mensaje de la pantalla volvió a cambiar y pasó a ser MOSTRANDO ARCHIVOS RECUPERADOS.

Qwi se encontró contemplando sus propios diarios y notas personales a través de la ventana que acababa de abrir la terminal. Sintió que el corazón le empezaba a latir más deprisa mientras leía las palabras que ella misma había tecleado..., pero quien las había tecleado no era ella, claro. Era otra Qwi Xux, una Qwi del pasado que había sido sometida a un lavado de cerebro por los imperiales, una Qwi que había sido manipulada y deformada durante su infancia, y a la que se había obligado a trabajar hasta el límite máximo de sus capacidades mentales.

Fue leyendo sus resúmenes diarios con la respiración entrecortada y una creciente inquietud: los experimentos que había realizado, las simulaciones que había desarrollado en el ordenador, las reuniones a las que había asistido, los interminables informes de progreso que había redactado para el director Sivron... No recordaba nada de todo aquello, pero la asombró y la consternó darse cuenta de que lo único que había hecho era trabajar. Su única alegría procedía de los experimentos completados, y los únicos momentos de emoción que había vivido eran aquellos en que las pruebas habían demostrado que sus diseños funcionarían y podrían ser utilizados en la práctica.

—¿Y toda mi vida no era más que esto? —preguntó Qwi en voz alta. Siguió pasando archivo tras archivo, y contempló un día idéntico detrás de otro—. ¡Qué... vacía! —murmuró por fin.

—¿Me estaba diciendo algo, doctora? —preguntó Cetrespeó—. ¿Me ha pedido que la ayude?

—Oh, Cetrespeó...

Qwi meneó la cabeza y descubrió que tenía los ojos llenos de lágrimas.

Oyó pasos en el corredor y se volvió en el mismo instante en que Wedge entraba en el laboratorio. Tenía el rostro manchado de grasa y suciedad, y su uniforme estaba muy arrugado. Parecía sudoroso y exhausto, pero Qwi corrió hacia el y le abrazó. Wedge le apretó suavemente los hombros, y después deslizó los dedos por entre los plumosos mechones de su cabellera perlina.

—No ha ido muy bien, ¿eh? —dijo—. Lo siento, Qwi. No he podido estar aquí cuando entraste en el laboratorio. He tenido que ocuparme de una emergencia.

Qwi meneó la cabeza.

—No importa —replicó—. Tenía que enfrentarme a todo esto yo sola.

—¿Has encontrado algo que pueda resultar útil? —Wedge dio un paso hacia atrás y volvió a convertirse en el general de una fuerza de ataque—. Necesitamos saber cuántos científicos había en la Instalación. La gran mayoría ha escapado a bordo de la *Estrella de la Muerte*, pero cualquier información que tengas...

Qwi se envaró y volvió la mirada hacia su terminal de ordenador.

—No estoy muy segura de poder ayudarte. —Su voz estaba impregnada por un matiz de desolación, como si se sintiera perdida y no supiese muy bien dónde estaba—. He estado examinando mi vida cotidiana, y al parecer no conocía a ningún científico. Yo no... No tenía amistades aquí.

Qwi le miró con sus ojos insondables muy abiertos.

—Más de diez años de mi vida, y no llegué a conocer a nadie —siguió diciendo—. Trabajaba, y eso era todo. Creía estar consagrada a una gran tarea... Superar desafíos universales significaba mucho para mí, pero ni siquiera sabía para qué servía mi trabajo. Lo único que me importaba era encontrar la solución al siguiente problema. ¿Cómo pude ser tan ingenua?

Wedge la abrazó intentando darle ánimos. El contacto de su cuerpo era cálido y reconfortante.

—Todo eso se acabó, Qwi —dijo—. Nunca volverá a ocurrirte. Por fin has podido salir de la jaula en la que te habían encerrado, y ahora yo estoy aquí para enseñarte el resto del universo..., si quieres venir conmigo.

—Claro que sí, Wedge. —Qwi alzó la mirada hacia el y trató de sonreír—. Iré contigo.

El comunicador de Wedge emitió un zumbido estridente desde su cinturón, y Wedge lo cogió con un suspiro.

—Sí, ¿qué ocurre? —preguntó.

—Hemos llevado algún equipo temporal al complejo del reactor, general Antilles. Hemos modificado los componentes básicos sacados de una de las corbetas, tal como usted sugirió. Hemos conseguido colocarlos, y los sistemas se pueden considerar más o menos en condiciones de funcionar. Los niveles de temperatura del núcleo del reactor han empezado a descender, y esperamos que bajen por debajo de las líneas rojas de peligro durante las próximas horas.

—Estupendo. Eso quiere decir que tenemos un límite de tiempo, ¿no? —preguntó Wedge.

—Bueno... —respondió la voz del técnico—. No es que podamos fiarnos mucho del reactor, pero de momento se encuentra en situación estable.

—Buen trabajo —dijo Wedge—. Transmite mi felicitación a su gente.

—Sí, señor.

Wedge apagó el comunicador y sonrió a Qwi.

—¿Ves? Las cosas están empezando a ir bien después de todo —dijo.

Qwi asintió, y alzó la vista hacia el angosto ventanal instalado en la parte superior de la pared. Nubes de gases recalentados flotaban a la deriva alrededor de los agujeros negros de las Fauces.

Era como si estuvieran repentinamente lejos de todos los conflictos de la galaxia, solos en un lugar seguro donde no corrían ningún peligro. Qwi ya había librado sus mayores batallas personales, y por fin podía permitirse el lujo de relajarse un poco y descansar.

Pero antes de que desviara la mirada Qwi vio aparecer una sombra en la masa multicolor de la nebulosa. Era una gigantesca silueta triangular, como una punta de lanza que se estuviera abriendo paso a través de los gases para llegar al refugio de la isla gravitatoria.

Qwi se envaró y tuvo que apretar los labios para reprimir el grito de pánico que pugnaba por salir de su garganta.

Wedge la soltó, giró sobre sí mismo y alzó la mirada hacia el ventanal.

—¡Oh, cielos! —exclamó Cetrespeó.

Un maltrecho Destructor Estelar imperial con el casco ennegrecido estaba avanzando por las Fauces, y ya había empezado a activar sus sistemas de armamento. El casco que en tiempos había sido de un blanco deslumbrante estaba lleno de quemaduras y abolladuras, y sus planchas habían quedado dañadas por la feroz embestida de todo un infierno de radiaciones.

El navío insignia de la almirante Daala, el *Gorgona*, acababa de regresar a la Instalación de las Fauces.

Los caminantes–araña imperiales ascendieron por el escarpado pináculo de piedra. Sus largas patas metálicas se doblaban formando ángulos extraños a medida que sus garras los iban izando hasta las gruesas puertas blindadas que protegían a Winter y al pequeño Anakin.

Winter permanecía inmóvil en la sala de operaciones con las mandíbulas tensas y los ojos entrecerrados, contemplando el avance de los transportes de asalto. Ya habían llegado a su primera línea defensiva.

Cuando crearon el escondite de Anoth, el almirante Ackbar y Luke Skywalker no quisieron confiar únicamente en el secreto e intentaron tomar precauciones contra todos los tipos de ataque posibles. Winter había esperado que nunca llegarían a tener necesidad de poner a prueba aquellos planes de emergencia, pero estaba claro que no le iba a quedar más remedio que luchar por la vida del niño..., y por la suya.

Bajó la mirada hacia sus paneles de información y vio que el Organismo Defensivo contra Intrusiones Exteriores estaba activado y preparado para la reacción automática. Winter suponía que ODIE ¹ sería capaz de acabar con un mínimo de dos caminantes–araña, y siguió contemplando las pantallas mientras se agarraba al canto de una consola para no perder el equilibrio.

Los caminantes–araña siguieron trepando por la pared rocosa con sus patas de insecto y llegaron a una hilera de cavernas, pequeños orificios que daban acceso a un laberinto de callejones sin salida y grutas ocultas en la montaña.

Winter se tensó mientras los dos primeros MT–AT pasaban sobre las aberturas negras sin sospechar lo que se ocultaba dentro de ellas. El transporte de asalto que abría la marcha se detuvo y disparó una primera andanada contra las puertas blindadas con sus dos cañones láser delanteros. La vibración y el estruendo metálico se extendieron por todo el complejo protegido.

El segundo caminante–araña se estaba preparando para abrir fuego cuando masas de tentáculos que ondulaban como látigos surgieron de las cavernas escondidas. Los tentáculos hacían pensar en un amasijo de gruesos cables flexibles que terminaban en garras–pinza de bordes tan afilados como navajas de afeitar, y su repentina aparición cogió totalmente desprevenidos a los caminantes–araña.

Dos de los brazos en continuo movimiento de ODIE se curvaron alrededor del primer caminante y lo arrancaron del risco. Después ODIE lanzó al caminante–araña al vacío antes de que la máquina pudiera utilizar sus garras neumáticas para volver a aferrarse a la roca.

El MT–AT cayó en un largo despeñarse agitando frenéticamente sus patas, y chocó con otro transporte de asalto durante su descenso. Las dos máquinas cayeron juntas y acabaron estallando al estrellarse contra las escarpaduras del fondo.

El tercer caminante–araña disparó sus cañones láser, dirigiendo los haces hacia las cavernas llenas de sombras. Uno de los tentáculos de ODIE se retiró velozmente, y el negro látigo humeante se esfumó en las profundidades de los túneles; pero otros tentáculos emergieron de distintas aberturas para envolver al caminante en una apretada red. Los

¹ Existe un chiste que se pierde con la traducción, ya que en inglés las siglas del androide defensivo son FIDO (Foreign Intruder Defense Organism), uno de los nombres para perros más comunes en el mundo anglosajón. (Nota del traductor)

cañones turboláser volvieron a hacer fuego y arrancaron fragmentos de roca con su desesperada andanada. ODIE aumentó la presión que estaban ejerciendo sus tentáculos, y fue doblando las patas articuladas hasta que las articulaciones chirriaron y los gruesos remaches salieron despedidos de sus orificios.

Los sensores instalados en las puntas de los tentáculos ya habían comprendido para qué servían las cabinas de los MT-AT. Las enormes garras de platiacero de ODIE se abrieron paso a través de la estructura blindada, rajaron el techo de punta a punta y sacaron a dos soldados de las tropas de asalto del compartimento para arrojarlos hacia el precipicio como huesos roídos echados a la basura después de un banquete. El transporte que se había quedado sin piloto cayó rodando por el risco mientras los cinco transportes de asalto restantes se apresuraban a apartarse de su trayectoria.

Winter apretó los puños y fue regularizando poco a poco su respiración entrecortada en un intento de calmarse. El androide defensivo semiorgánico había conseguido eliminar tres de las máquinas atacantes, pero Winter estaba casi totalmente segura de que sería destruido por las cinco restantes.

Ackbar había propuesto crear un androide guardián tomando como modelo al krakana, el temible monstruo marino de Calamari. Científicos calamarianos habían diseñado una máquina muy resistente y parcialmente consciente que imitaba muchos de los rasgos más letales del krakana. Sus tentáculos estaban reforzados con cables de duracero, y sus pinzas de bordes afilados como navajas habían sido recubiertas con aleaciones muy duras. La existencia de ODIE giraba por completo alrededor de la misión de proteger la base que se le había encomendado. Los tentáculos del androide brotaron de la caverna y empezaron a ondular de un lado a otro en busca de nuevas presas.

Tres de los transportes de asalto que seguían intactos treparon hasta ocupar nuevas posiciones flanqueando las aberturas de la catacumba y dispararon repetidamente contra las cuevas. Otro trío de tentáculos surgió repentinamente de un agujero que había parecido estar vacío hasta aquel momento y agarró a un caminante-araña, envolviéndolo y arrastrándolo hasta la aglomeración central de aberturas de la caverna.

Winter se maravilló ante aquella nueva táctica. ODIE no sólo estaba destruyendo otro caminante imperial, sino que también estaba utilizando el MT-AT como escudo. Pero los otros caminantes no dejaron de disparar. Los soldados de las tropas de asalto nunca vacilaban en sacrificar a sus compañeros si ello podía asegurar el éxito de una misión.

Los ocupantes del caminante-araña capturado siguieron disparando. ODIE tiró del MT-AT hasta tenerlo un poco más cerca, y después lo aplastó contra las rocas como si fuese un fruto-joya de corteza enormemente gruesa. El piloto conectó sus cañones desintegradores de alta potencia y lanzó una ráfaga combinada contra las cuevas. La gigantesca explosión arrancó un fragmento colosal de la estructura subterránea de las catacumbas. Llamas y polvo, trozos de rocas y gases volátiles salieron disparados en un inmenso chorro que se alzó hacia los cielos color violeta de Anoth. La onda expansiva vaporizó el núcleo corporal de ODIE e hizo estallar el caminante-araña capturado al mismo tiempo.

El panel de diagnóstico de ODIE se apagó en la sala de operaciones. Winter deslizó las puntas de los dedos sobre la lisa superficie de la pantalla. La primera línea de defensa había acabado con la mitad de los transportes de asalto.

—Buen trabajo, ODIE... —murmuró—. Gracias.

Los enormes transportes de asalto siguieron moviéndose sobre sus muchas patas y empezaron a atacar las puertas blindadas. Los golpes sordos de los impactos de los haces

turboláser y los chirridos de la resistencia que oponían los gruesos paneles metálicos hicieron vibrar el aire.

Winter sabía qué debía hacer, y activó el resto de sistemas defensivos automáticos antes de salir corriendo de la sala de operaciones. Cruzó a toda prisa la caverna en la que el almirante Ackbar había posado su caza B personal hacía poco cuando vino a hacerle una visita, moviéndose con pasos rápidos y silenciosos. Winter deseó que el almirante calamariano pudiera estar a su lado en aquellos instantes. Sabía que siempre podía contar con él, pero por el momento tendría que cuidar de sí misma y del pequeño Anakin sin la ayuda de nadie.

Reprimió implacablemente sus temores personales y se obligó a hacer lo que debía hacerse. No había tiempo para el pánico. Winter corrió a lo largo de los túneles, dejando abiertas las escotillas metálicas para poder huir en cuanto fuera divisada por los soldados de las tropas de asalto. Cuando entró en la gruta que albergaba la pista principal, las repetidas y atronadoras explosiones que llegaban del exterior casi la ensordecieron.

Las puertas blindadas habían empezado a curvarse hacia el interior. El metal estaba lleno de abolladuras y brillaba con un resplandor rojo cereza provocado por el fuego láser continuado que iba derritiendo poco a poco la protección exterior, abriéndose paso lentamente hacia el núcleo de metal superdenso. Las puertas siguieron curvándose mientras Winter las contemplaba, y una hendidura apareció en el centro del panel.

Garras articuladas se introdujeron por la abertura. Las andanadas láser continuaron sucediéndose hasta que los pernos de sujeción del panel izquierdo se doblaron bajo el diluvio de energía. El otro panel ya estaba colgando de sus guías.

Un vendaval sibilante entró en la gruta y ululó por ella mientras Winter se preparaba para enfrentarse al ataque.

Los caminantes–araña, aquellas máquinas temibles erizadas de armas y repletas de soldados de élite, entraron en la cámara con un zumbido de motores funcionando a plena potencia.

El destructor *Venganza* mantenía su posición en órbita. El coronel Ardax se llevó las yemas de los dedos al receptor vocal de su oreja y escuchó el informe del grupo de ataque enviado al planetóide que tenía debajo.

–Hemos conseguido abrir una brecha en las puertas blindadas, coronel –dijo el comandante de las tropas de asalto por la radio–. Hemos sufrido bastantes pérdidas, y las defensas rebeldes son muy superiores a lo que esperábamos encontrar. Estamos avanzando con gran cautela, pero esperamos haber capturado al niño Jedi dentro de poco.

–Manténgame informado –dijo Ardax–. Póngase en contacto conmigo cuando hayan completado la misión y haremos los preparativos para recogerles. –Ardax hizo una pausa–. ¿Y el embajador Furgan? ¿Está entre las bajas?

–No, señor –dijo el comandante de las tropas de asalto–. Iba en el último transporte de asalto de nuestro despliegue, y no se ha enfrentado a ningún peligro directo.

El coronel Ardax cortó la transmisión.

–Lástima... –murmuró.

Ardax estaba contemplando los tres planetoides que formaban Anoth cuando las sirenas de alarma empezaron a sonar de repente en toda la cubierta de control del *Venganza*.

–¿Qué ha sido eso? –preguntó.

Un teniente alzó la vista de su puesto de sensores. Su rostro se había vuelto de un color gris ceniza.

—¡Un navío de combate rebelde acaba de salir del hiperespacio, señor! Su armamento es considerablemente superior al nuestro.

—Prepárense para emprender acción evasiva —ordenó el coronel Ardax—. Bien, parece ser que nos han traicionado...

Ardax tragó aire por entre sus dientes apretados. Furgan debía de haber comunicado sus planes de batalla a los espías rebeldes.

La gran pantalla de comunicaciones siseó con un ondular de estática grisácea que acabó disolviéndose para mostrar la cabeza de pez de un calamariano.

—Aquí Ackbar, al mando del crucero estelar *Viajero Galáctico* —dijo la imagen—. Ríndanse y prepárense para ser abordados. Cualquier rehén de la Nueva República que puedan tener a bordo debe ser devuelto sin que haya sufrido ningún daño.

—¿Contesto, coronel? —preguntó el oficial de comunicaciones.

—Nuestro silencio es una respuesta más que suficiente —dijo Ardax—. En estos momentos nuestro objetivo primario es seguir con vida. El equipo de superficie tendrá que arreglárselas como pueda. Trace un curso para avanzar por entre dos componentes de Anoth. Las descargas eléctricas nos ocultarán a sus sensores, y después podremos huir al hiperespacio. Escudos a máxima potencia.

—Sí, señor —dijo el oficial táctico, y el navegante empezó a trazar el curso solicitado.

—Adelante a toda máquina en cuanto estén preparados —dijo el coronel Ardax, paseando nerviosamente de un lado a otro de la cubierta de control.

El *Venganza* aceleró hacia el conglomerado planetario con una sacudida. El navío de combate rebelde empezó a disparar. El destructor se bamboleó y tembló cuando las explosiones se desparramaron sobre sus escudos.

—Su potencia de fuego es muy superior a la nuestra, señor, pero sus andanadas tienen como objetivo incapacitarnos, no destruirnos.

El coronel Ardax enarcó las cejas.

—Ah, naturalmente... ¡Green que ya tenemos al niño en nuestro poder! Bien, no les demos ningún motivo para que piensen otra cosa.

El *Venganza* siguió acelerando hacia las amenazadoras fauces del mundo fragmentado.

Leia tensó los puños hasta que sus uñas se hundieron en el liso tapizado del sillón de mando de Ackbar a bordo del *Viajero Galáctico*. El viejo y maltrecho destructor viró en su órbita y empezó a seguir un nuevo curso.

—Parece que han decidido correr el riesgo de averiguar si hablaba en serio, almirante —dijo.

—No están respondiendo a mi mensaje, desde luego —murmuró Ackbar.

—Y no responderán —dijo Terpfen con expresión preocupada desde un puesto auxiliar—. Huirán. Si ya tienen al niño en su poder, no hay nada que pueda retenerles aquí. No correrán el riesgo de luchar contra un navío de combate más poderoso que el suyo.

Leia tragó saliva. Sabía que Terpfen tenía razón, y deseó que Han pudiera estar a su lado en aquellos momentos.

—Entonces no debemos permitir que huyan —dijo Ackbar.

Se había mantenido cerca de Terpfen durante todo el viaje. Ackbar había formado la fuerza de rescate seleccionando a sus miembros de entre los trabajadores más leales de su equipo de salvamento en Ciudad Arrecife del Hogar, y había recogido a otros especialistas de los astilleros de construcción de naves espaciales en órbita. En todo ese tiempo no se había referido a la traición de Terpfen ni una sola vez.

Ackbar y Terpfen estaban librando una especie de conflicto silencioso que hacía pensar en un extraño duelo de voluntades. Ackbar afirmaba entender cómo había sido manipulado su jefe de mecánicos, el mismo había estado prisionero del Imperio, pero en vez de ser programado como espía y saboteador, Ackbar había tenido que convertirse en ayudante de Moff Tarkin contra su voluntad. Habían sido tiempos terribles para él, pero Ackbar había conseguido aprovechar al máximo su relación con el cruel estratega, y acabó transformándola en un recurso más que le había sido de gran utilidad durante el ataque que la almirante Daala había lanzado contra Calamari. Ackbar afirmaba que por fin había llegado el momento de que también Terpfen utilizara sus sufrimientos en contra de los imperiales.

Leia contempló desde el puente de mando del *Viajero Galáctico* cómo la silueta de morro romo del destructor imperial quedaba envuelta en un débil resplandor azulado cuando conectó sus motores sublumínicos. Cerró los ojos, se aferró al respaldo del asiento de Ackbar y desplegó un zarcillo de pensamientos, impulsándolo con su mente en busca de la presencia del pequeño Anakin con la esperanza de poder consolarle o dar con él.

Leia percibió la esencia de su bebé a través de las vastas distancias del espacio, pero no consiguió averiguar su situación y tuvo que limitarse a captar su presencia en la Fuerza. No podía establecer contacto directo, y tampoco podía ver a su bebé. Anakin aún podía estar en Anoth, pero también era posible que se hallase prisionero a bordo del destructor.

—Disparen todas las armas delanteras lanzando andanadas para inutilizar sus sistemas —ordenó Ackbar con una voz increíblemente firme y tranquila—. Limítense a causar los daños suficientes para impedir que entren en el hiperespacio.

Haces de energía de alta potencia se esparcieron sobre los potentes escudos del *Venganza*. La radiación residual ardió alrededor de los puntos de impacto, revelando averías de poca importancia en el casco del navío imperial. Pero el destructor seguía acelerando.

—Va a pasar por entre dos de los planetoides —dijo Leia.

Terpfen se inclinó hacia adelante e hizo girar sus ojos redondos mientras se concentraba.

—Está intentando utilizar las descargas estáticas como medio de camuflaje —dijo—. Hay tanta ionización dispersa que nuestros sensores acabarán perdiendo su señal, y después podrá escapar por el vector que más le convenga antes de que hayamos podido volver a dar con él.

Leia respiró hondo, tratando de calmarse y disipar el nerviosismo que se estaba adueñando de ella. Estaban tan cerca... ¿Qué razón podía tener el destructor para huir salvo la

de que Anakin ya se encontraba a bordo? Leia hizo un nuevo intento de percibir la situación del bebé.

Los dos fragmentos envueltos en delgadas capas atmosféricas del cuerpo primario de Anoth ya se alzaban delante del destructor, con un canal muy angosto entre ellos. Rayos que parecían uñas gigantescas rebotaban de una atmósfera a otra mientras los fragmentos en órbita iban acumulando una carga electrostática increíblemente potente.

—Aumenten la velocidad —ordenó Ackbar—. Deténganles antes de que se pierdan entre la estática.

El capitán del destructor seguía negándose a responder a su transmisión.

—Vuelvan a disparar e incrementen la potencia —ordenó Ackbar.

Los haces turboláser hicieron impacto en el *Venganza* por estribor, produciendo una oscilación lateral claramente visible con la inercia de las andanadas. Los escudos se doblaron, y algunos componentes de los motores sublumínicos del destructor dejaron de funcionar. Pero el capitán seguía huyendo. El destello blanco azulado que brotaba de los escapes se hizo un poco más intenso cuando los motores aceleraron todavía más, preparando la nave para el salto al hiperespacio.

—¡No! —gritó Leia—. ¡No dejen que se lleven a Anakin! Si...

Pero el destructor imperial se metió por el angosto pasaje entre el planeta fragmentado antes de que hubiera podido terminar de hablar.

Un deslumbrante trazado de estática recubrió los escudos exteriores del *Venganza*, envolviéndolos como un capullo de oruga a medio formar. El resplandor de un cono de ionización se fue desplegando por delante del casco a medida que la nave se abría paso por entre la cada vez más saturada atmósfera e iba formando espectaculares sistemas de tormentas.

Leia cerró los ojos e hizo un desesperado esfuerzo de concentración. Si pudiese llegar a establecer una conexión entre la mente de Anakin y la suya, entonces tendría una minúscula posibilidad de poder seguir la pista de su bebé después de que el destructor se hubiera desvanecido en el hiperespacio.

Captó las presencias de las personas que viajaban a bordo del navío de combate imperial, pero no percibió el más mínimo destello indicador de que su hijo o Winter, su guardiana y protectora, estuviesen allí. Leia desplegó aún más lejos su red de búsqueda mental mientras el *Venganza* continuaba atravesando aquel angosto callejón de atmósfera.

El gigantesco navío blindado era como una sonda metálica introducida entre un par de baterías cargadas al máximo, y el destructor se convirtió en un cortocircuito a través de las dos atmósferas supercargadas.

Un relámpago colosal se abrió paso a través de la atmósfera y se extendió a lo largo del navío de combate como una cadena de fuego. Un río de energía pura chocó con el *Venganza* desde ambos lados, haciéndolo desaparecer en un huracán de electricidad aniquiladora que sólo dejó la sombra fugaz de una imagen residual en la pantalla.

Ackbar dejó escapar un jadeo claramente audible e inclinó la cabeza. Terpfen se derrumbó en su asiento, pero Leia había estado observando la destrucción con sólo una parte de su mente. Volvió a desplegar sus pensamientos a través del espacio..., hasta que por fin logró encontrar el punto de brillantez que era Anakin, el más pequeño de sus tres hijos.

Terpfen se puso en pie moviéndose tan despacio como si ya estuviera rodeado de gruesas cadenas.

–Ministra Organa Solo, me entrego a... –empezó a decir. Leia le interrumpió meneando la cabeza.

–No habrá ningún castigo, Terpfen –dijo–. Anakin sigue con vida y está en el planeta, pero en estos momentos corre un terrible peligro. Tenemos que darnos prisa.

Winter estaba agazapada al lado de la escotilla metálica en el exterior de la gruta de descenso. Sostenía una pistola desintegradora en una mano, sabiendo que su cabellera blanca y sus prendas de color claro harían que resultara fácilmente visible incluso en la penumbra.

Cuatro enormes transportes de asalto mecanizados se abrieron paso cautelosamente a través de los restos del panel izquierdo de la puerta y se detuvieron con un siseo de motores en el centro de la gruta. Los paneles de transpariacero de las cabinas subieron con un zumbido estridente para permitir la salida a los soldados de las tropas de asalto imperiales.

Winter movió rápidamente los ojos de un lado a otro haciendo una veloz evaluación de la situación. Cada uno de los cuatro caminantes–araña llevaba dos soldados a bordo, lo cual daba un total de ocho objetivos. Winter alzó su pistola desintegradora y apuntó el cañón hacia el soldado de armadura blanca más cercano.

Winter disparó tres ráfagas en rápida sucesión. No pudo ver cuántas habían llegado a hacer impacto en el soldado, pero éste salió despedido hacia atrás con su armadura hecha pedazos. Más soldados empezaron a salir corriendo de los transportes, disparando en todas direcciones mientras lo hacían.

Winter volvió a agazaparse, pero no pudo volver a disparar. El último caminante–araña abrió su cabina para revelar a un soldado de las tropas de asalto y a un hombre bajito y achaparrado de cejas enormes y labios muy gruesos.

Los otros soldados ya habían localizado a Winter en su escondite al lado de los restos de la puerta, y empezaron a disparar contra ella lanzando una andanada detrás de otra. Winter fue retrocediendo hacia la escotilla abierta.

Tenía dos opciones: podía volver por donde había venido y permanecer al lado de Anakin para defender al bebé al precio de su vida..., o podía atraer a los siete invasores restantes, alejándolos del bebé y haciendo cuanto estuviese en sus manos para acabar con ellos.

Winter presionó el botón de disparo de su pistola desintegradora sin apuntar el arma, y haces de energía rebotaron por toda la gruta. El hombre achaparrado se agachó buscando refugio bajo la cabina de un caminante–araña.

—¡Id a por ella! —chilló.

Un soldado que seguía dentro de la cabina de pilotaje de su MTAT apuntó sus cañones láser y disparó contra la pared por encima de la cabeza de Winter, dejando un cráter humeante en las rocas.

El hombre achaparrado seguía gritando desde su escondite debajo del MT–AT.

—¡No la matéis! —ordenó—. Utilizad los rayos aturdidores hasta que tengamos al niño. Tú... —movió una mano señalando al soldado que había salido del caminante–araña con él—. Ven conmigo. Nos encargaremos de..., de reconocer el terreno. Los demás... ¡Capturad a esa mujer!

Era justo lo que Winter había esperado que ocurriría. Echó a correr por el pasillo, sabiendo que la mayoría de integrantes del grupo de asalto la seguiría. Winter avanzó a la carrera por los túneles que hacían pendiente, agachando la cabeza para pasar por debajo de los arcos tallados en la roca. Fue cerrando de un manotazo las gruesas compuertas herméticas

detrás de ella a medida que iba adentrándose en los niveles del complejo. y continuó descendiendo hacia sus profundidades.

Los soldados la siguieron. Las gruesas compuertas apenas lograban detenerles unos momentos, pues utilizaban detonadores térmicos con un sistema de centrado cuyo estallido arrancaba las puertas metálicas de sus guías.

Winter siguió llevándoles por el laberinto de pasadizos, alejándoles cada vez más y más del pequeño Anakin. A esas alturas los soldados ya debían de estar totalmente desorientados.

Sus perseguidores disparaban cada vez que podían divisarla, pero Winter siempre se las arreglaba para evitar que los haces la hicieran pedazos. Acabó consiguiendo atraer a los soldados a la gran sala subterránea del generador y el núcleo del ordenador y dejó escapar un suspiro de alivio, la única descarga de tensión emocional que se había permitido hasta aquel momento.

La sala era una oscura confusión de equipo, conductos de refrigeración, cañerías metálicas y sistemas de apoyo vital que zumbaban y palpitaban incesantemente. El núcleo del ordenador brillaba con un sinfín de luces verdes oblongas que se encendían y apagaban formando una pauta de cascada. Los ordenadores propiamente dichos, que estaban incorporados a las estaciones de bombeo y la estructura del generador, formaban una masa surrealista de metales y plásticos retorcidos salpicada por un amasijo de pantallas diagnósticas de transpariacero, terminales de entrada y salida de datos y, en general, tal cantidad de sistemas y aparatos distintos que nadie habría sido capaz de adivinar para qué servían.

Winter sabía que todo aquel equipo sólo era un disfraz que ocultaba el verdadero propósito de la gran sala.

Los soldados titubearon durante unos momentos en el umbral, como si sospecharan que pudiese haber una trampa oculta entre las sombras. Winter alzó su pistola desintegradora y disparó siete ráfagas en rápida sucesión contra ellos. Los soldados de las tropas de asalto se apresuraron a buscar refugio, y entraron corriendo en la penumbra de la sala un instante después al ver que no seguía disparando.

Winter no trató de esconderse. Corrió hacia la columna tachonada de lucecitas que era el núcleo del ordenador y después se adentró en las sombras que se acumulaban al otro extremo de la sala, rodeadas por conductos, tubos y luces parpadeantes que no tenían ninguna función. Los soldados de las tropas de asalto fueron detrás de ella sin dejar de disparar ni un solo instante.

Winter lanzó varias ráfagas más contra ellos, con el único propósito de provocarles y asegurarse de que permanecían dentro de la sala. Uno de sus disparos rebotó en una superficie reluciente y se incrustó en el costado de un soldado, deritiendo la placa de armadura blanca de su brazo derecho.

Winter parecía estar acorralada en el fondo de la sala mientras los soldados avanzaban hacia ella. Tenía delante a cinco enemigos, uno de ellos un poco rezagado debido a su brazo herido.

Los soldados imperiales recorrieron la mitad de la distancia que les separaba de Winter antes de que las paredes empezaran a temblar y moverse.

Cañerías y conductos articulados, enormes tableros de control y paneles esféricos de lecturas se agitaron y cambiaron, encajándose unos en otros con una rápida sucesión de chasquidos y crujidos. Winter oyó el sonido del metal chocando con el metal, las conexiones

que se establecían a toda velocidad y las piezas que entraban en huecos meticulosamente estudiados y diseñados.

Las paredes llenas de maquinaria se habían convertido en un pelotón de androides asesinos montados a partir de componentes camuflados. Los androides activaron sus armas, formando una galería de tiro cuyo único propósito era destruir soldados de las tropas de asalto.

Winter no necesitaba dar órdenes. Los androides asesinos sabían con toda exactitud qué se suponía que debían hacer. Habían sido programados para ignorar a Winter y a los niños Jedi, pero podían reconocer a sus blancos sin ninguna dificultad.

Los androides asesinos empezaron a disparar sobre los cinco perseguidores desde todas direcciones. El fuego cruzado de haces letales acabó con las siluetas cubiertas por armaduras blancas en menos de dos segundos, y sólo dejó montones de restos humeantes, blindaje derretido y armas inútiles empuñadas por manos muertas. Ningún soldado había tenido la oportunidad de disparar ni una sola ráfaga.

Un soldado dejó escapar un gemido y un siseo de dolor, y después se sumió en el silencio de la muerte. Las sombras proyectaron su manto sobre la carnicería.

Winter dejó escapar un suspiro de alivio, avanzó por entre los cadáveres, que aún crujían y chisporroteaban a causa de la masacre, y bajó la mirada hacia los inexpresivos visores negros de los enemigos imperiales.

—Nunca subestimes a tu oponente —dijo.

El embajador Furgan se mantenía cautelosamente agazapado mientras el soldado de las tropas de asalto corría precediéndole por los pasillos abiertos en la roca.

Furgan no había recibido ningún adiestramiento de combate y no tenía experiencia en la lucha, pero hacía cuanto podía para imitar los fluidos movimientos de su acompañante. Llevaba el rifle desintegrador apuntando hacia adelante, y bajaba a cada momento la mirada hacia el arma para asegurarse de que estaba conectada y lista para hacer fuego.

Los túneles se hallaban sumidos en la penumbra, y la única claridad existente en ellos era la que proporcionaban unos tubos luminosos blancos instalados a lo largo del techo. El soldado pegó la espalda de su armadura a la pared, alzó su arma haciéndola asomar por un recodo del túnel para ver si atraía disparos enemigos y fue trotando hasta el cruce siguiente al no ocurrir nada.

Dejaron atrás puerta tras puerta, y fueron inspeccionando cada habitación preparados para capturar al niño indefenso y volver corriendo a sus MT-AT. Furgan y el soldado descubrieron compartimentos de almacenamiento llenos de cajas de suministros y equipo, el comedor, dormitorios vacíos..., pero no lograron encontrar al niño que andaban buscando.

Furgan oyó el repiqueteo y los ecos lejanos de los impactos de haces desintegradores a una considerable distancia por debajo de ellos, y volvió la mirada hacia la dirección de la que llegaban los sonidos mientras fruncía el ceño.

—Les dije que no la mataran —murmuró—. ¿Por qué no han obedecido mis órdenes? Bien, tendremos que encontrar al niño sin su ayuda —añadió volviéndose hacia el soldado de las tropas de asalto.

—Sí, señor —dijo el soldado con voz átona e inexpresiva.

La puerta de metal que encontraron a continuación estaba cerrada y bloqueada. El soldado la golpeó con su guante blanco, pero nadie respondió a la llamada. El soldado cogió

una pequeña mochila llena de herramientas que colgaba de su cinturón reglamentario, sacó de ella un cortador láser de alta potencia y lo utilizó para dejar al descubierto el panel de control de la puerta. Después sus dedos se movieron experta y ágilmente a pesar del grosor de los guantes que llevaba, y no tardaron en hacer un puente que le permitiría manipular los controles de activación.

La puerta se abrió revelando los suaves colores pastel de una habitación llena de juguetes, una cama que parecía muy cómoda..., y un androide niñera provisto de cuatro brazos, que retrocedió hacia una esquina de la habitación adoptando una postura protectora para dar cobijo a un niño muy pequeño.

—Ah, así que por fin hemos dado con el —dijo Furgan.

Entró en la habitación volviendo la mirada de un lado a otro en busca de trampas contra intrusos. El soldado también avanzó, flanqueando a Furgan y manteniendo su posición defensiva con el rifle desintegrador preparado para hacer fuego. Furgan no vio ninguna defensa aparte del androide niñera.

—Les ruego que se marchen —dijo el androide niñera con una voz de abuela suave y muy agradable—. Están poniendo un poco nervioso al bebé.

Furgan soltó una estrepitosa carcajada.

—¿La única defensa que han conseguido proporcionarle es... un androide niñera? —Volvió a reírse—. ¿Hemos enviado todo un equipo de ataque para arrebatarle un bebé a un androide niñera?

El androide seguía erguido delante del bebé, que permanecía muy quieto en el suelo, y utilizó su par de brazos inferior para desplegar un delantal metálico a prueba de haces desintegradores que extrajo de la base de su torso y que protegería al bebé de cualquier disparo perdido.

—No pueden llevarse a este niño —dijo el androide—. Debo advertirles que he sido programado para protegerle a cualquier precio.

—Qué conmovedor. Bueno, pues yo me voy a llevar a este niño..., cueste lo que cueste —replicó Furgan mientras hacía una seña con la cabeza al soldado de las tropas de asalto—. Coge al bebé —añadió mientras sus labios se curvaban en una sonrisa de triunfo.

El soldado dio un paso hacia adelante. El androide extendió sus cuatro manos imperiosamente indicándole que se detuviera.

—Lo lamento, pero no puedo permitirlo —dijo el androide niñera con voz impasible—. Cierra los ojos, pequeño Anakin.

—¿A qué estás esperando? —preguntó secamente Furgan—. No es más que un androide niñera.

Las cuatro manos del androide se desprendieron y cayeron al suelo con un zumbido y un chasquido, dejado al descubierto los cañones de los desintegradores escondidos en las muñecas.

—Soy un androide niñera mejorado —dijo con seco énfasis—, y no harán daño a este niño.

El androide disparó los cuatro cañones, enviando un diluvio de mortíferos haces de energía.

Las cuatro ráfagas hicieron impacto en el soldado antes de que pudiera alzar su rifle desintegrador. El soldado salió despedido hacia atrás hasta chocar con la pared, y fragmentos de su armadura blanca se desprendieron de las manchas negras y humeantes de sus heridas.

Furgan lanzó un chillido lleno de asombro y temor. Alzó su rifle desintegrador y presionó el botón de disparo mucho antes de tomarse la molestia de apuntar el arma. Un amasijo de haces incandescentes se esparció por la habitación, reflejándose en las paredes pintadas con tonos pastel y rebotando en las esquinas.

Furgan se agachó, pero siguió disparando. El androide niñera centró sus cuatro brazos armados con desintegradores en él, pero Furgan deslizó su torrente de rayos desintegradores sobre su cabeza redondeada y su blando torso recubierto de carne sintética, teniendo éxito más debido a la suerte que a la habilidad. Chorros de chispas saltaron por los aires, y el metal fundido salió disparado en todas direcciones.

El bebé empezó a gimotear debajo del delantal a prueba de rayos desintegradores.

Furgan pasó por encima de los restos humeantes del androide niñera y el cadáver del soldado con sus labios violáceos curvados en una sonrisa y fue a coger al niño. Se inclinó para agarrar al pequeño Anakin por un bracito, y acabó alzándole en vilo cogido por el pijama. Furgan no estaba muy seguro de cómo había que sostener a un bebé, especialmente cuando se trataba de uno que no paraba de removerse como estaba haciendo aquél.

—Ven conmigo, pequeño —dijo—. Estás a punto de iniciar una nueva vida tan importante que afectará a toda la galaxia.

Han Solo ardía en deseos de que se le permitiera acercarse a Kyp Durrón en las cámaras del Consejo de Coruscant para poder consolar a su joven amigo, pero los centinelas armados de la Nueva República que rodeaban a Kyp hacían totalmente imposible que nadie se aproximara a él.

Kyp se movía muy despacio, como si estuviera caminando sobre un montón de cristales rotos con los pies descalzos. Sus ojos se habían vuelto opacos y velados y su rostro estaba surcado por un sinfín de nuevas arrugas, como si el espíritu oscuro de Exar Kun hubiese descargado sus cuatro mil años de existencia sobre los hombros de Kyp.

El *Triturador de Soles* volvía a estar en poder del departamento de seguridad de la Nueva República, y Mon Mothma había prohibido el acceso a la zona a cualquier persona que no contara con su autorización personal para entrar en ella. No habría más investigaciones que intentaran averiguar cómo funcionaba la superarma. La caótica venganza llevada a cabo por Kyp había demostrado lo horrible que realmente era el *Triturador de Soles*.

La atmósfera de las cámaras del Consejo estaba impregnada por los olores asfixiantes resultado de la tensión general y la falta de ventilación. La piedra añadía un olor a moho viejo a la estancia, y Han pensó que aquel lugar le ponía nervioso y le producía una aguda sensación de claustrofobia.

Los miembros del Consejo llevaban sus uniformes oficiales como si fuesen armaduras de combate, y fruncían el ceño como viejos centinelas que se dispusieran a dictar sentencia. Algunos no parecían haber descansado ni un instante. Han se sentía profundamente inquieto ante la perspectiva de tener que enfrentarse a ellos sin que Leia estuviera a su lado. Su esposa se había ido de Yavin 4 con Terpfen, supuestamente para ir a ver a Ackbar, pero Han no había podido averiguar qué había sido de ella. Leia sabía cómo cuidar de sí misma, desde luego, y Han no se había atrevido a dejar solo a Kyp con la temible jauría de depredadores del Consejo.

Mon Mothma, flanqueada por sus omnipresentes androides médicos, parecía ser sólo parcialmente consciente de lo que estaba ocurriendo a su alrededor. Ningún miembro del Consejo se atrevería a sugerir que abandonara su cargo mientras ella estuviera dispuesta a seguir asistiendo a las reuniones, aunque contribuía muy poco a ellas. Han quedó atónito al ver hasta qué punto había empeorado el estado de Mon Mothma durante los últimos días.

Uno de los funcionarios que permanecían inmóviles flanqueando la arcada llena de tallas que enmarcaba la gran puerta de entrada agitó una campanilla cilíndrica, e hizo vibrar la atmósfera con la pureza de una prolongada nota musical que indicó a todos los presentes el comienzo oficial de la reunión.

Han no sabía gran cosa sobre el protocolo gubernamental, pero no estaba dispuesto a permanecer cruzado de brazos sin hacer nada mientras Kyp era pisoteado por un montón de burócratas que ocupaban altos cargos. Tenía que actuar, y dio un paso hacia adelante antes de que ningún miembro del Consejo hubiera tenido la oportunidad de hablar.

—¡Eh! —exclamó—. ¿Podrían permitirme interceder en favor de mi amigo Kyp Durrón?

El anciano general Jan Dodonna se puso en pie. El barbudo militar, tan viejo y curtido por el paso del tiempo que parecía un trozo de madera encontrado a la deriva sobre las olas, aún parecía estar lleno de energías, y su mirada fulminó a Han.

—El prisionero puede hablar por sí mismo, general Solo —dijo—. No cabe duda de que hasta el momento no ha mostrado ninguna reluctancia a la hora de actuar por sí mismo, ¿verdad? Deje que conteste a nuestras preguntas.

Han retrocedió, un poco mortificado por la reprimenda, y bajó la vista hacia el suelo para dedicarse a seguir los dibujos de grietas de las losas. Dodonna había sido el primer miembro del Consejo en hablar, y se inclinó hacia adelante para bajar la mirada hacia Kyp. El joven alzó su cabeza cubierta de mechones despeinados, contempló al anciano genio de la estrategia y parpadeó como si tuviera mucho sueño.

—Robó el *Triturador de Soles*. Kyp Durrón —dijo Dodonna—. Atacó y dejó temporalmente incapacitado al Maestro Jedi Luke Skywalker. Hizo estallar la Nebulosa del Caldero, y después destruyó dos sistemas estelares habitados más. No voy a discutir el significado táctico de sus acciones, ¡pero no podemos tolerar la existencia de fuerzas incontrolables que dictan sus propias órdenes y que causan la destrucción a su capricho!

Los otros miembros del Consejo murmuraron que estaban de acuerdo con él, y un instante después la voz grave y un poco gutural del general Rieekan resonó en la cámara.

—El Consejo ya había decidido que el *Triturador de Soles* nunca sería utilizado —dijo—. Lo enviamos a un lugar donde nadie podría poner las manos sobre él, pero usted frustró nuestros deseos de manera consciente y deliberada.

El resto del Consejo guardó silencio después de haber oído las palabras de Rieekan. Todos parecían arder en deseos de añadir sus propias condenas a las que ya habían sido proclamadas en voz alta, pero comprendían que no hubiese servido de mucho.

Kyp habló por fin. Su voz sonó imposiblemente débil y estridente, y eso sirvió para recordar a Han y al resto de los presentes lo joven que era en realidad aquel muchacho.

—No tengo ninguna excusa para mis acciones —dijo Kyp—. Aceptaré las consecuencias.

—¿Incluso si sus acciones exigieran que se dictara la pena de muerte? —preguntó el obeso senador Threkin Horm—. Una destrucción de la magnitud que usted ha causado sólo merece la ejecución.

—¡Eh, un momento! —exclamó Han. Los miembros del Consejo le fulminaron con la mirada, pero Han hizo caso omiso de sus silenciosos reproches—. Lo sé, lo sé... pero escúchenme durante un minuto. Kyp no era el mismo. Se encontraba poseído por el espíritu maligno de un Señor Sith que ha sido derrotado posteriormente, y además también hizo unas cuantas cosas buenas. Destruyó la flota de Daala. ¿Cuántas vidas ha salvado al hacer eso? Después de todo estamos en guerra, ¿no?

Las palabras de Mon Mothma surgieron de sus labios resecos y agrietados bajo la forma de un jaseo sibilante. Su voz se había convertido en un susurro ahogado que apenas podía oírse, y toda la cámara quedó sumida en un profundo silencio cuando empezó a hablar.

—Te has manchado las manos con la sangre de millones de víctimas, Kyp Durrón..., quizá con la de miles de millones. Somos un cuerpo de gobierno, no un tribunal. No tenemos ningún derecho a decidir tu destino. Tú... —Mon Mothma abrió y cerró la boca convulsivamente, como si estuviera teniendo que utilizar casi todas sus energías meramente para llenar sus pulmones—. Debes ser juzgado por el Maestro Jedi. Nosotros no estamos cualificados para juzgar tus crímenes.

Después alzó una mano en un gesto dirigido a Han.

—Llévele a Yavin 4, general Solo —concluyó—, y deje que el Maestro Skywalker decida su destino.

Leia, Ackbar y Terpfen se unieron al grupo de rescate del *Viajero Galáctico* y descendieron velozmente a través de los cielos color violeta de Anoth. Ackbar iba al frente pilotando su caza B. Sus sistemas de armamento estaban conectados y preparados para hacer fuego contra cualquier grupo de ataque que pudiera haber sido desplegado por el destructor imperial.

Los cazas estelares avanzaron a toda velocidad sobre el paisaje erizado de colmillos rocosos y se dirigieron hacia la torreta de piedra que Ackbar y Luke habían escogido como base. Leia vio signos de destrucción que hicieron que se le helara la sangre en las venas, y enseguida pudo distinguir el humo y los escombros indicadores de que la base había sido atacada.

—Llegamos demasiado tarde —murmuró.

Una parte del pináculo rocoso había sido hecha añicos, y la superficie erosionada estaba manchada de hollín. Leia vio los restos todavía humeantes de varias horrendas arañas mecánicas esparcidos un poco más abajo.

La voz de Ackbar llegó a sus oídos surgiendo del intercomunicador por el canal de nave a nave.

—Winter debe de haber ofrecido una gran resistencia —dijo—. Los sistemas defensivos que instalamos están funcionando tal como habíamos planeado.

Leia tenía la garganta tan reseca que tuvo que tragar saliva antes de poder responder.

—Esperemos que su resistencia haya bastado para repeler el ataque, almirante.

Los cazas se dirigieron hacia la brecha de las puertas blindadas. Uno de los gruesos paneles todavía colgaba de sus guías. Las naves de rescate maniobraron para esquivar las enormes masas de los cuatro caminantes—araña que yacían inmóviles sobre el suelo de la pista de descenso. Ackbar, Leia y Terpfen saltaron de sus cabinas mientras otros cazas calamarianos se unían a ellos.

—Terpfen, ve directamente a las habitaciones del bebé con la ministra Leia y la mitad de los pilotos —ordenó Ackbar—. Averigüad si el bebé sigue estando ahí. Yo iré a los niveles inferiores con los demás y buscaremos a Winter. Creo saber qué clase de estrategia habrá adoptado.

Leia desenfundó su pistola desintegradora y se puso al frente del grupo sin perder ni un segundo en discusiones. Después echó a correr con el rostro lleno de una hosca decisión para averiguar si su pequeño estaba a salvo.

El grupo de rescate avanzó a la carrera por el laberinto de túneles serpenteantes que llevaba a las habitaciones del niño. Leia fue mirando a su alrededor mientras corría, pero no vio ninguna señal de que las paredes hubieran sufrido impactos de rayos desintegradores. Las armas tintineaban al chocar con las armaduras de los calamarianos que corrían detrás de ella.

Doblaron la última esquina antes de llegar a las habitaciones de Anakin y Leia tuvo que desviarse bruscamente para no chocar con el androide de energía de movimientos lentos y torpes, que seguía llevando a cabo sus rondas sin haber sido afectado en lo más mínimo por

toda la agitación de las últimas horas. Leia dejó de prestar atención a la batería ambulante cuando vio que la puerta del cuarto de juegos de Anakin estaba abierta.

—¡Oh, no! —exclamó.

Leia se detuvo con un último paso lleno de cautela en el mismo instante en que el embajador Furgan salía del cuarto de juegos y alzaba a un lloroso Anakin delante de su ancho pecho.

Tanto Leia como Furgan permanecieron inmóviles durante un momento mirándose fijamente el uno al otro. Las cejas de Furgan subieron en una contracción muscular involuntaria que les dio el aspecto de dos pájaros asustados disponiéndose a emprender el vuelo.

Los calamarianos del grupo de rescate apuntaron a Furgan con sus armas, y el embajador sostuvo al bebé delante de él como si fuese un escudo.

—Devuélvame a Anakin —dijo Leia, y la amenaza que rezumaba de su voz era más grande que la que hubiese podido transmitir toda una flota de Destruidores Estelares.

—Me temo que no voy a hacerlo —replicó Furgan, y curvó una manaza enorme alrededor del frágil cuello de Anakin. Los ojos del embajador no paraban de moverse velozmente de un lado a otro—. ¡Dejen de apuntarme con sus armas o le romperé el cuello! Lo he pasado muy mal para hacerme con el bebé Jedi, y ahora no voy a renunciar a él tan fácilmente... Es mi rehén, y la única forma de que siga con vida es que me dejen marchar.

Furgan fue avanzando lentamente a lo largo del túnel. Su espalda rozaba las asperezas y protuberancias de la pared de piedra. Furgan mantenía los ojos clavados en las armas que le apuntaban, pero continuó sosteniendo al bebé delante de él mientras aumentaba un poco la presión que ya estaba ejerciendo sobre su garganta.

—Seguiré siendo capaz de aplastarle la tráquea incluso si me dejan aturdido con un disparo —dijo—. ¡Tiren las armas!

—Atrás —ordenó Leia, retrocediendo un paso.

Los calamarianos se hicieron a un lado abriendo un camino para que Furgan pudiera pasar por él... todos menos Terpfen, que se había quedado inmóvil con las manos extendidas delante de él y tan tensas como si fuesen unas garras muy afiladas.

Los ojos de Furgan se posaron en la hinchada cabeza del calamariano y recorrieron el trazado de cicatrices que la cubría..., y le reconocieron de repente.

—Vaya, vaya... Así que has acabado traicionándome después de todo, ¿eh, pececito mío? No pensé que tuvieras la fuerza de voluntad necesaria para poder hacerlo.

—La encontré —dijo Terpfen.

Dio un paso hacia Furgan. Anakin seguía removiéndose en los brazos del embajador.

—¡Detente! —gritó Furgan—. Ya llevas un peso bastante grande sobre tu conciencia, mi pequeño pez. Supongo que no querrás aumentarlo todavía más añadiéndole la muerte de este bebé, ¿verdad?

Terpfen emitió un gorgoteo ahogado que era una especie de gruñido de amenaza calamariano. Furgan mantuvo la mirada clavada en los enemigos que le rodeaban mientras seguía retrocediendo hacia los caminantes—araña y su única vía de escape.

Los ojos marrón oscuro de Anakin brillaban con tanta intensidad como si el bebé estuviera sumido en una profunda meditación.

Y de repente Furgan gritó al tropezar con el androide de energía de cuerpo cuadrado y torpes andares contoneantes, que se había movido sin hacer ningún ruido hasta colocarse detrás de él. El androide emitió una descarga de electricidad a baja potencia que dejó aturdido a Furgan.

El embajador se tambaleó y cayó sin soltar al bebé. El androide de energía se apartó a toda prisa mientras dejaba escapar un chillido de algo parecido al terror.

Los calamarianos se apresuraron a coger sus armas, y Terpfen saltó sobre Furgan para arrancarle el bebé de las manos.

Los calamarianos dispararon contra Furgan, pero el hombretón achaparrado rodó sobre el suelo, logró ponerse de rodillas y dobló la esquina a toda velocidad, moviéndose mucho más deprisa de lo que Leia jamás hubiera creído posible dada su corpulencia y aspecto torpe.

—¡A por él! —gritó Terpfen.

El jefe de mecánicos calamariano entregó el bebé a Leia y echó a correr en persecución de Furgan.

Lágrimas abrasadoras fluyeron de los ojos de Leia, y abrazó al más pequeño de sus tres hijos mientras intentaba encontrar palabras que pudieran consolarle, pero su mente permaneció vacía y tuvo que limitarse a emitir ruiditos tranquilizadores. Después se fue inclinando lentamente hasta quedar sentada en el suelo, meciendo suavemente al pequeño Anakin de un lado a otro.

Los grandes pies de Ackbar corrían sobre el suelo de piedra con un golpeteo ahogado, internándole más y más en las catacumbas. La sequedad de la atmósfera hacía que le ardieran los pulmones, pero seguía tratando de correr todavía más deprisa. Ackbar logró adelantarse a los demás. Hasta el momento Winter había seguido con toda exactitud los criterios básicos que Ackbar había establecido para regir la defensa de la base.

Los restos del exterior ya le habían revelado que el Organismo Defensivo contra Intrusiones Exteriores había hecho su trabajo, eliminando a la mitad de los caminantes—araña antes de que pudieran abrirse paso a través de las puertas blindadas..., pero eso no había bastado para repeler la totalidad del ataque. Después Winter habría procedido a activar los androides asesinos camuflados.

Los otros miembros del equipo corrían detrás de él. Ackbar podía captar los olores del polvo y el aceite de motores que flotaban en el aire, y también percibía un olor acre y húmedo que hacía pensar en una mezcla de cobre y humo: era el olor de la sangre.

La silueta envuelta en una túnica de Winter surgió de repente ante el doblando la esquina, sosteniendo delante de ella un desintegrador preparado para hacer fuego. Pero Winter se quedó totalmente inmóvil al verle, y una sonrisa de puro deleite que sólo duró una fracción de segundo iluminó su rostro.

—¡Ackbar! Sabía que vendrías...

Ackbar fue hacia ella y le puso la mano en el brazo.

—Vine lo más deprisa posible —dijo—. ¿Te encuentras bien? —De momento sí —respondió ella—. Según mi inventario, las defensas han eliminado a todos los intrusos salvo a dos.

–¿Estás segura de ello? –preguntó Ackbar.

–Nunca olvido nada –dijo Winter, y Ackbar sabía que estaba diciendo la verdad.

–Leía y el resto de mi equipo ya deberían de estar sacando a Anakin de aquí –dijo Ackbar–. Nos dividimos para poder averiguar si necesitabas ayuda –añadió en un tono de voz más suave.

Winter asintió, y la expresión de su rostro perdió una parte de su dureza.

–No me sentiré tranquila hasta que vea con mis propios ojos que el bebé está a salvo –dijo.

–Vamos –dijo Ackbar, que aún jadeaba a causa del esfuerzo. Los dos iniciaron el largo trayecto cuesta arriba andando el uno al lado del otro.

Terpfen corría frenéticamente por los pasillos que iban descendiendo en una pronunciada pendiente. Tenía los pies en carne viva y sangrando debido al rato que llevaba corriendo sobre aquel suelo de textura áspera e irregular, pero seguía corriendo a pesar de ello. Le daba igual que aquella carrera pudiese acabar matándole. Tenía que alcanzar a Furgan antes de que el embajador consiguiera escapar.

Las manos de Furgan habían manipulado los controles mentales de Terpfen obligándole a revelar secretos que podían causar un gran daño a la Nueva República, le habían forzado a sabotear el caza B de Ackbar con el resultado de que la nave había acabado estrellándose contra la Catedral de los Vientos, y después de todo aquello habían ido todavía más lejos y le habían hecho culminar su traición revelando el paradero del bebé Jedi.

Terpfen pagaría la deuda personal que había contraído de cualquier manera que estuviera a su alcance..., pero Furgan también tendría que pagar un precio.

Dejó atrás a los otros perseguidores calamarianos impulsado por la decisión que ardía en sus venas. Podía oír a Furgan delante de él, huyendo en la penumbra con el veloz correteo de un kángrex.

–¡Seguidme! –jadeó Terpfen mientras rebasaba a los otros miembros del equipo de rescate.

Saltó por encima de los fragmentos de metralla metálica en que se habían convertido las puertas blindadas voladas por los soldados de las tropas de asalto durante el curso de su operación invasora, y acabó llegando a la gruta de la pista para descubrir que Furgan ya estaba subiendo a uno de los MT–AT vacíos.

–¡No puedes escapar, Furgan! –gritó Terpfen, y se apoyó un momento en los restos ya enfriados de la escotilla derretida para recuperar el aliento.

Furgan deslizó una pierna por encima del reborde de la cabina del caminante–araña y se instaló en el asiento. Su rostro estaba tan lleno de arrugas como si alguien lo estuviera oprimiendo desde el interior.

–Ya hemos destruido el destructor que teníais en órbita –dijo Terpfen.

Encontró un nuevo manantial de energía en las profundidades de su ser, y fue con paso tambaleante hacia el caminante imperial. Ya podía oír a los otros miembros del equipo de rescate aproximándose.

La noticia pareció dejar asombrado a Furgan, pero un instante después su rostro se alisó de nuevo y se llenó de incredulidad.

—Sé muy bien que no se puede confiar en ti, pececito. Toda tu vida es una mentira.

Furgan bajó el panel protector de transpariacero y los motores de la gigantesca máquina cobraron vida con un zumbido. Un panel de las puertas blindadas había sido totalmente arrancado de sus guías, y el otro colgaba de ellas. El viento se deslizaba por la abertura con un leve suspiro. Los dos componentes de mayores dimensiones de Anoth se movían en el cielo color púrpura, avanzando velozmente como dos nubes de piedra que intercambiaran relámpagos a través del silencio del espacio.

Terpfen dejó escapar un gruñido ahogado y corrió hacia el otro caminante—araña. Era jefe de mecánicos espaciales, y había ayudado a los imperiales en las reparaciones de sus vehículos de combate y sus Destruidores Estelares. Podía manejar cualquier clase de equipo, y probablemente bastante mejor que el propio Furgan.

Furgan estaba tan aterrorizado que tuvo bastantes dificultades para conseguir que las ocho patas del caminante se movieran en la secuencia adecuada impulsándolo sobre el suelo de piedra, pero acabó logrando ponerse en movimiento e hizo girar los cañones láser instalados en las articulaciones de las patas para hacer añicos un caza B que se interponía en su camino.

Terpfen conectó los sistemas de su caminante—araña y bajó el panel protector. La máquina tenía unos controles bastante toscos y respondía con lentitud a las órdenes, y sus mandos no se parecían en nada a los sofisticados paneles instalados en los cruceros estelares de Mon Calamari.

El vehículo de Furgan se aproximó a la gran abertura que se abría en la cara del risco, y el diseño del MT—AT reveló a Terpfen que la máquina era capaz de bajar trepando por la superficie rocosa. No sabía cómo se las arreglaría Furgan para escapar en cuanto hubiera llegado al fondo, y dudaba mucho de que el embajador hubiese pensado qué haría entonces.

Terpfen descubrió los controles de disparo y lanzó tres andanadas láser que destruyeron una articulación de las patas del otro caminante. La parte inferior del miembro metálico se desprendió y cayó al suelo de la gruta con gran estrépito.

El caminante de Furgan perdió el equilibrio y se tambaleó en un vacilante círculo de borracho hasta que consiguió compensar la falta de la pata destruida. El embajador volvió a dirigirse hacia la salida.

Terpfen vio los potentes cañones desintegradores instalados debajo de su cabina. Si disparaba las dos armas en el recinto cerrado de la caverna, acabaría con el transporte de asalto de Furgan... pero la explosión también le destruiría a él y a su caminante, y probablemente también haría pedazos a casi todos los cazas B.

Un instante después Terpfen vio cómo los otros miembros del grupo de rescate entraban corriendo en la gruta. El almirante Ackbar surgió por una entrada distinta y se quedó inmóvil, rodeado por los miembros de su equipo junto a una mujer vestida de blanco a la que Terpfen reconoció como Winter, la sirvienta de Leia.

Ya no podía disparar los cañones desintegradores, pero Terpfen se juró que no permitiría que Furgan escapara. Manipuló los controles e hizo avanzar el vehículo de ocho patas en persecución de Furgan en el mismo instante en que la máquina del embajador se tambaleaba al borde del risco.

Ackbar llegó justo a tiempo de presenciar el comienzo de la batalla entre los dos caminantes–araña. Los cañones láser de Terpfen lanzaron sus rayos contra el MT–AT del embajador y dieron en el blanco. Furgan no parecía tener ningún plan, y daba la impresión de que sólo pretendía escapar. El caminante de Terpfen fue hacia él, y las garras de sus patas hicieron brotar chorros de chispas del suelo de la pista.

Terpfen disparó sus cañones láser una y otra vez. Furgan devolvió el fuego, pero su andanada falló y sólo consiguió arrancar un diluvio de fragmentos de roca de bordes afilados de una pared de la gruta.

El MT–AT de Terpfen se lanzó a la carga alzando sus dos patas delanteras y agarró los miembros metálicos del transporte de Furgan, levantándolo parcialmente del suelo. El vehículo de Furgan desplegó sus patas para aferrarse al borde del suelo de la caverna, en un intento desesperado de liberarse y poder iniciar el descenso.

Terpfen lanzó una andanada directa contra el transpaciadero de la cabina, pero los haces láser fueron incapaces de atravesar la superficie blindada. Su caminante–araña siguió luchando con el vehículo de Furgan, con cuatro patas metálicas firmemente plantadas sobre el suelo de piedra mientras las otras cuatro empujaban con toda la potencia que podían proporcionarles sus motores.

Un gran fragmento de roca se desmenuzó bajo la presión de las garras, y el caminante de Furgan por fin logró salir de la abertura de la gruta con un horrible sonido de metal que se doblaba y se desgarraba.

El MT–AT de Terpfen continuaba empujando al vehículo del embajador. Furgan manipuló desesperadamente los controles dentro de su cabina, pero no parecía saber cuáles debía utilizar.

Terpfen seguía con su implacable martilleo de descargas láser. Empujó al caminante de Furgan hasta hacerlo pasar por el hueco abierto en las puertas blindadas, y sostuvo encima del vacío al MT–AT que se retorció desesperadamente.

Y un instante después lo soltó.

El vehículo múltipedo del embajador Furgan cayó dando tumbos en un largo descenso hacia el escarpado paisaje que lo esperaba a una gran distancia debajo de él. Terpfen disparó sus dos cañones desintegradores de alta potencia antes de que el vehículo de asalto llegara a chocar con el suelo, y los haces de energía hicieron estallar el MT–AT con un destello cegador cuando ya casi rozaba las protuberancias rocosas.

Y después, inexplicablemente, el caminante de Terpfen siguió avanzando, moviendo sus patas mecánicas para impulsarse al vacío en una zambullida suicida.

Ackbar comprendió las intenciones de Terpfen al instante, y se lanzó hacia los controles de las puertas blindadas sin desperdiciar ni un instante para emitir un grito que de todas maneras no hubiese podido ser oído.

Las patas metálicas ya se estaban desvaneciendo por el borde del risco con un último agitarse en el mismo instante en que Ackbar pulsó los botones, esperando que el panel torcido de la puerta conservara la movilidad suficiente para hacer lo que esperaba de él. La gruesa

plancha metálica cayó sobre el último pie erizado de garras del caminante–araña de Terpfen, dejándolo atrapado en el risco e impidiendo que cayera por el precipicio.

–¡Ayudadle! –gritó Ackbar.

Los otros calamarianos se apresuraron a obedecer, y echaron a correr precedidos por el almirante. Ataron un cable de remolque a un caza B y fueron descendiendo a lo largo del risco hasta llegar a la cabina del caminante de Terpfen, al que encontraron estremeciéndose y casi inconsciente debido al shock que había sufrido. El equipo improvisó un arnés, y fue izando a Terpfen hasta dejarle sano y salvo sobre el suelo de la gruta.

Ackbar se inclinó sobre el con expresión preocupada, y pronunció una y otra vez el nombre del calamariano de cabeza cubierta de cicatrices hasta que Terpfen por fin empezó a removerse.

–Tendrían que haberme dejado morir –murmuró Terpfen–. Mi muerte tendría que haber sido mi castigo...

–No. Terpfen –replicó Ackbar–. No podemos escoger nuestro castigo. Aun puedes hacer una gran contribución a la Nueva República, y todavía tienes muchas cosas que hacer antes de que se te permita dejar de esforzarte.

Ackbar se irguió lentamente y comprendió que aquellas palabras también podían habersele aplicado a él después de que hubiera huido para esconderse en Calamari.

–Tu castigo será vivir, Terpfen –dijo.

El *Halcón* sobrevoló las frondosas copas de los árboles de Yavin 4 hasta que Han Solo posó la nave delante del Gran Templo y bajó corriendo por la rampa de descenso.

Leia y los gemelos casi le hicieron caer al suelo, tal fue el ímpetu con que se lanzaron sobre él para darle la bienvenida.

—¡Papá, papá! —gritaban Jacen y Jaina, y sus voces se superponían creando un efecto de sonido altamente peculiar.

Leia, que ya había regresado de Anoth, sostenía junto a su pecho a su bebé de un año, y abrazó a Han y le dio un prolongado beso mientras Anakin jugueteaba con la cabellera de su madre. Los gemelos habían empezado a dar saltitos al lado de las piernas de Han, exigiendo que se les prestara la atención a la que tenían derecho.

—¡Hola, pequeño! —Han sonrió a Anakin, y después clavó la mirada en los ojos de Leia—. ¿Estás bien? Tienes muchos detalles que contarme, ¿sabes? Ese mensaje que me enviaste no era muy explícito.

—Sí, ya lo sé —replicó ella—. Te enterarás de toda la historia en cuanto los dos podamos disfrutar de un rato de tranquilidad a solas. Me alegra mucho que todos nuestros hijos vayan a quedarse en casa. A partir de ahora nos encargaremos personalmente de protegerles.

—Creo que es una gran idea —dijo Han, y después soltó una risita y meneó la cabeza—. Oye, ¿no eras tú la que siempre me decía que no debía vagabundear por el espacio para vivir aventuras por mi cuenta?

Han se apartó del *halcón* en cuanto vio que Luke Skywalker venía hacia él cruzando la explanada que había sido vaciada de vegetación para que sirviera como parrilla de descenso. Erredós avanzaba junto a él entre silbidos y chirridos electrónicos, rodando al lado de su amo como si no quisiera separarse de él nunca más.

—¡Luke! —gritó Han, y corrió hacia él para abrazarle con entusiasmo—. Me alegra muchísimo volver a verte en pie. Ya iba siendo hora de que dejaras de hacer la siesta...

Luke le dio una palmada en la espalda, y sonrió mientras le contemplaba con ojos ribeteados por círculos oscuros que brillaban con una luz interior más potente que en ningún momento anterior de su existencia. Los poderes Jedi de Luke se iban haciendo cada vez más grandes a medida que iba superando cada nuevo obstáculo aparentemente imposible de vencer; pero al igual que les había ocurrido a Obi-Wan Kenobi y Yoda en el pasado, el Maestro Jedi Luke Skywalker también estaba aprendiendo a usar cada vez menos sus poderes y a confiar en el ingenio en vez de en las exhibiciones.

Un clan de salamandras peludas asustó a una pareja de criaturas aladas cubiertas de plumas en la densa jungla que rodeaba el templo massassi, y el estrépito no tardó en ser ensordecedor cuando las salamandras peludas empezaron a arrojar frutas podridas a las criaturas aladas, que remontaron el vuelo y se dedicaron a lanzar chillidos contra sus atormentadores contemplándoles desde lo alto.

Han volvió la mirada hacia toda aquella algarabía, pero los ojos de Luke permanecieron clavados en el *Halcón* como si estuvieran siendo atraídos por un poderoso imán. Han se volvió en esa dirección..., y se quedó totalmente inmóvil.

Kyp Durrón, todavía envuelto en la reluciente capa negra que Han le había regalado, estaba bajando por la rampa de abordaje. Su mirada se encontró con la de Luke, y los dos Jedi permanecieron inmóviles, contemplándose en silencio como si estuvieran unidos por una conexión psíquica.

Han se apartó un paso de Luke, y el instructor Jedi cruzó la parrilla de descenso salpicada de hierbajos y maleza sin decir ni una palabra. Kyp llegó al final de la rampa, volvió a poner los pies sobre el suelo de Yavin 4 y se quedó inmóvil en una postura casi de penitente.

La rigidez de la postura de Kyp y la tensión de su mandíbula indicaron a Han que el joven estaba aterrorizado ante la perspectiva de tener que enfrentarse a su Maestro Jedi. Han sintió un escalofrío, y pensó que no quería verse atrapado entre dos personas a las que contaba entre sus amigos más queridos.

Leia se llevó a los niños a un lado de la pista de descenso y contempló el encuentro con el rostro lleno de recelosa cautela. La preocupación le llenó de arrugas la frente mientras su mirada iba velozmente de su hermano a Kyp y volvía a posarse en Kyp.

Luke avanzó hacia su estudiante moviéndose tan despacio como si estuviera deslizándose sobre el suelo.

—Sabía que volverías. Kyp —dijo..

Han le contempló, y tuvo la impresión de que en los rasgos de Luke no había ni la más mínima sombra de irritación, furia o necesidad de venganza.

—Exar Kun... ¿Ha sido destruido? —preguntó Kyp con voz enronquecida, a pesar de que ya conocía la respuesta a esa pregunta.

—Exar Kun no ejercerá ninguna influencia sobre tu futuro adiestramiento, Kyp —respondió Luke—. Ahora lo más importante es saber qué harás con tus capacidades.

Kyp parpadeó y puso cara de perplejidad.

—Tú... ¿Permitirías que continuara con mi adiestramiento?

La expresión de Luke se suavizó un poco más.

—Tuve que presenciar la muerte de mi primer maestro. También tuve que enfrentarme con Darth Vader, que era mi padre... Me he enfrentado a otras tareas bastante difíciles.

Nunca planeé que ocurriera ninguna de esas cosas, pero cada vez que he atravesado las llamas de una prueba he salido de ellas convertido en un Jedi más poderoso de lo que era antes. Tú has sido arrojado de cabeza a las llamas, Kyp. Ahora debo averiguar si has sido consumido por ellas..., o si te han templado, convirtiéndote en un Jedi más grande de lo que eras antes. ¿Serás capaz de renunciar al lado oscuro?

—Yo... Eh... —balbuceó Kyp, no sabiendo muy bien qué respuesta debía dar—. Lo intentaré —logró decir por fin. —¡No! —gritó Luke, con el primer destello de ira que Han había captado en su voz hasta aquel momento—. El intentarlo no existe. Debes creer que lo harás, o de lo contrario nunca llegarás a conseguirlo.

La jungla quedó sumida en el silencio más absoluto. Kyp inclinó la cabeza y sus fosas nasales se dilataron cuando hizo una profunda inspiración de aire. Después el joven alzó la cabeza para mirar a Luke a la cara, y sus oscuras pupilas brillaban cuando lo hizo.

—Quiero ser un Jedi —dijo.

Lando Calrissian tenía la sensación de que el millón de créditos de la recompensa era un montón de dinero al rojo vivo que estaba quemándole la cuenta corriente, y sabía que necesitaba invertirlo pronto.

Disponer de una suma de dinero tan grande y ninguna alternativa práctica para gastarlo era una sensación totalmente nueva para él. Había obtenido el control de las minas de gas de Tibanna en Beshin durante una partida de sabacc, y había ocupado el cargo de Barón Administrador de la Ciudad de las Nubes durante varios años. Había dirigido operaciones de extracción minera en el planeta superrecalentado de Nkllon, y después de haber obtenido aquella enorme recompensa gracias a su comportamiento durante las carreras de amorfoides de Umgul, Lando no veía ninguna razón por la que no pudiera convertir las minas de especia de Kessel en un negocio que diera muchos beneficios.

—Te agradezco mucho que me hayas traído hasta aquí, Han —dijo.

Se inclinó hacia su amigo, que estaba sentado junto a él en la cabina de pilotaje del *Halcón Milenario*, y le dio una palmada en el hombro. Sabía que a Han no le había hecho mucha gracia el tener que dejar a Leia y los niños de nuevo tan pronto, aunque sólo fuese durante el día de viaje que tardaría en llegar a Kessel y dejarle allí. También sospechaba que Han estaba un poco preocupado por Chewbacca y las fuerzas de ocupación de las Fauces, que no había enviado ninguna transmisión desde que inició el avance hacia el cúmulo de agujeros negros. Las Fauces se encontraban bastante cerca de Kessel, y probablemente Han albergaba la esperanza de obtener noticias de ellos.

—Ha valido la pena, aunque sólo sea para evitar que te pases la vida suplicando que te lleven en las naves de los demás —dijo Han mirando en dirección opuesta, y después volvió la cabeza hacia el visor frontal—. Sigo pensando que estás loco por querer ir a Kessel, y querer quedarse ahí me parece una locura todavía más grande.

El pequeño planeta que tenían delante se movía en una órbita muy cercana a su no muy luminoso sol. La masa deformable que era Kessel tenía una gravedad tan reducida que no podía conservar una atmósfera propia, por lo que los gases se iban escapando al espacio como una tenue crin que brotara del estéril paisaje rocoso. Una luna de grandes dimensiones en la que Moruth Doole, el alienígena que se había convertido en señor de la prisión, había instalado a su guarnición de piratas, estaba trepando por encima del horizonte de Kessel, emergiendo de la corona nebulosa de atmósfera que huía continuamente del pequeño planeta.

—La última vez que estuve aquí con Chewie nos derribaron —dijo Han meneando la cabeza—. Me prometí a mí mismo que no volvería nunca..., y sólo han pasado un par de meses desde entonces y ya vuelvo a estar aquí.

—Eso es porque eres un buen amigo. Han. Te lo agradezco mucho, de veras... A Mara Jade no le habría gustado nada que llegara tarde a nuestra cita.

Han frunció los labios en una sonrisita burlona.

—Suponiendo que Mara Jade se haya dignado ir a Kessel, querrás decir —replicó.

—Estará allí —dijo Lando—. Apuesto a que ha estado contando los días.

—Ojalá volviera a tener a Chewie de copiloto —murmuró Han mientras alzaba la mirada hacia el techo de la cabina—. Puede que tenga sus defectos, pero al menos no está soltando memeces cursis a cada momento.

La mención de Chewbacca hizo que los dos hombres sintieran el impulso subconsciente de volver la mirada hacia el tapiz resplandeciente de nubes gaseosas que envolvía el cúmulo de las Fauces. Chewbacca y el resto de la fuerza de ocupación ya debían de estar dando los últimos pasos en la operación de conquista de la Instalación de las Fauces que estaban llevando a cabo en algún lugar de aquel laberinto. Los agujeros negros hacían que toda comunicación resultara imposible, por lo que no tenían forma alguna de saber qué había ocurrido durante la ocupación.

—Espero que esté bien, Han —dijo Lando en voz baja.

Han se inclinó hacia adelante y deslizó los dedos sobre la unidad de comunicaciones. Vaciló y su rostro se ensombreció durante un momento, pero enseguida conectó el transmisor y carraspeó para aclararse la garganta. Cuando habló ya volvía a ser el Han Solo enérgico y decidido de siempre.

—Aquí Han Solo del *Halcón Milenario*, en rumbo de aproximación a Kessel.

Lando contempló cómo la mano izquierda de Han se acercaba a los controles hiperespaciales. Ya había un nuevo curso programado en el ordenador, y Han estaba preparado para huir a toda velocidad en cuanto ocurriera cualquier cosa que fuese mínimamente sospechosa.

—Estamos buscando a Mara Jade, una representante de la Alianza de Contrabandistas —siguió diciendo Han—. Solicitamos..., eh... permiso para descender en la luna guarnición. Tengan la bondad de enviar una confirmación y acuse de recibo antes de que sigamos aproximándonos.

El rostro de Han estaba surcado por finas arrugas de preocupación.

—No estés tan nervioso, Han —dijo Lando—. Las cosas han cambiado mucho en Kessel. Ya lo verás.

—Sí, claro... Es sólo que no quiero correr ningún riesgo después de lo que ya ha ocurrido en el pasado —replicó Han, poniéndose un poco a la defensiva.

La voz firme y enérgica de Mara Jade brotó del comunicador antes de que Lando hubiera podido decir nada. Lando se sintió invadido por una oleada de cálida alegría al oír sus matices delicados y sutiles, e imaginó cómo se estarían moviendo sus hermosos labios para articular las palabras.

—Llegas con medio día de retraso, Solo —dijo Mara Jade.

—Bueno, Lando quería estar lo más presentable posible —replicó Han, sonriendo—, y tú ya sabes el tiempo que puede llegar a requerir eso.

Mara dejó escapar una corta carcajada y Lando fulminó a Han con la mirada.

—Bien, pues ya podéis bajar—dijo—. He traído una flota defensiva de la Alianza de Contrabandistas. La luna guarnición está totalmente controlada, y hablaremos de negocios en ella. He enviado una escolta..., pensé que eso es algo que Calrissian apreciaría.

Lando sonrió de oreja a oreja.

—¡Ha planeado alguna clase de sorpresa para mí! —exclamó—. Probablemente lo ha hecho para que me de cuenta del afecto que siente hacia mí.

—Oh, hermano... —murmuró Han, y volvió a alzar los ojos hacia el techo de la cabina.

Han comprobó las coordenadas en su consola de navegación y dirigió el *Halcón* hacia la gran estación de la luna de Kessel.

Lando Calrissian y Luke Skywalker habían sido llevados en una lanzadera hasta la luna por Moruth Doole, un alienígena con aspecto de batracio, cuando acudieron al sistema de Kessel haciéndose pasar por inversores potenciales interesados en la explotación de las minas de especia. Doole había hecho cuanto estaba en sus manos para mostrarles las instalaciones mineras haciéndolas lo más atractivas posible, con la esperanza de que Lando invertiría en ellas todos los créditos que había ganado gracias a los amorfoides.

Lando se estremeció al recordar cómo todas las naves del hangar habían despegado en su persecución después de que el y Luke hubiesen robado el *Halcón*, que ya estaba reparado. La flota pirata de Kessel se había tropezado con los Destruidores Estelares de la almirante Daala cuando éstos salieron a toda velocidad del cúmulo de las Fauces persiguiendo a Han Solo. Las dos flotas prácticamente habían chocado la una con la otra infligiendo una destrucción realmente terrible, pero Han, Luke y Lando habían huido al hiperespacio sin esperar a ver cómo terminaba la batalla.

Una nave de pequeñas dimensiones apareció por encima del nebuloso horizonte de Kessel.

—Aquí Jade. Soy vuestra escolta, así que seguidme.

El yate espacial se fue aproximando, y después viró y salió disparada en dirección a la luna. Han aumentó la velocidad del *Halcón*.

Lando se irguió de repente y parpadeó con expresión asombrada.

—¡Eh, ésa es mi nave! —gritó—. Es la *Dama Afortunada*. Es...

—Bueno, al menos eso nos ahorra la molestia de dar con ella —dijo Han.

Lando se inclinó sobre el comunicador.

—¡Has encontrado mi nave, Mara! —exclamó—. Nunca podré agradecértelo lo suficiente... Si hay algo que pueda hacer para saldar la deuda que he contraído contigo —añadió bajando la voz—, cualquier cosa que hayas podido llegar a concebir en tus sueños más locos y desenfrenados...

—Sigue hablando de esa manera y quizá decida conectar el piloto automático y enviar esta nave rumbo al sol, Calrissian.

Lando volvió a reclinarse en su asiento con un suspiro y una sonrisa.

—Qué bromista es —comentó lanzando una rápida mirada de soslayo a Han.

El yate espacial *Dama Afortunada* tenía una silueta esbelta y angulosa, con los módulos de propulsión colocados en la parte inferior de la estructura. Su casco relucía, y la nave parecía

haber escapado a las devastadoras batallas que se habían librado en Kessel sin haber sufrido ningún daño.

Lando se removió nerviosamente en su asiento. Ardía en deseos de volver a ver a Mara, y anhelaba volver a reclinarse en los mullidos almohadones de su asiento de pilotaje y poder disfrutar de los olores y los contactos familiares de su nave.

Entraron en la caverna que daba acceso a la guarnición de la luna, y dejaron atrás las gruesas puertas blindadas para entrar en la fantasmagórica y áspera claridad de un gran hangar. Los campos de retención atmosférica se cerraron detrás de ellos y represurizaron la zona habitable. El *Halcón* siguió avanzando sobre sus haces repulsores y acabó posándose en una explanada al lado del *Dama Afortunada*.

Mara Jade salió de la cabina. Llevaba un ceñido mono de vuelo metálico, y sujetaba el casco debajo de su codo derecho. Meneó la cabeza para ahuecar su cabellera castaño rojiza y entrecerró los ojos, y Lando se estremeció y sintió una peculiar mezcla de calor y frío provocada por la aureola de energía e inteligencia que irradiaba aquella mujer. Lando siguió contemplándola y se maravilló ante la generosidad de sus curvas y la dureza de su fachada.

—Eh, Mara, ¿dónde encontraste la nave de Lando? —preguntó Han. Creíamos que tendríamos que pasar varios días recorriendo la superficie de Kessel antes de dar con ella.

—La encontré justo en el sitio donde Lando había dicho que descendió con ella —explicó Mara Jade—. Al parecer nadie tuvo tiempo de eliminar las señales de identificación y bajarla hasta aquí.

Lando recorrió el hangar de la guarnición con la mirada, pero no vio ninguna nave que le resultara familiar. Todos los aparatos eran de un diseño elegante y cuidado, y no se parecían en nada a los montones de chatarra que apenas podían desplazarse que habían formado la flota de Doole. Aquellas naves estaban adornadas con señales de identificación únicas en cada caso, aunque en todas se veía un aspa sobre el ala.

Mara se percató de su inspección.

—Es nuestra nueva insignia para la Alianza de Contrabandistas —explicó—. No resulta demasiado obvia, pero nos basta con eso. —¿Qué ha sido de todas las naves de Doole?

Lando olisqueó aquella atmósfera reseca y estancada, y pudo captar los olores de la roca pulverizada y el combustible de hiperimpulsión que impregnaban el aire con un desagradable hedor a rancio.

—El noventa por ciento de las naves de Doole quedó destruido durante su enfrentamiento con los Destruidores Estelares de Daala, y la gran mayoría de pilotos supervivientes desapareció en el hiperespacio con sus naves. Nadie sabe dónde están ahora..., y si he de ser sincera, la verdad es que me da igual dónde estén.

—Después llegaron unas cuantas naves de socorro de la Nueva República y evacuaron a casi todos los habitantes del sistema. Se llevaron a los prisioneros de la Institución Penitenciaria Imperial y a unos cuantos rezagados que quedaban en la ciudad de Kessendra. Si tiene alguna otra opción, nadie quiere vivir en Kessel.

—Entonces lo que nos estás diciendo es que Kessel ha quedado desierto y que será del primero que llegue, ¿no? —preguntó Lando, sintiéndose cada vez más lleno de júbilo y esperanzas.

—Sí —replicó Mara—. He expuesto tu proposición a unos cuantos miembros de nuestra Alianza, y nos ha parecido bastante interesante. No sólo has demostrado tu habilidad en otro tipo de operaciones comerciales, sino que también tienes sólidas conexiones con la Nueva República que permitirán crear unos canales de distribución eficientes para la especia brillestim. Incluso dispones del dinero suficiente para hacer inversiones en la nueva infraestructura... —Mara se encogió de hombros—. Sí, la verdad es que nos parece un buen trato.

Lando la obsequió con una sonrisa radiante.

—Sabía que acabarías comprendiendo que asociarnos era una idea excelente —dijo.

Mara giró bruscamente sobre sí misma y siguió hablando sin prestar la más mínima atención a su insinuación.

—Pero tenemos que actuar de inmediato. Hemos oído rumores de que otros señores del crimen bastante menos escrupulosos se están preparando para adueñarse de las minas. Los túneles de especia están vacíos, y ahora son como una fruta madura que sólo espera ser cogida... Francamente. Calrissian, preferimos tratar contigo en vez de con alguien que traerá aquí a sus propios equipos y expulsará a la Alianza de Contrabandistas de todo el negocio. Ésa es la razón por la que hemos traído a nuestras fuerzas, y por eso estamos preparados para defender Kessel si a algún señor del crimen hutt se le pasan ideas raras por la cabeza.

—Sí, creo que eso tiene bastante sentido —dijo Han.

Lando se frotó las manos y contempló las naves posadas en la pista. Varios contrabandistas iban y venían de un lado a otro —humanos y alienígenas, hombres y mujeres robustos y de aspecto bastante duro—, y Lando pensó que era gente con la que no le haría ninguna gracia encontrarse en los oscuros niveles inferiores de Coruscant.

—¿No deberíamos ir a echar un vistazo a nuestras propiedades? —De acuerdo —dijo Mara volviéndose hacia él—. Vayamos en tu nave, Calrissian. Tú pilotarás.

Lando disfrutó con el contacto familiar de sus controles y deslizó las manos sobre la lisa y suave superficie de los asientos. El *Dama Afortunada* era su yate espacial, y había sido construido siguiendo sus diseños. Lando iba a compartir la cabina con una mujer muy hermosa e inteligente para ir a un planeta en el que tenía intención de ganar una fortuna. Después de todo aquello, no creía que el día pudiera mejorar mucho más.

Y estaba en lo cierto.

Sobrevolaron la superficie desierta y calcinada de Kessel y pasaron por encima de una de las enormes fábricas de atmósfera, que en el pasado había escupido aire manufacturado para sustituir las pérdidas constantes que se producían como resultado de la baja gravedad.

Pero la gigantesca chimenea estaba medio en ruinas, y su exterior blanquecino se hallaba moteado por las señales negras de los rayos desintegradores. El suelo reseco —ya carente de vida salvo por algunos retazos de vegetación extremadamente resistente— había sido arrasado por los bombarderos TIE y los ataques con baterías turboláser lanzados desde el espacio.

—Más de la mitad de las fábricas de atmósfera están destruidas o no funcionan —explicó Mara—. La almirante Daala causó muchos daños. Al parecer pensó que esto era una base rebelde, y disparó contra todo lo que aparecía en sus pantallas de puntería.

Lando sintió que se le formaba un vacío en el estómago.

—Esto va a exigir mucho más trabajo de lo que me había imaginado en un principio —dijo.

Pero enseguida se consoló calculando las enormes cantidades de riquezas no reclamadas por nadie que ocultaban los túneles y pensando en cómo podía conseguir cuadrillas de androides, sullustanos y otras razas alienígenas que trabajaran en ellos a cambio de un porcentaje en los beneficios. Quizá necesitaría algo más de tiempo para recuperar su inversión inicial, pero la demanda de brillestim pura era tan grande que podría subir los precios... por lo menos hasta que empezara a obtener beneficios.

—Vamos a la prisión —dijo Lando—. Esa fortaleza tendría que haber sido capaz de resistir los ataques lanzados desde el espacio, y creo que la utilizaré como base de operaciones. Necesitará una cierta labor de reconversión, claro, pero deberíamos poder adaptarla para que funcione como centro de control de nuestro nuevo complejo de manufacturación.

La velocidad a la que avanzaba la *Dama Afortunada* fue devorando rápidamente los kilómetros, impulsándola a través del paisaje vacío hasta que un enorme trapezoide surgió ante ellos y se alzó como un monumento colosal sobre la árida superficie de Kessel.

La antigua prisión imperial había sido construida con lisa roca sintética de un nada atractivo tono amarronado general en el que aparecían vetas de otros colores. Una aglomeración de ventanas de cristal brotaba de la fachada que bajaba en ángulo hacia el suelo, y los tubos de los ascensores se deslizaban a lo largo de los ángulos de la estructura. El edificio estaba cubierto de quemaduras, pero no parecía haber sufrido ningún daño.

Lando dejó escapar un suspiro de alivio.

—Bien, al menos tiene aspecto de estar intacta —dijo—. Parece que algo ha salido bien para variar, ¿verdad? Sí, esta prisión será el sitio ideal para empezar... —Se volvió hacia Mara y sonrió—. ¡Creo que tú y yo deberíamos bautizar nuestros nuevos cuarteles generales!

Mara Jade frunció el ceño y siguió mirando por el visor delantero.

—Ah... Hay un problema, Calrissian.

Lando y Han se volvieron hacia ella. La prisión se fue haciendo más y más grande a medida que la *Dama Afortunada* se iba aproximando a ella.

—Bueno, verás, el caso es que Moruth Doole se ha hecho fuerte dentro del edificio de la prisión —siguió explicando Mara—. Está muerto de miedo, y no sabe qué hacer... Todos sus secuaces han huido o han muerto, y ahora está utilizando los sofisticados sistemas defensivos de la prisión para impedir que nadie entre en ella.

La fortaleza parecía totalmente impenetrable, una gigantesca masa agazapada de pétrea armadura. Lando no tenía ni el más mínimo deseo de volver a ver a Moruth Doole, y sabía que a Han le ocurría exactamente lo mismo que a él.

—Vaya, ojalá te hubieras acordado de mencionar ese detalle un poquito antes —dijo Lando, y torció el gesto mientras hacía que la *Dama Afortunada* empezara a descender.

Terpfen aguardaba pacientemente en silencio, rodeado por la implacable limpieza de las estancias médicas del antiguo Palacio Imperial. El calamariano esperaba y contemplaba cómo las burbujas de masaje del tanque bacta actuaban sobre el cuerpo enfermo de Mon Mothma.

Las estancias médicas relucían con una blancura esterilizada. Las baldosas del suelo y las paredes habían sido limpiadas con ácido, y los utensilios y el equipo quirúrgico brillaban despidiendo reflejos plateados y cromados. Los monitores murales parpadeaban con un lento latido regular, proclamando el imparable declive de la salud de Mon Mothma.

Dos centinelas de la Nueva República montaban guardia delante de las puertas del complejo médico para asegurarse de que nadie entraría en el si no contaba con la debida autorización.

Paneles de absorción sónica instalados en el techo hacían casi inaudibles los susurros mecánicos que resonaban en la gran sala. Dos androides médicos de cabeza en forma de bala flanqueaban el tanque, atendiendo a Mon Mothma sin prestar la más mínima atención a la presencia de Terpfen.

Ackbar permanecía inmóvil junto a él, su alta y robusta silueta envarada por la tensión.

—Morirá pronto —dijo.

Terpfen asintió. No tenía muchas ganas de hablar con Mon Mothma, pero sabía que era necesario que lo hiciese y ya se había resignado a ello.

El mismo Emperador había permanecido en aquellas cámaras para someterse a rigurosos tratamientos a medida que los procesos del lado oscuro iban pudriendo su cuerpo físico. Las mismas instalaciones que habían sido utilizadas entonces quizá podrían acabar con el mal que estaba royendo a Mon Mothma por dentro. Pero Terpfen ya sabía qué lo había causado, y no tenía muchas esperanzas de que eso fuera posible...

Los ojos verde azulado de Mon Mothma parpadearon bajo la oscura solución que llenaba el tanque bacta. Terpfen no podía saber si era capaz de ver sus siluetas inmóviles delante del tanque, o si meramente había percibido su presencia. Mon Mothma movió la cabeza, y el grueso conducto del aire se movió con ella. Las burbujas seguían estrellándose contra su cuerpo, introduciendo soluciones tonificantes a través de todos sus poros.

Mon Mothma dejó de agarrarse a los estabilizadores colocados dentro del tanque y fue flotando lentamente hacia la superficie. Los androides la ayudaron a salir de el y la sostuvieron mientras sus delgadas ropas goteaban hilillos de solución sobre las rejillas de drenaje incrustadas en el suelo. La tela era muy delgada, pero aun así parecía resultarle tan pesada como si estuviera envuelta en una mortaja de plomo. Su cabellera rojiza se había pegado al cráneo como si fuera un bonete. Sus ojos estaban hundidos en las órbitas, y su rostro había quedado surcado por profundos desfiladeros de dolor y debilidad.

Mon Mothma llenó los pulmones y exhaló, y apoyó la palma de la mano sobre los hombros de metal verde del androide médico. Después alzó la cabeza con un visible esfuerzo y saludó a sus visitantes.

—Los tratamientos sólo me proporcionan nuevas energías durante una hora, y su efectividad disminuye a cada día que pasa —dijo—. Me temo que muy pronto no servirán de nada, y cuando eso ocurra ya no podré seguir desempeñando mis funciones como Jefe del

Estado. La única pregunta a responder es si dimitiré antes de que el Consejo me deponga... – Se volvió hacia Terpfen—. No te preocupes, se por qué estás aquí.

Los acuosos ojos del jefe de mecánicos calamariano parpadearon rápidamente.

–No creo... –empezó a decir.

Mon Mothma alzó una mano para interrumpir sus objeciones.

–Ackbar ha hablado mucho rato conmigo –dijo—. Ha examinado a fondo tu caso, y estoy de acuerdo con las conclusiones a las que ha llegado. No actuaste por voluntad propia, y sólo fuiste una víctima. Te has redimido a ti mismo, y la Nueva República no puede permitirse el lujo de prescindir de aquellos defensores suyos que están dispuestos a seguir luchando. Ya he dictado un perdón completo para ti.

Mon Mothma se tambaleó y estuvo a punto de caer de espaldas.

Los dos androides médicos se apresuraron a ayudarla a llegar hasta una silla.

–Quería asegurarme que ese asunto quedaba resuelto antes de que... –murmuró mientras se sentaba.

Ackbar emitió un gruñido ahogado para aclararse la garganta.

–He venido aquí para decirte que yo también he decidido quedarme. Mon Mothma –murmuró—. Solicitaré que se me devuelva mi rango anterior ahora que ha quedado claro que el accidente ocurrido en Vórtice no se debió únicamente a un error mío, como había pensado en un principio. Los calamarianos son una raza resistente y fuerte... pero si la Nueva República no es fuerte, entonces el trabajo que haga en mi hogar no dará ningún fruto, porque nos enfrentaremos a una galaxia llena de sombras y de miedo.

Mon Mothma sonrió a Ackbar, y en su rostro apareció una sincera expresión de alivio.

–Saber que estarás aquí hace que me sienta mucho mejor de lo que nunca ha conseguido hacerme sentir ninguno de estos tratamientos, Ackbar –dijo. Después sus rasgos se llenaron de abatimiento, y Mon Mothma permitió que el mentón se le fuera inclinando hacia las manos, en un momento de debilidad que jamás habría mostrado delante de los miembros del Consejo—. ¿Por qué ha tenido que escoger este preciso momento la enfermedad para atacarme? Soy tan mortal como todos los demás, pero... ¿Por qué ahora?

Terpfen cruzó el suelo resbaladizo sintiendo la fría lisura de la superficie bajo las plantas de sus pies e inclinó su cabeza cubierta por un trazado de cicatrices. Los dos guardias de la Nueva República se envararon en el umbral al ver que el conocido traidor estaba tan cerca de su Jefe de Estado, pero Mon Mothma no mostró ninguna alarma. Terpfen bajó la mirada hacia ella.

–Ése es precisamente el tema del que he venido a hablar contigo, Mon Mothma –murmuró—. He de revelarte lo que te ha ocurrido.

Mon Mothma parpadeó y esperó a que siguiera hablando.

Terpfen buscó las palabras adecuadas. Su mente parecía haber quedado terriblemente vacía después de la neutralización de los circuitos biológicos implantados por los médicos imperiales. Terpfen siempre había odiado las insistentes compulsiones que llegaban hasta el desde Carida, pero su desaparición le había dejado a solas con sus pensamientos. Ya no había nadie dentro de su cráneo que pudiera torturarlo o servirle como guía.

–No sufres ninguna enfermedad, Mon Mothma –dijo por fin–. Has sido envenenada.

Mon Mothma alzó la cabeza con repentina sorpresa, pero no le interrumpió.

–Se trata de un veneno de acción muy lenta que va consumiendo el organismo, y ha sido concebido para adaptarlo específicamente a tu estructura genética.

–Pero en ese caso... ¿Cómo fui expuesta a ese veneno? –Mon Mothma clavó la mirada en Terpfen. No le estaba acusando, pero insistía en obtener respuestas–. ¿Fuiste tú el que lo hizo, Terpfen? ¿Fue otra de tus acciones programadas?

–¡No! –Terpfen retrocedió tambaleándose–. He hecho muchas cosas... pero ésta no es una de ellas. El veneno fue administrado por el embajador Furgan delante de los ojos de docenas de personas durante la recepción diplomática celebrada en los Jardines Botánicos de la Cúpula del Cielo. Furgan se trajo su propia bebida alegando temer que alguien podía tratar de envenenarle. Trajo dos recipientes, uno a cada lado de su cadera... Un recipiente contenía su bebida, y el otro contenía un veneno desarrollado especialmente para acabar contigo. Fingió proponer un brindis, y después te arrojó una copa llena de veneno a la cara. La sustancia se infiltró en tus poros, y ha estado multiplicándose y atacando tus células desde aquel momento.

Tanto Ackbar como Mon Mothma le estaban mirando con los ojos llenos de asombro.

–¡Por supuesto! –exclamó Mon Mothma–. Pero han pasado meses desde esa recepción. ¿Por qué escogió una forma tan lenta de... ?

Terpfen cerró los ojos, y las palabras acudieron a su mente como si estuviera recitando un guión aprendido de memoria.

–Querían una agonía muy larga que te fuera debilitando poco a poco debido a los terribles efectos que eso produciría sobre la moral de la Nueva República. Si se hubieran limitado a matarte, te habrías convertido en una mártir. Tu muerte podría haber galvanizado a sistemas que habrían permanecido neutrales en otras circunstancias y haberles impulsado a apoyar a la Alianza, pero un debilitamiento lento y progresivo podría ser visto como un decaimiento general de la Alianza.

–Comprendo –dijo Mon Mothma.

–Muy astuto –dijo Ackbar–. Pero ¿qué vamos a hacer con esta información? ¿Qué más sabes acerca del veneno, Terpfen? ¿Cómo podemos combatir sus efectos?

El silencio que había dentro de su cabeza era como un alarido ensordecedor para Terpfen.

–No es un auténtico veneno. Es un enjambre autorreplicante de nano–destructores, de virus microscópicos creados artificialmente que están acabando una por una con las células de Mon Mothma y que van desmantelando sus núcleos. No dejarán de actuar hasta que haya muerto.

–¿Y qué podemos hacer entonces? –insistió Ackbar.

La impotencia y el dolor que se habían ido acumulando dentro de Terpfen llegaron a ser tan grandes que escaparon de él como una estrella que por fin ha alcanzado el punto de ignición.

–¡No podemos hacer nada! –gritó–. Saber que se trata de un veneno no nos sirve de nada, ¡porque no existe ninguna cura posible!

El maltrecho Destructor Estelar *Gorgona* a duras penas había logrado sobrevivir a la travesía del torbellino gravitacional que debía ser cruzado para llegar al interior del cúmulo de las Fauces.

La almirante Daala se había puesto el arnés de seguridad de una silla de mando en el puente, y había permanecido en ella mientras el Destructor Estelar era golpeado por fuerzas de marea que hubiesen hecho añicos la nave si su trayectoria se hubiera desviado del rumbo trazado. Daala había ordenado a su dotación que buscara refugio en las zonas mejor protegidas, diciéndoles que se ataran a sus puestos y se preparasen para un viaje considerablemente accidentado. Había muy pocos caminos conocidos dentro del cúmulo de las Fauces y Daala había escogido el más corto, la «puerta trasera», pero aun así su nave no se hallaba en condiciones de soportar aquellas tremendas tensiones durante mucho tiempo.

Muchos estabilizadores del *Gorgona* habían estallado cuando lograron escapar por una fracción de segundo de la explosión múltiple supernova en la Nebulosa del Caldero. Al final los escudos habían dejado de funcionar, pero habían aguantado el tiempo suficiente. El casco metálico del *Gorgona*, que en el pasado había sido liso y de un color marfileño, estaba lleno de cicatrices y quemaduras. Las capas exteriores del blindaje se habían evaporado, pero Daala había decidido correr un riesgo tremendo y se había salido con la suya.

Tuvo la gran suerte de lograr huir de la explosión solar cuando el *Basilisco*, que sólo llevaba unos segundos de retraso sobre ellos, se había vaporizado convirtiéndose en una bola de llamas, desintegrado por la onda expansiva de la supernova que había salido disparada en todas direcciones. Pero Daala había ordenado que el *Gorgona* saltara a ciegas al hiperespacio unos instantes antes de que el frente explosivo llegara a sus impulsores traseros. El salto a la desesperada lanzó la nave en un curso temerario e incontrolable a través de los peligros del universo. Si hubieran ido a parar a un sendero interdimensional que atravesara el núcleo de una estrella o planeta, el *Gorgona* habría quedado totalmente destruido, pero un milagro del destino había evitado que eso llegara a suceder.

El *Gorgona* había emergido del hiperespacio en el vacío deshabitado del Perímetro Exterior. Sus escudos habían dejado de funcionar y sus sistemas de apoyo vital estaban medio quemados, y en varios puntos del casco habían aparecido brechas que permitieron que la atmósfera escapara aullando al vacío hasta que esos compartimentos quedaron sellados.

La dotación de Daala había dejado escapar un jadeo colectivo de alivio y sorpresa ante aquella fuga increíble, y había empezado a trabajar en las reparaciones. Se habían alejado tanto de las rutas conocidas que sus navegantes necesitaron un día entero sólo para determinar su nueva posición dentro de la galaxia. Soldados de las tropas de asalto con trajes espaciales totalmente herméticos recorrieron el esqueleto externo del *Gorgona* sacando componentes destrozados, aplicando parches sobre los puntos más debilitados del casco y colocando repuestos sacados de su cada vez más vacío almacén de equip.

El Destructor Estelar había acabado materializándose en el espacio deshabitado que se extiende entre las estrellas. Uno de sus motores había sufrido averías de tal gravedad que no podía ser reparado, y tres de las baterías turboláser de proa habían quedado inutilizadas. Pero Daala no permitió que ninguno de sus tripulantes descansara hasta que el *Gorgona* volvió a estar en condiciones de funcionar. Tenían una misión que completar. Tampoco se permitió el lujo de descansar, y deambuló incansablemente por los pasillos inspeccionando las reparaciones, encargando trabajos y dando prioridad a las tareas de mantenimiento.

Daala había adiestrado implacablemente a sus soldados de las tropas de asalto y su personal de la armada espacial durante más de diez años. Sus hombres estaban acostumbrados al trabajo más agotador, y se portaron admirablemente una vez enfrentados a una auténtica crisis.

El Gran Moff Tarkin le había dado el mando de cuatro Destruyores Estelares para que protegiese la Instalación de las Fauces con ellos, pero Daala había perdido su primera nave, el *Hidra*, cuando aún ni siquiera había tenido tiempo de sacar su flota del cúmulo de las Fauces. El *Mantícora* había sido destruido detrás de la luna de Calamari al no poder escapar a tiempo cuando algún genio de la táctica calamariano había adivinado la estrategia que estaba utilizando Daala. Su tercera nave, el *Basilisca*, que ya había sufrido daños durante la batalla contra las fuerzas de los contrabandistas librada en Kessel, no había podido moverse lo bastante deprisa para escapar a las explosiones supernova.

Daala no había podido hacer nada para impedir aquella lenta erosión de sus fuerzas. Había planeado lanzar un ataque fabulosamente devastador contra Coruscant, el mundo capital de la Alianza Rebelde, pero Kyp Durrón había utilizado el *Triturador de Soles* contra ella antes de que Daala pudiera descargar su golpe.

Los largos días invertidos en las reparaciones habían permitido que Daala acabara asimilando su fracaso. Había cometido el grave error de confundir sus prioridades. Proteger la Instalación de las Fauces tendría que haber sido la única razón de su existencia, y nunca hubiese tenido que tomar la decisión de librar una guerra privada contra la Rebelión. Daala estaba segura de que los rebeldes intentarían apoderarse de sus secretos apenas conocieran la existencia de la Instalación, por lo que estaba claro que su nueva prioridad había pasado a ser la de cumplir con la misión que le había sido asignada por Tarkin.

El *Gorgona* estaba herido y ya no podía avanzar a máxima velocidad, pero Daala intentó regresar a las Fauces lo más deprisa posible. Volvería a la Instalación y protegería lo que quedara de ella con todos sus recursos y con toda su habilidad. La rendición estaba totalmente descartada. Tenía un trabajo que hacer, un deber que había jurado cumplir ante Tarkin, su oficial superior.

La almirante Daala se aferró a los brazos de su sillón de mando y mantuvo los ojos abiertos pese al brillo cegador de los torbellinos que se agitaban en aquel infierno de gases atrapados. El *Gorgona* se abrió paso a través de la barrera de agujeros negros para seguir un camino largo y tortuoso, y Daala fue sintiendo una sucesión de tirones impalpables en sus entrañas cuando pasaron junto a pozos gravitatorios de una profundidad tan colosal que podían aplastar un planeta entero dejándolo reducido al tamaño de un átomo.

Las mirillas se opacaron, pero Daala siguió manteniendo abiertos sus ojos color verde esmeralda. Parecía lógico suponer que ella era la única que conocía todos los detalles de aquella ruta, pero el joven Kyp Durrón había logrado abrirse paso hasta el corazón de las Fauces, y Daala debía dar por sentado que otros Caballeros Jedi eran capaces de repetir su hazaña.

Daala oyó cómo un sistema empezaba a emitir los chillidos de las alarmas automáticas para indicar que un componente de importancia primaria acababa de averiarse. Chorros de chispas brotaron de un puesto de sensores, y un teniente luchó contra el tirón de la aceleración en un desesperado intento de anular los sistemas y transmitir sus funciones a otro panel.

—Ya casi hemos llegado... —dijo el comandante Kratas apretando los dientes en su puesto, y el estrépito hizo que su voz apenas pudiera ser oída.

Una serie de señales automáticas de advertencia resonó por el puente llenándolo de ecos... y los colores se apartaron del visor delantero tan repentinamente como si fueran una venda que una mano invisible acababa de arrancar de los ojos de Daala. El Destructor Estelar por fin había entrado en el refugio de calma que se ocultaba en el centro del cúmulo.

Daala reconoció al instante la aglomeración aislada de planetoides interconectados que flotaban en el vacío formando una precaria configuración. Los puntitos de luz indicaban que el complejo seguía funcionando. Daala llevó a cabo una rápida evaluación de la situación general y vio que el prototipo de la *Estrella de la Muerte* había desaparecido... y en el sitio que había ocupado se encontraban una fragata rebelde y tres corbetas corellianas.

—¡Almirante! —exclamó Kratas.

—Ya lo veo, comandante —replicó secamente Daala.

Abrió las hebillas de su arnés de seguridad, se puso en pie y deslizó automáticamente las manos sobre el uniforme gris verdoso que se ceñía a las curvas de su esbelto cuerpo para alisar la tela. Las gotitas de sudor esparcieron sobre su piel un cosquilleo como el que habrían podido producir las picaduras de un enjambre de insectos diminutos cuando Daala subió a la plataforma de mando y se acercó un poco más al visor, moviéndose como si estuviera respondiendo a una llamada silenciosa.

Sus manos enguantadas se curvaron sobre la barandilla del puente con tanta fuerza como si quisieran estrangular algo, y el cuero negro chirrió al rozar el metal esmaltado. Los rebeldes por fin habían llegado, tal como había estado temiendo todo el tiempo..., ¡y Daala había llegado demasiado tarde para detener la invasión!

Apretó los labios con tal furia que éstos palidecieron. Daala creía que el *Gorgona* había sobrevivido para un propósito, y haber vuelto a la Instalación de las Fauces hacía que tuviera la impresión de que el espíritu del Gran Moff Tarkin estaba contemplando sus acciones por encima de su hombro y se disponía a guiarla. Daala sabía muy bien qué estaba destinada a hacer, y también sabía que no podía fracasar por segunda vez.

—Conecten todos los sistemas de armamento que estén en condiciones de funcionar, comandante —ordenó—. Levanten los escudos y pongan rumbo hacia la Instalación.

Daala volvió la mirada hacia el comandante Kratas, su subordinado de grandes cejas y mentón débil, y vio que se ponía en posición de firmes.

—Al parecer tenemos trabajo que hacer —murmuró Daala.

Kyp Durrón se agachó para pasar por debajo de una liana cubierta de espinos en el mismo instante en que una bandada de pájaros—insecto color escarlata emprendía el vuelo con una vibración ahogada. Los espinos le rozaron el brazo y la cara, impregnándole la piel con su olor acre. Las ramas que se unían unas a otras formando un telón casi continuo susurraron sobre su cabeza cuando las criaturas arbóreas huyeron del ruido. El sudor goteaba de la oscura cabellera de Kyp, y el aire cálido y sofocante era como una manta húmeda que le envolviera impidiéndole respirar.

Estaba haciendo cuanto podía para no perder de vista al Maestro Skywalker, que parecía fluir a través de los matorrales y la espesura de la jungla encontrando senderos secretos que le permitían pasar sin ninguna dificultad. En el pasado Kyp había utilizado trucos del lado oscuro para esquivar la vegetación espinosa y encontrar las rutas más libres de obstáculos a través de la maleza, pero después de sus últimas experiencias le bastaba con pensar en esas técnicas para sentir un estremecimiento de repugnancia.

Cuando fue a la jungla con Dorsk 81, Kyp había utilizado sin ningún escrúpulo una técnica Sith para generar alrededor de su cuerpo un aura repulsiva, ahuyentando a los insectos y las pequeñas criaturas que chupaban la sangre y haciendo que le considerasen como una presa poco apetecible. Pero eso pertenecía al pasado, y Kyp estaba decidido a soportar todas las incomodidades mientras el Maestro Skywalker iba alejándole poco a poco del Gran Templo.

Habían dejado que los otros estudiantes Jedi siguieran con sus estudios independientes. El Maestro Skywalker se sentía muy orgulloso de ellos, y ya había dicho que los candidatos estaban alcanzando los límites de todas las técnicas que podía enseñarles a utilizar. Los nuevos Caballeros Jedi continuarían desarrollándose siguiendo las direcciones que ellos mismos se marcaran, e irían descubriendo poco a poco cuáles eran sus grandes capacidades.

Pero desde aquel momento en que había estado a punto de aniquilar a Han Solo con el *Triturador de Soles*, Kyp había sentido una considerable reluctancia a utilizar su poder y temía lo que éste podía impulsarle a hacer en el caso de que lo empleara.

El Maestro Skywalker había decidido llevarle a la jungla, y la gran pirámide había ido desapareciendo a sus espaldas mientras Erredós emitía zumbidos y pitidos de disgusto al tener que quedarse en el templo.

Kyp no estaba muy seguro de qué podía querer de él su instructor Jedi. El Maestro Skywalker apenas había abierto la boca mientras avanzaban hora tras hora, atravesando la jungla que vibraba con el lento repiquetear del agua que corría y goteaba por todas partes y la asfixiante humedad que rezumaba de ella, abriéndose paso por aquella atmósfera saturada de insectos y atravesando los matorrales de espinos que parecían garras.

Kyp se sentía un poco incómodo e intimidado al estar a solas con el hombre al que había derrotado mediante los poderes malignos de Exar Kun. El Maestro Skywalker había insistido en que Kyp debía ir armado, y le había explicado que debía llevar consigo la espada de luz construida por Gantoris. ¿Tendría Luke la intención de desafiarle a un duelo..., que esta vez se libraría a muerte?

En ese caso, Kyp se había jurado a sí mismo que no lucharía. Ya había permitido que su ira causara demasiada destrucción. El Maestro Skywalker había sobrevivido al terrible ataque de las arteras maquinaciones Sith, cierto, pero eso había sido un auténtico milagro.

Kyp había reconocido la insidiosa llamada del lado oscuro cuando Exar Kun empezó a susurrarle al oído, pero había pecado de exceso de confianza y había creído que sería capaz de resistir cuando incluso Anakin Skywalker no había podido hacerlo. Kyp había acabado siendo engullido por el lado oscuro, y aunque había logrado escapar de él, eso hacía que no le quedase más remedio que dudar de todas sus capacidades. De hecho, Kyp incluso deseaba poder verse libre de su talento Jedi para no estar obligado a temer lo que podía llegar a hacer con él.

El Maestro Skywalker se detuvo en el comienzo de un claro donde tallos de hierba muy altos oscilaban lentamente rozándose los unos a los otros. Kyp se detuvo junto a él y vio a dos depredadores de aspecto muy feroz cuyos cuerpos estaban cubiertos por escamas iridiscentes de color púrpura claro y verde moteado, lo que les proporcionaba un excelente camuflaje en aquella frondosa vegetación. Su aspecto general hacía pensar en grandes felinos cazadores que hubieran sido cruzados con unos reptiles enormes: tenían los hombros cuadrados, y sus antebrazos eran tan poderosos como gruesos pistones. Sus cabezas en forma de caja tenían tres ojos amarillos de pupila vertical que no parpadearon mientras miraban fijamente a los intrusos.

El Maestro Skywalker les devolvió la mirada en silencio. La brisa dejó de soplar. Los depredadores gruñeron, abriendo sus bocas para revelar colmillos tan grandes como cimitarras, y dejaron escapar una mezcla de aullido y ronroneo antes de volver a esfumarse en la jungla.

—Sigamos —dijo el Maestro Skywalker, y empezó a cruzar el claro.

—Pero ¿adónde vamos? —preguntó Kyp.

—Pronto lo verás.

Kyp no podía soportar por más tiempo las terribles sensaciones de aislamiento y soledad que estaba experimentando, e intentó conseguir que el instructor Jedi siguiera hablando.

—¿Y qué ocurrirá si no consigo distinguir entre el lado oscuro y el lado de la luz, Maestro Skywalker? —preguntó—. Temo que cualquier poder que posea ahora también pueda acabar impulsándome por el camino de la destrucción.

Una mariposa de alas plumosas revoloteó delante de ellos, buscando el néctar de las flores de vivos colores que crecían entre las lianas. Kyp contempló el vuelo de la mariposa hasta que escarabajos—piraña de alas color zafiro surgieron repentinamente de la nada para atacar desde cuatro direcciones distintas a la vez, cayendo sobre la mariposa y haciendo pedazos sus alas. La mariposa se debatió y osciló de un lado a otro, pero los escarabajos—piraña la devoraron a tal velocidad que ni siquiera tuvo tiempo de caer al suelo. Los insectos pasaron zumbando tan cerca del rostro de Kyp que éste pudo ver sus mandíbulas llenas de temibles dientes de sierra preparadas para desgarrar la carne, pero los escarabajos se alejaron velozmente en busca de otra presa.

—El lado oscuro es más sencillo, más rápido y más seductor, pero siempre podrás identificarlo por tus propias emociones —dijo Luke—. Si lo utilizas para ayudar a otros y para seguir creciendo y desarrollándote, puede que lo que obtengas venga del lado de la luz. Pero si lo utilizas únicamente en tu beneficio o impulsado por la ira y la venganza, entonces el poder estará manchado. No lo utilices. Siempre sabrás darte cuenta de en qué momentos estás lleno de calma y paz.

Kyp le había estado escuchando con mucha atención, y comprendió de repente que se había equivocado desde el principio. Exar Kun le había proporcionado información falsa. El

Maestro Jedi se volvió hacia él. Su rostro parecía acusar el cansancio del enorme peso que sostenía sobre sus hombros.

—¿Lo has entendido? —preguntó el Maestro Skywalker. —Sí —respondió Kyp.

—Bien.

El Maestro Skywalker separó las ramas del otro lado del claro, y dejó al descubierto algo que hizo que Kyp se quedara totalmente inmóvil y se sintiera incapaz de dar ni un solo paso más. Habían llegado hasta allí desde una dirección distinta, pero Kyp nunca podría olvidar aquel lugar. Fragmentos de hielo abrasador gotearon lentamente a lo largo de su columna vertebral.

—Tengo frío —dijo—. No quiero volver ahí.

Siguieron avanzando hasta llegar al lugar en el que la vegetación desaparecía junto a la orilla de un lago de aguas tan lisas como un espejo, un estanque reflectante de forma circular donde el agua estaba, muy límpida y totalmente incolora, reflejando los cielos vacíos de nubes que se extendían sobre ella con tanta claridad como si fuese un depósito de mercurio.

En el centro del lago había una isla de roca volcánica sobre la que se alzaba una angulosa pirámide de obsidiana con una hendidura central. Las dos mitades de aquella cara de la pirámide parecían haber sido apartadas por un poder titánico para que enmarcaran la estatua negra, aquel coloso de piedra pulimentada que representaba a un hombre de cabellera ondulante, uniforme acolchado y larga capa negra. Kyp conocía demasiado bien aquella imagen.

Era Exar Kun, tal como había sido en vida.

Kyp había recibido su iniciación en las enseñanzas Sith dentro de aquel templo mientras Dorsk 81 había yacido pegado a una pared, sumido en un coma antinatural. El espíritu de Exar Kun había estado a punto de destruir al estudiante Jedi clonado por puro capricho y como gesto demostrativo de su poder, pero Kyp le había detenido y había insistido en que el Señor Sith le enseñara cuanto sabía. Kyp había visto cosas tan horribles que las pesadillas resultado de ellas todavía balbuceaban y acechaban en las profundidades de su mente.

—El lado oscuro es muy fuerte en ese lugar —dijo Kyp—. No puedo ir ahí.

—Hay cautela en tu miedo, y hay sabiduría y fortaleza en esa cautela —replicó el Maestro Skywalker. Se sentó sobre una roca plana al borde del lago de aguas cristalinas, y se hizo sombra en los ojos con una mano para protegerlos de la luz que se reflejaba en la superficie del lago—. Yo esperaré aquí —dijo—, pero tú debes entrar en la pirámide.

Kyp tragó saliva y sintió cómo el terror y la repugnancia se adueñaban de él. Aquel templo negro simbolizaba todo lo que había ido pudriendo lentamente el núcleo de su ser, todo aquello que le había impulsado a seguir un camino equivocado y todos los errores que había cometido. Las oscuras mentiras y seducciones de Exar Kun habían hecho que Kyp matara a su propio hermano, que amenazara la vida de su amigo Han Solo y que fulminara a su instructor Jedi.

—¿Qué encontraré ahí dentro? —preguntó.

—No hagas más preguntas —replicó el Maestro Skywalker—. No puedo darte respuestas. Ahora debes decidir si quieres llevar tu arma contigo o ir sin ella. —Movié la cabeza señalando la espada de luz que colgaba del cinturón de Kyp—. Sólo dispondrás de aquello que hayas traído contigo.

Kyp deslizó los dedos sobre los surcos de la empuñadura de la espada de luz sin atreverse a conectarla, y se preguntó si el Maestro Skywalker quería que la dejara allí o que se la llevara consigo. Kyp titubeó durante unos momentos, y acabó decidiendo que disponer del arma y no utilizarla siempre sería preferible a necesitarla y carecer de ella.

Kyp fue hacia la orilla del lago sin poder reprimir sus temblores. Las aguas ondularon alrededor de su pie cuando lo metió en ellas. Respiró hondo, alzó la cabeza y trató de acallar las voces envueltas en ecos que resonaban dentro de su mente. Tenía que enfrentarse a aquello, fuera lo que fuese. Kyp no volvió la mirada hacia el Maestro Skywalker.

Atravesó las aguas, trepó sobre las rocas volcánicas recubiertas de líquen de la isla y avanzó por el angosto sendero que llevaba hasta la entrada triangular del templo.

La negra abertura que parecía bostezar bajo la imponente estatua de Exar Kun resplandecía con el fulgor de las gemas corusca incrustadas en ella. Runas y jeroglíficos tallados interrumpían la pulida brillantez de la obsidiana. Kyp contempló aquellos símbolos y descubrió que si se esforzaba podía recordar una parte de su significado, pero enseguida se apresuró a menear la cabeza para expulsar las palabras de sus pensamientos.

El templo parecía respirar, exhalando una corriente de aire frío que entraba y salía lentamente del recinto. Kyp no sabía qué encontraría dentro de él, y la tensión nerviosa de la expectativa envaró su cuerpo. Miró a su alrededor, negándose a anunciarse con un grito. Kyp dio un paso hacia el umbral, alzó la mirada hacia el hosco rostro cincelado del Señor Sith muerto hacía muchísimo tiempo, y acabó entrando en la cámara del templo después de haber contemplado las facciones de la estatua durante unos instantes.

Las paredes relucían con una misteriosa claridad interior que había quedado atrapada dentro del cristal volcánico. Dibujos de escarcha trazaban espirales que subían y bajaban por los gruesos muros describiendo una danza congelada. Una cisterna llena de agua muy fría goteaba en el otro extremo de la cámara.

Kyp esperó.

Y de repente sintió un tirón desgarrador en el estómago, y notó que se le ponía la piel de gallina. El aire se volvió repentinamente granuloso a su alrededor, como si la mismísima luz se hubiera disgregado dentro del templo.

Intentó darse la vuelta, pero descubrió que se movía tan lentamente y con tanta torpeza como si la atmósfera le ofreciera una extraña resistencia y estuviera solidificándose a su alrededor. Todo parecía centellear con un veloz parpadeo.

Kyp se adentró en el templo con paso tambaleante. Intentó moverse más deprisa, pero su cuerpo se negaba a responder con la velocidad habitual.

Una sombra surgió del negro muro, una silueta ominosa que tenía los contornos de un ser humano. La sombra fue adquiriendo poder, creciendo rápidamente a medida que Kyp la iba alimentando con su miedo. La silueta se fue alzando sobre el en un veloz rezumar de las grietas, surgiendo de una negrura que se hallaba más allá del tiempo. No tenía rasgos visibles, pero Kyp descubrió que le resultaba muy familiar.

—Estás muerto —dijo Kyp, intentando que su voz sonara desafiante y llena de furia, pero sin lograr impedir que temblara.

—Sí —replicó desde las sombras aquella voz extrañamente familiar—, pero sigo viviendo dentro de ti. Sólo tú puedes hacer que mi recuerdo vuelva a ser fuerte, Kyp.

—No. Te destruiré —dijo Kyp.

Sintió en sus manos el chisporroteo del poder negro y la presencia del relámpago de ébano que había utilizado para atacar al Maestro Skywalker: el poder de las serpientes aladas, las enseñanzas oscuras del Sith... ¡Qué irónico resultaría emplear el poder del mismo Exar Kun contra él! La energía se intensificó todavía más y suplicó ser dejada en libertad, exigiendo que Kyp se entregara a ella para que pudiese erradicar la negra sombra de una vez por siempre.

Pero Kyp se obligó a detenerse. Podía sentir el veloz palpar de su corazón, el canturreo de la sangre en sus oídos y cómo su ira iba tomando el control..., y comprendió que todo aquello era un error. Empezó a respirar profundamente y se calmó. No debía seguir aquel camino.

El negro poder Sith se fue desvaneciendo de las puntas de sus dedos. La sombra esperaba en silencio, pero Kyp obligó a su poder a que continuara retrocediendo y fue reprimiendo su ira poco a poco. La ira era exactamente lo que Exar Kun deseaba, y Kyp no estaba dispuesto a dejarse arrastrar por ella.

Lo que hizo fue alargar la mano hacia la espada de luz que colgaba de su cadera, descolgarla y presionar el botón activador. La hoja blanca y violeta surgió de la nada en un arco resplandeciente de limpia electricidad, derramando un torrente de la luz más pura imaginable.

La sombra seguía flotando ante sus ojos como si esperase luchar con Kyp y aguardara a que fuese éste quien hiciera el primer movimiento. Alzó sus brazos nebulosos, más negros que cualquier nebrura que Kyp hubiese visto hasta aquel momento. Kyp levantó la espada de luz de Gantoris disponiéndose a golpear con ella, y se sintió orgulloso de lo que iba a hacer. Utilizaría un arma Jedi, y emplearía un arma de luz para golpear a la oscuridad.

Se preparó para lanzar su mandoble. La sombra permanecía totalmente inmóvil, como si estuviera aturdida..., y Kyp volvió a vacilar.

No podía atacar, y no podía hacerlo ni aunque fuese armado con una espada de luz. Si atacaba a Exar Kun, eso también significaría seguir sucumbiendo a la tentación y a la engañosa facilidad de la violencia, y en ese caso daría igual cuál fuese el arma con la que hubiese escogido hacerlo.

La empuñadura de la espada de luz parecía haberse vuelto muy fría entre sus dedos, pero Kyp presionó el botón desactivador y volvió a colgar la espada de luz de su cinturón. Se irguió y se encaró con la sombra que parecía haberse encogido hasta no ser más alta que él, convirtiéndose en el contorno negro de un ser humano envuelto en una túnica con capuchón.

—No lucharé contigo —dijo Kyp.

—Me alegra oírlo —dijo la voz, que se había vuelto más límpida y, al mismo tiempo, todavía más extraña e incomprensiblemente familiar que antes.

Aquella voz ya no se parecía en nada a la voz de Exar Kun, y nunca lo había sido.

Los brazos de sombra subieron para echar hacia atrás el capuchón, y revelaron un rostro luminoso que sólo podía ser el de Zeth, el hermano de Kyp.

—Estoy muerto —dijo la imagen de Zeth—, pero sólo tú puedes hacer que mi recuerdo siga siendo fuerte. Te agradezco que me liberases, hermano.

La imagen de Zeth le abrazó, envolviéndole en una breve y cosquilleante oleada de calor que derretió el hielo que se había ido acumulando en la columna vertebral de Kyp. Después el

espíritu se desvaneció, y Kyp volvió a encontrarse solo en un templo vacío que olía a moho y que ya no tenía el más mínimo poder sobre él.

Kyp volvió a emerger a la cálida luz del sol, libre de las sombras, y vio cómo el Maestro Skywalker se levantaba en la orilla opuesta y alzaba la mirada hacia él. Luke estaba sonriendo de oreja a oreja, y abrió los brazos en un gesto de celebración.

—¡Vuelve con nosotros, Kyp! —gritó el Maestro Skywalker, y su voz creó un sinfín de ecos que se extendieron sobre la lisa superficie de las aguas inmóviles—. Bienvenido a casa, Caballero Jedi...

Las inmensas puertas reforzadas de la Institución Penitenciaria Imperial no cedieron un milímetro ni se abrieron cuando Han Solo llamó a ellas.

Han permaneció inmóvil en el torturado paisaje de Kessel, con Lando y Mara Jade igualmente inmóviles junto a él. Llevaba un traje de vuelo aislante que había cogido de los compartimentos de almacenaje del *Dama Afortunada*. Mara se inclinó hacia él, y su grito quedó ahogado por la mascarilla del respirador que le cubría la boca.

—Podríamos traer todo un equipo de asalto desde la luna —dijo—. Contamos con la potencia de fuego suficiente.

—¡No! —gritó Lando. Sus oscuras pupilas ardían con el brillo del nerviosismo y la preocupación—. ¡Tiene que haber alguna forma de entrar sin causar daños en mis propiedades!

El viento frío y seco azotaba los ojos de Han haciendo que empezaran a escocerle, y volvió la cabeza para protegerlos de la brisa. Recordaba cómo había jadeado intentando encontrar aire que respirar cuando Skynxnex, el esbirro de Moruth Doole, le había llevado a las minas de especia junto con Chewbacca sin tomarse la molestia de proporcionarles respiradores antes de hacerlo. Han siguió contemplando la puerta, y pensó que nada le habría gustado más que poder sacar a patadas a Doole, aquel repugnante alienígena con aspecto de sapo, de la prisión en la que se había refugiado para que sus ojos de rana pudieran parpadear y sus gordos labios temblaran y se arrugasen mientras intentaba llenarse los pulmones.

Doole había sido administrador de la Institución Penitenciaria y se había dedicado a traficar en el mercado negro de la especia brillestim, llegando a acuerdos con Han y otros contrabandistas para que pusieran sus preciosos cargamentos en las manos de gánsters como Jabba el Hutt. Pero Doole tenía la fea costumbre de entregar a sus socios a los imperiales siempre que eso le resultaba conveniente.

Doole había delatado a Han hacía ya mucho tiempo, obligándole a lanzar su cargamento al espacio... lo cual había enfurecido muchísimo a Jabba el Hutt.

Han no había querido volver a pisar la superficie de Kessel. Quería regresar a su casa con su esposa y sus hijos. Quería que su viejo compañero Chewbacca volviera a estar a su lado. Quería tomarse unas largas vacaciones que le permitieran olvidarse de todos los problemas y tensiones aunque sólo fuera para variar un poco.

—Tengo una idea mejor—dijo Mara, interrumpiendo el curso de los pensamientos de Han, y estiró el cuello para contemplar el cielo oscuro y turbulento de Kessel—. He traído con nosotros a Ghent, nuestro especialista en decodificación. Está en la luna guarnición, y quizá te acuerdes de él... Era uno de los hombres de confianza de Talon Karrde, y es capaz de abrirse paso a través de cualquier sistema de seguridad y entrar en cualquier sitio.

Han no había olvidado aquel joven temerario y lleno de energías. Ghent era un muchacho entusiasta que mantenía una peculiar relación de intimidad con la electrónica y los sistemas de ordenadores y conocía todos sus secretos, pero que no sabía cuándo resultaba más aconsejable mantener cerrada la boca. Han se encogió de hombros. Bueno, en aquellos momentos no necesitaban dotes de relación social: necesitaban a alguien que fuera capaz de abrirse paso a través de los sistemas defensivos de la prisión.

—De acuerdo, tráele aquí a bordo del *Halcón* —dijo—. Ah, y dentro de mi nave hay unos cuantos cacharos que podrían sernos bastante útiles. Cuanto más pronto entremos, más pronto podré largarme de Kessel.

Lando se mostró totalmente de acuerdo con él.

—Sí —dijo—. Tenemos que entrar en la prisión, desde luego. pero sin causar muchos daños...

Mara frunció los labios.

—También traeré conmigo un equipo de combatientes —dijo—. Tengo a cuatro guardias de Mistryl y a un puñado de contrabandistas que están teniendo pequeños problemas para adaptarse a nuestra nueva Alianza. Algunos se han estado quejando de que llevan demasiado tiempo sin disfrutar de una buena pelea a puñetazos.

Una hora después Han estaba sentado en el módulo impulsor del *Dama Afortunada*, pasando frío y sintiéndose bastante incómodo incluso dentro del traje aislante. Podía ver los chorros de vapor que brotaban de las chimeneas de dos fábricas de atmósfera lejanas, pero el resto del planeta parecía estar totalmente desprovisto de vida. Aun así. Han sabía por experiencia propia que en las profundidades de las minas de especia acechaban horribles arañas gigantes que se alimentaban de energía y que aguardaban la ocasión de caer sobre cualquier criatura que se cruzase en su camino.

Han oyó cómo un estallido sónico reverberaba a través de la tenue atmósfera, y sus oídos captaron un sonido estridente mezclado con el atronar de unos motores sublumínicos. Alzó la cabeza y escrutó el cielo hasta que pudo ver el familiar disco con protuberancias gemelas que parecían colmillos del *Halcón Milenario*.

La nave se posó en un claro cubierto de polvo blanquecino al lado del *Dama Afortunada*. La rampa brotó del casco, y cuatro contrabandistas bajaron por ella: dos mujeres altas y musculosas —guardias de Mistryl—, un wífido cubierto de pelaje con colmillos en el rostro y un trandoshano de aspecto reptiliano. Cada uno llevaba un uniforme sobre el que se veía el aspa que servía de insignia a la nueva Alianza de Contrabandistas. Los contrabandistas venían cargados de armas, y sus abultados cinturones contenían un número de células de recarga lo bastante grande para toda una ofensiva.

Ghent el decodificador apareció detrás de ellos. Su cabellera estaba despeinada, y sus ojos despiertos y vivaces parpadeaban rápidamente mientras trataba de ajustarse la mascarilla de un respirador sobre la cara. Saludó a Mara con un breve asentimiento de cabeza y después concentró toda su atención en las puertas de la prisión. De su hombro colgaba una bolsa repleta de herramientas, aparatos de diagnóstico, circuitos alteradores, rompedores de códigos y equipo anti-barreras de seguridad.

—Esto debería ser pan comido —dijo Ghent.

Mara Jade y Lando se sentaron al lado de Han y contemplaron cómo Ghent empezaba a trabajar con una concentración absoluta, sin dejarse distraer ni un solo instante por el inhóspito entorno de Kessel.

—Bueno, una cosa sí puedo aseguraros —dijo Han—, y es que nunca imaginé que llegaría un día en el que estaría haciendo tantos esfuerzos para entrar en la prisión de Kessel...

Moruth Doole estaba encogido detrás de una puerta cerrada y sellada en los niveles inferiores de la Institución Penitenciaria Imperial y recordaba con desesperada nostalgia los buenos tiempos del pasado. Comparada con el estado de paranoia constante que había tenido que soportar durante los últimos meses, incluso la vida bajo el yugo imperial había sido un auténtico paraíso.

Doole se había adueñado de la prisión años antes y se había trasladado al despacho del alcaide, donde podía dedicar una gran parte de su tiempo a contemplar el paisaje y observar la desolada pureza de los eriales alcalinos. Se alimentaba con insectos tiernos y jugosos, y podía aparearse con alguna de las ribetianas que mantenía cautivas en su harén personal siempre que le apeteciese.

Pero después del ataque de Daala se había trasladado a una de las celdas de alta seguridad de la prisión en un desesperado intento de estar más protegido. Doole había intentado hacer preparativos y establecer defensas, porque sabía que alguien vendría a por el más pronto o más tarde.

Las paredes de la celda eran muy gruesas y habían sido recubiertas con un blindaje antirrayos desintegradores. Las luces instaladas en el techo proyectaban una áspera claridad que caía sobre el y parecía grabar a fuego las siluetas en su cada vez más borroso campo visual. Doole se dio unos golpecitos en el ojo mecánico que le ayudaba a enfocar la vista. El artefacto se había roto durante la batalla espacial librada alrededor de Kessel. Doole había hurgado en la masa de componentes mecánicos y había vuelto a montar el conjunto de lentes y engranajes, pero el ojo ya no funcionaba tan bien como antes y había momentos en los que Doole apenas podía ver nada.

Doole reanudó sus paseos por el frío suelo de piedra de su celda. Todo se había desmoronado a su alrededor. Kessel había sido abandonado, y lo único que quedaba de la ocupación anterior eran montones de cascotes humeantes dispersos sobre la superficie y los restos de naves destrozadas esparcidos por todo el sistema hasta los comienzos del cúmulo de agujeros negros. Doole ni siquiera podía conseguir una nave para huir. No quería seguir allí, desde luego, pero ¿qué otra opción le quedaba aparte de ésa?

Incluso las larvas ciegas –las criaturas de ojos enormes a las que Doole había encerrado dentro de salas sumidas en las tinieblas más absolutas para que se encargaran de procesar la especia brillestim que estimulaba los procesos mentales– habían empezado a ponerse más y más nerviosas. Doole había cuidado de ellas, les había dado comida (no mucha para impedir que crecieran, aunque sí la suficiente para que sobreviviesen)..., pero eso no había impedido que empezaran a resistirse a sus deseos.

Doole dejó escapar un resoplido que sus gruesos labios convirtieron en una especie de graznido. Las larvas eran sus hijos ingratos y desobedientes. ribetianos inmaduros que aún no habían pasado por la metamorfosis final. Aquellas criaturas ciegas, muy parecidas a gusanos y casi tan grandes como el mismo Doole, eran los obreros ideales para llevar a cabo la delicada labor de envolver las fibras de especia en vainas opacas, ya que incluso la más breve exposición a la luz bastaría para echar a perder el producto. Sus niños trabajarían en la oscuridad, y serían muy felices haciéndolo. Era la situación ideal para ellos, y sin embargo... Bueno, ¿con qué clase de gratitud le habían correspondido?

Unas cuantas larvas habían logrado salir de las salas y habían escapado en una huida a ciegas por los serpenteantes pasadizos de la prisión, escondiéndose en celdas llenas de sombras y acechando en las alas sumidas en la oscuridad para caer sobre Doole si se le ocurría ir allí en su búsqueda. Pero Doole no iba a ir en su búsqueda, desde luego. Tenía cosas mucho más importantes que hacer.

Para empeorar todavía más la situación, una de las larvas macho de mayor tamaño había dejado en libertad a todas las hembras que Doole había ido seleccionando con tanto cuidado. Las hembras también habían huido por el laberinto de la prisión, con el resultado de que Doole ya ni siquiera podía aliviar la terrible tensión de los momentos más aterradores que había vivido en toda su existencia mediante una visita ocasional al harén.

No le había quedado más elección que permanecer encerrado dentro de su despacho-celda, yendo y viniendo de un lado a otro mientras su estado anímico alternaba el aburrimiento con un pánico incontrolable. Cuando iba a los almacenes, Doole siempre se armaba hasta los dientes y recorría los pasillos tan deprisa como podía para volver a su refugio cargado con toda la comida que era capaz de transportar.

Disponía de un túnel de huida, naturalmente. Doole había excavado un canal con explosivos en las minas de especia directamente debajo de la prisión, y podía desaparecer durante mucho tiempo en aquel complejo de túneles..., pero no podía salir del planeta. Además había otro problema, ya que durante los últimos tiempos los túneles se habían vuelto mucho más peligrosos de lo que habían sido en el pasado.

La gran mayoría de mineros de la especia había huido después del ataque de Daala. La repentina desaparición de los guardias y el cese de los trabajos de extensión de las galerías y del estrépito de la maquinaria había hecho que las arañas gigantes empezaran a subir poco a poco por los niveles para desplegar sus redes de brillestim a lo largo de las paredes. Doole había utilizado detectores de energía cinética especialmente adaptados a las condiciones de las minas, y había localizado enjambres enteros de aquellos monstruos que surgían de los pozos más profundos e iniciaban una migración para acercarse a la superficie.

Doole estaba tan desesperado que se dejó caer sobre su catre y se dedicó a olisquear la húmeda atmósfera de su mazmorra. En otro momento y en unas circunstancias distintas podría haberle parecido fresca y reconfortante, pero Doole se sentía tan deprimido que se limitó a apoyar las ventosas de sus dedos en sus viscosas mejillas y clavó la mirada en los monitores.

Y quedó asombrado al ver que una nave acababa de posarse delante de la prisión. Normalmente todos los humanos le parecían iguales, pero Doole estuvo seguro de reconocer a uno de los tres intrusos que habían empezado a golpear sus puertas blindadas: era Han Solo, el hombre al que Doole más odiaba en todo el universo, ¡el hombre que había causado todas aquellas desgracias y sufrimientos!

Han seguía inmóvil delante de las ominosas puertas de la prisión contemplando cómo Ghent trabajaba diligentemente para resolver el problema de acceso que le planteaban. El muchacho conectó equipo de todas clases, empleando componentes robados de otros sistemas y combinaciones casi imposibles que a pesar de ello siempre se las arreglaban de alguna manera inexplicable para encontrar pequeños agujeros en los sistemas defensivos.

Ghent acabó alzando un puño bajo la granulosa luz solar en un gesto de triunfo. La estructura reforzada del rastrillo defensivo fue subiendo poco a poco a lo largo de guías invisibles. Las puertas de recepción se separaron con un retumbar ahogado, crujiendo y chirriando a medida que desaparecían dentro de los gruesos muros. Una ráfaga de aire que se encontraba a una presión más alta que la del exterior surgió de la prisión con un leve siseo.

Los cuatro contrabandistas alzaron sus armas y empezaron a avanzar con el cuerpo encorvado hacia adelante, visiblemente preparados para hacer fuego. Las dos guardias de Mistryl se colocaron delante y se fueron deslizando a lo largo de las paredes, y el corpulento wívido y el trandoshano escamoso avanzaron osadamente por el centro del espacioso pasillo.

Pero el pasillo lleno de sombras no lanzó ningún ataque contra ellos.

–Bien, busquemos a Moruth Doole –dijo Han.

Ninguna de sus opciones tenía muy buen aspecto, pero Doole debía tomar una decisión. Había visto cómo Han Solo y su grupo de comandos se abrían paso a través de los sistemas defensivos de la entrada con una facilidad increíble..., aunque se suponía que Kessel era una de las prisiones más seguras de la galaxia. ¡Ja!

Doole no sabía utilizar los sistemas de defensa incorporados a la estructura del complejo, y no tenía ni idea de cómo funcionaban los cañones láser exteriores o los campos desintegradores. Doole estaba totalmente impotente sin Skynxnex, su mano derecha y hombre de confianza, pero aquel estúpido altísimo y muy flaco que parecía un espantapájaros se había dedicado a perseguir a Solo por los túneles de especia hasta que consiguió acabar siendo devorado por una de las monstruosas arañas que se alimentaban de energía.

Como medida desesperada. Doole había llegado a la conclusión de que debía confiar en sus hijos, las larvas ciegas a las que mantenía sumidas en la negrura desde el momento en que salían retorciéndose de la masa de huevos gelatinosos depositada en las salas de reproducción del harén.

Doole corrió por los pasillos y fue sacando armas del arsenal de la prisión. Después abrió las bóvedas protectoras con dos sacos llenos de pistolas desintegradoras colgando de su hombro. Las larvas quedaron repentinamente expuestas a la luz y retrocedieron irguiéndose como si fuesen orugas, sus ojos ciegos sobresaliendo de las órbitas mientras intentaban percibir la identidad del intruso.

–Calma, calma... Soy yo –dijo Doole.

Los haces de claridad cegadora caían sobre las larvas como si fuesen cuchillos e iluminaban su pálida piel. Manos vestigiales mojadas se alzaron hacia Doole en una frenética agitación de pequeños dedos y brazos cortos y débiles que todavía no estaban formados del todo. Zarcillos que parecían gusanos temblaron debajo de sus bocas cuando las larvas emitieron suaves sonidos burbujeantes.

Doole fue dirigiendo a las larvas más fuertes y de mayor edad a lo largo de las rampas que conducían hasta los niveles inferiores. Las apostaría dentro de su celda para que le sirviesen de guardianes. Su ceguera probablemente haría que fueran incapaces de dar en el blanco con sus armas desintegradoras, pero Doole albergaba la esperanza de que por lo menos dispararían con entusiasmo en cuanto les hubiese dado la orden de hacerlo. Si el fuego cruzado llegaba a ser lo suficientemente intenso. Doole podría ocultarse detrás de una pantalla antirrayos desintegradores y esperar que el tiroteo acabara con el equipo de Solo.

Doole pudo captar el olor almizclado del miedo y la incertidumbre que se habían adueñado de las larvas mientras las iba llevando hacia su celda. Los ribetianos inmaduros odiaban todo tipo de cambio, y preferían una rígida rutina cotidiana hasta que llegaba el momento de la metamorfosis final y se convertían en adultos, cuando por fin adquirían inteligencia y consciencia de sí mismos.

Doole se había distraído un poco pensando en qué otras defensas podía utilizar, y se sobresaltó al oír un alarido estridente que llenó de ecos tres de las cámaras más próximas. Unas cuantas hembras ribetianas que habían sido dejadas en libertad surgieron repentinamente de los umbrales y empezaron a gimotear mientras les lanzaban objetos afilados.

Doole se agachó intentando esquivar el diluvio de fragmentos de transpariacero, cuchillos y pesados pisapapeles que voló hacia él. Intentó sacar un desintegrador de una de las bolsas

que llevaba a la espalda, pero un tazón chocó con una de sus blandas sienes. Doole dejó caer una bolsa al suelo y echó a correr por el pasillo agitando frenéticamente sus manos llenas de ventosas.

Casi todas las larvas le siguieron, pero unas cuantas decidieron quedarse con sus madres. Doole siguió corriendo. Lo único que deseaba en aquellos momentos era volver a la seguridad que le ofrecía su celda. Cuando por fin llegó a ella, Doole cerró de un manotazo la gruesa puerta a sus espaldas, vació la bolsa que le quedaba sobre el suelo y fue colocando desintegradores con una carga de energía completa en las manos de seis defensores potenciales.

—Apuntad hacia cualquier ruido que oigáis —dijo—. Cuando consigan entrar tendréis que disparar contra ellos, ¿entendido? Éste es el botón de disparo.

Las criaturas de piel lisa y húmeda se estremecieron y deslizaron los altamente sensibles zarcillos de sus bocas sobre los cañones de las armas.

—Basta con que apuntéis, y el arma liquida a quien esté delante de ella.

Doole volvió a colocar las pistolas en las manos vestigiales de las larvas y las dirigió hacia la puerta.

Un instante después su ojo mecánico volvió a fallar de repente, y Doole quedó totalmente ciego y dejó escapar un gemido de terror. El túnel de huida estaba empezando a resultarle más y más atractivo a cada momento que pasaba.

Han Solo corría por los pasillos de la prisión, sintiéndose cada vez más preocupado y nervioso. Todo el complejo estaba lleno de sombras heladas, y los ecos del vacío resonaban por todas partes.

—Hemos encontrado a Doole, Solo —dijo de repente la voz de Mara Jade por el comunicador—. Se ha hecho fuerte en una de las celdas. También hemos conseguido conectar un sensor a las cámaras de vigilancia. Tiene consigo a unas criaturas bastante raras, y parece que están armadas.

—Voy para allá —dijo Han.

Cuando llegó a los pasillos inferiores, Han vio una barricada que protegía una puerta sellada. Mara estaba contemplando cómo las dos guardias colocaban detonadores de onda expansiva especial alrededor del sistema de bloqueo de la puerta.

Lando iba y venía nerviosamente de un lado a otro.

—No causéis más daños de lo estrictamente necesario —dijo—. Tal como están las cosas en Kessel, ya tendré que hacer un montón de reparaciones cuando esto haya terminado.

Las dos mujeres no le prestaron ninguna atención y se apresuraron a alejarse de la puerta. Agacharon las cabezas y se taparon los oídos, y un instante después todos pudieron oír la rápida sucesión de estampidos ahogados que brotó de los detonadores de onda expansiva.

Después oyeron una andanada de disparos desintegradores procedentes del interior de la cámara sellada, una sucesión de sonidos que se confundieron unos con otros en un estridente alarido formado por los haces de energía que saltaban de un lado a otro y rebotaban en las paredes.

—¡No, no! ¡Todavía no! —aulló una voz que Han reconoció como la de Moruth Doole.

El último detonador destruyó la parte inferior de la puerta con una sorda explosión. El wívido corrió hacia ella para apartar las gruesas planchas.

—¡Ten cuidado! —gritó Mara.

El wívido se agachó y rodó por el suelo mientras las larvas de cuerpos pálidos y blandos se agitaban desesperadamente, alzando sus armas desintegradoras y disparando en todas direcciones. Sus enormes ojos vidriosos giraban locamente sin ver nada.

—¡Acabad con ellos! —gritó Doole. El sonido de su voz hizo que las larvas girasen sobre sí mismas y dispararan sus desintegradores contra Doole, pero el ribetano ya había buscado refugio detrás de una gruesa plancha mural—. ¡No, a mí no! ¡Es a ellos a quienes tenéis que matar!

El trandoshano emitió un siseo de reptil enfurecido y lanzó una andanada hacia el interior de la celda que derribó a dos larvas ciegas. Después entró corriendo en la celda, pero otra explosión hizo vibrar el techo antes de que el resto del grupo de contrabandistas pudiera seguir al trandoshano. Han, Mara y las dos guardias utilizaron la distracción para abrirse paso, agachándose y volviendo a disparar. Han acabó con otra larva en el mismo instante en que el techo se derrumbaba sobre ellos convertido en un montón de fragmentos llameantes.

Enjambres de hembras ribetianas cayeron a través de los restos del techo e invadieron la celda privada de Doole lanzando gemidos de venganza. Cada hembra iba armada con un desintegrador, y disparó repetidamente contra el escudo metálico detrás del que se ocultaba Doole hasta que el centro de la plancha empezó a brillar con un resplandor rojo cereza.

Las larvas ciegas volvieron sus armas hacia la nueva fuente de ruido, pero un instante después giraron sobre sí mismas como si hubieran comprendido lo que ocurría y fueran capaces de comunicarse con sus madres, y también dirigieron el fuego de sus desintegradores hacia Doole.

—¡Alto, alto! —gritó Doole.

Han se arrastró hasta reunirse con Lando, no deseando atraer ninguna ráfaga de energía de aquella auténtica guerra civil. Doole chilló y dejó caer el escudo protector, que ya estaba terriblemente recalentado. Su ojo mecánico salió despedido de la órbita y se desintegró en mil pequeños componentes que cayeron sobre el suelo con un ruidoso repiqueteo. Los largos dedos viscosos del ribetano presionaron un botón de control oculto, y una trampilla se abrió debajo de él. Doole saltó por una escotilla de acceso a un túnel de fuga, y desapareció en la fría negrura de las minas de especia con un último chillido de terror.

—¡Tenemos que cogerle antes de que consiga escapar! —gritó Lando—. No quiero tener a ese tipo suelto por mis minas de especia.

Las larvas supervivientes avanzaron como si quisieran lanzarse a los túneles detrás de Moruth Doole, ya fuese para seguirle o para capturarlo: pero las hembras anfibias las agarraron, impidiendo que saltaran al túnel y tranquilizándolas con suaves sonidos ronroneantes. Sus enormes ojos contemplaban a los contrabandistas invasores con evidente aprensión.

Han corrió hacia la trampilla, se puso de rodillas junto a ella y metió el rostro en la oscuridad. Podía oír el sonido levemente húmedo de las pisadas de Doole debilitándose rápidamente a medida que sus pies palmeados llevaban al ribetano hacia las profundidades del laberinto de catacumbas.

Las larvas dispararon varias ráfagas desintegradoras contra los pasajes. Largas lanzas de calor rebotaron en las paredes del túnel y desprendieron unos cuantos peñascos. La repentina claridad provocó un resplandor parpadeante de especia brillestim activada.

Y un instante después Han oyó un nuevo sonido que le heló la sangre. Era bastante débil, pero resultaba aterrador..., porque era el sonido que producían centenares de patas terminadas en puntas quitinosas tan afiladas como picahielos que se movían a gran velocidad por el túnel. Han aún podía oír las pisadas de Doole, que se iban alejando cada vez más a medida que huía. Después oyó el rik rik rik causado por criaturas con muchas patas que habían sido atraídas por el calor de un cuerpo vivo, y la respiración jadeante y entrecortada de Doole. El ribetiano se estaba moviendo a ciegas, buscando frenéticamente alguna manera de escapar de allí.

Han oyó el sonido producido por muchos pares más de patas terminadas en puntas afiladas, como si se estuviera produciendo una estampida desde los túneles convergentes. Las arañas que devoraban la energía acababan de encontrar un nuevo alimento después del largo silencio que se había adueñado de las minas de especia. Han sintió que se le ponía la piel de gallina.

Las pisadas de Doole se detuvieron de repente al final de un estridente alarido impregnado por un terror insoportable. El grito se interrumpió bruscamente, al igual que el sonido de aquellas patas–picahielos lanzadas a la carrera. El silencio que se adueñó de todo el complejo de túneles resultaba todavía más horrible que el grito, y Han se apresuró a bajar la trampilla y la aseguró antes de que las arañas que se alimentaban de energía pudieran empezar a buscar otra presa.

Después se echó hacia atrás con el corazón latiéndole a toda velocidad. Los rostros de los contrabandistas mostraban la hosca satisfacción que sentían por la victoria que acababan de obtener, y el wífido se había apoyado en una pared y había cruzado los brazos delante de su peludo pecho.

–Ha sido una buena cacería –gruñó.

El trandoshano estaba mirando de un lado a otro, como si buscara algo que comer.

Las hembras ribetianas empezaron a llevarse los cadáveres de las larvas que habían sido destrozadas por los rayos desintegradores. Después cuidarían de las que habían resultado heridas y llorarían a las muertas.

Lando se puso de cucullas al lado de Han.

–Bien. Lando. ya puedes empezar con la remodelación –dijo Han, y suspiró.

Han, Lando y Mara volvieron a la luna guarnición a bordo del *Halcón*. Lando ya no insistía tan aparatosamente en arrancar una palabra o una sonrisa a Mara, y eso había hecho que la conversación fluyera con más naturalidad entre los dos. Mara incluso había dejado de rehuir la mirada de Lando, y ya no levantaba la barbilla con desdén cada vez que le oía hablar. De hecho, dedicó casi todo su tiempo a asegurarle que la *Dama Afortunada* estaría perfectamente a salvo detrás de los campos de seguridad de la prisión que acababan de reconquistar. Lando no parecía creerla del todo, pero no quería discutir con ella.

–Tenemos mucho papeleo por delante –dijo Mara–. Tengo preparados todos los contratos y acuerdos habituales en la base lunar. Podemos ocuparnos de las formalidades entre nosotros, pero aun así sigue habiendo un montón de impresos que firmar y sellar con las huellas dactilares, y muchos registros que comparar y unificar.

—Lo que tú digas. Mara —replicó Lando—. Quiero que esta relación comercial sea lo más larga y agradable posible para ambos. Ahora tú y yo debemos decidir cuál es la mejor manera de poner en marcha la producción de especia en Kessel. Tanto a ti como a mí nos conviene que el suministro de especia brillestim se reanude lo más pronto posible, especialmente teniendo en cuenta la gran inversión que deberé hacer en las operaciones mineras.

Han les oía hablar, pero dedicaba casi todos sus pensamientos a su familia.

—Bueno, pues yo sólo quiero volver a casa —dijo—. Se acabaron las excursiones por mi cuenta.

El *Halcón* se estaba alejando de la nebulosa corona de atmósfera que escapaba al espacio para dirigirse hacia la gran luna. No tardaron en salir de la turbulenta atmósfera de Kessel, y se encontraron viajando por el vacío espacial en una trayectoria tan veloz y fluida como si estuvieran resbalando por una pendiente de cristal.

Y de repente una luz de alerta empezó a parpadear en su panel de comunicaciones, indicando que acababan de recibir una transmisión de la base lunar.

—¡Advertencia! Hemos detectado un navío de grandes dimensiones que se aproxima a Kessel..., ¡y cuando digo «de grandes dimensiones» hablo en serio!

Han reaccionó al instante.

—Echa un vistazo a los sensores, Lando —ordenó.

Lando volvió la cabeza hacia el puesto del copiloto, y se irguió al instante con los ojos tan abiertos y desorbitados que parecían un par de pantallas esféricas.

—Eh... Creo que decir «grande» es quedarse muy corto, Han —murmuró.

Han ya podía ver el objeto en forma de globo por el visor. Era como el esqueleto de una esfera envuelto en remaches y circundado por los inmensos arcos de unas vigas gigantes, y tenía el tamaño de una luna en miniatura.

—Es la *Estrella de la Muerte*...

Las reparaciones exigieron más tiempo del esperado, para gran irritación de Tol Sivron, pero el prototipo por fin estuvo preparado para dirigirse hacia el sistema planetario más próximo y atacarlo.

Sivron se removió en su asiento, sintiéndose muy complacido mientras veía cómo el capitán de las tropas de asalto daba todas las órdenes necesarias sin cometer ni una sola equivocación. Delegar las responsabilidades era la primera lección que debía aprender todo buen administrador, y a Sivron le encantaba poder estar sentado en el sillón de pilotaje mientras otros hacían todo el trabajo.

La silueta calva y achaparrada de Dixin se inclinó hacia él.

—El objetivo ya empieza a ser visible, director Sivron —dijo Dixin, que estaba sentado en otro sillón del puesto de control.

—Excelente —dijo Sivron, y contempló la atmósfera llena de franjas oscuras que parecía hervir alrededor del planeta y de la luna que se movía en una órbita muy cercana a él.

—Parece haber bastante actividad de naves en la zona —dijo Yemm, el devaroniano—. Estoy siguiendo las trayectorias y archivándolas para su estudio posterior. Necesitaremos un

registro completo en el caso de que queramos redactar un informe sobre el funcionamiento de este prototipo.

—Es una base rebelde —dijo Tol Sivron—. Sí, no cabe duda...

Fíjense en todas esas naves, y observen su posición. Han Solo, nuestro antiguo prisionero, debió de venir de aquí.

—¿Cómo puede estar seguro de ello? —preguntó Golanda. Sivron se encogió de hombros.

—Necesitamos probar esta *Estrella de la Muerte* en un combate real, ¿verdad? Bien, pues justo delante de nosotros hay un blanco que reúne todas las condiciones deseables..., y en consecuencia podemos suponer que se trata de una base rebelde.

El capitán de las tropas de asalto se irguió en su puesto de control táctico.

—Estamos captando numerosas transmisiones de alerta procedentes de la base lunar —dijo—. Parece que es alguna clase de instalación militar.

Un enjambre de naves surgió de un gran orificio abierto en la superficie de la luna, esparciendo alrededor de Kessel una abigarrada gama de cruceros veloces y bien armados.

—No pueden huir de nosotros —dijo Tol Sivron—. Centren el planeta en los sistemas de puntería. Puede disparar cuando esté preparado para hacerlo. —Sonrió, y sus dientes puntiagudos formaron una pequeña cordillera llena de picachos afilados sobre su labio—. Tengo el presentimiento de que todo va a salir estupendamente.

Doxin sonrió.

—Nunca pensé que tendría una ocasión de ver esta arma en acción —exclamó con la voz entrecortada por el entusiasmo.

—Bueno, ya sabe que nunca ha sido calibrada... —dijo Golanda torciendo el gesto.

—Es un superláser destructor de planetas —replicó secamente Doxin—. Podríamos convertir todo ese mundo en cascotes... ¿Hasta qué punto es necesario que haya sido bien calibrado?

—Centrando los sistemas de puntería —dijo el capitán de las tropas de asalto.

Las cámaras de disparo protegidas que se encontraban en los niveles inferiores, donde la única iluminación era el continuo destello multicolor de las hileras de lucecitas esparcidas sobre los complicados paneles de control, estaban llenas de soldados de las tropas de asalto que habían asumido las funciones de artilleros de la *Estrella de la Muerte* después de que se les hubiera ordenado que repasaran a toda prisa los manuales de instrucciones.

—¿Por qué tardan tanto tiempo? —preguntó Tol Sivron, volviendo a removerse nerviosamente en su incómodo sillón de mando.

El ruido de fondo continuo compuesto por un sinfín de zumbidos y siseos que emitían los sistemas descendió repentinamente una octava. Las luces de los paneles se debilitaron, indicando que el prototipo estaba consumiendo una increíble cantidad de energía.

Los haces superláser surgieron del ojo de centrado de la *Estrella de la Muerte*, dejaron atrás los soportes principales que se curvaban como gigantescos arco iris de acero por encima de sus cabezas y se hicieron visibles en el panel de observación delantero, cruzándose en el punto de intersección que los combinó para que entraran en fase. El haz de energía verdosa se fue volviendo todavía más potente, y salió disparado hacia adelante en un chorro inmenso cuyo diámetro era superior al de una nave estelar.

Y el blanco estalló y quedó envuelto en una bola de fuego, humo y cascotes incandescentes.

Tol Sivron aplaudió.

Yemm estaba tomando notas.

Doxin dejó escapar un grito de triunfo y asombro.

–Ha fallado –dijo Golanda.

Tol Sivron volvió sus ojillos oscuros hacia ella y parpadeó.

–¿Qué?

–Que le ha dado a la luna, no al planeta.

Sivron vio que tenía razón. La luna que había servido como guarnición para los navíos de combate acababa de estallar, convirtiéndose en una aglomeración de cascotes que estaba precipitándose sobre el planeta Kessel en una espectacular lluvia de meteoros.

Los navíos de combate que habían evacuado la base lunar estaban desplazándose en todas direcciones tan frenéticamente como si fuesen una bandada de mántidos de fuego bruscamente expulsados de sus nidos durante la estación de aparcamiento.

Tol Sivron enroscó y desenroscó sus colas cefálicas y sintió los cosquilleos que recorrían sus terminaciones nerviosas. Después se reclinó en su asiento y movió una mano de dedos terminados en garras como quitando importancia a lo ocurrido.

–Ese error puede ser corregido –dijo–. La elección del blanco era irrelevante, y al menos ahora sabemos que el prototipo es plenamente funcional.

–Inclinó la cabeza en señal de aprobación–. Tal como afirmaban todos los informes sobre el desarrollo de los trabajos, por cierto...

Sivron respiró hondo, y empezó a sentir como la excitación se iba adueñando de él.

–Ahora podremos utilizar esta arma como es debido.

Leia se asombró al ver que Mon Mothma seguía aferrándose a la vida. Se inclinó con el rostro lleno de preocupación sobre el lecho de muerte de la Jefe de Estado, y contempló el caleidoscopio de aparatos médicos y sistemas de apoyo vital que se negaba a permitir que Mon Mothma muriese.

Hubo un tiempo en el que aquella mujer de cabellos castaño rojizos había sido la rival más temible del padre de Leia en las discusiones del Senado, pero la Mon Mothma terriblemente enferma que agonizaba ante ella ya no podía sostenerse de pie. Su piel se había vuelto grisácea y traslúcida, y Mon Mothma había adelgazado tanto que parecía un pergamino reseco estirado sobre una estructura de huesos. Mon Mothma fue abriendo los párpados poco a poco, moviéndolos con un esfuerzo tan grande como si fueran gruesas compuertas blindadas. Sus pupilas necesitaron mucho tiempo para centrarse en su visitante.

Leia tragó saliva y sintió como si tuviera el estómago lleno de plomo caliente. Extendió una mano de dedos temblorosos para rozar el brazo de Mon Mothma, temiendo que la más leve presión pudiera producirle morados.

—Leia... —susurró Mon Mothma—. Has venido.

—He venido porque me pediste que lo hiciera —respondió Leia.

Han había dejado a su esposa y a los niños en Coruscant y había explicado con expresión malhumorada que tenía que volver a irse con Lando, pero había prometido que esta vez sólo tardaría algunos días en regresar. Leia lo creería cuando lo viese, por supuesto, y mientras tanto estaba horrorizada y perpleja ante el cada vez más rápido empeoramiento del estado de Mon Mothma.

—Tus hijos... ¿Ya no corren ningún peligro?

—No, Winter se ha quedado aquí para protegerles, y no permitiré que vuelvan a separarse de mí.

Leia estaría todavía más ocupada que antes, y tendría menos tiempo que nunca para ver a Han y a sus hijos. Durante un momento envidió la apacible vida de los funcionarios que podían olvidarse del trabajo al final de la jornada laboral y volver a casa, dejando que las tareas no terminadas esperasen hasta el día siguiente. Pero Leia había nacido Jedi y había sido educada por el senador Bail Organa. Toda su vida había estado dirigida hacia un destino más grande, y no podía dar la espalda a sus deberes públicos o privados.

Tragó una honda bocanada de aire y percibió los repugnantes olores de los desinfectantes y medicinas que habían impregnado la atmósfera de aquella habitación, y la sombra acre del ozono de los esterilizadores de aire.

Leia se sentía terriblemente impotente. El júbilo y la excitación que se habían adueñado de ella después de la derrota de la fuerza de ataque y el rescate de su hija parecían repentinamente triviales cuando se los comparaba con la batalla contra aquel veneno de acción lenta que estaba librando Mon Mothma. Saber que el embajador Furgan había muerto y que ya no podía disfrutar de su triunfo no era ningún consuelo para ella.

—He presentado mi dimisión al Consejo —dijo Mon Mothma hablando muy despacio y con voz entrecortada—. No seguiré desempeñando las funciones de Jefe de Estado.

Leia comprendió que las palabras de ánimo resultarían tan huecas como inútiles y reaccionó pensando primero en la Nueva República, tal como le había enseñado a hacer Mon Mothma.

—¿Y qué hay del gobierno? —preguntó—. ¿No temes que los miembros del Consejo empiecen a pelearse los unos con los otros, y que no consigan ningún resultado práctico porque sean incapaces de alcanzar un consenso? ¿A quién recurrirán ahora en busca de un liderazgo?

Bajó la mirada hacia Mon Mothma, y vio que su rostro agotado y enflaquecido estaba contemplándola con los ojos iluminados por el brillo de la esperanza.

—Tú serás nuestra líder, Leia —dijo Mon Mothma.

Leia se quedó boquiabierta de perplejidad y sólo pudo parpadear. Mon Mothma encontró las fuerzas necesarias para mover la cabeza en un asentimiento casi imperceptible.

—Sí, Leia... —dijo—. El Consejo se reunió para discutir nuestro futuro mientras tú estabas fuera de Coruscant. Mi dimisión no sorprendió a nadie, y votamos unánimemente que tú debías sustituirme en el cargo.

—Pero... —balbuceó Leia.

El corazón le estaba latiendo a toda velocidad, y sentía que le daba vueltas la cabeza. No había esperado aquello o, al menos, no en esos momentos. Después de una o dos décadas más de servicios a la Nueva República quizá sí, pero hasta entonces...

—Tú serás la Jefe de Estado de la Nueva República, Leia. Si me quedara alguna reserva de energía que poder entregar, te la transmitiría entera. Vas a necesitarla para mantener unida esta República nuestra que apenas acaba de nacer.

Mon Mothma cerró los ojos, y sus dedos se tensaron sobre la mano de Leia estrechándola con un apretón sorprendentemente firme.

—Seguiré cuidando de ti incluso cuando me haya ido...

Leia se había quedado sin habla, y permaneció arrodillada durante mucho rato junto al lecho de Mon Mothma hasta bien entrada la noche de Coruscant.

Uno de los miembros del Equipo de Fuerzas Especiales de Wedge había conseguido descifrar un número suficiente de códigos de los controles primarios de la Instalación de las Fauces para poder hacer sonar las alarmas esparcidas por el complejo.

—¡Alerta roja! Un Destructor Estelar imperial acaba de aparecer en los alrededores. ¡Alerta roja! Prepárense para ser atacados...

Wedge se encontraba al lado de Qwi en su antiguo laboratorio, y los dos estaban contemplando con el rostro lleno de asombro el casco ennegrecido y cubierto de cicatrices del *Gorgona*. La gigantesca nave había empezado a maniobrar para colocarse sobre la aglomeración de rocas interconectadas.

—¡Oh, cielos! —exclamó Cetrespeó—. Tenía entendido que se suponía que no corríamos ningún peligro viniendo aquí.

Wedge agarró la pálida mano de Qwi.

—¡Ven conmigo! Tenemos que ir a la sala de operaciones.

Corrieron por los pasillos. Qwi hacía cuanto podía para guiarle, aunque había bastantes momentos en los que era incapaz de recordar qué dirección debían seguir. Cetrespeó les seguía avanzando tan deprisa como podía hacerlo, y sus servomotores zumbaban ruidosamente.

—¡Espérenme! Oh, ¿por qué siempre tiene que ocurrir esto?

Cuando entró en la sala de operaciones, Wedge sintió un gran alivio al ver que una docena de sus hombres ya habían llegado allí antes que el y se estaban apresurando a operar los controles. Algunos módulos del ordenador se habían nevado a funcionar, pero la gran mayoría ya estaban activados. Los complejos sensores habían empezado a derramar datos sobre sus pantallas.

Wedge puso las manos sobre los hombros de Qwi y atrajo su cara hacia el mientras clavaba la mirada en sus enormes ojos color índigo.

—¡Intenta recordar, Qwi! ¿Sabes si la Instalación de las Fauces cuenta con algún tipo de sistema defensivo?

Qwi alzó la mirada hacia el tragaluz y vio la enorme punta de flecha del Destructor Estelar suspendida en el espacio.

—Nuestras defensas eran cuatro naves como ésa —dijo señalando con el dedo—. La Instalación de las Fauces dependía por completo de la flota de la almirante Daala.

Qwi corrió hasta una de las consolas de ordenador que todavía no funcionaban y utilizó su teclado musical para que silbara su contraseña al sistema, impulsada por la esperanza de que eso le permitiría sustituir los circuitos dañados con sus archivos y seleccionar algunas de las rutinas de funcionamiento más sofisticadas.

—Disponemos de escudos —dijo—. Si pudiéramos incrementar su potencia...

Cinco técnicos se apresuraron a ayudarla, y empezaron a utilizar sus conocimientos para acceder a los generadores y reforzar el campo de energía protector que envolvía a los planetoides primarios.

—Bueno, de momento aguantará un ataque, pero... —dijo un técnico pasados unos minutos—. La verdad es que esto no me gusta nada, general Antilles. El reactor central ya había entrado en la zona de inestabilidad antes de que fuéramos atacados, y además ahora le estamos exigiendo que nos proporcione unas cantidades de energía realmente tremendas. Puede que estemos dictando nuestra propia sentencia de muerte.

Wedge contempló durante un momento a Qwi sin decir nada y después volvió nuevamente la mirada hacia los soldados.

—Bueno, si no hacemos algo para protegernos ahora mismo entonces sí que podemos estar seguros de que no tardaremos en morir —dijo—. Hemos cogido todo lo que necesitábamos, y creo que ya va siendo hora de que salgamos de la Instalación de las Fauces. Inicien los preparativos para la partida de las naves.

—Si Daala nos deja... —intervino Qwi—. Dudo que vaya a permitir que nos vayamos ahora que hemos echado mano a todos sus secretos.

Wedge parpadeó al acordarse repentinamente de algo que había olvidado en el nerviosismo y las carreras de los últimos momentos.

—¡Desmontamos los motores de una corbeta para sacar las piezas que necesitaba el reactor central! —exclamó—. Una de mis naves está paralizada y no puede moverse...

Fue corriendo hasta el puesto de comunicaciones y conectó un canal de banda estrecha para ponerse en contacto con la corbeta incapacitada.

—Haga despegar inmediatamente a todos los escuadrones de cazas que haya en su bodega, capitán Ortola —ordenó—. Reúna a todo el personal y trasládalo al *Yavaris* o a una de las otras dos corbetas mediante lanzaderas. Su nave no puede maniobrar, y eso la convierte en un blanco primario.

—Sí, señor —respondió la voz del capitán Ortola.

La enorme pantalla trapezoidal instalada al otro extremo de la sala de operaciones se iluminó con un estallido de estática, y un instante después mostró la imagen de la almirante Daala, con su inconfundible aureola de cabellos rojizos rodeándole la cabeza. Daala se inclinó hacia adelante para entrar en la zona de visión, y sus ojos parecieron lanzar jabalinas invisibles que se clavaron en el corazón de Wedge.

—Nunca saldréis con vida de la Instalación de las Fauces, escoria rebelde —dijo Daala—. La información contenida dentro de este complejo ha sido contaminada por vuestro sabotaje y ya no tiene ninguna utilidad. No estoy interesada en obtener vuestra rendición o veros huir, y sólo deseo vuestra destrucción.

Daala cortó la transmisión antes de que Wedge pudiera responder. Wedge permaneció inmóvil durante unos momentos contemplando la estática parpadeante hasta que se convirtió en una ondulante cortina grisácea, y acabó meneando la cabeza. Después se volvió hacia Qwi y se dio cuenta de que el corazón le martilleaba dentro del pecho.

—¿Estás segura de que no hay nada más que podamos utilizar, Qwi? —preguntó—. Alguna otra arma, algo que...

—Espera un momento —le interrumpió Qwi—. Chewbacca bajó con un equipo al hangar de mantenimiento para rescatar a los esclavos wookie. Allí siempre había unas cuantas lanzaderas de ataque o cazas que estaban siendo remodelados. Quizá alguna de esas naves...

Un comando de la Nueva República alzó la cabeza al oír aquellas palabras.

—¿Lanzaderas de ataque? —repitió—. Probablemente sean de la clase gamma... A primera vista parece que no tengan nada de espectacular, pero su blindaje es muy resistente y están tan bien armadas que cada una vale por diez de nuestros cazas espaciales. Podrían resultarnos muy útiles en la batalla. Daala sólo puede atacarnos con un Destructor Estelar, pero aun así su capacidad destructiva es bastante superior a la potencia de fuego combinada de las corbetas y el *Yavaris*.

El jefe del pelotón bajó la mirada hacia la lista de equipo que estaba desfilando por su pantalla de datos.

—Tal como me temía, señor —dijo—. Son modelos bastante antiguos. Necesitan un androide piloto para llevar a cabo maniobras complicadas, especialmente en este entorno gravitatorio. Claro que si estableciéramos una conexión con los distintos sistemas de navegación, entonces probablemente podríamos utilizar un solo androide...

Cetrespeó cruzó corriendo el umbral de la sala de operaciones en ese mismo instante acompañado por un estruendo de pisadas metálicas y zumbido de servomotores. y dejó escapar un ruidoso suspiro de alivio.

—¡Ah, están aquí! —exclamó—. Por fin he conseguido encontrarles...

Wedge, Qwi y todos los técnicos y soldados se volvieron hacia el androide dorado.

Cetrespeó movía los brazos de un lado a otro con una mezcla de abatimiento y desesperación mientras subía lentamente por la empinada rampa que llevaba al hangar de mantenimiento excavado en la roca.

—No entiendo por qué todo el mundo insiste en tratarme como si fuese una especie de..., de objeto de su propiedad —dijo.

Chewbacca gruñó una seca réplica, y Cetrespeó volvió rápidamente la cabeza hacia él.

—Eso no tiene nada que ver con lo que estaba diciendo. De hecho, yo...

Chewbacca alzó en vilo al androide dorado y lo colocó en la rampa de entrada de una lanzadera de asalto de la clase gamma. Los esclavos wookies que acababan de ser liberados y un grupo de comandos de la Nueva República estaban subiendo a las cinco lanzaderas blindadas estacionadas en el hangar. Cada nave había sido mantenida en perfecto estado gracias al esfuerzo incesante de las cuadrillas de esclavos wookies.

Una serie de golpes ahogados resonó de repente encima de sus cabezas, y las vibraciones de los haces destructores surgidos de las baterías turboláser del *Gorgona* recorrieron todo el asteroide. Chewbacca y los otros wookies lanzaron un coro de aullidos hacia el techo, y los sonidos bestiales que brotaron de sus gargantas ahogaron el retumbar del ataque. Hilillos de polvo desprendido de las paredes de roca empezaron a esparcirse sobre el suelo.

—Sigo creyendo que voy a lamentar esto —dijo Cetrespeó—. No he sido diseñado para esta clase de trabajos. Puedo comunicarme con otros ordenadores tácticos y coordinar vuestras trayectorias de vuelo, cierto. pero eso de encomendarme la fijación de la estrategia global...

Chewbacca no le hizo ningún caso y trepó a la cabina del vehículo. El androide dorado vio que todas sus protestas y argumentos eran inútiles, y empezó a subir por la rampa que llevaba a la lanzadera de asalto.

—De todas maneras, yo siempre estoy dispuesto a ayudar cuando se me necesita...

Los otros wookies, el viejo y maltrecho Nawruun incluido, se instalaron en los puestos de los artilleros y se dispusieron a destruir cazas TIE.

Chewbacca se dejó caer en el puesto de pilotaje de la lanzadera de asalto, que resultaba demasiado pequeño para su corpachón de wookiee, e hizo que Cetrespeó ocupara el asiento del copiloto a su lado.

—Oh, está bien —dijo Cetrespeó, y empezó a inspeccionar el ordenador intentando decidir cuál sería la mejor manera de comunicarse con él.

Los ecos de nuevas explosiones provocadas por el ataque del *Gorgona* hicieron vibrar los gruesos muros del hangar, pero los sonidos no tardaron en quedar ahogados por el rugido ronroneante de los motores que hicieron elevarse las lanzaderas sobre sus haces repulsores.

Chewbacca alzó su nave potentemente armada del suelo y la fue dirigiendo a lo largo del pasillo de lanzamiento. Los campos de retención atmosférica se cerraron detrás de ellos una fracción de segundo antes de que las gruesas compuertas del hangar se abrieran al espacio como una gigantesca boca vertical.

Cetrespeó se conectó con los ordenadores de guía y la programación direccional de las cinco lanzaderas de asalto. Vehículos idénticos volaban detrás de ellos en una apretada formación, incrementando su velocidad a cada momento que pasaba.

—Vaya, esto resulta muy emocionante —comentó Cetrespeó.

Chewbacca manipuló los controles hasta que la lanzadera salió disparada como un proyectil por el hueco de las puertas del hangar y empezó a alejarse del escudo protector de la Instalación.

Enjambres de cazas espaciales brotaban de los hangares de las corbetas corellianas por encima de sus cabezas. La fragata *Yavaris* continuaba disparando contra el Destructor Estelar mientras Daala seguía descargando un diluvio de andanadas turboláser sobre la Instalación de las Fauces. Escuadrones de cazas TIE surgían de los hangares inferiores del *Gorgona* y se dispersaban por el espacio, moviéndose tan deprisa como un banco de minocks asustados huyendo de una caverna.

Chewbacca activó sus sistemas de armamento y Cetrespeó se conectó a las pautas de ataque preprogramadas. Las cinco lanzaderas de asalto de la Instalación de las Fauces se lanzaron hacia el corazón de la feroz batalla que estaba empezando a expandirse por el espacio.

—¡Oh, cielos! —exclamó Cetrespeó.

Leia fue a responder a la llamada en la puerta de los aposentos que ocupaba en el complejo reconstruido del Palacio Imperial y vio que era noche cerrada. Durante un momento sintió un escalofrío de excitación y placer al pensar que Han quizá ya hubiese regresado de Kessel, pero cuando se frotó los ojos para despabilarse y abrió la puerta vio a su hermano Luke delante del umbral. Leia quedó tan asombrada que tardó un momento en reaccionar, pero enseguida se lanzó sobre él para abrazarle.

—¡Luke! —exclamó—. ¿Cuándo has llegado a Coruscant?

Vio por el rabillo del ojo a un joven que permanecía inmóvil a un lado entre las sombras del pasillo. Leia reconoció la despeinada cabellera oscura de Kyp Durrón, y vio que sus ojos estaban hundidos en las cuencas y que rehuía su mirada. Kyp Durrón ya no era el adolescente nervioso y temerario que Han había rescatado de las minas de especia de Kessel.

—Oh... Kyp —dijo Leia con voz átona y desprovista de toda emoción.

Ver al joven hizo que se sintiera repentinamente incómoda. Kyp se había hecho muy amigo de Han y había sido su compañero durante grandes aventuras..., pero también había sucumbido al lado oscuro, había dejado paralizado a Luke, había matado a millones de personas y se había vuelto contra Han.

El rostro y los ojos de Kyp parecían haber envejecido mucho, como si estuviera agotado por todos los traumas que había soportado..., y causado. Leia sólo había visto unos ojos parecidos en una ocasión, y había sido en el rostro de su hermano cuando Luke tuvo que enfrentarse a la revelación de que Darth Vader era su padre. Pero Kyp había atravesado un infierno tan terrible como el de Luke.

Un diminuto androide mensajero pasó a toda velocidad por el pasillo, envuelto en el parpadeo de las luces rojas que advertían a quien pudiera encontrarse con él que debía dejarle paso libre, y se alejó velozmente para cumplir con alguna misión urgente que no podía esperar.

Leia se dio cuenta de que no estaba siendo muy educada y se ruborizó.

—Entrad, por favor.

Winter salió de la habitación de atrás y fue hacia ellos, deslizándose sobre sus pies descalzos sin hacer ningún ruido. Sólo llevaba un holgado camisón de dormir, pero parecía estar preparada para entrar en acción apenas sospechara que algún peligro podía amenazar a los niños. Winter inclinó la cabeza en un ceremonioso gesto de bienvenida cuando vio a Luke.

—Saludos, Maestro Skywalker —dijo.

Luke sonrió y le devolvió la inclinación de cabeza. —Hola, Winter.

Winter retrocedió rápidamente hacia la habitación de la que acababa de salir.

—Voy a ver qué tal están los niños —murmuró, y se esfumó sin darles ocasión de decir ni una sola palabra.

La mirada de Leia fue de Luke a Kyp, y mientras les contemplaba sintió el peso de un gran cansancio agazapado detrás de sus ojos y dentro de su cabeza. Había confiado en demasiadas bebidas estimulantes, y había dedicado demasiado tiempo a las negociaciones con otros miembros del Consejo y demasiado poco al reposo.

Luke cerró la puerta a su espalda después de que el y Kyp entraran en la sala. Leia se acordó de las muchas horas que su hermano había pasado en aquella sala, adiestrándola e intentando dejar en libertad su potencial Jedi: pero presentía que lo que le había traído hasta allí tan avanzada la noche era algo mucho más ominoso.

—¿Está Han aquí? —balbuceó Kyp mientras recorría la sala con la mirada.

Leia se dio cuenta de que todavía llevaba la capa negra que Han le había regalado. Pero el nuevo Kyp parecía haberla convertido en un símbolo que le recordaba aquello en que podía llegar a convertirse, pues llevaba un mono de vuelo de color claro debajo de la capa.

—Ha ido a Kessel con Lando —dijo Leia, y una sonrisa llena de cansancio intentó subirle las comisuras de los labios—. Lando quiere probar suerte con las minas de especia.

Kyp frunció el ceño y pareció un poco preocupado. Luke se sentó en uno de los almohadones auto amoldables, se inclinó hacia adelante mientras entrelazaba los dedos y clavó sus ojos penetrantes y pensativos en el rostro de Leia.

—Necesitamos tu ayuda, Leia —dijo.

—Sí, ya me lo había imaginado —respondió Leia con una sombra de ironía en el tono—. Haré cuanto esté en mis manos para ayudaros, por supuesto. ¿Qué necesitáis exactamente?

—Kyp y yo hemos... hecho las paces. Su potencial es tan enorme que puede llegar a convertirse en el más grande de todos los Jedi a los que estoy adiestrando, pero hay una cosa que debe hacer antes de que pueda considerarle totalmente absuelto.

Leia tragó saliva. Ya estaba empezando a temer lo que podía decirle su hermano.

—¿Y en qué consiste esa cosa que debe hacer? —preguntó.

Luke no se inmutó.

—El *Triturador de Soles* debe ser destruido —dijo—. Toda la Nueva República lo sabe, pero es Kyp quien debe hacerlo.

Leia se limitó a parpadear, incapaz de decir nada.

—Sí, pero... Bueno, ¿cómo puede destruirlo? —preguntó por fin—. Por lo que sabemos, el *Triturador de Soles* es indestructible. Ya lo dejamos caer en el núcleo de un gigante gaseoso, pero Kyp... —Leia volvió la mirada hacia el joven—. Bien, el caso es que Kyp consiguió sacarlo de allí. Supongo que ni siquiera haberlo arrojado al centro de un sol habría supuesto una gran diferencia, ¿verdad?

Kyp meneó la cabeza.

—No —dijo—. Podría haberlo sacado de allí con idéntica facilidad.

Leia miró a Luke sin entender nada, y extendió las manos hacia él.

—Bueno, ¿entonces qué...? —preguntó.

—Kyp y yo llevaremos el *Triturador de Soles* hasta las Fauces —la interrumpió Luke—. Kyp conectará el piloto automático y lo dejará caer dentro de uno de los agujeros negros. Con armadura cuántica o sin ella, el *Triturador de Soles* nunca volverá a salir de allí... No existe ninguna forma más segura de eliminar algo de este universo.

Kyp pareció animarse un poco.

—Sé que el *Triturador de Soles* debe de estar fuera del alcance del Imperio y de la Nueva República. Yo... La doctora Xux ya no conserva ningún recuerdo que le indique cómo podría llegar a reconstruirlo. La galaxia nunca tendrá que volver a temer una amenaza semejante.

Su cuerpo se envaró y alzó el mentón mientras sus ojos volvían a cobrar vida. La culpabilidad y el dolor fueron sustituidos por el brillo del orgullo y la decisión.

Luke puso la mano sobre el antebrazo del joven, y Kyp se calló y permitió que Luke siguiera hablando.

—Ya se que te han nombrado Jefe de Estado, Leia —dijo—. Puedes conseguir que se haga de esa manera. —Se inclinó hacia adelante, y cuando volvió a hablarle su voz estaba impregnada de la energía juvenil llena de idealismo que Leia había percibido en el años antes—. Sabes que tengo razón, Leia.

Leia meneó la cabeza. Ya estaba empezando a temer la enorme batalla diplomática a la que tendría que enfrentarse apenas expusiera la ridícula petición que acababa de hacerle Luke.

—Habrá muchas discusiones. La gran mayoría de miembros del Consejo se negarán a permitir que Kyp vuelva a acercarse al *Triturador de Soles*. ¿Qué va a impedirle largarse con el para recorrer la galaxia y hacer estallar más sistemas estelares? ¿Pueden correr ese riesgo, Luke? ¿Podemos correrlo?

—Tendrán que correr ese riesgo —dijo Luke—. Debe hacerse, y yo estaré allí con él.

Leia se mordió el labio. Su hermano podía llegar a ser tan terriblemente convincente cuando quería... Leia le conocía lo bastante bien como para comprender que si accedía a su petición no lo haría meramente debido a un temor supersticioso a lo que pudieran hacer los Jedi, y se dijo que confiaba en que Luke sería capaz de cumplir su promesa.

—¿Sabes qué me estás pidiendo que haga? —preguntó, y su voz sonó débil y casi suplicante.

—Es una prueba a la que Kyp debe someterse. Leia, igual que nosotros tuvimos que enfrentarnos a nuestro padre. Dile al Consejo que si consigue superarla con éxito, Kyp Durrón podría convertirse en el Caballero Jedi más poderoso de esta generación.

Leia dejó escapar un suspiro y se puso en pie.

—Muy bien. Lo intentaré, pero...

—El intentarlo no existe —la interrumpió Kyp—. Hazlo, o no lo hagas. —Después permitió que sus labios se curvaran en una sonrisa melancólica y movió la mano señalando a Luke—. Bueno, al menos eso es lo que el dice siempre...

Han Solo apretó los dientes hasta hacerlos rechinar mientras tiraba de los controles del *Halcón*. El carguero ligero modificado salió disparado hacia arriba y viró en un apretado rizo que invirtió su curso anterior. El destello cegador del superláser de la *Estrella de la Muerte* se fue desvaneciendo poco a poco hasta convertirse en un hilo luminoso, y los cascotes en que se había convertido la luna de Kessel salieron despedidos en todas direcciones, formando una nube que se fue expandiendo rápidamente.

—¡Esa luna iba a ser mi guarnición! —gritó Lando, y faltó poco para que se le quebrara la voz—. Primero Moruth Doole, ahora una *Estrella de la Muerte*... Oh, este negocio tiene peor aspecto a cada momento que pasa.

Mara Jade se inclinó entre Han y Lando, deslizándose por entre los dos asientos con el rostro tan impassible como si estuviera tallado en piedra, y empezó a gritar por la unidad de comunicaciones.

—¡Aquí Mara Jade! Adelante todas las naves, informen inmediatamente... ¿Cuántas pérdidas hemos tenido? ¿Llegó a tiempo la orden de evacuación?

La voz fría e impassible de una guardia de Mistryl surgió del comunicador un instante después y respondió a sus preguntas.

—Sí, comandante Jade —dijo la guerrera—. Salimos de allí lo más deprisa posible en cuanto fue detectada la presencia del intruso. Todas las naves consiguieron alejarse de la base salvo dos, y otra nave quedó destruida al ser alcanzada por la nube de restos.

Mara asintió.

—Bien, entonces todavía disponemos de una fuerza de combate bastante poderosa —dijo.

—¡Una fuerza de combate! —exclamó Han—. ¿Contra esa cosa? ¿Y qué quieres hacer con ella? Eso es una *Estrella de la Muerte*, no un carguero mercante...

Han alzó la mirada hacia el visor superior y vio la silueta esquelética del prototipo flotando sobre Kessel. La superarma parecía estar contemplando pensativamente la destrucción que acababa de provocar.

—Pero tenemos que hacer algo antes de que también destruya el planeta, Han —dijo Lando con voz implorante—. Piensa en toda la especie que hay allí abajo...

Mara volvió a inclinarse sobre el comunicador.

—Formación de ataque gamma —ordenó—. Vamos a ir hacia esa *Estrella de la Muerte* y le daremos una buena paliza. —Después se volvió hacia Han y bajó la voz—. Si no es más que un prototipo, entonces supongo que no dispondrán de las defensas con que contaba la auténtica *Estrella de la Muerte*. No habrá escuadrones de cazas TIE ni fortificaciones con baterías turboláser esparcidas sobre la superficie... Esas defensas fueron las que causaron los daños más graves a vuestras flotas rebeldes, ¿no?

—No del todo —dijo Lando—. La segunda *Estrella de la Muerte* utilizó el superláser contra algunos de nuestros navíos de combate más grandes.

Mara frunció los labios mientras pensaba.

—Bien, entonces tendremos que mantenerles lo más ocupados posible —dijo por fin—. No creo que ese superláser pueda ser muy efectivo si tiene que ir siguiendo la trayectoria de objetos pequeños que se mueven muy deprisa.

—Pero las probabilidades están en contra de nosotros —dijo Lando—. No me gusta nada. Mara.

—No se te ocurra volverme a hablar jamás de las probabilidades, ¿entendido? —gruñó Han mientras se inclinaba sobre el panel y seguía maniobrando la nave.

—Oh, tranquilo —dijo Lando enarcando las cejas—. Ya sabes que me chiflan las causas perdidas, Han.

El *Halcón Milenario* se puso a la vanguardia de la formación de ataque de los contrabandistas. Han quedó impresionado al ver cómo aquel abigarrado conjunto de naves grandes y pequeñas se desplazaba con increíble fluidez, formando un dibujo tan impecable como si sus pilotos estuvieran perfectamente entrenados y tuvieran una gran experiencia en aquel tipo de maniobras, y comprendió que todos debían sentir un gran respeto hacia Mara Jade. Por regla general los contrabandistas eran notoriamente independientes y no aceptaban órdenes de nadie.

Una nave —un Z-95 Cazador de Cabezas cuya forma general recordaba a la de un insecto, el tipo de nave en la que solía desplazarse Mara— aceleró hasta colocarse al lado del *Halcón*, y su piloto les habló por el canal de comunicaciones abierto.

—Aquí Kithra, *Halcón* —dijo—. Me ocuparé del ala derecha, y Shana se ocupará de la izquierda. Tú volarás por el centro, y atacaremos a la *Estrella de la Muerte* simultáneamente por tres puntos distintos.

Han reconoció la voz seca y decidida de otra guerrera. ¿Cuántas guardias de Mistryl se habría traído consigo Mara?

—De acuerdo. Kithra —dijo Mara, y se volvió hacia Han—. Bien, Solo, ¿estás preparado para dirigir el ataque?

—Maldita sea, pero si yo nunca he tenido la más mínima intención de lanzar el *Halcón* contra una *Estrella de la Muerte*... —gimió Han mientras se preparaba para la batalla—. Lo único que hice fue llevar a Lando hasta Kessel.

—Piensa en esto como si fuera una especie de bonificación añadida —dijo Mara.

—Oh, Han, vamos... —le apremió Lando—. Tenemos que actuar antes de que esa *Estrella de la Muerte* vuelva a disparar.

—Es una suerte que Leia no esté aquí —murmuró Han—. Probablemente conseguiría convencerme de que no me metiera en este lío.

Las naves empezaron a converger sobre el leviatán esquelético y el superláser volvió a hacer fuego, calcinando la textura del espacio con un chorro de energía verde esmeralda..., pero el haz pasó a través de las naves dispersas que descendían hacia el y no causó ningún daño.

—Escudos arriba —dijo Han—, aunque no se de qué pueden servirnos contra eso.

Dos segmentos de la flota de los contrabandistas se desprendieron como la piel de una serpiente susurrante del grueso de la formación, uno a cada lado del *Halcón*. Un ala iba encabezada por Kithra a bordo de su Cazador de Cabezas, y la otra estaba encabezada por

Shana a bordo de un burlador de bloqueos lleno de ángulos, un modelo antiguo y menos maniobrable que podía ser considerado como un predecesor del diseño de carguero ligero del *Halcón*.

Las naves contrabandistas siguieron avanzando con sus cañones de energía disparando sin cesar, y las andanadas dibujaron un letal trazado de fuego sobre las superestructuras y vigas de la inmensa esfera.

Han lanzó tres torpedos de protones contra el laberinto de remaches y soportes mientras avanzaban hacia la enorme estructura. Unas cuantas vigas reforzadas se iluminaron con el resplandor del metal fundido bajo los impactos de los proyectiles y los haces de energía.

—Tardaremos como mínimo un año en destruir esa cosa trocito a trocito —dijo Han mientras disparaba el armamento delantero del *Halcón*.

—Eh, nunca he afirmado que esto fuera a resultar fácil —dijo Mara.

Las colas cefálicas de Tol Sivron estaban temblando, y sus negros ojillos permanecían entrecerrados para distinguir mejor la aproximación de las pequeñas naves que venían hacia ellos. Se las veía tan triviales, y sus sistemas de armamento parecían tan diminutos y poco temibles...

—No puedo creer que nos estén atacando —dijo por fin—. ¿Qué creen que van a conseguir con eso?

El capitán de las tropas de asalto estaba sentado en el puesto de control táctico, y se volvió hacia Tol Sivron para hablar a través del altavoz de su casco blanco.

—Si me permite hacer una observación, director... Bueno, esta estación de combate ha sido diseñada con el único fin de demostrar la validez de unos conceptos. Nunca fue concebida para defenderse contra una multiplicidad de pequeñas amenazas. De hecho, la *Estrella de la Muerte* fue diseñada para albergar siete mil cazas TIE, por no mencionar los millares de cañones turboláser de superficie, los cañones iónicos y la escolta de varios Destruidores Estelares de la clase Imperial. No disponemos de nada de todo eso.

»Consideradas de manera individual, esas naves rebeldes quizá sólo sean una amenaza insignificante, pero juntas pueden atacarnos durante un período de tiempo bastante largo, y si tenemos un poco de mala suerte... Bueno, en ese caso podrían llegar a causarnos daños estructurales realmente significativos.

—¿Quiere decir que no contamos con cazas defensivos? —preguntó Tol Sivron con seca desaprobación—. Eso es un error de planificación realmente lamentable... ¿Quién redactó esa sección de los manuales de procedimiento? Quiero saberlo ahora mismo.

—Eso carece de importancia en estos momentos, director —dijo el capitán de las tropas de asalto, con una sombra casi imperceptible de exasperación en su voz filtrada.

—¡Pues a mí me importa muchísimo! —exclamó Tol Sivron.

Se volvió hacia el rostro demoníaco de Yemm, que ya había empezado a examinar los manuales y registros.

—Parece ser que la responsable de redactar esa sección fue la doctora Qwi Xux, director —dijo Yemm por fin—. Dedicó una gran parte de su tiempo al manejo y mantenimiento del superláser, pero apenas se ocupó de las consideraciones tácticas.

Sivron suspiró.

–Bien, ya veo que hemos encontrado un defecto en el sistema aprobado –dijo–. Nunca se debería haber tolerado que puntos débiles de tal magnitud pasaran inadvertidos para los informes de progreso y las reuniones de examen.

–Pero no creo que debamos permitir que esto nos haga olvidar los maravillosos resultados que ha obtenido el superláser, director –dijo Doxin.

–Desde luego, desde luego –dijo Sivron–. Bien, creo que deberíamos celebrar inmediatamente una reunión para comentar y analizar las implicaciones de...

El capitán de las tropas de asalto se levantó de su puesto.

–¡Debemos establecer ciertas prioridades ahora mismo, director! –gritó–. Estamos siendo atacados.

Una explosión exterior hizo que toda la estructura de la *Estrella de la Muerte* vibrase alrededor de la cámara de control.

–Eso han sido tres impactos directos con torpedos de protones –murmuró el capitán de las tropas de asalto–. De momento...

Sivron volvió la mirada hacia las pantallas y vio cómo cuatro Z-95 Cazadores de Cabezas emergían de la superestructura y se alejaban a toda velocidad con sus motores traseros escupiendo chorros de llamas.

–Bueno, pues entonces vuelva a disparar nuestro láser –dijo–. Quizá esta vez consigamos acertar a alguna de esas naves.

–El núcleo de energía está a media carga –observó Doxin.

Sivron giró sobre sí mismo y separó los labios para mostrar dos hileras de dientes puntiagudos.

–¿Y eso no es suficiente para acabar con unas cuantas naves insignificantes?

Doxin abrió y cerró velozmente sus ojillos porcinos como si no hubiera tomado en consideración esa posibilidad.

–Eh... Sí, señor... Sí, desde luego que es suficiente. Preparados para disparar.

–Cuando quiera, líder de división –dijo Sivron.

Doxin se apresuró a volverse hacia el intercomunicador y ordenó a los artilleros que hicieran fuego. El increíble haz luminoso volvió a emerger del prototipo pasados unos segundos: los chorros láser laterales convergieron en un punto focal y se unieron formando un incontenible ariete láser que se deslizó por el perímetro exterior de la masa de cazas que volvía a aproximarse, convirtiendo en vapor un viejo burlador de bloqueos que iba a la vanguardia del ala izquierda. Otra nave fue dañada por la onda expansiva del rayo, pero las fuerzas atacantes se desplegaron y desaparecieron dentro de la superestructura como parásitos, volviendo a hacer fuego con todo su armamento.

–¿Ha visto eso? –preguntó Doxin con obvio placer–. ¡Le hemos dado a una!

–Hurra –dijo secamente Golanda desde su asiento, y en su voz no había ni rastro de entusiasmo–. Ahora ya sólo quedan unas cuarenta, y no podrás volver a disparar el superláser hasta dentro de quince minutos.

—Si se me permite hacer una sugerencia, director... —dijo el capitán de las tropas de asalto—. Hemos probado con éxito el láser del prototipo, pero seguir aquí durante más tiempo carece de objeto. Permitir que esta arma magnífica sufra daños innecesarios sería una auténtica locura. Deberíamos proteger la *Estrella de la Muerte* para así poder entregarla intacta a las autoridades imperiales.

—¿Y qué sugiere que hagamos, capitán? —preguntó Tol Sivron mientras hundía sus largas garras en los brazos del sillón.

—Deberíamos retirarnos al cúmulo de las Fauces. Dudo que esas naves tan pequeñas vayan a seguirnos hasta allí. Nuestra capacidad de maniobra no es muy grande, pero podemos llegar a alcanzar una velocidad considerable. Le hago notar que no es necesario que recorramos todo el trayecto de regreso hasta la Instalación de las Fauces, y que nos bastaría con llegar al otro extremo del cúmulo para poder encontrar un buen escondite. —El capitán hizo una pausa—. Cuando estemos allí, dispondrán de todo el tiempo necesario para celebrar una larga reunión y decidir qué deben hacer —añadió hablando más despacio—. Entonces podrán... Bueno, si lo desean podrán analizar y comentar toda la situación mediante un comité.

El rostro de Tol Sivron se iluminó.

—Excelente idea, capitán —dijo—. Ocúpese de dar las órdenes necesarias, y salgamos de aquí lo más deprisa posible. El capitán de las tropas de asalto introdujo un nuevo curso en los ordenadores de navegación del prototipo. La gigantesca estructura abierta de la esfera giró sobre su eje e inició una rápida aceleración, alejándose de Kessel y avanzando con una cierta torpeza, pero adquiriendo más y más velocidad a cada momento que pasaba y empezando a dejar atrás a la abigarrada masa de naves que había estado atacándola.

Han Solo se frotó los ojos después de que el destello cegador del tercer disparo de la *Estrella de la Muerte* se hubiera disipado y vio nubes de chispitas y colores distorsionados.

—Ese rayo pasó demasiado cerca para mi gusto —dijo—. El borde del haz rozó nuestros escudos delanteros y los ha dejado fritos.

El viejo burlador de bloqueos de Shana había quedado destruido, y algunas naves habían iniciado las maniobras de retirada.

—Tenemos que reagruparnos —dijo la voz de Kithra por el sistema de comunicaciones.

—Pues yo creo que lo que deberíamos hacer es largarnos de aquí inmediatamente —dijo Han.

—¡Mira! —exclamó Lando al ver que la estructura esférica de la *Estrella de la Muerte* giraba sobre su eje y empezaba a acelerar alejándose de Kessel—. Hemos conseguido hacerles huir.

—De momento —dijo Mara—, pero quizá se limiten a retirarse el tiempo suficiente para recargar su núcleo de energía y poder volver a atacar.

—Kessel no estará a salvo mientras esa cosa continúe acechando en el espacio —dijo Lando—. Tenemos que entrar ahí, Han... Hay que llevar el *Halcón* hasta el núcleo de energía de esa *Estrella de la Muerte*.

—¿Es que te has vuelto loco, Lando? —preguntó Han alzando la voz—. Te recuerdo que estás hablando de mi nave.

—Eh, no lo discuto —replicó Lando mientras alzaba las manos hacia el techo—, pero no será la primera vez que me meto en una *Estrella de la Muerte*. Supongo que no lo has olvidado, ¿verdad?

—Esto me huele cada vez peor —gruñó Han, y lanzó una mirada de soslayo a Mara Jade—. Pero tienes razón, claro. No podemos limitarnos a salir huyendo. Si el prototipo cae en manos de la armada imperial, podría causar montones de destrucción de los que no quiero ser responsable. Bien, vamos a meternos ahí...

Han conectó los aceleradores del *Halcón* y Mara empezó a dar órdenes a su flota.

—Atención todas las naves —dijo—. Retroceded. Vamos a entrar en la *Estrella de la Muerte*..., solos.

El *Halcón* empezó a avanzar velozmente por el laberinto de pesadilla de las vigas suspendidas, los sistemas de ventilación y refrigeración, los conductos de energía y las subestaciones que formaban la estructura interna del prototipo de la *Estrella de la Muerte*. Los espacios abiertos estaban surcados por pasarelas que hacían pensar en otras tantas telarañas.

El *Halcón* siguió internándose en aquel laberinto de túneles, avanzando hacia las profundidades de la *Estrella de la Muerte* mientras la estructura general se iba haciendo más densa y más complicada a su alrededor. Han hacía girar la nave a la derecha y a la izquierda para meterla por los angostos pasajes.

Una construcción de dimensiones colosales se desprendió repentinamente de sus puntos de sujeción delante de ellos y empezó a caer por el centro de un gigantesco pasillo vacío, desalojada de su sitio por el ataque de los contrabandistas y la repentina oscilación creada por el movimiento del prototipo. La estructura se precipitó hacia el suelo dando tumbos en silencio a través del vacío del espacio, descendiendo lentamente justo en la trayectoria que estaba siguiendo el *Halcón*.

—¡Cuidado! —gritó Lando.

Han presionó los botones de disparo, enviando un haz convergente de sus cañones láser que desintegró la estructura que caía. La gran masa de soportes y vigas quedó convertida en una nube de gases incandescentes y vapores metálicos que se expandió rápidamente y se disipó en el vacío. Lando se reclinó en su asiento y cerró los ojos mientras dejaba escapar un suspiro tembloroso.

El *Halcón* siguió avanzando, y sus tres pasajeros sufrieron oscilaciones y sacudidas. Fragmentos metálicos de grandes dimensiones chocaban con los escudos deflectores y rebotaban en ellos saliendo despedidos. Las chispas empezaron a brotar de los paneles de control, y el humo surgió de los paneles motrices instalados debajo de las planchas del suelo.

—¡Tenemos averías! —chilló Lando.

Han estaba haciendo esfuerzos desesperados para recobrar el control de la nave.

—Aguantaré... —dijo, y por su tono casi parecía estar rezando.

La *Estrella de la Muerte* tembló y salió disparada hacia delante cuando sus enormes motores sublumínicos de crucero se encendieron de repente. Han intentó igualar la nueva velocidad del prototipo trazando una espiral para acercarse un poco más al núcleo de energía. El *Halcón* se bamboleó locamente de un lado a otro, respondiendo a duras penas a los intentos de maniobrarlo que estaba haciendo Han.

Dejaron atrás vigas de dimensiones titánicas que circundaban el núcleo de energía y se encontraron en un gigantesco recinto cerrado, una especie de cámara esférica que contenía las dos relucientes secciones cónicas del núcleo de energía. Llamas verdes y azules

chisporroteaban en el vacío, saltando de un contacto a otro mientras los reactores iban elevando el nivel de energía y recargaban el arma para que pudiese volver a hacer fuego.

—Para que luego hablen de esas pesadillas que se repiten cada noche... —dijo Lando—. ¡Y yo que no quería volver a ver nada parecido a esto en toda mi vida!

—Bueno, supongo que hemos tenido mucha suerte —dijo Han mientras echaba un vistazo a los informes de daños—. Hay que hacer un montón de reparaciones —añadió apretando los dientes—. No es el momento más adecuado para que los motores nos dejen tirados, desde luego.

La *Estrella de la Muerte* volvió a girar sobre su eje, cambiando de curso y acelerando nuevamente con sus unidades de propulsión ecuatorial. Han logró esquivar por los pelos una viga en forma de arco que salió disparada hacia ellos para aplastarles. Su maniobra hizo que el *Halcón* virase y volviera a avanzar lentamente hacia la superestructura que mantenía sujeto el núcleo del reactor.

—He de echar un vistazo a esos motores —dijo Han—, pero no puedo hacer nada mientras la *Estrella de la Muerte* se esté moviendo y bamboleando de esta manera. Tendremos que ponernos lo más cómodos posible y aguantar el viaje.

—¿Ponernos cómodos? —preguntó Mara con expresión asombrada.

—Para llegar al final del trayecto más o menos enteros —replicó Han obsequiándola con una sonrisa torcida—. Ya hice esto en una ocasión para escapar cuando estaba siendo perseguido por los imperiales. Es un truquito que he incorporado al *Halcón*... Yo mismo lo instalé, ¿sabes? —Han fue llevando la nave en un curso paralelo a una de las gruesas vigas—. Es mi garra de descenso. La utilicé para sujetarme al casco de un Destructor Estelar, y después me alejé envuelto en la basura cuando la flota entró en el hiperespacio.

El *Halcón* se agarró con un «clang» metálico. El inmenso cilindro del núcleo de energía ardía en el vacío directamente debajo de ellos, esparciendo su luz mortífera en todas direcciones.

—Bien, de momento aquí estamos a salvo —dijo Han—. Pero si planean volver a meterse en el cúmulo de agujeros negros, quizá tengamos un viaje bastante movidito.

Compartir el pequeño recinto de la cabina de pilotaje del *Triturador de Soles* con Kyp Durrón hizo que Luke sintiera cómo el joven se iba acercando mentalmente a él mientras viajaban hacia el cúmulo de agujeros negros.

Kyp estaba superando poco a poco su miedo a los poderes Jedi y la preocupación que le inspiraba el potencial para usarlos mal que presentía en su interior. Después de la epifanía que había vivido en el templo de Exar Kun, Kyp se había vuelto más fuerte y había salido de allí siendo capaz de aceptar el desafío. Si era capaz de enfrentarse a aquella última prueba, Luke por fin podría estar seguro de que Kyp había atravesado las llamas de su ordalía y que había sido templado por fuerzas tan temibles y poderosas como aquellas que el mismo Luke había soportado en el pasado.

Luke sonrió mientras recordaba cómo Leia se había puesto del lado de Kyp durante la reunión del Consejo, y cómo había defendido con uñas y dientes la oportunidad de redimirse que Luke le había ofrecido. Leia había expuesto la petición de su hermano durante su primera sesión como líder de la Nueva República, y después de la conmoción general producida por sus palabras había razonado, seducido o avergonzado a todos los miembros del Consejo hasta conseguir que accedieran a la solicitud de Luke.

Leia había salido de aquella reunión que duró horas a mediados de un soleado día de Coruscant. Kyp y Luke, que habían estado esperándola en una de las cafeterías de los niveles superiores del enorme complejo del Palacio Imperial, se habían dedicado a sorber bebidas calientes y probar las delicadezas culinarias procedentes de cien planetas que habían jurado lealtad a la Nueva República. Leia había indicado a sus dos guardaespaldas que se hicieran a un lado, y había entrado corriendo en el salón para reunirse con ellos mientras otros burócratas y funcionarios de los escalafones inferiores se levantaban de sus asientos al reconocer a su nueva Jefe de Estado, Leia ignoró toda la atención de que estaba siendo objeto.

Su rostro estaba lleno de cansancio y un poco sombrío, pero Leia no podía ocultar su sonrisa de satisfacción y la chispa de alegría que brillaba en sus grandes ojos.

–Podéis disponer del *Triturador de Soles* –había dicho–. Será mejor que os lo llevéis antes de que algún miembro del Consejo decida que he triunfado con demasiada facilidad y presente una moción para reabrir la discusión.

Después Leia se había vuelto hacia Kyp y se había puesto muy seria.

–Me estoy jugando todo el futuro de mi administración por ti, Kyp.

–No te decepcionaré –le había prometido Kyp, sin bajar la cabeza y sosteniéndole la mirada.

Luke no había necesitado recurrir a sus poderes Jedi para percibir la decisión que animaba al joven.

Habían despegado de Coruscant y habían entrado en el hiperespacio siguiendo un curso directo hacia el cúmulo de las Fauces y las proximidades de Kessel.

Comieron raciones y compartieron un silencio relajado y libre de tensiones. Cuando hubieron terminado, Kyp se sumió en un profundo trance de rejuvenecimiento, una forma de hibernación bastante parecida a la muerte que Luke enseñaba a todos sus estudiantes. El joven Jedi despertó cuando apenas había transcurrido una hora, pareciendo mucho más descansado y lleno de energías que antes.

Durante el trayecto Kyp había compartido con él los recuerdos más queridos que guardaba de Deyer, su mundo natal. Le habló con voz entrecortada y melancólica de su hermano Zeth. Luke le escuchó con callada comprensión, y Kyp por fin dejó en libertad toda la pena que había estado reprimiendo y derramó lágrimas purificadoras, permitiéndose disfrutar finalmente de la libertad que le había concedido la visión del espíritu de su hermano que había tenido dentro del templo de obsidiana.

–Yoda también me obligó a pasar por una prueba –le dijo Luke después–. Tuve que entrar en una caverna de los pantanos de Dagobah, donde me enfrenté con una visión de Darth Vader. La atacé y le derroté..., sólo para descubrir que estaba luchando conmigo mismo. No conseguí superar mi prueba, pero tú sí lo conseguiste.

Luke clavó la mirada en los oscuros ojos de Kyp.

–No te prometo que vaya a resultar fácil, Kyp, pero las recompensas de tus esfuerzos serán muy grandes y toda la galaxia se beneficiará de ellas.

Kyp desvió la mirada como si se sintiera incómodo o avergonzado, y se dedicó a estudiar los controles de pilotaje del *Triturador de Soles*.

–Preparados para salir del hiperespacio –dijo–. ¿Te has puesto el arnés de seguridad?

Luke asintió con una leve sonrisa. El hiperespacio parecía retorcerse y distorsionarse a su alrededor debido a su proximidad al cúmulo de agujeros negros.

Kyp volvió la vista hacia el cronómetro y se concentró mientras los números se iban sucediendo rápidamente.

—Tres, dos, uno...

Soltó las palancas, y de repente la cortina borrosa se apartó de su visor y el espacio real apareció con una nitidez cristalina a su alrededor.

Luke ya podía ver el lejano nudo gaseoso de las Fauces, pero en ese mismo instante sintió un doloroso tirón en sus entrañas, como si algo anduviera terriblemente mal.

—¿Qué le ha ocurrido a Kessel? —preguntó Kyp.

Luke vio que la forma de Kessel, mucho más cercana y un poco distorsionada, estaba medio oculta por una nube de restos que se iba expandiendo poco a poco.

—La luna guarnición... —murmuró Kyp—. Ha desaparecido.

—Hemos sido detectados —dijo Luke—. Varias naves se aproximan a nosotros.

Percibió la ira y la consternación de los pilotos de las naves de ataque, y vio cómo aceleraban y convergían sobre el *Triturador de Soles*.

El altavoz zumbó de repente y emitió una voz de mujer seca y decidida.

—Aquí Kithra de la guardia de Mistryl, representando a la Alianza de Contrabandistas. Identifíquense y expliquen por qué han venido al sistema de Kessel.

—Aquí Luke Skywalker —dijo Luke, intentando reprimir una sonrisa confiada—. Venimos en nombre de la Nueva República. Se nos ha encomendado la misión de destruir el *Triturador de Soles*, y teníamos la esperanza de que podríamos volver a Coruscant en una de sus naves. Mara Jade nos dio permiso para venir mediante una transmisión subespacial ayer mismo.

—La comandante Jade no se encuentra aquí en estos momentos —dijo Kithra—, pero me notificó que vendrían. Pero como puede ver, hemos sido atacados hace poco.

—Explíqueme cuál es su situación actual —dijo Luke—. ¿Dónde está Mara? ¿Se encuentra bien? ¿Y qué hay de Han Solo?

Kyp dejó que sus ojos se entrecerraran y desplegó las redes de la Fuerza en un sondeo mental. Permaneció inmóvil durante unos momentos, y después volvió bruscamente la cabeza hacia la izquierda, allí donde se agitaba la masa remolineante de las Fauces.

—Han está allí... Ha ido en esa dirección.

La voz de Kithra volvió a surgir del sistema de comunicaciones.

—Fuimos atacados por un prototipo de la *Estrella de la Muerte* —explicó mientras las naves de los contrabandistas se agrupaban a su alrededor formando un contingente de protección—. Sospechamos que huía de la fuerza de ocupación de la Nueva República que entró en el cúmulo hace poco.

—Wedge y Chewie también están dentro de las Fauces —dijo Luke volviéndose hacia Kyp.

—¿Qué ha sido de Han? —preguntó Kyp en un tono de voz cada vez más preocupado y apremiante, inclinándose sobre el comunicador.

—Nuestras naves atacaron el prototipo y causaron unos cuantos daños externos de poca importancia, pero Han Solo metió el *Halcón Milenario* en la superestructura. La comandante Jade nos ordenó que nos retiráramos sin seguirles. La *Estrella de la Muerte* se alejó hacia las Fauces, y el *Halcón* se fue con ella. Iban a tratar de sabotear su núcleo de energía, pero no hemos sabido nada de ellos desde entonces.

—¿Cuánto hace de eso?

—Sólo un par de horas —respondió Kithra—. Hemos estado examinando nuestras opciones.

Luke volvió la mirada hacia Kyp, y sus ojos se encontraron y compartieron una preocupación común.

—No tenemos ninguna opción —dijo Luke. Kyp asintió.

—Tenemos que ayudar a Han.

—Sí —dijo Luke tragando saliva con un visible esfuerzo—. Bien, vayamos hacia las Fauces.

Encontrar una ruta segura a través del laberinto de pozos gravitatorios demostró no ser una tarea demasiado difícil para dos Jedi.

Luke y Kyp trabajaron en estrecha colaboración y pilotaron el *Triturador de Soles* en equipo, reforzándose mutuamente su capacidad de percepción el uno al otro como si fuesen dos ordenadores de navegación conectados.

El *Triturador de Soles* vibraba y oscilaba debido a las terribles tensiones de los campos gravitatorios. Luke experimentó un extraño estiramiento de su mente mientras permitía que sus sentidos se fueran desplegando hacia el exterior, como si estuviera siendo arrastrado hacia los insondables agujeros negros.

Kyp pilotaba el *Triturador de Soles* con los ojos abiertos, las mandíbulas tensas y los labios fruncidos en una mueca feroz.

—Ya casi hemos atravesado el muro —murmuró por entre sus dientes apretados.

Luke y Kyp llegaron por fin a la burbuja de calma escondida en el centro del cúmulo después de haber atravesado una eternidad de colores súper recalentados.

Luke parpadeó para aclararse la vista y buscó con la mirada el prototipo de la *Estrella de la Muerte*, esperando ver cómo disparaba su temible superláser contra la flota de asalto de Wedge. Pero lo que vio fue una batalla espacial de un tipo muy distinto. Las fuerzas de la Nueva República disparaban sin cesar y los cazas espaciales estaban enzarzados en frenéticos duelos individuales, pero no se desplegaban contra la *Estrella de la Muerte*, sino contra la letal silueta en forma de punta de flecha de un Destructor Estelar cuyo casco estaba cubierto de cicatrices y quemaduras.

—¡Es la almirante Daala! —exclamó Kyp con la voz enronquecida por el odio.

La estructura esquelética del prototipo permanecía escondida al otro lado del cúmulo de las Fauces con todos sus sistemas de energía desconectados mientras Tol Sivron, Golanda, Doxin, Yemm y el capitán de las tropas de asalto celebraban una reunión para analizar y discutir las implicaciones de su nueva situación.

Habían necesitado algún tiempo para encontrar un almacén vacío que pudiera ser reconvertido en una sala de conferencias adecuada, y habían tenido que prescindir de sus bebidas calientes y su repostería matinal. Pero Sivron era consciente de que estaban pasando por momentos muy graves, y eso quería decir que todos tendrían que hacer sacrificios en nombre del Imperio.

—Le agradezco mucho que nos haya señalado ese hueco en nuestros planes, capitán —dijo, obsequiándole con una sonrisa llena de dientes puntiagudos.

El capitán de las tropas de asalto les había mostrado un apéndice de los procedimientos de emergencia donde había una cláusula referente al secreto total que debía envolver todos los inventos de la Instalación de las Fauces. La cláusula, que se encontraba bajo el subencabezamiento «Diseminación de información», no podía ser más clara: «El acceso de los rebeldes a las investigaciones y los datos desarrollados por la Instalación de las Fauces deberá ser impedido cueste lo que cueste.» El capitán había afirmado que esa cláusula podía ser interpretada como una orden de destruir la Instalación de las Fauces después de que hubiera sido conquistada por las fuerzas rebeldes.

—«Cueste lo que cueste» —repitió el capitán—. Está claro que eso significa que debemos destruir la Instalación antes que permitir que los rebeldes tengan acceso a nuestro trabajo.

—Bueno, eso nos da otra oportunidad de disparar nuestro superláser por el bien del Imperio —dijo Doxin, y enarcó sus cejas delgadas como alambres de tal forma que su cuero cabelludo se llenó de arruguitas, adquiriendo un curioso parecido con una duna surcada por las orugas de un vehículo todo terreno.

Yemm, el devaroniano, seguía pasando las páginas y examinaba párrafo tras párrafo de las normas de procedimiento, estudiando la terminología en su cuaderno de datos.

—No encuentro nada que contradiga la interpretación del capitán, director Sivron —dijo por fin.

—Muy bien, entonces queda aprobada la moción —dijo Sivron—. Llevaremos el prototipo de regreso a las Fauces, utilizando para ello nuestra trayectoria de vuelo anterior. Ocúpese de los detalles, capitán.

—Sí, señor —dijo el capitán de las tropas de asalto.

—Bueno, entonces todo resuelto —dijo Tol Sivron mientras hacía repiquetear sus largas garras sobre la superficie de la mesa—. Si no hay ningún otro tema del que hablar, se levanta la sesión.

Todos se pusieron en pie para marcharse, alisándose los uniformes y empezando a alejarse de la mesa.

Tol Sivron cogió un pequeño cronómetro, vio que sólo habían transcurrido dos horas y parpadeó mientras sus ojillos se llenaban de sorpresa. Había sido una de las reuniones más cortas que había presidido en toda su carrera como administrador científico.

Cetrespeó tenía tanto trabajo con las configuraciones y tácticas de batalla y los enjambres de naves que giraban locamente alrededor de las cinco lanzaderas de asalto de la clase gamma que se vio obligado a concentrar toda su atención en la batalla, y acabó olvidándose por completo de su miedo.

El *Gorgona* flotaba ominosamente sobre ellos, descargando andanadas contra la Instalación de las Fauces o disparando contra las naves de la Nueva República.

Chewbacca gruñó y entrecerró sus ojos ribeteados de pelaje para estudiar la pauta de fuego del Destructor Estelar. Después dejó escapar un bufido, gruñó una idea a Cetrespeó y conectó el haz de banda estrecha nave-a-nave del sistema de comunicaciones sin esperar a que Cetrespeó respondiera.

Chewbacca habló rápidamente en el lenguaje wookie, lo que Cetrespeó consideró como una decisión muy prudente desde el punto de vista táctico. Cetrespeó era un androide de protocolo y comprendía más de seis millones de formas de comunicación, pero dudaba mucho de que a bordo del *Gorgona* hubiese alguien capaz de entender lo que estaba diciendo Chewbacca.

Cetrespeó salió de su estado de máxima concentración para dirigirse al wookie en el mismo instante en que Chewbacca recibía las respuestas de los pilotos wookies de las otras lanzaderas de asalto.

—Discúlpame, pero es que sencillamente no veo ninguna forma de que podamos destruir todas las hileras de cañones turboláser de estribor del Destructor Estelar —dijo—. Es un suicidio, Chewbacca... ¿Por qué no esperamos a que lleguen más cazas de las naves de la Nueva República? Creo que sería la estrategia más prudente y menos peligrosa.

Chewbacca dejó escapar un gruñido amenazador, y Cetrespeó pensó que sería mejor no continuar insistiendo.

Un ala de combate de cazas TIE pasó a toda velocidad ante ellos disparando andanadas con sus cañones láser. Una lanzadera de asalto atravesó el fuego cruzado, y cuando Cetrespeó reconstruyó las imágenes un momento después, llegó a la conclusión de que había recibido ocho impactos directos en sólo dos segundos. Sus escudos dejaron de funcionar. Las planchas del casco se doblaron, y la lanzadera estalló mientras los cazas TIE volvían con un rugido de motores para enfrentarse con los cazas X y los cazas Y que estaban surgiendo de los navíos de combate de la Nueva República.

Chewbacca lanzó un rugido impregnado de pena al ver morir a algunos de sus amigos recién rescatados. El grito fue coreado por los otros wookies a través del sistema de comunicaciones.

La explosión hizo que Cetrespeó experimentase una repentina desorientación, ya que había estado parcialmente conectado a la nave destruida, y el androide sintió como si una parte de sí mismo también hubiera quedado destruida.

—¡Oh, cielos! —exclamó, y concentró su atención en la delicada labor de coordinar las maniobras de las otras lanzaderas—. Cuentas con todo mi apoyo, Chewbacca. No podemos permitir que hagan algo así.

Chewbacca indicó que estaba de acuerdo con un rugido y asestó una afable palmada de camaradería en la espalda de Cetrespeó, con el resultado de que faltó muy poco para que el androide atravesara los paneles de control.

Un puntito luminoso surgió repentinamente de la nada y pasó a toda velocidad por delante de ellos, y Cetrespeó consiguió congelar la imagen en sus sensores ópticos. La grabación le mostró la silueta cristalina y llena de ángulos de un diminuto aparato biplaza, y el androide la reconoció al instante.

—Oh, vaya... ¿No es el *Triturador de Soles*? —preguntó.

Chewbacca puso cara de preocupación y lanzó un rugido desafiante mientras las cuatro lanzaderas de asalto restantes sobrevolaban el *Gorgona* por estribor. Avanzaron a toda velocidad sobre la compleja topografía del casco, convertida en una mancha borrosa llena de protuberancias indescifrables, cañerías, pozos de combustible, mirillas y equipo de apoyo vital. Las baterías turboláser de gran calibre de Daala alternaban sus andanadas contra la Instalación de las Fauces con los disparos contra los cazas estelares de la Nueva República.

Siete cazas TIE se separaron de la oleada atacante principal y trazaron un círculo para volver hacia el escuadrón de Chewbacca, pero los wookies lanzaron una ráfaga destructora con los cañones desintegradores pesados de la lanzadera de asalto. El viejo Nawruun y varios wookies más estaban sentados en los puestos artilleros, y disparaban implacablemente contra el enemigo.

Una telaraña de haces desintegradores surgió de las lanzaderas y causó graves daños en cuatro de los cazas TIE atacantes, dejándolos inutilizados. Otros dos viraron a toda prisa para huir de la repentina destrucción infligida por aquella gran potencia de fuego y chocaron con un flanco del *Gorgona*. El único superviviente del grupo de ataque se alejó en busca de refuerzos.

Chewbacca dejó escapar un gruñido de satisfacción.

Las lanzaderas de asalto descargaron un diluvio de destrucción sobre las baterías turboláser del Destructor Estelar, haciendo varias pasadas por encima de ellas y lanzando toda su dotación de proyectiles fragmentadores. Los sistemas de armamento estallaron y las planchas del casco se llenaron de erupciones humeantes, y el *Gorgona* quedó totalmente indefenso por un lado.

—¡Muy bien hecho, Chewbacca! —gritó Cetrespeó—. Lo has conseguido...

Chewbacca estaba ronroneando de pura satisfacción, y un instante después pudieron oír los ensordecedores rugidos de triunfo que surgieron de la parte de atrás de la lanzadera de asalto y el compartimento artillero. Pero los cazas TIE de refuerzo ya estaban aproximándose, y Cetrespeó decidió que había llegado el momento de poner fin a las frivolidades.

—Discúlpeme, señor, pero... Bueno, ¿no cree que sería preferible que nos retiráramos ahora mismo?

Kyp Durrón dirigió el *Triturador de Soles* hacia un hangar en uno de los planetoides, maniobrándolo con tanta habilidad como el más consumado de los pilotos espaciales. El joven Jedi introdujo la nave en forma de espinos por el hueco de las puertas blindadas y la metió en el hangar.

Luke dejó que Kyp se encargara de pilotar la nave mientras él utilizaba el sistema de comunicaciones, transmitiendo a la fragata de escolta primero y al centro de operaciones de la Instalación después.

—¿Estás ahí, Wedge? —preguntó—. ¿Te encuentras bien? Dime qué está pasando... Soy Luke.

Una respuesta surgió del comunicador, acompañada por una cacofonía de alarmas y órdenes dadas a gritos, informes de situación y el estrépito de fondo de los impactos directos obtenidos por el Destructor Estelar.

—¡Luke, estás vivo! ¿Qué estás haciendo aquí?

Luke cayó en la cuenta de que Wedge había entrado en el cúmulo de las Fauces antes de que Exar Kun fuese denotado.

—Hemos traído el *Triturador de Soles* hasta aquí para destruirlo —explicó—, pero parece que tú tienes unos cuantos problemas particulares.

—Necesitaría unas cuantas horas para contarte todo lo que ha ocurrido desde que iniciamos esta operación, Luke —replicó Wedge con voz tensa y entrecortada—. ¿Estás a salvo?

—De momento estamos perfectamente, Wedge. Nos hemos posado en uno de vuestros hangares de mantenimiento.

—Excelente. Cualquier ayuda que puedas prestarnos nos vendrá de maravilla, eso te lo aseguro...

Kyp abrió la escotilla del *Triturador de Soles* después de haber asegurado la nave sobre la pista, y los dos bajaron por la escalerilla metálica. Después empezaron a trotar por los pasillos curvos que se abrían paso a través de la roca muerta. El palpar rítmico de las repetidas andanadas de Daala creaba ecos que resonaban dentro de los túneles.

Entraron en el centro de operaciones e intentaron extraer algún sentido de la frenética actividad preparatoria que Wedge había organizado.

Wedge Antilles corrió hacia su amigo para darle un abrazo, y los dos se dieron palmadas en la espalda.

—Me alegra tanto que vuelvas a estar con nosotros... —dijo Wedge en un tono que estaba lleno de preguntas no formuladas. Después lanzó una mirada de desconfianza a Kyp Durrón, que permanecía inmóvil en el umbral con expresión contrita—. ¿Qué está haciendo el aquí?

Qwi Xux había aparecido al lado de Wedge y también acababa de ver a Kyp, y dio un paso hacia atrás mientras dejaba escapar un jadeo ahogado.

—Lo siento mucho —dijo Kyp en voz baja y suave.

Luke se volvió hacia Wedge.

—Kyp ha venido aquí para ayudarnos, Wedge —dijo—. Ha vuelto del lado oscuro, y yo he hecho las paces con él. Si continuas teniendo una deuda pendiente con Kyp... Bueno, entonces tendrás que esperar a que todo esto haya terminado antes de vértelas con él.

Wedge miró a Qwi, y vio que su delgado rostro de facciones delicadas se tensaba durante unos momentos antes de que acabara asintiendo de manera casi imperceptible con la cabeza.

—Kyp ha venido aquí para destruir el *Triturador de Soles* como forma de hacer penitencia, pero ahora... —Luke puso la mano sobre el hombro de su estudiante y lo apretó—. Ahora somos dos Jedi que ofrecen sus servicios en esta batalla.

Wedge se volvió hacia uno de los comandos.

–Quiero que me proporcionen una evaluación de la situación actual –dijo.

El equipo táctico respondió al instante con una veloz lista de cazas estelares desplegados, disparos lanzados y un recuento de pérdidas enemigas y aliadas.

–El grupo de Chewbacca parece haber destruido todas las baterías turboláser de estribor del *Gorgona*.

Wedge puso cara de alivio.

–Si consiguiéramos seguir causando daños a Daala más deprisa de lo que ella nos los causa a nosotros... –murmuró, y meneó la cabeza.

–¿Dónde está Han? –preguntó Luke.

Kyp se irguió y aguardó la respuesta con expresión anhelante. Wedge frunció el ceño.

–¿Qué quieres decir?

Luke le explicó lo ocurrido con el prototipo y que Han, Lando y Mara Jade habían sido vistos por última vez dentro de su superestructura.

Wedge meneó la cabeza.

–El *Triturador de Soles* y el *Gorgona* ya están aquí... ¿Y ahora me dices que la *Estrella de la Muerte* ha vuelto? –Parpadeó con incredulidad antes de empezar a dar órdenes al equipo táctico–. ¡Ya habéis oído lo que ha dicho Luke! Parece que no tardaremos en ver llegar otra gran sorpresa...

No parecía posible, pero todo el mundo se las arregló para empezar a moverse un poco más deprisa que antes. Luke alzó la mirada hacia los enormes tragaluces del centro de operaciones, y la percepción llegó antes que la visión.

La esfera armilar del prototipo de la *Estrella de la Muerte* emergió de la masa de colores de las Fauces y se unió al combate, abriéndose paso por entre el retumbar ahogado de las explosiones repetidas y los destellos cegadores de la batalla que se estaba librando encima de sus cabezas.

La garra de descenso del *Halcón Milenario* siguió aferrada a la superestructura de la *Estrella de la Muerte* cuando la esfera volvió a ponerse en movimiento, bamboleándose con una sacudida que hizo temblar todo el esqueleto de vigas y soportes, y empezó a avanzar a gran velocidad a través del cúmulo de agujeros negros.

Han, Lando y Mara permanecían inmóviles en sus asientos giratorios con los arneses de seguridad abrochados y apretaban los dientes para resistir la embestida de la gravedad. El *Halcón* estaba aguantando bastante bien, pero el prototipo acusaba los tirones de las colosales fuerzas de marea.

Han echó un vistazo a las pantallas de diagnóstico en cuanto la dura travesía hubo terminado.

—Tenemos que hacer algo con esos hiperimpulsores —dijo—. Si consiguiésemos ir lo bastante deprisa, podríamos cargarnos el núcleo del reactor y salir huyendo. Pero dado el estado actual del *Halcón*... Bueno, resulta obvio que no podremos alcanzar grandes velocidades, y nunca conseguiríamos alejarnos a tiempo.

Han hizo girar su asiento para mirar a Lando y Mara, y apartó un mechón de cabellos oscuros de sus ojos.

—Y aun suponiendo que lográramos correr lo suficiente para no ser alcanzados por la explosión, necesitamos el máximo de maniobrabilidad o nunca conseguiremos volver a atravesar el cúmulo de las Fauces.

—Por no mencionar el pequeño problema de que no conocemos el camino de salida —dijo Mara—. Mis instintos Jedi no están lo bastante desarrollados para un trabajo tan complicado.

—Eh... Sí, bueno, es otro punto a tomar en consideración —admitió Han.

—Pero tenemos que hacer algo, Han —dijo Lando—. Si la *Estrella de la Muerte* ha decidido volver a la Instalación de las Fauces... Bien, no creo que sea para hacer nada bueno.

—Sí, tienes razón —asintió Han con expresión sombría—. Chewie está ahí dentro con el resto de la fuerza de ocupación, y no voy a dejar tirado a ese wookie si está en apuros.

Mara se levantó de su asiento.

—La respuesta es obvia —dijo—. Tenemos que desactivar ese superláser. —Se encogió de hombros—. Ya que estamos aquí, más vale que hagamos algo.

—Pero los hiperimpulsores... —empezó a decir Han.

—Tienes trajes de vacío, ¿no? —le interrumpió ella—. Un carguero ligero como el *Halcón* debería tener como mínimo un par en el caso de que sea preciso hacer reparaciones de emergencia.

—Siiiiii —dijo Han, prolongando la palabra y siguiendo sin ser capaz de adivinar lo que se proponía hacer Mara—. Tengo dos trajes, uno para mí y uno para Chewie.

—Estupendo —dijo Mara haciendo chasquear los nudillos—. Calrissian y yo saldremos del *Halcón* y colocaremos detonadores preprogramados en el núcleo del reactor, y mientras tanto tú te dedicarás a trabajar en los hiperimpulsores. Los detonadores preprogramados nos

permitirán salir de la superestructura de la Esfera de la Muerte antes de que se produzca la explosión.

Lando se había quedado boquiabierto.

—¿Quieres que yo...?

Los ojos de Mara le desafiaron.

—¿Tienes alguna idea mejor?

Lando se encogió de hombros y sonrió.

—Oh, no —dijo—. Consideraré un gran honor poder acompañarte, Mara.

Lando estornudó mientras daba tirones al enorme traje acolchado que estaba intentando ponerse.

—Huele igual que el pelaje de un wookiee —dijo—. ¿Qué pasa, es que Chewbacca se dedicaba a hacer gimnasia con el traje puesto y lo guardaba sin dar tiempo a que se secase el sudor?

Las mangas eran enormes, y sus pies flotaban dentro de las botas diseñadas para un wookiee. Lando siguió tirando de los abultados pliegues del traje y los fue recogiendo en su cintura colocándolos uno encima de otro, y después utilizó las tiras de ajuste para ceñirlos a su alrededor. Cuando hubo realizado todas estas operaciones, se sentía como si estuviera caminando envuelto en un gigantesco colchón hinchable.

—Tenemos un trabajo que hacer, Calrissian —dijo Mara—. Deja de quejarte o lo haré yo sola, ¿entendido?

—Nada de eso —replicó Lando—. Quiero ayudarte, Mara, de veras...

—Toma. —Mara le alargó una caja de detonadores—. Te encargarás de llevarlos.

Lando bajó la mirada hacia la caja y tragó saliva.

—Muchas gracias.

Han dejó escapar un gemido ahogado de dolor al golpearse la cabeza con algo en el angosto pasadizo de mantenimiento, y Lando oyó cómo su amigo mascullaba que le habría encantado disponer de un androide para que hiciese el trabajo sucio.

—¡Un par de componentes han quedado totalmente fritos! —les explicó Han a gritos, y su voz resonó por el compartimento envuelta en ecos metálicos—. Pero tengo repuestos..., o por lo menos tengo un par de trastos que se parecen lo suficiente a los componentes originales para que pueda volver a dejar la nave en condiciones de funcionar. Hay tres circuitos fundidos. Podemos prescindir de uno, y haré unos cableados de emergencia derivando las funciones de los otros dos.

—Te damos media hora —dijo Mara, y se puso el casco y activó los sellos del cuello.

Han cambió lentamente de posición dentro del espacio de mantenimiento, que era más o menos del tamaño de un ataúd, y se removi6 hasta que consiguió sacar la cabeza por el hueco de las planchas. Tenía las mejillas manchadas por las fugas de líquido refrigerante y la grasa.

—Lo tendré todo listo para entonces —dijo.

—Más te vale, si es que vamos a conectar esos detonadores —replicó Lando.

Se colocó el casco y activó los sellos. El casco diseñado para un wookiee hacía que tuviese la sensación de llevar una lanzadera encima de la cabeza.

–Vamos, Calrissian –dijo Mara–. Tenemos que hacer un pequeño trabajo de demolición.

Tol Sivron entrecerró los ojos para ver mejor el panorama del centro de las Fauces desde su cómodo sillón. Estaba evaluando la situación, pero no tomaba decisiones..., tal como tenía que hacer un buen administrador.

–Es el Destructor Estelar *Gorgona*, señor –dijo el capitán de las tropas de asalto–. ¿Me pongo en comunicación con él? Sivron frunció el ceño.

–Ya iba siendo hora de que la almirante Daala volviera para cumplir con su deber –dijo.

Sivron aún le reprochaba que hubiera abandonado su misión principal de proteger a los científicos de la Instalación de las Fauces. Los rebeldes ya se habían adueñado del complejo, por lo que era demasiado tarde para que Daala enmendase su error.

–¿Y por qué ha vuelto con sólo un Destructor Estelar? –refunfuñó–. Tenía cuatro Destruyores Estelares. No, un momento... Uno de ellos fue destruido, ¿verdad? Bien, de todas maneras Daala tenía tres Destruyores Estelares... ¿Quiere poder exhibir su armamento o qué? –Sivron dejó escapar un resoplido desdeñoso–. Bueno, esta vez contamos con nuestra propia *Estrella de la Muerte*, y la idea de utilizarla no nos asusta en lo más mínimo.

–Discúlpeme, director, pero el *Gorgona* parece haber sufrido daños bastante serios –dijo el capitán de las tropas de asalto–. Las fuerzas rebeldes lo están atacando, y creo que tenemos el deber de acudir en su ayuda.

Tol Sivron contempló al capitán con cara de incredulidad.

–¿Quiere que rescatemos a la almirante Daala después de que nos abandonara? Tiene un sentido muy extraño de lo que son las obligaciones, capitán.

–Sí, pero... Bueno, todos estamos librando la misma batalla, ¿no? –preguntó el capitán.

Sivron frunció el ceño.

–Sí, en cierto sentido... Sí, tal vez sí. Pero debemos tener prioridades distintas, como dejó muy claro Daala al marcharse sin nosotros.

Vio cómo las naves rebeldes abrían fuego contra el Destructor Estelar, y contempló cómo la ferocidad del ataque se iba incrementando a medida que los cazas rebeldes se enfrentaban a los cazas TIE en una frenética agitación de alfilerazos láser. La abigarrada batalla producía un efecto casi hipnótico, y Sivron pensó en las abrasadoras tormentas de calor que azotaban Ryloth, el mundo natal de los twi'lek.

Sintió cómo un trozo de hielo cometario se formaba en sus estómagos. Su carrera había sido muy larga y había estado llena de éxitos, pero se disponía a ponerle fin destruyendo el complejo que había administrado con tanta competencia durante muchos años.

–Muy bien –dijo Sivron con voz gélida desde el sillón de pilotaje del prototipo de la *Estrella de la Muerte*–. Demostremos a la almirante Daala que los científicos podemos defendernos sin la ayuda de nadie.

Una sirena de alarma empezó a sonar de repente. Sivron suspiró.

–¿Qué ocurre ahora?

Yemm y Doxin empezaron a pasar las páginas de sus manuales buscando una explicación.

—Hemos detectado la presencia de intrusos —dijo el capitán de las tropas de asalto—. Están en el núcleo de energía... Parece ser que una de esas naves contrabandistas se escondió en la superestructura cuando estábamos en Kessel.

—Bueno, ¿y qué creen que están haciendo? —preguntó Sivron.

—Según nuestras cámaras sensoras, dos personas han salido de la nave y... Bien, por lo que podemos ver... Eh... Parece que están intentando cometer alguna especie de acto de sabotaje.

Sivron se irguió en su asiento, muy alarmado.

—¡Bien, pues impídanse! —Arrancó el manual de las manos de Doxin y fue pasando rápidamente las páginas—. Utilicen el procedimiento de emergencia número... —Sivron siguió pasando páginas con los ojos clavados en las listas y diagramas, y después pasó unas cuantas páginas más antes de acabar arrojando el manual a un lado con expresión disgustada—. Límitese a utilizar el procedimiento adecuado, capitán. ¡Pero haga algo!

—Sólo disponemos de unos cuantos hombres y no contamos con mucho tiempo —dijo el capitán—. Ordenaré que dos soldados se pongan trajes de vacío y se ocupen personalmente de los intrusos.

—Sí, sí —dijo Sivron moviendo de un lado a otro su mano y hendiendo el aire con las garras—. No me moleste con los detalles. Basta con que elimine el problema, ¿entendido?

Lando movió el escudo facial de su enorme casco intentando ver un poco mejor, pero el traje diseñado para la corpulencia de un wookie no paraba de doblarse a su alrededor adquiriendo formas tan extrañas como incómodas. Sólo el hacerse una idea de hacia dónde avanzaba ya le obligaba a esforzarse el doble de lo que habría tenido que hacerlo si llevara puesto un traje de su talla.

Sus botas magnéticas resonaban sobre las planchas metálicas del gigantesco cilindro que albergaba el núcleo de energía. Un extremo se iba adelgazando igual que una rueda hasta terminar en una punta tan dura como el diamante, y el núcleo ejercía presión sobre otro punto de contacto que brotaba del polo sur de la *Estrella de la Muerte*. El fuego estelar chisporroteaba entre esos dos puntos a medida que la carga se iba acumulando poco a poco.

El esqueleto de vigas, soportes y tubos de acceso, compartimentos delimitados con mamparos, alojamientos temporales y almacenes formaba una especie de jaula gigante a su alrededor. Pasarelas interconectadas cruzaban los espacios abiertos formando una complicada telaraña. El prototipo tenía el tamaño de una pequeña luna, pero su gravedad era muy reducida. Lando tenía que hacer grandes esfuerzos para conservar el equilibrio, y dejaba que sus botas magnéticas determinasen en qué dirección quedaba el «abajo».

—Tenemos que acercarnos un poco más a los módulos de energía —dijo la voz de Mara, convertida en un zumbido metálico por el diminuto auricular que Lando llevaba en la oreja.

Lando buscó una manera de responder y acabó descubriendo cómo podía activar el micrófono de su casco.

—Lo que tú digas. Cuanto más pronto me libre de estos detonadores, más feliz me sentiré... —Lando suspiró, en parte para sí mismo pero también en beneficio de Mara—.

Francamente, creía que haber destruido una *Estrella de la Muerte* ya era suficiente para la vida de cualquier hombre.

–Prefiero a los hombres que nunca se conforman con un mero «suficiente» –respondió Mara.

Lando parpadeó, no muy seguro de cómo debía interpretar su comentario, y acabó permitiéndose una gran sonrisa.

Lando fue bajando por el inmenso cilindro del núcleo, extendiendo una mano enguantada para ayudar a Mara. Incluyó su visor para protegerse los ojos del resplandor que brotaba de la descarga producida en los puntos de contacto. El disco enmarcado por dos protuberancias que era el *Halcón* seguía agarrado a una gruesa viga por encima de sus cabezas.

–Bien, creo que no hace falta que vayamos más lejos –dijo Mara extendiendo una mano–. Dame el primer detonador.

Lando hurgó en el recipiente protegido y sacó uno de los gruesos discos que contenía. Mara lo sostuvo cautelosamente en la palma de su guante acolchado y se inclinó para adherirlo a una plancha metálica del casco.

–Iremos dando la vuelta y los colocaremos a intervalos por todo el perímetro –dijo.

Después presionó el botón de sincronización con el pulgar. El detonador quedó iluminado por el lento parpadeo de siete lucecitas que se encendían y se apagaban con la regularidad del latido de un corazón, y esperó el momento de la activación final.

–Cuando estén todos colocados nos daremos veinte minutos estándar de plazo –dijo Mara–. Eso debería ser más que suficiente para volver al *Halcón* y salir de aquí.

Mara empezó a avanzar por la curva del núcleo del reactor sin esperar a que Lando se mostrara de acuerdo con su plan, se volvió para pedirle un segundo detonador y lo colocó sobre otra plancha del casco.

Lando podía percibir las débiles vibraciones del núcleo en forma de un palpar bajo sus botas magnéticas. La energía almacenada parecía moverse en una nerviosa agitación, acumulándose rápidamente en una impaciente espera del momento en el que por fin sería dejada en libertad.

Atravesar la circunferencia del gigantesco núcleo de energía y colocar los siete detonadores pareció exigir toda una eternidad. Cuando volvieron al punto de partida, Mara se inclinó hacia Lando hasta que éste pudo ver su cara a través de la curva del visor facial.

–¿Preparado, Calrissian?

–Desde luego –respondió Lando.

Mara presionó el botón activador del primer artefacto. Los detonadores iniciaron la cuenta atrás, indicándolo con un parpadeo azul que fue claramente visible alrededor de todo el perímetro.

–Volvamos al *Halcón*, y aprisa –dijo Mara.

Lando empezó a seguirla.

Un instante después un movimiento apenas percibido por el rabillo del ojo a un lado de aquel casco tan grande como un cubo atrajo su atención, y Lando volvió la cabeza con el tiempo justo de ver el voluminoso traje blindado de un soldado imperial. El enemigo parecía un

caminante AT-AT con forma de ser humano, y su traje tenía articulaciones reforzadas en los codos y las rodillas, enormes y pesadas botas..., y hojas vibratorias como garras incrustadas en los guantes. Un solo tajo de esas armas bastaría para que el soldado desgarrara el traje de Lando, matándole con la descompresión explosiva que se produciría como resultado de la abertura.

El soldado salió de una escotilla de acceso a la estructura situada por encima de ellos, y permitió que la baja gravedad amortiguara su caída mientras su considerable masa descendía sobre el núcleo de energía. Sus botas resonaron sobre el metal cuando aterrizó al lado de Lando y Mara.

—¿De dónde ha salido? —preguntó Lando, y se agachó mientras el soldado saltaba sobre el con las hojas vibratorias de sus guantes precediéndole.

Lando se dobló hacia atrás como un árbol mucoso azotado por una tempestad. Sus botas magnéticas mantuvieron inmóviles sus pies sobre las planchas, pero lanzó todo el cuerpo en la dirección opuesta. Las hojas vibratorias pasaron zumbando junto a su pecho.

Mara reaccionó con más rapidez que el e hizo girar el recipiente con acolchado protector vacío que había contenido los detonadores, impulsándolo con todo el peso de su cuerpo. Un afilado canto metálico chocó con el grueso casco del soldado.

El soldado extendió un brazo y atravesó el recipiente con sus garras vibratorias. Mara aprovechó su fugaz momento de pérdida del equilibrio para agarrar a Lando y añadir su masa a la suya mientras empujaba al soldado. Usó un pie para desprender una bota del soldado de las planchas metálicas mientras éste se debatía desesperadamente intentando recuperar el equilibrio, y después se lanzó sobre él. El impacto desprendió la bota magnética del suelo, y el soldado se encontró sin ningún punto de sujeción.

La inercia que le había proporcionado el ataque de Mara y el que hubiese dejado de estar adherido al núcleo hicieron que el soldado empezara a caer. Agitó frenéticamente los brazos intentando encontrar algún asidero en la lisa superficie del cilindro, pero siguió resbalando hacia los puntos de contacto envueltos en nubes de energía llameante. Las hojas vibratorias de sus guantes dejaron largas marcas plateadas en el metal, pero no consiguieron frenar su caída.

El soldado fue atraído inexorablemente hacia abajo hasta que acabó llegando a la zona de descarga entre los puntos de contacto, donde quedó convertido en vapor que se esfumó con un último chisporroteo de estática verde y azul.

Los detonadores continuaban su cuenta atrás.

—Vamos para allá, Han —transmitió Lando—. Asegúrate de que estás preparado para despegar en cuanto lleguemos, viejo amigo.

Un instante después sintió una vibración a través de las suelas de sus botas, y alzó la mirada para ver cómo otro soldado se dejaba caer desde las pasarelas. El recién llegado iba armado con un rifle desintegrador, pero Lando supuso que no se atrevería a usarlo estando tan cerca del núcleo de energía.

El segundo soldado alzó su rifle desintegrador y lo movió indicándoles que debían rendirse, pero ninguna voz surgió de las radios de sus cascos. Lando se preguntó si el soldado habría sintonizado una frecuencia distinta, o si se limitaba a esperar que los movimientos amenazadores del rifle fuesen considerados como un lenguaje universal.

—¿Puede oírnos? —preguntó Lando.

—¿Quién sabe? Distráele... Se nos está acabando el tiempo.

Lando empezó a agitar sus manos enguantadas y extendió un brazo hacia la llanura metálica, señalando los detonadores que continuaban parpadeando. Después movió las manos en un frenético aleteo, y terminó desplegando los brazos en un intento de sugerir una gigantesca explosión.

El soldado volvió la cabeza, y Mara saltó hacia adelante y agarró el cañón de su rifle desintegrador y lo utilizó como palanca. La inercia de su cuerpo y las condiciones de caída libre bastaron para que el soldado perdiese el equilibrio y saliera despedido hacia las pasarelas de arriba.

—¡Vamos! Olvídate de él... —dijo Mara volviendo a reunirse con Lando—. Tenemos que llegar al *Halcón* antes de que esos detonadores estallen.

Mara y Lando iniciaron el regreso a la nave, corriendo tan deprisa como podían y agarrándose a las vigas de soporte. El segundo soldado logró extender un brazo y aferrarse a un conducto refrigerante del amasijo de tubos y cañerías, deteniendo su incontrolable caída. Después reanudó su descenso hacia el núcleo de energía, ignorando a Lando y Mara e intentando llegar lo más deprisa posible a los detonadores.

Lando podía sentir cómo el enorme traje de Chewbacca se doblaba continuamente a su alrededor haciendo que le resultara muy difícil caminar. Miró hacia atrás y vio que el soldado estaba manipulando los detonadores, pero sabía que Mara los había conectado con un bloqueo cibernético. Ya sólo faltaban unos minutos para que se produjera la explosión, y el soldado no podría impedirla.

Lando y Mara entraron en el *Halcón* cuando faltaba menos de un minuto para el momento de la detonación, y sellaron la escotilla en el mismo instante en que Han desprendía la garra de sujeción.

—¡Vaya, me alegra mucho que hayáis podido acompañarme!

—gritó Han, y conectó los aceleradores sin perder ni un segundo.

El *Halcón* salió disparado a lo largo del ecuador de la *Estrella de la Muerte*. Sus motores sublumínicos iban dejando una estela de fuego blanco detrás de él.

El soldado superviviente logró llegar hasta el anillo de detonadores. Trabajó meticulosa pero rápidamente y fue desconectándolos uno por uno, utilizando el soldador láser incorporado a su traje para extraer los explosivos. Cuando terminaba con un detonador, arrojaba al espacio el artefacto que seguía parpadeando.

Consiguió desactivar seis de los siete detonadores. El soldado estaba inclinado encima del último y ya había empezado a desprenderlo de la plancha cuando estalló debajo de él.

La almirante Daala estaba contemplando la batalla espacial que se libraba a su alrededor. Su rostro mostraba una invariable expresión desdeñosa mientras observaba los deslumbrantes resplandores del combate, y tenía las mandíbulas apretadas.

El ataque no iba demasiado bien. Sus fuerzas estaban siendo diezmadas poco a poco. Al principio del enfrentamiento ya no disponía de muchos cazas TIE, pues la mayor parte de sus efectivos habían quedado abandonados en la Nebulosa del Caldero cuando Daala hizo virar el *Gorgona* para escapar a las explosiones estelares. Sólo contaba con sus reservas, y los cazas estelares de los rebeldes ya habían eliminado a un gran número de sus aparatos.

Cuando el prototipo de la *Estrella de la Muerte* volvió a aparecer entre los torbellinos de gases que giraban sobre su cabeza, Daala había sentido un escalofrío de temor respetuoso. El enorme potencial destructivo surgido repentinamente ante ella y del que podría disponer para alcanzar sus objetivos la había llenado de júbilo. El curso de la batalla había cambiado, y por fin podrían acabar con la plaga rebelde.

Pero cuando supo que el prototipo estaba pilotado por Tol Sivron, aquel estúpido incompetente, sus esperanzas se fueron desvaneciendo rápidamente.

—¿Por qué no dispara? —preguntó—. Una sola ráfaga del superláser de la *Estrella de la Muerte* bastaría para destruir las tres corbetas y la fragata. ¿Por qué no dispara de una vez?

El comandante Kratas permanecía inmóvil junto a ella.

—No lo sé, almirante.

Daala le fulminó con la mirada para dejar claro que no había esperado ninguna respuesta.

—Tol Sivron no ha tenido ni una sola iniciativa en toda su vida —siguió diciendo—. Tendría que haber sabido que no podía esperar que cumpliera con su deber ahora... Redoblen nuestros ataques contra la Instalación de las Fauces, y demostremos a Tol Sivron lo que se debe hacer.

Daala entrecerró los ojos y sus luminosas pupilas verde esmeralda recorrieron el puente.

—Basta de prácticas —dijo—. Ha llegado el momento de destruir la Instalación de las Fauces de una vez y para siempre... ¡Abran fuego!

Una especialista táctica golpeó el panel de control con el puño en la sala de operaciones de la Instalación de las Fauces.

—¡Los escudos están empezando a fallar, general Antilles! —anunció.

Un ingeniero llegó corriendo por el pasillo y entró en la sala. Estaba jadeando, y tenía el rostro enrojecido. El sudor le había pegado los cabellos a la frente, y sus ojos azules estaban vidriados por el pánico.

—¡Los sistemas de refrigeración temporal que instalamos en el asteroide del reactor se han averiado debido a los repetidos impactos! No esperábamos que tuvieran que aguantar un castigo semejante... El reactor va a estallar de un momento a otro, y esta vez no hay ninguna posibilidad de improvisar algún tipo de control.

Wedge apretó los dientes, miró a Qwi y le estrechó la mano.

—Bien, creo que le vamos a ahorrar unas cuantas molestias a Daala —dijo—. Ha llegado el momento de evacuar el complejo. Luke había estado inmóvil a su lado, pero giró bruscamente sobre sí mismo en aquel instante.

—¡Eh! ¿Dónde está Kyp?

Pero el joven había desaparecido.

—No lo se —respondió Wedge—, pero no tenemos tiempo de buscarle.

El corazón de Kyp Durrón latía con un palpitar ensordecedor dentro de su pecho, pero usó una técnica de relajación Jedi y se obligó a calmarse. Necesitaba que todo su organismo funcionara de la manera más eficiente posible proporcionándole energías cuando las necesitara, y no podía permitir que el miedo o el agotamiento le impidiesen alcanzar su objetivo.

La algarabía de las alarmas y el estrépito del ataque exterior hacían vibrar toda la Instalación. Soldados de la Nueva República iban y venían a la carrera por los pasillos, recogiendo equipo y apresurándose para volver a sus transportes.

Nadie se detuvo a mirar a Kyp. Si alguien se hubiera tomado la molestia de preguntarle qué estaba haciendo allí, Kyp habría utilizado un sencillo truco Jedi para distraerles y nublar sus memorias, haciéndoles creer que nunca le habían visto.

El Maestro Skywalker no se había dado cuenta de su marcha, y eso le complacía. La repentina aparición de la *Estrella de la Muerte* y las repetidas andanadas que llovían desde el *Gorgona* habían hecho que Kyp comprendiera lo que debía hacer.

También sabía que el Maestro Skywalker intentaría detenerle, y Kyp no podía perder ni un segundo discutiendo con él.

Había utilizado sus poderes —y esperaba fervorosamente que fuesen poderes del lado de la luz— para distraer a todos los que le rodeaban mientras salía al corredor. Kyp había envuelto sus pensamientos y sus intensas emociones en un velo de neblina, y eso haría que Kyp pasara desapercibido entre el caos a menos que el Maestro Skywalker hiciera un esfuerzo claramente dirigido a dar con él.

El compás de la batalla que se estaba librando en el exterior se fue acelerando mientras corría por los pasillos, y Kyp comprendió que la Instalación de las Fauces no podría aguantar mucho más tiempo. Si el prototipo de la *Estrella de la Muerte* conseguía disparar su haz superláser aunque sólo fuera una vez, todos quedarían aniquilados en un instante. La *Estrella de la Muerte* se había convertido en la principal amenaza de la nueva situación.

Kyp siguió corriendo por los túneles abiertos en la roca que llevaban hasta el hangar de mantenimiento donde había posado el *Triturador de Soles*. y recordó cómo el y Han habían huido de las minas de especia de Kessel. Pensar en Han hizo que se sintiera desgarrado por una punzada de dolor y pena.

La *Estrella de la Muerte* había vuelto a aparecer en el centro de las Fauces, pero Kyp no había visto ni rastro del *Halcón Milenario*. ¿Significaría eso que Han había muerto, que había sido destruido durante su intento de sabotaje?

Kyp había sido maldecido con el defecto de ser tan impulsivo que tomaba las decisiones y las llevaba a la práctica sin detenerse a pensar en las consecuencias, pero en aquellos momentos el defecto se había convertido en una virtud. Tenía que combatir a los enemigos de la Nueva República, y no podía pararse a pensar y sopesar los resultados finales de sus acciones.

Kyp sabía que tenía muchas culpas que expiar. Había prestado oídos a las enseñanzas oscuras de Exar Kun, y había estado a punto de acabar con su instructor y Maestro Jedi. Había arrancado los recuerdos de la mente de Qwi Xux. Había robado el *Triturador de Soles* y había destruido sistemas estelares enteros..., y había causado la muerte de su hermano Zeth.

Estaba decidido a hacer cuanto pudiera para salvar a sus amigos, y no sólo para aliviar su conciencia culpable, sino también porque merecían vivir y poder continuar su lucha para que la libertad acabase reinando en toda la galaxia.

Kyp contempló la lustrosa textura metálica de los flancos facetados del *Triturador de Soles*. El blindaje cuántico reflejaba la luz despidiéndola en direcciones imprevisibles y distorsionándola, con el resultado de que creaba la impresión de que la superarma había sido construida con haces de una extraña luz lenta.

Trepó por los peldaños de la escalerilla izándose con manos temblorosas hasta la cabina. Han Solo y Chewbacca habían subido por aquellos mismos peldaños para entrar en el *Triturador de Soles* durante su huida de la Instalación de las Fauces. El hermano de Kyp había intentado trepar por ellos antes de que la estrella de Carida estallase..., pero Zeth no había conseguido llegar hasta la cabina.

Kyp cerró la escotilla como si se estuviera separando del resto de la galaxia para toda la eternidad. No sabía si volvería a ver el exterior o si regresaría algún día a Coruscant, y ni siquiera sabía si volvería a hablar alguna vez con Han Solo o con el Maestro Skywalker.

Se dejó caer en el asiento de pilotaje y utilizó una técnica Jedi para calmar la frenética agitación de sus pensamientos. Hacía sólo unas horas el y Luke habían estado viajando a bordo del *Triturador de Soles*, dos compañeros que charlaban tranquilamente de sus vidas y de sus esperanzas. Todo eso pertenecía al pasado, y Kyp ya no podía pensar en nada que estuviera mas allá de los sencillos controles del *Triturador de Soles*.

Fue haciendo elevarse la nave en forma de espino sobre sus haces repulsores, y después la pilotó por el largo túnel de lanzamiento hasta el vacío donde se estaba librando el encarnizado combate espacial.

Kyp avanzó hacia la gigantesca esfera esquelética de la *Estrella de la Muerte*. Ya había sido testigo de lo efectivo que podía llegar a ser el blindaje ultra resistente del *Triturador de Soles* cuando Han Solo lo lanzó a toda velocidad contra la torre del puente del Hidra, pero ni siquiera la armadura cuántica podía ser capaz de soportar un disparo del superláser de la *Estrella de la Muerte*.

Kyp aún disponía de dos torpedos de resonancia que podían crear una supernova. Dudaba que pudiera llegar a provocar una masa crítica en la estructura del prototipo, pero un impacto directo seguiría causando una reacción en cadena de considerable magnitud.

Kyp imprimió un poco más de velocidad al *Triturador de Soles*, aquella nave diminuta que era un mero puntito luminoso casi perdido sobre el inmenso lienzo de gases multicolores que giraban alrededor de los agujeros negros de las Fauces.

Y una deslumbrante flor naranja y blanca apareció de repente en el núcleo de energía que ocupaba el centro de la *Estrella de la Muerte*, indicando que se acababa de producir una pequeña explosión; y un instante después el *Halcón Milenario* emergió de la superestructura y fue adquiriendo velocidad a medida que se alejaba en dirección opuesta.

Kyp comprendió que Han Solo había sobrevivido, y se sintió invadido por una deliciosa oleada de alivio y triunfo que derritió todo el hielo de sus temores. Ya podía atacar a la *Estrella de la Muerte* sin ninguna preocupación aprovechando que acababa de sufrir nuevos daños, y después iría a por Daala.

Conectó los sistemas de puntería y armamento. Sus sentidos Jedi le permitieron percibir el repentino aflujo de energía que inundó el generador toroidal de torpedos debajo de él, y Kyp supo que esa energía bastaría para hacer añicos una estrella.

Tendría que utilizarla por última vez.

La explosión producida en el núcleo de energía hizo que toda la *Estrella de la Muerte* se bamboleara. El soldado que había estado intentando dismantelar los detonadores salió despedido hacia atrás y quedó convertido en un amasijo de huesos incinerados y fragmentos de armadura de plástiacero.

El detonador había abierto una hendidura en el cilindro del núcleo, y un chorro de fuego radiactivo empezó a brotar por entre los dientes de sierra de las planchas destrozadas.

Las colas cefálicas de Tol Sivron se tensaron bajo los efectos de la indignación.

—¡Di la orden de que esos dos soldados impidieran el sabotaje!—gritó, y giró sobre sí mismo para encararse con el líder de división devaroniano—. ¡Apunte sus números de servicio y haga una anotación disciplinaria especial en sus historiales, Yemm!—Sivron tabaleó con las garras sobre el brazo de su sillón hasta que se hubo calmado lo suficiente para poder recordar que aún debía ocuparse de un pequeño detalle—. Ah, sí... —añadió—. Y también quiero una evaluación de daños, ¿entendido?

Doxin fue corriendo hacia una consola de diagnóstico y solicitó un informe visual.

—Por lo que se de los diseños del prototipo, parece haber una brecha relativamente insignificante en el núcleo de energía, director —dijo unos instantes después—. Podemos repararla antes de que los niveles de radiación lleguen a ser demasiado elevados. Es una suerte que sólo uno de esos detonadores estallara, desde luego, ya que de lo contrario no podríamos taponar la brecha.

El capitán de las tropas de asalto se había puesto en pie y estaba dando órdenes a toda velocidad por la radio de su casco.

—Ya he enviado todo un escuadrón de soldados abajo para que se pongan los trajes de vacío, señor —dijo—. También les he ordenado que reparen la avería cueste lo que cueste sin preocuparse de su seguridad personal.

—Excelente, excelente —dijo distraídamente Tol Sivron—. ¿Cuándo podré volver a disparar el superláser?

El capitán estudió sus paneles de control. El casco de plástiacero blanco ocultaba todas sus expresiones.

—Los soldados ya se han puesto los trajes y van hacia allí —dijo—. Están bajando por las pasarelas. —El capitán volvió la cabeza y contempló a Sivron con sus visores negro mate—. Si los trabajos de reparación siguen el curso planeado, podrá volver a disparar dentro de veinte minutos.

—Pues entonces ordéneles que se den prisa —dijo Sivron—. Si Daala se me adelanta y destruye la Instalación de las Fauces antes de que yo haya podido hacerlo... Bueno, capitán, le advierto de que en ese caso me enfadaré muchísimo.

—Sí, director —respondió el capitán.

Tol Sivron contempló con creciente frustración cómo el *Halcón Milenario* se alejaba de ellos, siguiendo un rumbo que lo llevaría a desaparecer entre las naves que estaban combatiendo dentro de las Fauces. Se dio cuenta de que las naves de la Nueva República habían conquistado su complejo, y observó con expresión pensativa la aglomeración de planetoides en la que había pasado tantos años de su carrera. Después volvió la mirada hacia el Destructor Estelar de la almirante Daala... Daala, a la que aborrecía, que había dejado abandonado a Sivron y había abandonado su puesto en el momento en que Sivron más la necesitaba.

—Tantos blancos y tan poco tiempo... —murmuró para sí mismo mientras se removía nerviosamente en el sillón de pilotaje.

La gigantesca masa cubierta de cicatrices y quemaduras del Destructor Estelar estaba sobrevolando los cada vez más debilitados escudos defensivos de la Instalación de las Fauces a una altitud tan baja que la primera reacción instintiva de Luke fue agacharse. El complicado amasijo de componentes y estructuras que era el casco del *Gorgona* fluía sobre los tragaluces como un río interminable, demostrando lo inmenso que era el navío de combate.

—Los escudos acaban de dejar de funcionar —dijo un técnico—. No sobreviviremos a otra pasada, ¡y el reactor del asteroide está entrando en la fase crítica!

Wedge conectó el intercomunicador general del complejo y empezó a gritar órdenes. Su voz envuelta en ecos resonó por todo el laberinto de túneles excavados en los asteroides que formaban la Instalación de las Fauces.

—Última llamada para la evacuación. Que todo el mundo vaya a las naves de transporte ahora mismo... ¡Sólo disponemos de unos minutos para salir de aquí!

Las sirenas de alarma parecieron hacerse todavía más estridentes y ensordecedoras. Luke se volvió para seguir a los soldados que habían echado a correr hacia la puerta. Wedge agarró el esbelto brazo azulado de Qwi Xux, pero ella se resistió y lanzó una mirada llena de horror a las pantallas de los ordenadores.

—¡Mira! —exclamó—. ¿Qué está haciendo esa mujer? ¡No puede hacerlo!

Wedge volvió la cabeza hacia los chorros de datos que se sucedían velozmente en las pantallas. Parpadeó y vio que las pantallas habían quedado inundadas por un chorro increíblemente rápido de diseños de armas, planos y datos de prueba que aparecían y se esfumaban en fracciones de segundo.

—La almirante Daala debía de conocer la contraseña del director Sivron —dijo Qwi—. Está recuperando todas las copias de seguridad de los datos a los que no conseguimos acceder... ¡Está transmitiendo toda la información referente a los sistemas de armamento a sus ordenadores!

Wedge agarró a Qwi por la cintura, la apartó de la terminal y echó a correr hacia la puerta.

—Bueno, ya no podemos hacer nada respecto a eso... Tenemos que salir de aquí.

Recorrieron los pasillos a la carrera precedidos por un grupo de soldados. La fina cabellera plumosa de Qwi flotaba detrás de ella, y la áspera claridad blanca de los paneles luminosos la llenaba de reflejos.

Wedge se sentía abrumado y cada vez más tenso, como si su cronómetro interno estuviera contando los segundos que faltaban para que se produjera la explosión del reactor en fase crítica, para que llegara el próximo ataque de la almirante Daala y para que toda la Instalación estallara quedando convertida en una nube de fragmentos al rojo blanco.

Wedge nunca había querido ser general. Era un buen líder de ala, y un buen piloto de caza. Había volado al lado de Luke por el desfiladero de la primera *Estrella de la Muerte*, y después había volado al lado de Lando Calrissian para destruir la segunda esfera gigante.

Hasta el momento la misión más agradable de todas las que le habían sido asignadas era la de escoltar y proteger a la hermosa Qwi Xux, que seguía teniendo un aspecto exótico y hermoso incluso cuando estaba asustada y llena de consternación. Wedge quería abrazarla y

consolarla, pero ya podría hacerlo cuando estuvieran a bordo del transporte alejándose de la Instalación de las Fauces con rumbo hacia la fragata *Yavaris*. Si no salían de allí inmediatamente, todos morirían.

Los grupos de técnicos y soldados seguían llegando a la zona de lanzamiento, y un transporte informó de que ya estaba lleno. Wedge cogió su comunicador portátil.

—¡Despegue, despegue! ¡No nos espere!

Subieron corriendo por la rampa de otra lanzadera que estaba aguardándoles con las compuertas abiertas. Los soldados que habían subido con ellos empezaron a ponerse los arneses de seguridad. Wedge invirtió un segundo en asegurarse de que Qwi tuviera un puesto libre, y Luke fue corriendo a la cabina, se dejó caer en el asiento del copiloto y conectó los motores sublumínicos.

Wedge lanzó una última ojeada al compartimento de personal para asegurarse de que todo el mundo estaba sentado o a punto de sentarse.

—¡Asegurad la puerta! —gritó.

Un teniente golpeó los controles de la escotilla con la palma de su mano, y la rampa fue desapareciendo dentro del casco con un siseo impaciente, como si la nave fuera una serpiente que estuviera retrayendo su lengua. Los paneles se cerraron con un chasquido.

Wedge no desperdició ni un segundo poniéndose el arnés de seguridad antes de hacer despegar el transporte de la pista. La nave salió disparada de la agonizante Instalación de las Fauces con un estridente gemido de máxima aceleración.

Los tacones de las botas del comandante Kratas martillearon las planchas metálicas cuando subió corriendo a la plataforma de observación del puente. La almirante Daala giró sobre sí misma, esperando nerviosamente un informe favorable.

Kratas intentó recuperar la compostura, pero no logró borrar la sonrisa que curvaba sus labios en una mueca tan exagerada que le daba un aspecto de franca estupidez.

—La transferencia ha sido completada con éxito, almirante —dijo—. Todo el núcleo de las copias de seguridad de los ordenadores de la Instalación de las Fauces ha quedado registrado en nuestros sistemas de datos. Usted tenía razón, almirante... —añadió bajando la voz—. El director Sivron nunca se tomó la molestia de alterar su contraseña. Seguía utilizando la misma que usted sacó de sus archivos hace diez años.

Daala soltó un bufido.

—Sivron ha sido un incompetente en todo lo demás —dijo—. ¿Por qué razón iba a cambiar ahora?

Casi todos sus cazas TIE habían sido destruidos, y todas las baterías turboláser de estribor se hallaban inutilizadas. La eficiencia de los sistemas motrices había quedado reducida al cuarenta por ciento, y muchos sistemas estaban empezando a sufrir un severo recalentamiento.

Daala nunca había imaginado que la batalla pudiera durar tanto tiempo. Había atacado con la intención de aniquilar a las fuerzas rebeldes y terminar las operaciones de limpieza sin apresurarse, y no entendía por qué Sivron y la *Estrella de la Muerte* no hacían nada. Pero por fin algo había salido bien, y Daala había logrado salvar aquellos datos inapreciables sacándolos de los ordenadores de la instalación de las Fauces.

Daala contempló cómo un transporte de tropas de la Nueva República huía de la aglomeración de rocas que giraba debajo de ella, pero pensó que era un blanco demasiado insignificante.

—Los escudos de la Instalación han dejado de funcionar —dijo el teniente del puesto táctico.

—Bien —replicó secamente Daala—. Viren y prepárense para una última pasada de ataque. y...

—Discúlpeme, almirante —la interrumpió Kratas—. Estamos recibiendo lecturas anómalas del asteroide del reactor. Parece haber sufrido graves daños y hallarse en una situación altamente inestable.

El rostro de Daala se iluminó.

—Ah, excelente... Bien, será nuestro nuevo objetivo. Tal vez el reactor pueda hacer la mayor parte del trabajo destructivo por nosotros.

Volvió la mirada hacia la torre del puente y clavó la vista en el océano de gases que aullaban alrededor de los puntitos infinitamente negros. El *Gorgona* viró y empezó a avanzar hacia la Instalación de las Fauces.

—Adelante a toda máquina —dijo Daala, rígidamente inmóvil en su puesto con las manos enguantadas unidas a la espalda. Su cabello color cobre fundido fluía a su espalda como un chorro de lava—. Disparen repetidamente hasta que la Instalación haya quedado totalmente destruida..., o hasta que los acumuladores de nuestras baterías turboláser se hayan quedado sin carga.

La gigantesca nave fue acelerando, y el *Gorgona* se dispuso a iniciar su última pasada sobre la aglomeración de asteroides.

Wedge pulsó el botón de encendido de la unidad de comunicaciones para ponerse en contacto con la flota de la Nueva República. El secreto era la última de sus preocupaciones en aquellos momentos, pues las fuerzas imperiales no tendrían tiempo para actuar ni aun suponiendo que consiguieran descifrar sus transmisiones.

—Atención todos los cazas: reagrupense y vuelvan al *Yavaris*. Prepárense para emprender la retirada. Vamos a salir de las Fauces. Ya tenemos todo lo que habíamos venido a buscar.

La enorme fragata flotaba en el cielo como un arma repleta de ángulos cortantes, esperando recibir los escuadrones de cazas. Los cazas X y los cazas Y empezaron a alterar sus cursos, y fueron abandonando los combates individuales en los que se habían enzarzado para regresar a sus naves primarias. Wedge aceleró hacia la *Yavaris*. La gigantesca abertura cuadrada de los hangares inferiores de la fragata estaba iluminada por el resplandor de un campo de retención atmosférica, y hacía pensar en una colosal puerta abierta que estuviera dándoles la bienvenida.

Cuatro cazas TIE de alas cuadradas surgieron repentinamente del punto ciego de Wedge con todo su armamento en acción, y azotaron implacablemente la proa de la lanzadera de transporte con sus andanadas láser.

Una lanzadera de asalto con las insignias imperiales en el casco apareció por la derecha antes de que Wedge hubiese tenido tiempo de reaccionar y disparó ráfagas de haces múltiples con sus cañones desintegradores delanteros de gran calibre. El ataque cogió desprevenidos a los pilotos de los cazas TIE, que intentaron huir desviándose en todas direcciones. Dos cazas

TIE colisionaron en su frenético intento de escapar y los otros dos sucumbieron a los haces desintegradores, estallando y convirtiéndose en masas de restos fundidos.

Wedge oyó un ensordecedor grito de triunfo wookie por el canal de comunicaciones abierto, y el grito fue contestado un instante después por un coro de gruñidos y alaridos procedentes del compartimento de pasaje de la lanzadera de asalto.

—¡Deja de fanfarronear de una vez, Chewbacca! —gritó la voz metálica de Cetrespeó, intentando imponerse al estruendo—. Tenemos que volver a la *Yavaris*.

Luke utilizó su panel de comunicaciones.

—Gracias, chicos.

—¡Amo Luke! —gritó Cetrespeó—. ¿Qué está haciendo aquí? ¡Tenemos que huir!

—Es una historia muy larga, Cetrespeó... Todos queremos largarnos de aquí, y estamos haciendo cuanto podemos para conseguirlo.

El *Gorgona* viró al otro extremo del cúmulo de agujeros negros y empezó a acelerar en un nuevo rumbo directo hacia la desprotegida Instalación de las Fauces, lanzándose sobre ella tan deprisa como un bantha enloquecido. Sus motores traseros despedían chorros de fuego estelar, y un diluvio de haces turboláser surgió de la parte delantera del casco del Destructor Estelar y descendió en un ángulo vertiginoso para caer sobre los asteroides que formaban la Instalación. Los escudos del complejo habían dejado de funcionar, y los chorros de roca ionizada no tardaron en llenar el espacio.

Daala disparó sus baterías una y otra vez, acelerando continuamente en lo que parecía ser una embestida suicida. Los haces mortíferos martillearon la Instalación y fueron cayendo sobre un asteroide detrás de otro. Puentes metálicos quedaron vaporizados, y las estructuras de transpariacero se convirtieron en diminutos fragmentos que salieron despedidos hacia el exterior.

El *Gorgona* siguió adelante en un avance incontenible, disparando incesantemente hasta que el ataque continuado creó una brecha en el blindaje del reactor de energía desestabilizado justo cuando el Destructor Estelar se encontraba encima de él.

Wedge y Luke se encogieron en sus asientos de la cabina del transporte de personal cuando toda la Instalación de las Fauces se convirtió en una bola de luz tan cegadora como una estrella en miniatura que estallara. El centro de las Fauces quedó lleno de un incandescente fuego purificador.

La oleada de luz empezó a expandirse rápidamente, y las mirillas reaccionaron automáticamente oscureciéndose. Wedge tuvo que volar a ciegas, confiando en los controles del ordenador de navegación mientras dirigía la proa de la lanzadera hacia los navíos insignia de la Nueva República que les aguardaban.

Cuando por fin pudo volver a ver algo, volvió la cabeza hacia el punto estable que había contenido el laboratorio de investigación armamentística más sofisticado del Imperio. Sólo pudo ver un enjambre de rocas desmenuzadas y gases remolineantes que continuaban desplegándose en una imparable oleada de energía. El viaje de los restos terminaría cuando hubieran llegado lo bastante lejos para ser aspirados hacia el infinito a través de uno de los agujeros negros.

La nube de luz empezó a disiparse y los torbellinos de gases se fueron deteniendo, y Wedge no pudo ver rastro alguno de la almirante Daala o de su último Destructor Estelar.

El equipo de soldados de las tropas de asalto condenado a perecer se adhirió a la pared del núcleo de energía de la *Estrella de la Muerte* que había sufrido una brecha, y todos empezaron a trabajar como autómatas. El núcleo estaba despidiendo chorros de radiaciones muy intensas, que oscurecían las placas faciales de sus trajes hasta el extremo de que los soldados apenas podían ver e iban saturando lentamente sus sistemas de apoyo vital.

Los soldados lucharon con las enormes planchas que debían colocar, moviéndose lentamente en la baja gravedad a causa del rápido debilitamiento producido por el castigo invisible que estaban sufriendo. Utilizaron soldadores láser de acción rápida para colocar parches sobre la brecha, y después los reforzaron para que pudiesen soportar una acumulación de energía.

La mochila de control del traje de un soldado empezó a despedir chispas cuando los circuitos dejaron de funcionar, y el soldado se debatió frenéticamente envuelto en un silencio fantasmagórico. Los movimientos de sus brazos se fueron haciendo cada vez más lentos hasta que su cuerpo acabó soltándose del casco y se alejó flotando a la deriva. Otro soldado ocupó su lugar sin prestar ninguna atención a su compañero caído. La dosis de radiación que habían recibido durante el tiempo que llevaban trabajando ya era más que letal. Todos lo sabían, pero su adiestramiento había sido tan concienzudo que sólo vivían para servir al Imperio.

Un soldado completó una última soldadura en el punto más radiactivo de la brecha. Su piel se estaba cubriendo de ampollas, y sus nervios ya habían dejado de funcionar. Sus ojos y sus pulmones estaban sucumbiendo a las hemorragias, pero el soldado se obligó a terminar la tarea.

El frío vacío del espacio solidificaba las soldaduras al instante. –Misión cumplida –jadeó el soldado por la radio de su casco, con la voz convertida en un gorgoteo a causa de los fluidos que estaban empezando a obstruir su garganta.

Después los soldados se soltaron del núcleo de energía moviéndose al unísono, con sus sistemas de apoyo vital y sus cuerpos acusando de una forma ya claramente visible los estragos de la radiación. Sus cuerpos flotaron a la deriva, y fueron cayendo lentamente hacia la deslumbrante descarga de energía como otras tantas estrellas fugaces que se precipitaran hacia la superficie de un planeta.

La reacción inicial de Tol Sivron ante la destrucción total de la Instalación de las Fauces y la pérdida del *Gorgona* de la almirante Daala fue de disgusto y desilusión.

–Se suponía que la Instalación era mi blanco –dijo mientras fulminaba con la mirada a sus líderes de división–. Condenada almirante Daala... ¿Cómo ha sido capaz de hacer algo semejante? Yo dispongo de la *Estrella de la Muerte* y ella no.

La onda expansiva y los ecos lumínicos de la enorme explosión fueron disipándose poco a poco, y Sivron pudo ver que la flota rebelde se estaba reagrupando para huir del cúmulo.

Sivron suspiró.

–Quizá deberíamos celebrar otra reunión para comentar y analizar nuestras opciones actuales –dijo.

–¡Señor! –El capitán de las tropas de asalto se había puesto en pie–. Nuestro reactor está temporalmente reparado, y he perdido a nueve buenos soldados para conseguir que el arma

volviera a funcionar. Creo que deberíamos utilizarla. La flota rebelde está iniciando la retirada, y conseguirá escapar a menos que actuemos pronto. Ya se que no es el procedimiento habitual, director, pero no disponemos del tiempo necesario para celebrar una reunión.

Sivron miró a un lado y a otro, sintiéndose repentinamente inseguro. Odiaba ser sometido a presión y verse obligado a decidir con rapidez. Si no tomabas en consideración todas las consecuencias de tus actos, siempre había demasiadas cosas que podían acabar saliendo mal: pero el capitán tenía razón.

—Muy bien... Tendremos que seguir un curso de acción temporal de emergencia, así que vamos a adoptar una decisión de comité lo más deprisa posible. ¿Debemos utilizar el superláser contra las fuerzas rebeldes? Su voto, Doxin...

—Estoy a favor de que lo utilicemos —dijo el achaparrado líder de división.

Tol Sivron se volvió hacia la mujer cuyo rostro parecía haber sido tallado a golpes de hacha.

—¿Golanda? —preguntó.

—Causemos unos cuantos daños.

—¿Yemm?

El devaroniano movió la cabeza en un asentimiento que hizo que sus cuernos bajaran y subieran lentamente.

—El informe tendrá mucho mejor aspecto si la votación es unánime —dijo.

Sivron pensó durante unos momentos.

—Wermyn ya no está con nosotros, por lo que actuaré en representación suya y uniré mi voto al de el —dijo por fin—. En consecuencia, el resultado de la votación celebrada es el de aprobación por unanimidad. Atacaremos a las fuerzas rebeldes. Tenga la bondad de consignarlo en el acta ahora mismo —añadió con una inclinación de cabeza dirigida a Yemm.

—La flota rebelde se está alejando, director —dijo el capitán de las tropas de asalto—. Una corbeta ya ha entrado en las Fauces.

—¡Qué impaciente es usted, capitán! —replicó secamente Sivron—. ¿No se ha dado cuenta de que ya hemos adoptado una resolución? Ahora ha llegado el momento de ponerla en práctica. Escoja su primer objetivo.

Sivron abrió y cerró sus ojillos en un veloz parpadeo, y acabó clavando la mirada en una corbeta corelliana que flotaba en el espacio.

—¿Qué le parece ésa? —preguntó—. Parece estar averiada, o quizá se trate de una trampa. Podemos utilizarla para calibrar nuestros sistemas de puntería..., ya que no debemos olvidar que la última vez consiguió fallar el blanco a pesar de que se trataba de todo un planeta.

—Como desee, director.

El capitán dio las instrucciones pertinentes al equipo de artilleros del puesto de disparo.

—Sugiero que hagamos un disparo a mitad de la potencia máxima, director—dijo Doxin mientras examinaba las lecturas técnicas. Su calva volvió a llenarse de arrugas—. El superláser de la *Estrella de la Muerte* es capaz de destruir un navío de combate incluso funcionando a

potencia reducida. De esa manera podemos disparar muchas veces sin agotar nuestras reservas tan rápidamente, y no tendremos que esperar tanto tiempo entre disparo y disparo.

—Buena sugerencia, líder de división —dijo Sivron con una sonrisa de expectación—. Sí, creo que es preferible disparar más de una vez. De hecho, me gustaría muchísimo hacerlo...

Los artilleros se inclinaron sobre los gigantescos paneles de control del puesto de disparo, y sus dedos se movieron diestramente por encima de las hileras de cuadrados brillantemente iluminados para centrar la mira del superláser en la corbeta que acababa de ser condenada a la destrucción.

—Vamos, dense prisa —resonó la voz de Tol Sivron desde los intercomunicadores—. Queremos hacer un segundo disparo contra esas naves antes de que se vayan.

Los artilleros enfocaron los haces láser secundarios y tiraron de las palancas que liberarían la energía acumulada dentro del núcleo del reactor.

Un enorme haz de poder incinerante se deslizó a lo largo de los tubos de centrado. El chorro destructor atravesó el ojo de centrado y se convirtió en una lanza letal que dio en el centro exacto de su objetivo.

La corbeta corelliana averiada era un blanco tan diminuto que sólo pudo absorber una fracción muy pequeña de la potencia destructiva del superláser. El haz siguió avanzando a través de los restos semi-vaporizados y se dirigió hacia los telones gaseosos de las Fauces.

—¡Impresionante! —exclamó Sivron—. ¿Ven qué es lo que ocurre cuando se siguen los procedimientos adecuados? Bien, y ahora centren la mira en la fragata, o en lo que sea esa nave tan grande... Quiero verla estallar.

—Disponemos de reservas de energía suficientes para hacer varios disparos más —dijo el capitán de las tropas de asalto.

Un puntito luminoso surgió de la nada y empezó a moverse a través del visor de puntería. Parecía tan insignificante como un mosquito, pero se estaba aproximando a una gran velocidad. Su casco brillaba reflejando la luz de las Fauces, y la pequeña nave disparó sus ridículamente poco efectivos cañones láser defensivos contra la *Estrella de la Muerte*.

—¿Qué es eso? —preguntó Sivron—. Quiero un primer plano.

Golanda aumentó la imagen en su pantalla y frunció el ceño. La mueca hizo que su rostro, ya muy feo en circunstancias normales, pareciese capaz de destruir un planeta con la mirada.

—Creo que es uno de nuestros conceptos, director Sivron —dijo—. Quizá pueda reconocerlo.

Sivron contempló la nave en forma de astilla y sus colas cefálicas empezaron a estremecerse. Se acordaba de ella, naturalmente, y no sólo por el modelo de trabajo que había visto sino también por todos los informes de progreso y simulaciones de ordenador que Qwi Xux, su creadora, le había ido entregando durante los años que duró su proceso de desarrollo.

—El *Triturador de Soles*... —dijo—. ¡Pero si esa arma es nuestra!

El generador toroidal del campo de resonancia instalado en el extremo de la silueta puntiaguda estaba empezando a iluminarse con el fuego del plasma acumulado.

—Abra un canal de comunicación —dijo Tol Sivron—. Quiero hablar con quien quiera que vaya a bordo... ¿Oiga? ¿Me oye? Está utilizando de manera ilegal un arma que es propiedad

de la Instalación de las Fauces, y exijo que la devuelva inmediatamente a las autoridades imperiales correspondientes.

Sivron cruzó los brazos sobre el pecho y aguardó una contestación.

El piloto del *Triturador de Soles* respondió lanzando un torpedo supernova contra la *Estrella de la Muerte*.

Kyp se sintió invadido por una oleada de satisfacción cuando presionó el botón de disparo ignorando las pomposas órdenes del administrador twi'lek. Contempló cómo el proyectil de alta energía salía disparado del extremo del *Triturador de Soles* y se enterraba en la compleja estructura de vigas metálicas que formaban las entrañas del prototipo.

El torpedo de resonancia fue vaporizando los soportes metálicos, profundizando cada vez más hasta que acabó chocando con vigas primarias más gruesas que se convirtieron en vapor espumeante al desintegrarse.

El torpedo descargó su energía en un diluvio letal que provocó una pequeña reacción en cadena dentro de la superestructura sólida, rompiendo núcleos atómicos y provocando un arco cada vez más amplio de disolución. Las vigas se vaporizaron dentro de un agujero en continuo crecimiento que fue royendo poco a poco la masa estructural.

Pero el júbilo de Kyp se desvaneció unos momentos después al ver que la velocidad de la reacción en cadena iba disminuyendo hasta acabar deteniéndose por completo. La estructura esquelética de la *Estrella de la Muerte* no tenía la masa suficiente para proseguir su propia desintegración.

Había destruido una gran parte de las estructuras de soporte de un sector del prototipo, pero no había devastado una zona lo suficientemente grande como para acabar con la *Estrella de la Muerte*.

Kyp volvió a conectar el panel de armamento y se preparó para disparar. Si era necesario, podía destruir la *Estrella de la Muerte* zona por zona..., pero cuando bajó la mirada hacia su panel, vio con consternación que ya sólo le quedaba un torpedo supernova.

Kyp apretó las mandíbulas y se acercó un poco más al prototipo. Tendría que sacar el máximo provecho destructivo a su último disparo.

Han Solo hizo retroceder el *Halcón Milenario* en un amplio arco e intentó averiguar qué daños habían causado los detonadores instalados en el núcleo de energía.

Se llevó una considerable decepción. Había esperado ver cómo toda la estructura esquelética del prototipo estallaba convirtiéndose en una fantástica flor de fuego, pero los detonadores parecían haber fallado y sólo habían producido un pequeño incendio central que ya se estaba disipando.

La nave flotó inmóvil en el espacio durante unos momentos mientras Mara y Lando se quitaban los trajes de vacío. Lando se secó el sudor de la frente y se limpió las manos mientras contemplaba el traje lleno de pelos que apestaba a wookiee.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó Han cuando se hubieron reunido con el en la cabina.

Lando volvió la mirada hacia la *Estrella de la Muerte*, que se iba empequeñeciendo en la negrura del espacio detrás de ellos.

—Quizá deberíamos ir a ver si Wedge...

Y de repente la Instalación de las Fauces y el *Gorgona* fueron engullidos por una bola de luz cegadora cuando todo estalló en el mismo instante.

—Demasiado tarde —dijo Mara.

—Oh, ¿y por qué no ha podido explotar así la *Estrella de la Muerte*? —preguntó Lando con voz abatida.

—Bueno, quizá le hayamos causado algunos daños permanentes —murmuró Han.

Pero unos instantes después los tres dejaron escapar un gemido de desilusión cuando vieron el haz verdoso que surgió de la *Estrella de la Muerte* y destruyó una de las corbetas de la flota de la Nueva República en retirada.

—Bueno, ya podemos ir olvidando nuestra esperanza de haberle causado daños permanentes... —dijo Mara Jade.

—¡Eh, esa *Estrella de la Muerte* sí que está causando muchos daños permanentes! —exclamó Lando.

—Espera un momento... —dijo Han mientras volvía la mirada hacia la *Estrella de la Muerte* y entrecerraba los ojos—. Acércate un poco más.

—¿Que me acerque? —preguntó Lando—. ¿Te has vuelto loco o qué?

—Es Kyp —dijo Han.

Un instante después el *Triturador de Soles* sobrevoló la superestructura de la *Estrella de la Muerte* a toda velocidad y lanzó uno de sus torpedos llenos de estática contra ella.

—Si Kyp está intentando destruir la *Estrella de la Muerte*... Bueno, creo que tenemos que ayudarle —dijo Han.

El *Triturador de Soles* estaba avanzando hacia los muros gravitacionales del cúmulo de las Fauces, y Tol Sivron dio la orden de que la *Estrella de la Muerte* siguiera a aquella nave pequeña pero letal.

—Centren la mira en ella —dijo—. La borraremos del espacio tal como hicimos con aquel navío rebelde.

—Pero centrar la mira en un blanco tan pequeño y que se mueve tan deprisa resulta casi imposible, señor —dijo el capitán de las tropas de asalto.

—Pues entonces acérquese lo suficiente para que no pueda fallar —replicó secamente Sivron—. ¡Uno de sus torpedos ha desintegrado el once por ciento de nuestra superestructura! No podemos permitirnos sufrir ese tipo de pérdidas... ¿Cómo vamos a explicarlo cuando volvamos al Imperio?

—Quizá ésa sea una buena razón para mantenernos lo más alejados posible del *Triturador de Soles*, señor —observó el capitán.

—¡Tonterías! ¿Cómo cree que quedaría eso en el informe? —preguntó Sivron inclinándose hacia delante—. Cumpla las órdenes que ha recibido, capitán.

Las unidades de propulsión ecuatoriales entraron en acción y aceleraron la gigantesca estructura esquelética de la *Estrella de la Muerte*, lanzándola en persecución de la superarma que huía ante ella.

–Dispare en cuanto haya conseguido fijar la puntería –dijo Sivron.

La *Estrella de la Muerte* seguía acelerando, y el diminuto *Triturador de Soles* había empezado a reducir la velocidad como si estuviera burlándose de ellos.

Los torbellinos de gases del perímetro exterior de las Fauces se fueron volviendo más y más calientes a medida que se aproximaban a una de las singularidades insondables. El *Triturador de Soles* bailoteaba de un lado a otro sin dejar de disparar sus diminutos cañones láser, destruyendo alguna que otra viga secundaria y causando daños de magnitud insignificante. La *Estrella de la Muerte* tenía que luchar contra la gravedad del agujero negro cercano.

–¿Qué ocurre? –preguntó Tol Sivron a los artilleros por el intercomunicador–. ¿Están esperando a que se encuentre lo bastante cerca para poder leer los números de serie de sus piezas o qué?

La *Estrella de la Muerte* volvió a hacer fuego. Su haz verdoso se abrió paso a través de las capas exteriores de gases del núcleo, disparado a una distancia minúscula contra el *Triturador de Soles*..., pero el chorro láser se curvó hacia la izquierda, atraído en esa dirección por la potente fuerza gravitatoria del agujero negro. El rayo verde acabó perdiéndose en una vertiginosa espiral descendiente, como si fuese un cojinete caído en un desagüe.

–¡Ha fallado! ¿Cómo ha podido fallar? –se enfureció Tol Sivron–. Pásame esos controles de vuelo ahora mismo, capitán... Voy a pilotar personalmente la *Estrella de la Muerte*. Estoy harto de su incompetencia.

Todos los líderes de división se volvieron hacia Tol Sivron y le contemplaron con expresiones asombradas. El capitán de las tropas de asalto hizo girar lentamente su asiento hasta quedar de cara al twi'lek.

–¿Está seguro de que es prudente dadas las circunstancias, director? Usted no tiene la experiencia...

Sivron cruzó los brazos encima del pecho.

–He leído todos los manuales y he estado observando lo que hacía –replicó–, se todo lo que necesito saber, así que pásame los controles ahora mismo. ¡Es una orden directa de su superior ejecutivo!

Sivron sonrió con nerviosa impaciencia mientras empezaba a dar órdenes de pilotaje a los sistemas de la *Estrella de la Muerte*.

–Ahora por fin acabaremos con esta molestia tal como debe hacerse –dijo.

«Igual que un fluzam domesticado sujeto con una correa», pensó Kyp mientras volaba hacia el agujero negro. La *Estrella de la Muerte* seguía todos sus movimientos.

Invirtió el curso y se lanzó hacia el prototipo, aumentando la velocidad mientras conectaba sus controles de armamento. El laberinto de vigas metálicas y remaches estructurales giró debajo de él, y Kyp lanzó su último torpedo de resonancia. La nube de plasma llameante se fue abriendo paso a través de las capas exteriores del prototipo, sembrando círculos de destrucción que se iban ensanchando incesantemente.

El último disparo haría que sucumbieran al pánico. No destruiría por completo la *Estrella de la Muerte*, pero dejar inutilizado el prototipo nunca sería suficiente. Kyp sólo se conformaría con una victoria completa.

La reacción en cadena iniciada por su último torpedo se fue extinguendo poco a poco, y Kyp aceleró sobre el horizonte metálico de la *Estrella de la Muerte* y puso rumbo hacia el agujero negro más cercano del cúmulo de las Fauces.

Utilizó sus sistemas tácticos para calcular la posición exacta del horizonte eventual, localizando el punto del que ninguna nave podría llegar a escapar por muy potentes que fuesen sus motores. Kyp se fue acercando más y más a ese punto..., con la *Estrella de la Muerte* aullando detrás de él.

—¡Kyp! ¡Kyp Durrón! —gritó Han por el sistema de comunicación—. Respóndeme... No te acerques tanto, Kyp. ¡Ten cuidado! Pero no recibió respuesta.

El *Triturador de Soles* y la *Estrella de la Muerte* se habían enzarzado en un combate a muerte y no prestaban ninguna atención a las distracciones exteriores. El prototipo de la *Estrella de la Muerte* se encontraba cada vez más cerca del agujero negro, y el *Triturador de Soles* danzaba de un lado a otro martilleándolo con sus diminutas descargas láser.

—Creo que se qué está haciendo —dijo Han, sintiéndose terriblemente preocupado—. El prototipo tiene una masa y un volumen mucho más grandes. Si Kyp consigue atraer a la *Estrella de la Muerte* hasta el punto de no retorno...

—Sin acabar siendo aspirado el también por el agujero negro —dijo Lando.

—Ése es el gran problema, ¿verdad? —respondió Han.

La *Estrella de la Muerte* volvió a disparar, y el haz del superláser se curvó de nuevo todavía más pronunciadamente que antes en el tremendo pozo gravitatorio, pero esta vez el artillero había compensado el efecto de curvatura al disparar. Un borde del haz llegó a rozar al *Triturador de Soles*, y la diminuta nave salió despedida dando tumbos en una trayectoria incontrolable.

Cualquier otra nave hubiese quedado vaporizada al instante, pero el blindaje cuántico protegió a la superarma de la destrucción..., aunque faltó muy poco para que el *Triturador de Soles* dejara de existir.

Estaba claro que los sistemas de propulsión de Kyp habían quedado averiados. El *Triturador de Soles* avanzó lentamente en un curso tangencial, haciendo desesperados esfuerzos para alejarse del horizonte eventual; pero se encontraba demasiado cerca de él y la gravedad era demasiado fuerte. La diminuta nave fue cayendo en una apretada órbita, hundiéndose cada vez más en las profundidades del abismo gravitatorio.

El piloto de la *Estrella de la Muerte* no pudo resistir la tentación de acabar con su presa, y el prototipo se aproximó un poco más. El *Triturador de Soles* y la gigantesca esfera esquelética orbitaron el agujero negro como los extremos de un bastón, moviéndose con creciente velocidad.

El piloto de la *Estrella de la Muerte* pareció comprender por fin el peligro que corría, y todos los impulsores ecuatoriales entraron en acción en el mismo instante y trataron de alejar al prototipo. Pero el gigantesco navío ya había atravesado el perímetro del agujero negro.

El *Triturador de Soles* tampoco logró alcanzar una velocidad lo suficientemente grande para escapar, y siguió a la *Estrella de la Muerte* en una apretada espiral sin ninguna esperanza de poder alejarse.

Han sentía como si su pecho estuviera siendo desgarrado por las fuerzas de marea estelares.

—¡Kyp! —gritó.

Una última línea de luz salió disparada del *Triturador de Soles*, y un instante después quedó claro que la diminuta superarma estaba condenada a la destrucción.

El prototipo de la *Estrella de la Muerte* se hundió en las cascadas de gases súper recalentados que se precipitaban hacia la nada y se iban espesando entre aullidos de fricción. La colosal esfera se deformó bajo las distintas presiones gravitatorias, adquiriendo la forma de un huevo. Las vigas curvas se rompieron, y un instante después quedaron aplastadas y formaron un cono que se fue estirando a lo largo del embudo del agujero negro.

Y el diminuto *Triturador de Soles* siguió a su némesis por el agujero negro, esfumándose con un último guiño luminoso.

Lando y Mara no dijeron palabra. Han inclinó la cabeza y cerró los ojos.

—Adiós, Kyp.

—Eh, eso es un cilindro de mensajes —dijo Mara, identificando el pequeño puntito luminoso que acababa de salir disparado del *Triturador de Soles*—. Será mejor que lo recojamos enseguida, porque también está cayendo hacia el agujero negro.

—¿Un cilindro de mensajes? —preguntó Han, irguiéndose en su asiento y tratando de recuperar su tono de entusiasmo habitual—. De acuerdo, vayamos a por el antes de que sea demasiado tarde.

El *Halcón* aceleró hacia el horizonte eventual. Lando y Mara trabajaron en colaboración, haciendo frenéticos esfuerzos para dirigir la nave por entre las temibles fauces de la gravedad. Detectaron el recipiente metálico, y Lando lo atrapó con el rayo de tracción unos instantes antes de que la pequeña cápsula de mensajes se precipitara al interior del pozo gravitatorio.

—¡Lo tengo! —exclamó.

—Muy bien, pues mételo dentro de la nave y salgamos de aquí —dijo Han con voz átona—. Al menos podré oír las últimas palabras de Kyp...

Han y Lando se pusieron guantes protectores antes de introducir el cilindro de mensajes del *Triturador de Soles* en la sala del *Halcón*. El frío espacial había atravesado las paredes del recipiente, y cuando lo introdujeron en la atmósfera de la nave vieron aparecer zarcillos de escarcha que se extendieron sobre la superficie metálica como un encaje de helechos.

El delgado casco metálico brillaba, aunque había algunas partes que habían sido ennegrecidas por las descargas electrostáticas cuando el cilindro había salido despedido a gran velocidad del *Triturador de Soles*.

—Qué mensaje tan pesado... —dijo Lando mientras llevaban el recipiente por la sala y lo dejaban encima de las planchas del suelo con un thump metálico.

La cápsula de mensajes medía un poco más de un metro de longitud y un poco menos de medio metro de anchura, y era utilizada por el capitán de una nave condenada a la destrucción para lanzar al espacio sus últimas entradas de bitácora y los núcleos de ordenador y registros de navegación, a fin de que pudieran ser consultados en la investigación posterior.

Han se acordó que Kyp le había contado que cuando los científicos de Coruscant descubrieron los cilindros de mensajes dentro del *Triturador de Soles* habían sucumbido al pánico porque creían haber encontrado los peligrosos torpedos supernova, y eso a pesar de que el cilindro formaba parte del equipo estándar imperial y de que cualquier contrabandista o piloto de caza lo habría reconocido al instante.

Kyp había dejado cilindros de mensajes para explicar qué había hecho y por qué durante su orgía destructiva en la Nebulosa del Caldero y el sistema de Carida, queriendo impedir que alguien pudiera malinterpretar sus acciones considerándolas simples accidentes cósmicos.

Han se sentía tan aturdido por la tristeza que incluso le costaba mantener abiertos los ojos. Su amigo había tenido razón, pero sólo hasta cierto punto. Kyp Durrón había intentado destruir al Imperio utilizando tácticas tan horrendas como las del Emperador.

Luke Skywalker había afirmado que el joven se redimiría a sí mismo, pero el potencial de convertirse en un gran Jedi que poseía Kyp se había extinguido para siempre.

Aun así, Han no podía negar que el sacrificio de su joven amigo había valido la pena. Kyp había eliminado el prototipo de la *Estrella de la Muerte* y el *Triturador de Soles*. Había liberado a la galaxia del terror al precio de su vida, y había cambiado una vida por las de miles de millones de posibles víctimas.

Eso tenía sentido, ¿no?

¿O no lo tenía?

Mara Jade se arrodilló al lado del cilindro de mensajes, deslizó sus esbeltas manos sobre el casco y levantó la tapa de acceso.

—Bueno, no está codificado —dijo—. O Kyp no dispuso del tiempo necesario para introducir el código, o sabía que recogeríamos el cilindro... Tampoco conectó la baliza de guía.

—Vamos, ábrelo de una vez —dijo secamente Han.

Ya estaba harto de aquella horrible espera. ¿Qué habría dicho Kyp en sus últimos momentos de vida?

Mara tecleó la secuencia estándar de abertura. Las luces parpadearon con destellos rojos primero y ámbar después, y acabaron poniéndose verdes. Una juntura que había sido invisible hasta entonces apareció en el centro de la cápsula con un siseo de aire que escapó por ella. La larga línea negra se fue ensanchando a medida que las dos mitades del cilindro se iban separando poco a poco.

Y Kyp Durrón apareció en el interior de la cápsula de mensajes, con el rostro cerúleo y tan inmóvil como una estatua. Tenía los ojos cerrados, y sus facciones estaban tensas en una expresión de concentración intensa, pero sorprendentemente llena de paz.

—¡Kyp! —gritó Han. La alegría y el asombro le quebraron la voz, pero intentó no hacerse demasiadas ilusiones—. Kyp...

Kyp había logrado acomodarse en el pequeño volumen del cilindro de mensajes, metiéndose dentro de un recipiente que apenas si era lo bastante grande para contener a un niño. Kyp había conseguido aplastarse las piernas y doblar los brazos hasta que se le rompieron los huesos, ejerciendo presión sobre su caja torácica hasta que se hubo fracturado las costillas y convirtió su cuerpo en una masa lo más compacta posible.

Han se inclinó sobre el rostro ceniciento.

—¿Está vivo? Se ha sumido en alguna clase de trance Jedi...

La desesperación había hecho que Kyp encontrara las reservas de energía necesarias para utilizar las técnicas Jedi de bloqueo del dolor, su decisión y todo el conocimiento que le había enseñado Luke para hacerse aquello a sí mismo, sabiendo que era su única posibilidad de sobrevivir.

—Ha frenado el ritmo de sus funciones vitales casi hasta el punto de la animación suspendida —dijo Mara—. El trance es tan profundo que a efectos prácticos se podría considerar que está muerto.

El recipiente de mensajes era hermético, pero no poseía ningún sistema de apoyo vital, y no tenía más aire que la pequeña cantidad que Kyp había encajado alrededor de su maltrecho cuerpo.

—Eso es imposible —dijo Lando.

—Saquémosle con mucho cuidado —dijo Han.

Han fue extrayendo con meticulosa delicadeza el cuerpo del joven del diminuto cilindro. Lando y Mara le ayudaron a transportar a Kyp hasta uno de los estrechos catres, y el cuerpo del joven osciló y se dobló flácidamente durante el trayecto a causa de las terribles fracturas óseas que había padecido, como si alguien hubiera estrujado a Kyp hasta convertirle en una bola y le hubiese arrojado a un lado después.

—Oh, Kyp... —dijo Han. Colocó a Kyp encima del catre y le puso bien los brazos, y mientras lo hacía pudo sentir cómo las muñecas fracturadas se movían debajo de su piel igual que si fueran de gelatina—. Hemos de llevarle a un centro médico —añadió—. Tenemos un equipo de primeros auxilios a bordo, pero Kyp se encuentra tan mal que no servirá ni para empezar a atenderle.

Kyp abrió los ojos. Sus negras pupilas estaban vidriadas por un dolor increíble, pero el joven logró mantenerlo a raya durante unos momentos.

—Han... —dijo, y su voz sonaba tan débil como un lejano batir de alas—. Viniste a recogerme...

–Claro que sí, chico –dijo Han, inclinándose sobre él–. ¿Qué esperabas?

–¿Y la *Estrella de la Muerte*? –preguntó Kyp.

–Fue aspirada por el agujero negro... junto con el *Triturador de Soles*. Los dos han desaparecido.

Un estremecimiento de alivio recorrió todo el cuerpo de Kyp desde la cabeza hasta los pies.

–Bien...

Parecía estar a punto de volver a sumirse en la inconsciencia, pero un instante después volvió a parpadear y sus ojos se iluminaron con el brillo de una nueva confianza en sí mismo.

–Me pondré bien, ¿sabes?

–Ya lo se –respondió Han.

Y sólo entonces sucumbió Kyp al dolor y permitió que su organismo volviera a caer en el trance Jedi.

–Me alegra tenerte de vuelta, chico –murmuró Han, y alzó la mirada hacia Mara y Lando–. Llévémosle de regreso a Coruscant.

Un alarido wookiee brotó del intercomunicador, y Han se irguió de golpe y fue corriendo a la cabina para ver una maltrecha lanzadera de asalto imperial de la clase gamma inmóvil en el espacio delante del *Halcón*, con sus motores al rojo blanco y preparada para ponerse en movimiento.

–¡Chewie! –gritó por el receptor vocal, y el wookiee respondió con un rugido.

–Chewbacca está diciendo que si desean seguirnos para salir de las Fauces, ya tenemos el curso adecuado programado en nuestro ordenador –se encargó de traducir Cetrespeó–. Creo que todos tenemos muchas ganas de volver a casa.

Han miró a Lando y a Mara y sonrió.

–Has acertado, Cetrespeó.

Cilghal permanecía en silencio en el comedor del Gran Templo, con el rostro impasible y sin mostrar la más mínima reacción a la insistencia de Ackbar.

Ackbar, que volvía a vestir su uniforme blanco de almirante, se inclinó hacia adelante para estar un poco más cerca de Cilghal y puso sus manos de dedos espatulados sobre los hombros de la túnica azul pálido que llevaba la embajadora calamariana. Cilghal pudo sentir la poderosa musculatura de sus manos cuando Ackbar ejerció presión hacia abajo y se encogió levemente, temiendo lo que podía llegar a exigirle.

—No puede rendirse tan fácilmente, embajadora —dijo Ackbar—. No aceptaré que es una tarea imposible hasta que me haya demostrado que es imposible.

Cilghal tuvo la sensación de haberse vuelto muy pequeña bajo la mirada penetrante y escrutadora de los enormes ojos de Ackbar. Ningún humano hubiese sido capaz de percibirlo, pero podía ver los efectos de una tensión contenida durante mucho tiempo en su rostro y en las manchitas que salpicaban el naranja oscuro de su piel. La piel de Ackbar parecía estar reseca, y sus lóbulos se habían hundido a los lados de su cabeza. Los pequeños zarcillos que brotaban alrededor de su boca parecían un poco marchitos, y estaban llenos de grietas diminutas.

Ackbar había llevado un peso enorme sobre su conciencia desde el terrible accidente en el planeta Vórtice y la pérdida de su honor que había padecido como resultado de él, pero por fin había vuelto a ser el de siempre y se disponía a servir nuevamente a su gente y a la Nueva República con una decisión aún más firme que antes. Ackbar había venido a Yavin 4 para hablar con ella.

—No ha habido sanadores Jedi desde las grandes purgas —dijo Cilghal—. El Maestro Skywalker cree que poseo ciertas aptitudes en esa área de los conocimientos Jedi, pero no he recibido el adiestramiento necesario. Me encontraría nadando en aguas oscuras, y no sabría qué curso estaba siguiendo. No me atrevo a...

—Debe hacerlo —la interrumpió secamente Ackbar.

Le soltó los hombros y dio un paso hacia atrás, retrocediendo hasta que la blancura impoluta de su uniforme casi deslumbró a Cilghal en la penumbra del comedor del templo massassi.

Dorsk 81 entró en el comedor, vio a Ackbar y le observó disimuladamente, abriendo los ojos y poniendo cara de sorpresa al reconocer al almirante de la Flota de la Nueva República. El alienígena clonado balbuceó una disculpa, enrojeció y se apresuró a retirarse.

Pero la mirada de Ackbar no se había apartado ni un solo instante del rostro de Cilghal. La embajadora calamariana alzó la cabeza para mirarle a los ojos, pero aguardó en silencio a que Ackbar volviese a hablar.

—Se lo suplico, Cilghal... —dijo Ackbar—. Si no hace nada, Mon Mothma habrá muerto dentro de unos días.

—Me hice ciertos juramentos a mí misma, tanto cuando me convertí en embajadora como cuando vine aquí para recibir el adiestramiento Jedi —respondió Cilghal—. Juré que haría cuanto estuviese en mis manos para servir y fortalecer a la Nueva República. —Cilghal bajó la mirada hacia sus manos— aleta—. Si el Maestro Skywalker tiene fe en mí, ¿quién soy yo para dudar de su juicio? —murmuró—. Lléveme a su nave, almirante, y vayamos a Coruscant.

Cilghal estaba en el Palacio Imperial, y volvió a examinar la situación con un creciente temor.

Mon Mothma ya no se encontraba consciente. La plaga de nanodestructores se había extendido por todo su cuerpo, y estaba desmoronando la estructura de sus células una por una. Sin los sistemas de apoyo vital que filtraban su sangre y hacían que sus pulmones siguieran llenándose de aire y que su corazón siguiera latiendo, la humana ya llevaría varios días muerta.

Algunos miembros del Consejo habían empezado a pedir que se le permitiese morir, afirmando que el seguir manteniendo con vida a Mon Mothma en aquel estado agónico equivalía a una terrible tortura prolongada. Pero en cuanto se enteró de que uno de los nuevos estudiantes Jedi del Maestro Skywalker vendría de Yavin 4 para tratar de curar a Mon Mothma, la Jefe de Estado Leia Organa Solo insistió en que debían esperar y aferrarse a aquella última oportunidad, esa débil esperanza final.

Cuando llegó a Ciudad Imperial, Cilghal fue flanqueada por Ackbar y Leia, y los tres avanzaron rápidamente a lo largo de los pasillos hasta llegar a las cámaras médicas en las que Mon Mothma yacía rodeada por la creciente pestilencia de la muerte.

Las oscuras pupilas de Leia fueron de Mon Mothma a Cilghal. Sus ojos de humana brillaban con los destellos de las lágrimas que se iban acumulando en ellos, y Cilghal pudo percibir su esperanza con tanta intensidad como si fuera una sustancia palpable.

Los olores de las medicinas y los productos químicos esterilizantes y el palpitir de las máquinas irritaban su piel de criatura anfibia, haciendo que la sintiera desagradablemente fría y endurecida. Cilghal deseaba nadar en las reconfortantes aguas de Calamari y lavar su cuerpo en ellas para librarse de los pensamientos inquietantes y los venenos, pero Mon Mothma necesitaba esa purificación mucho más desesperadamente que Cilghal.

Fue hacia la cabecera de la cama de Mon Mothma, dejando a Leia y Ackbar inmóviles detrás de ella.

—Deben comprender que apenas se nada sobre los poderes curativos de los Jedi —dijo, como si estuviera ofreciendo una excusa de antemano—. Y en cuanto a ese veneno viviente que la está destruyendo, me es todavía más desconocido que los poderes curativos de los Jedi. —Cilghal hizo una profunda inspiración de aquel aire contaminado—. Déjenme a solas con ella. Mon Mothma y yo lucharemos contra esto juntas... si podemos —añadió tragando saliva.

Ackbar y Leia se retiraron murmurando palabras de ánimo y comprensión, pero Cilghal apenas prestó atención a su marcha.

Los pliegues azules de su túnica de embajadora fluyeron a su alrededor como olas etéreas. Cilghal se arrodilló y clavó la mirada en la silueta inmóvil de Mon Mothma. Empezó a sondearla con la Fuerza sin saber qué se suponía que debía hacer exactamente, e intentó evaluar la magnitud de los daños sufridos por el cuerpo de Mon Mothma.

Cilghal fue profundizando en su sondeo, y se asombró al ver hasta dónde habían llegado los estragos del veneno. No podía comprender cómo se las había arreglado Mon Mothma para permanecer viva durante tanto tiempo, y la incertidumbre aleteó dentro de la mente de Cilghal y empezó a llenarla de sombras.

¿Cómo podía combatir semejante enfermedad? No entendía de qué manera se podía utilizar la Fuerza para curar seres vivos, y tampoco sabía cómo podía reforzar la energía vital de un organismo que se encontraba tan destrozado como el de Mon Mothma. Los mejores

androides médicos disponibles no habían sido capaces de eliminar aquel veneno insidioso, y ninguna medicina había podido curarla.

Cilghal sólo sabía lo que el Maestro Skywalker le había enseñado: cómo sentir a través de la Fuerza, cómo percibir la esencia de los seres vivos, cómo mover objetos... Tocó a Mon Mothma con corrientes resplandecientes de Fuerza, buscando alguna clase de respuesta o, por lo menos, una idea.

¿Podría utilizar sus capacidades Jedi de una manera distinta que quizá diera nuevas energías a Mon Mothma, ayudando a su cuerpo a recuperar la salud? ¿Podría descubrir algún método de extraer el veneno?

Una posibilidad surgió en su mente de una manera tan repentina como un meteoro cayendo del cielo, y Cilghal vaciló. La magnitud del esfuerzo la dejó asombrada, y sintió el deseo casi automático de expulsar el pensamiento de su cabeza..., pero se obligó a estudiar la idea que se le acababa de ocurrir.

El Maestro Skywalker le había explicado las enseñanzas de Yoda, y su insistencia en que «el tamaño no importa». Yoda había afirmado que hacer levitar todo el caza X de Luke no se diferenciaba en nada de hacer levitar un guijarro.

Aun así, ¿sería capaz Cilghal de dar la vuelta a esas enseñanzas? ¿Podría utilizar su preciso control de la Fuerza para mover algo tan pequeño?

Cilghal clavó sus redondos ojos de calamariana en la agonizante y parpadeó. El cuerpo de Mon Mothma estaba saturado por millones de diminutos nano–destructores.

El tamaño no importa...

Pero si conseguía extraer las moléculas destructivas del veneno, si lograba descubrir alguna forma de impedir que Mon Mothma se precipitara por el abismo dentro del que acechaba la muerte..., entonces su cuerpo podría irse recuperando poco a poco con el paso del tiempo.

Cilghal se negó a permitir que sus pensamientos la abrumaran con visiones del número increíblemente elevado de moléculas de veneno existentes. Tendría que ir las moviendo una por una, tirando de cada nano–destructor a través de las paredes celulares para extraerlo del cuerpo agonizante de la líder de la Nueva República.

Cilghal puso sus manos–aleta sobre la piel de Mon Mothma. Tomó su mano izquierda, la levantó por encima de la cama y dejó que sus dedos reposaran sobre un platito de cristal que había sido utilizado para administrar la medicación. Incluso aquel contacto tan suave y delicado bastó para que la frágil piel de Mon Mothma quedara llena de manchas rojizas.

Cilghal abrió de par en par sus puertas mentales y dejó en libertad sus pensamientos, permitiendo que corrientes de la Fuerza fluyeran hacia el cuerpo de Mon Mothma. Dejó que las membranas nictitantes se deslizaran sobre sus enormes ojos de calamariana y empezó a ver con una visión interior, dando comienzo a su viaje por los senderos celulares del organismo de Mon Mothma.

Se encontró en un extraño universo de células sanguíneas que iban y venían velozmente de un lado a otro, neuronas que establecían sus conexiones eléctricas, fibras musculares que se contraían y órganos agotados que ya no eran capaces de seguir desempeñando sus funciones. Cilghal no podía comprender con exactitud lo que veía, pero entendía de una extraña manera instintiva qué partes seguían estando sanas, qué moléculas trataban de

mantener con vida a Mon Mothma y cuáles pertenecían al negro azote que estaba acabando con ella.

La Fuerza le permitía utilizar dedos tan infinitamente pequeños e infinitamente precisos que podían aferrar a un nano–destructor y expulsarlo del cuerpo agonizante.

Cilghal encontró más destructores microscópicos y empezó a empujarlos y dirigirlos, alejando el veneno de las células sanas y evitando que produjera nuevos daños.

La tarea era de unas dimensiones tan colosales que rozaban lo incomprensible. El veneno se había extendido, y había creado más y más réplicas de sus moléculas iniciales que habían ido dispersándose por los miles de millones de células del organismo de Mon Mothma. Cilghal tendría que localizar y extraer a todos y cada uno de los nanodestructores.

Después de su primer éxito, Cilghal buscó a otro nano–destructor.

Y luego a otro.

Y a otro.

Y a otro más.

–¿Ha habido algún cambio? –preguntó Leia en el umbral.

Acababa de volver de una reunión en la que el general Wedge Antilles, la doctora Qwi Xux y Han Solo habían informado detalladamente de lo ocurrido durante el asalto a las Fauces.

Leia les había escuchado con fascinación y sin conseguir apartar la mirada ni un instante de su esposo, al que había visto demasiado poco durante los últimos días: pero la preocupación por Mon Mothma siempre estaba agazapada en las profundidades de su mente.

–No ha habido ningún cambio –dijo Ackbar con voz cansada–. Ojalá pudiéramos entender lo que está intentando hacer Cilghal...

La calamariana llevaba nueve horas inmóvil, arrodillada junto a la cabecera de Mon Mothma con sus manos–aleta posadas sobre la piel de la agonizante y sumida en un profundo trance. Los androides médicos no habían esperado que Mon Mothma siguiera viviendo durante tanto tiempo, por lo que el mero hecho de que aún no hubiese sucumbido a la muerte ya significaba algo.

Leia asomó la cabeza por el hueco de la puerta y vio que nada había cambiado. La mano de Mon Mothma yacía sobre un plato de cristal, y gotitas de un líquido grisáceo de aspecto aceitoso iban brotando de la punta de su dedo índice en un lentísimo rezumar. El proceso se desarrollaba tan despacio que no podía ser percibido con la vista, pero en media hora una gotita se acumulaba en la punta del dedo y colgaba de ella durante un tiempo hasta que la gravedad acababa haciéndola caer sobre el plato.

Terpfen se acercó lentamente por los pasillos embaldosados. Vestía un ajustado uniforme verde oscuro carente de insignias, pues se había negado a aceptar que se le devolviera su rango anterior incluso después de haber sido perdonado formal y plenamente por Leia. El jefe de mecánicos calamariano apenas había salido de sus alojamientos desde que regresaron de Anoth.

El calamariano de cabeza cubierta de cicatrices se detuvo a unos cuantos metros de ellos, como si no se atreviera a acercarse más a la habitación dentro de la que se estaba muriendo Mon Mothma. Leia sabía que Terpfen seguía culpándose del estado de la agonizante, y que se negaba a permitir que nadie intentara aliviar la tortura de la culpa que

sentía. Leia podía comprender su desesperación y su dolor, pero estaba empezando a pensar que Terpfen había reaccionado de una manera exagerada, y deseaba que se recuperase pronto.

Terpfen se inclinó lentamente ante ellos, mostrando la red de cicatrices que cubría su cabeza desfigurada.

—He tomado una decisión, almirante —dijo, y respiró hondo—. Deseo regresar a Calamari y proseguir su trabajo... si nuestra gente está dispuesta a aceptarme allí. Ayudaré a reconstruir Arrecife del Hogar. Temo que... —Terpfen alzó la mirada y contempló los complicados mosaicos que cubrían las paredes del Palacio Imperial—.

Temo que ya nunca seré capaz de volver a sentirme a gusto en Coruscant.

—Sé muy bien cómo te sientes, créeme... —respondió Ackbar—. No intentaré hacerte cambiar de decisión, Terpfen. Es un compromiso acertado entre tu necesidad de curarte y tu deseo de compensar lo que hiciste.

Terpfen se irguió, como si las palabras de Ackbar le hubieran devuelto una pequeña parte del respeto hacia sí mismo que había perdido.

—Me gustaría marcharme lo más pronto posible —dijo.

—Me encargaré de conseguirte una nave —dijo Ackbar.

Terpfen volvió a inclinarse ante él.

—¿Tengo su permiso para irme, Jefe de Estado? —preguntó.

—Sí. Terpfen —respondió Leia, y volvió nuevamente la cabeza hacia la cámara médica para contemplar aquel cuadro de la más absoluta inmovilidad.

Cilghal salió de las cámaras médicas ya muy avanzada la noche de Coruscant y avanzó con paso tambaleante, sosteniendo en su mano un platito de cristal medio lleno con el veneno letal contenido en la copa que el embajador Furgan había arrojado a la cara de Mon Mothma.

Los dos guardias de la Nueva República que vigilaban la puerta alzaron la cabeza al oírla y se precipitaron a ayudarla. Cilghal estaba tan agotada que apenas podía poner un pie delante del otro, y tuvo que apoyarse en el marco de piedra de la puerta como si quisiera sacar fuerzas de la solidez de la roca.

Su brazo tembló cuando le alargó el plato de cristal a uno de los guardias. Cilghal apenas conservaba las fuerzas suficientes para seguir sosteniendo el recipiente lleno de veneno, pero no se atrevía a dejarlo caer. Cuando el guardia se lo quitó de entre los dedos, Cilghal sintió un alivio tan tremendo que le pareció que sus huesos se estaban derritiendo.

—Ten mucho cuidado con esto —dijo con la voz enronquecida por el más absoluto agotamiento—. Llévatelo para... incinerarlo.

El segundo guardia corrió hacia el intercomunicador, llamó a todos los miembros del Consejo y les pidió que vinieran inmediatamente.

—¿Ha habido alguna novedad en el estado de Mon Mothma? —preguntó el primer guardia.

—Su organismo ha sido limpiado y se curará. —Los párpados fueron bajando lentamente sobre los ojos vidriosos de Cilghal—. Pero ahora tiene que descansar... —Los pliegues de su holgada túnica susurraron al rozar las baldosas de las paredes mientras Cilghal se iba

doblando lentamente sobre sí misma y caía al suelo—. Y yo también tengo que descansar – murmuró, y un instante después ya estaba sumida en un trance de recuperación Jedi.

El Destructor Estelar *Gorgona* avanzaba por el espacio tan lentamente como un dragón herido, con mil puntos dañados por los que se filtraban las radiaciones esparcidos sobre su casco.

Todos los motores sublumínicos primarios del *Gorgona* habían dejado de funcionar salvo uno. Los ingenieros de la almirante Daala le habían asegurado que transcurrirían muchos días antes de que pudieran tratar de entrar en el hiperespacio.

Los sistemas de apoyo vital de las doce cubiertas inferiores habían tenido que ser desconectados, pero los soldados de la almirante Daala estaban acostumbrados a las penalidades y la incomodidad. El hacinamiento y la falta de espacio quizá servirían como estímulo para terminar las reparaciones lo más deprisa posible. Los sistemas de calefacción estaban al mínimo, con el resultado de que el aire se había vuelto helado. El frío hacía que las palabras brotaran de los labios de Daala acompañadas por una nubecilla de vapor.

Daala sabía que su amado navío insignia había sufrido graves daños, pero también comprendía que no necesitaba volver a convertir al *Gorgona* en una impecable máquina de guerra. Eso ya no era necesario, porque le bastaría con hacer las reparaciones suficientes para poder regresar a los territorios controlados por el Imperio, donde le sería posible volver a empezar partiendo de cero.

La gran ventaja con que contaba Daala en aquellos momentos era que las fuerzas rebeldes creían que su nave había sido destruida por la explosión. Sus sensores habrían quedado cegados por la erupción del asteroide del reactor.

Mientras contemplaba cómo la Instalación de las Fauces quedaba convertida en vapor. Daala había ordenado avanzar a toda máquina con los escudos a máxima potencia, y había olvidado toda cautela para lanzar el *Gorgona* en un curso directo contra los muros de las Fauces. Daala había buscado una salida y la había encontrado, y el maltrecho crucero de combate imperial que se alejaba lentamente de las descargas energéticas del cúmulo de agujeros negros ya no podía ser detectado por ningún sistema de seguimiento rebelde.

La mitad de las consolas de su puente de mando estaban apagadas, incapaces de funcionar después de haber soportado tantas sobrecargas seguidas. Los técnicos, que se habían envuelto en gruesos uniformes para tratar de mantenerse un poco calientes, sacaban las placas de acceso y se frotaban las manos entumecidas por el frío mientras examinaban los componentes electrónicos. Pero no se quejaban... al menos no mientras Daala estuviese allí para oírles.

Un porcentaje significativo de sus soldados había perecido en explosiones de los niveles inferiores o rupturas repentinas del casco, las enfermerías estaban llenas de bajas y muchos sistemas de ordenador habían dejado de funcionar..., pero habían sobrevivido.

El comandante Kratas fue hacia Daala y saludó marcialmente. Su rostro, que estaba manchado de grasa y humo debido a sus intentos de hacer trabajos de reparación, ofrecía un aspecto lamentable.

—No traigo buenas noticias, almirante —dijo.

—Quiero saber cuál es nuestra verdadera situación —dijo Daala, expulsando las preocupaciones a las profundidades de su mente donde podrían aumentar las terribles

presiones que ya oprimían su corazón, cristalizando así el diamante de su decisión—. Démelas, por malas que sean.

Kratas asintió mientras tragaba saliva.

—Sólo quedan siete cazas TIE capaces de funcionar en los hangares —dijo—. Perdimos a todos los demás.

—¡Siete! —gritó Daala—. Siete de... —Daala apretó los dientes y meneó la cabeza, haciendo que su cabellera oscilara como un infierno alrededor de su cara—. Sí —asintió con la cabeza mientras tragaba aire—. Continúe.

—No disponemos de los repuestos suficientes para reparar los sistemas de armamento externo dañados —dijo Kratas—. Nuestras baterías turboláser de estribor han quedado en muy mal estado, pero quizá consigamos reparar dos.

Daala intentó ser optimista.

—Eso podría bastar para defendernos si somos atacados —dijo—. Pero debemos esperar no encontrarnos en semejante situación, por supuesto... Bien, por el momento nos abstendremos de iniciar ninguna acción agresiva. ¿Lo ha entendido?

Kratas puso cara de alivio.

—Entendido, almirante. Podemos reparar la mayor parte de las brechas del casco y represurizar algunas cubiertas, aunque... —Vaciló, y sus gruesas cejas se unieron haciendo pensar en un gusano peludo gigante—. Pero la verdad es que no veo de qué puede servirnos el hacerlo —concluyó por fin—. No necesitamos esos niveles de alojamiento, y dadas las circunstancias repararlos casi agotaría los recursos disponibles. Nuestros equipos de reparaciones están trabajando sin parar, y sugiero que consagremos todos nuestros esfuerzos a recuperar los sistemas relacionados con las funciones de apoyo vital y los necesarios para seguir el rumbo.

Daala asintió lentamente.

—Vuelvo a estar de acuerdo con usted, comandante —dijo—. Es una decisión difícil, desde luego, pero debemos ser realistas. Hemos perdido esta batalla..., pero la guerra continúa. No buscaremos excusas a nuestro fracaso, y seguiremos esforzándonos al máximo por el bien del Imperio.

Daala hizo otra breve inspiración de aire helado y volvió la mirada hacia el visor del puente para contemplar el panorama estelar que se extendía ante ellos, un gigantesco campo de estrellas atravesado por una franja de un blanco lechoso. Después volvió la vista hacia el denso núcleo, y vio cómo las estrellas parecían formar un río colosal que se extendía a través del disco de la galaxia. El *Gorgona* se estaba dirigiendo hacia el abultamiento luminoso del centro galáctico.

—¿Cuál es su opinión sobre la moral a bordo, comandante? —preguntó bajando la voz.

Kratas dio un paso más hacia ella para poder responder en un tono lo más bajo posible.

—Ya sabe que contamos con una dotación excelente, almirante —dijo—. Están bien entrenados y han sido adiestrados concienzudamente. pero... Bueno, han sufrido graves derrotas repetidamente y...

—¿Han perdido la fe en mí? —preguntó Daala.

Su rostro parecía haber sido tallado en piedra. Daala hizo acopio de valor e intentó ocultar que una respuesta afirmativa de Kratas podía resultarle devastadora. Desvió sus ojos verde esmeralda, temiendo que Kratas pudiera ver en ellos algo que la delatara.

—¡Por supuesto que no, almirante! —exclamó Kratas con una sombra de sorpresa en la voz—. Todos tienen la máxima confianza en usted.

Daala asintió para ocultar el prolongado suspiro de alivio que escapó de sus labios, y después se volvió hacia el teniente de comunicaciones.

—Quiero un canal abierto por el intercomunicador general —dijo alzando la voz—. Voy a dirigirme a todo el personal.

Daala intentó poner algo de orden en sus pensamientos mientras el teniente se apresuraba a obedecer con un asentimiento de cabeza.

—Atención todo el personal del *Gorgona* —dijo con voz alta y firme que creó ecos por todos los maltrechos niveles de la nave—. Deseo felicitarles por su excelente comportamiento contra un enemigo que nos vence una y otra vez ayudado por la traición y una increíble buena suerte..., pero ahora debemos prepararnos para la próxima fase de la batalla. Nos dirigimos hacia los Sistemas del Núcleo, las últimas fortalezas que siguen jurando lealtad al Imperio.

Originalmente no tenía intención de unirme a uno de los señores de la guerra imperiales que intentan hacerse con el control de esa zona del espacio, pero los últimos acontecimientos han dejado muy claro que debemos concentrarnos en el combate más importante. Debemos convencerles de que los rebeldes son su verdadero enemigo, y demostrar a quienes siguen siendo leales al Emperador que tenemos que estar unidos para ser fuertes.

Daala hizo una breve pausa antes de seguir hablando.

—Sí, el *Gorgona* ha sufrido graves daños —dijo alzando la voz—. Sí, hemos padecido severas pérdidas. Hemos sido heridos..., ¡pero nunca seremos derrotados!

Pruebas como las que acabamos de vivir sólo sirven para hacernos más fuertes. Sigán esforzándose para conseguir que el *Gorgona* recobre su antiguo poderío. Gracias a todos.

Indicó al teniente de comunicaciones que cortara la transmisión con un gesto de la mano, y se volvió de nuevo hacia el torrente de estrellas en continuo movimiento.

Los bancos de datos del *Gorgona* contenían toda la información que Daala había extraído de los ordenadores de acceso reservado de la Instalación de las Fauces. Los diseños de armas y nuevos conceptos ayudarían enormemente al Imperio en la próxima fase de la guerra.

Daala permaneció inmóvil en el puente helado con sus manos enguantadas a la espalda, y contempló cómo el universo se desplegaba delante de ella.

El Destructor Estelar *Gorgona* siguió avanzando hacia los Sistemas del Núcleo. Daala sabía que la victoria sería suya si continuaba luchando y no se dejaba abatir. Sí, algún día triunfaría...

El *Dama Afortunada* estaba sobrevolando la inhóspita superficie de Kessel a poca altura. Los rayos del sol del sistema proyectaban su débil claridad blanquecina sobre las llanuras alcalinas. El cielo centelleaba con chispazos intermitentes, rastros llameantes dejados por los meteoritos de los fragmentos de la luna destrozada de Kessel que seguían precipitándose a través de la tenue atmósfera y que continuarían haciéndolo durante mucho tiempo.

—Vaya, la verdad es que todo esto tiene una especie de belleza particular —dijo Lando.

Mara Jade frunció el ceño con escepticismo en el asiento de pasaje acolchado de la cabina del yate espacial que estaba compartiendo con Lando, y le miró como si pensara que estaba loco..., un pensamiento que ya había cruzado por su cabeza en bastantes ocasiones.

—Si tú lo dices... —murmuró.

—Habrá que trabajar muchísimo, desde luego —admitió Lando.

Levantó una mano de los controles para colocarla sobre el brazo del asiento de su compañera de viaje. Mara se encogió levemente ante el movimiento..., pero no demasiado.

—Lo primero que hay que hacer es conseguir que las fábricas de atmósfera vuelvan a funcionar a plena capacidad —siguió diciendo Lando—. Tendré que traer androides de modelos especiales modificados. Ya he hablado con Nien Nunb, mi amigo sullustano, y me ha dicho que le encantaría vivir en esos túneles. Creo que será un capataz excelente.

Lando enarcó las cejas y obsequió a Mara con su sonrisa más radiante.

—La desaparición de la base lunar dificulta bastante la defensa de las minas de especia —siguió diciendo—, pero estoy seguro de que podremos crear un gran sistema defensivo con la ayuda de la Alianza de Contrabandistas. Tú y yo vamos a ser un equipo magnífico, Mara... Creo que voy a pasarlo en grande trabajando contigo. Mara dejó escapar un suspiro, pero en el sonido había más tolerancia resignada que verdadera irritación.

—Nunca te rindes, ¿verdad, Calrissian?

Lando meneó la cabeza sin dejar de sonreír.

—No —replicó—. El rendirse es algo que nunca ha encajado con mi estilo.

Mara se reclinó en su asiento y clavó la mirada en el visor delantero del *Dama Afortunada*.

—Ya... Me lo temía.

Y el diluvio de estrellas fugaces siguió iluminando los cielos blanquecinos de Kessel por encima de sus cabezas.

Dos androides médicos fueron hacia Mon Mothma para ayudarla cuando emergió goteando del tanque bacta. Mon Mothma se tambaleaba un poco y se apoyó en los lisos hombros de los androides, pero acabó logrando recuperar el equilibrio, respiró hondo, alzó la cabeza y sonrió.

Leia la había estado contemplando, muy impresionada ante la rapidez de su recuperación.

—Nunca pensé que volvería a verte en pie, Mon Mothma —dijo.

—Ni yo —admitió la antigua Jefe de Estado con un encogimiento de hombros—, pero mi cuerpo se está curando a toda velocidad. Los tanques bacta están haciendo horas extra, y el tratamiento ha vuelto a ser efectivo después de que Cilghal extrajera los nanodestructores de mi organismo. Tengo muchas ganas de salir de aquí para poder ver con mis propios ojos todas las novedades que se han producido mientras estaba enferma... He de ponerme al día, Leia, pero los androides médicos dicen que todavía debo seguir aquí durante una temporada y descansar.

Leia se rió.

—No te preocupes por eso, Mon Mothma —dijo—. Dispones de mucho tiempo. ¿Tienes...? —Vaciló, no queriendo presionar a Mon Mothma, pero ardiendo en deseos de conocer la respuesta a la pregunta que no paraba de hacerse—. ¿Tienes alguna idea de cuándo estarás preparada para volver a desempeñar tus deberes como Jefe de Estado?

Mon Mothma fue hacia uno de los sillones que había al lado de los tanques bacta, nuevamente ayudada por los androides médicos, y se instaló lentamente sobre los almohadones. La ropa todavía mojada se pegaba a su cuerpo enflaquecido. Mon Mothma tardó bastante en responder. Cuando por fin alzó la mirada hacia Leia, la expresión que había en su rostro hizo que el corazón le diera un vuelco.

—He dejado de ser la Jefe de Estado. Leia, y ahora el cargo es tuyo —dijo—. He servido fielmente a la Nueva República durante años, pero esta enfermedad me ha dejado muy debilitada..., y no sólo físicamente, sino también a los ojos de la Nueva República. Estamos viviendo tiempos muy difíciles, y la Nueva República debe ser fuerte y parecerlo. Debemos contar con un liderazgo enérgico y lleno de dinamismo. Necesitamos a alguien como tú, Leia... Necesitamos a la hija del legendario senador Bail Organa.

»Mi decisión es firme, y no voy a alterarla. No intentaré recobrar mi antiguo cargo. Ha llegado el momento de que descanse y me recupere, y de que dedique mucho tiempo a pensar en cómo puedo servir mejor a la Nueva República. Nuestro futuro estará en tus manos hasta que las circunstancias aconsejen un nuevo cambio.

Leia tragó saliva y consiguió que sus rasgos adoptaran una expresión de estoicismo tan pétrea e impasible que resultaba claramente cómica.

—Me estaba temiendo que ibas a decir eso —murmuró por fin—. Bien, he conseguido derrotar a unos cuantos renegados imperiales, así que supongo que seré capaz de mantener razonablemente controlados a los miembros del Consejo... Después de todo, ellos están de nuestra parte, ¿no?

—Quizá descubras que los imperiales se rinden con más facilidad que los miembros del Consejo, Leia.

Leia dejó escapar un gemido.

—Sí, probablemente tengas razón...

Los vientos cantaban en el planeta Vórtice. Leia alzó la mirada hacia la Catedral de los Vientos recién reconstruida, que se erguía con un gesto de desafío dirigido hacia las terribles tempestades del planeta. Han, que estaba inmóvil junto a ella, parpadeaba incesantemente con los ojos irritados por los aguijonazos de las brisas, pero también parecía muy impresionado ante la colosal estructura cristalina.

La nueva Catedral era distinta a la que había sido destruida por la colisión con la nave de Ackbar, y sus líneas generales eran más esbeltas y elegantes. Los vors alados no habían

mostrado el más mínimo interés por reconstruir el diseño original, y habían seguido un plan que parecía brotar del pensamiento colectivo de sus mentes alienígenas.

Los cilindros de cristal brillaban bajo los rayos de sol en un enorme conjunto de tubos grandes y pequeños que hacían pensar en un órgano colosal. Los vors habían tallado ventanas y muescas sobre las superficies curvas, y los alienígenas de alas coriáceas estaban revoloteando de un lado a otro, abriendo y cerrando los orificios para crear pautas musicales siempre distintas mientras los vientos silbaban por ellos. Todos los asistentes a la ceremonia intentaban mantenerse lo más pegados al suelo posible, pero la Catedral de los Vientos se alzaba tan orgullosamente como el espíritu indomable de la Nueva República.

La tormenta inminente hacía ondular la gruesa alfombra de tallos de hierba púrpuras, marrones y rojos que cubría las llanuras. Los pequeños promontorios que indicaban la situación de las moradas subterráneas donde se refugiaban los vors cuando llegaba el temible apogeo de la estación de las tempestades formaban anillos concéntricos alrededor de los pináculos de la nueva catedral.

Leia y Han estaban encima de un retazo de hierba recubierto con cuadrados de mármol sintético meticulosamente pulimentado que habían sido colocados para formar un pequeño estrado, con una escolta ceremonial de la Nueva República a su alrededor. Los vors giraban por los aires, batiendo sus alas y describiendo círculos encima de los asistentes.

Los alienígenas alados no habían permitido que ningún habitante de otro mundo escuchara el concierto desde que el Emperador Palpatine había establecido su Nuevo Orden. Pero los vors habían decidido volver a tolerar la presencia de espectadores después del éxito de la rebelión, y el permiso se había extendido no sólo a representantes de la Nueva República, sino también a dignatarios procedentes de un gran número de planetas habitados. El primer intento de ir allí con Ackbar hecho por Leia había terminado en un desastre, pero estaba segura de que esta vez todo iría bien.

Han permanecía inmóvil junto a ella vestido con el atuendo de gala diplomático que estaba claro le resultaba altamente incómodo, pero que Leia opinaba le sentaba maravillosamente. Aquello no parecía consolar demasiado a su esposo mientras se removía nerviosamente bajo los tiesos pliegues de la gruesa tela ceremonial.

Han debió de darse cuenta de que Leia le estaba mirando, pues bajó la vista hacia ella para obsequiarla con una de sus típicas sonrisas burlonas. Después se le acercó un poco más, deslizó un brazo alrededor de su cintura y la atrajo hacia él. El viento silbaba alrededor de ellos.

—Ah, qué maravilloso es poder relajarse un poco —dijo—. Y estar con usted, Su Alteza.

—Ahora soy la Jefe de Estado, general Solo —replicó Leia con un brillo malicioso en los ojos—. Quizá debería ordenarle que pasara más tiempo en casa.

Han se rió.

—¿Y crees que eso supondría alguna diferencia? Ya sabes lo mal que se me da obedecer las reglas.

Leia sonrió mientras el viento le agitaba los cabellos.

—Bueno, supongo que tendremos que llegar a alguna clase de compromiso —dijo—. ¿Por qué parece como si toda la galaxia conspirase continuamente para mantenernos separados? ¡Hubo un tiempo en el que solíamos vivir aventuras juntos!

—Quizá sea el precio que hay que pagar por toda la suerte que he tenido en el pasado —dijo Han.

—Pues espero que vuelvas a tener una racha de suerte pronto —replicó Leia, y se pegó a él.

—No se te ocurra hablarme de probabilidades, ¿entendido? —Han deslizó los dedos por la espalda de Leia, haciendo que sintiera un cosquilleo que le recorrió la piel—. En estos momentos me siento francamente afortunado.

El viento empezó a soplar con más fuerza, y la música que brotaba de los conductos de cristal se hizo más potente y armoniosa.

El pelaje de Chewbacca se erizaba en todas direcciones, con lo que parecía como si el wookiee hubiese olvidado peinarse después de haberse frotado enérgicamente con una toalla una vez salida de un baño de vapor. Chewbacca rugió para hacerse oír por encima de los vientos y la música de la catedral.

—¡Anakin, Jacen y Jaina! —gritó Cetrespeó con su estridente voz metálica—. ¿Dónde estáis, niños? Oh, haced el favor de volver ahora mismo... Nos estamos empezando a sentir muy preocupados.

Chewbacca y Cetrespeó se abrieron paso por entre los herbazales en busca de los gemelos y su hermano pequeño. Anakin se había alejado a gatas durante la ceremonia de inauguración de la catedral, y estaba escondido. Las armonías etéreas tenían tan fascinados a los espectadores que ninguno de ellos. Chewbacca y Cetrespeó incluidos, se había dado cuenta de que el bebé desaparecía entre los tallos.

Jacen y Jaina se lanzaron corriendo a los enormes campos en cuanto se dieron cuenta de que su hermanito ya no estaba allí, afirmando que encontrarían al pequeño Anakin enseguida... y, naturalmente, el resultado había sido la desaparición de los tres niños. Chewbacca y Cetrespeó estaban intentando no armar demasiado jaleo mientras seguían con su búsqueda.

—¡Jacen, Jaina! —exclamó Cetrespeó—. Oh, cielos... ¿Qué vamos a hacer, Chewbacca? Esto es terriblemente embarazoso...

Avanzaron tambaleándose por entre frondosos matorrales de hierba que llegaban hasta el pecho de Chewbacca. Cetrespeó extendió sus brazos dorados intentando abrirse un camino.

—Estas hierbas me están dejando las planchas llenas de arañazos —dijo—. Nunca fui concebido para este tipo de trabajos.

Chewbacca inclinó la cabeza a un lado para escuchar sin prestar ninguna atención a las quejas de Cetrespeó. Podía oír las risitas de los niños envueltas en el continuo susurro de los tallos de hierba en algún lugar por delante de ellos. El wookiee siguió abriéndose paso a través de la vegetación, moviendo sus manazas peludas de un lado a otro para apartar los tallos de su camino. Cuando llegó al sitio del que procedían los sonidos que había oído no encontró ningún niño, y sólo pudo ver un rastro de pisadas. Chewbacca se dijo que acabaría dando con ellos más pronto o más tarde.

Y un instante después oyó una voz estridente casi ahogada por la densa hierba.

—¡Oh, Chewbacca! —gritó Cetrespeó detrás de él—. ¿Dónde te has metido? ¡Me he perdido!

El almirante Ackbar permanecía rígidamente inmóvil en posición de firmes sobre el liso mosaico de la plataforma de cuadrados de mármol sintético. Winter se hallaba igualmente

inmóvil junto a él, envuelta en su túnica blanca, y los dos escuchaban la música de la catedral. Estaban rodeados por dignatarios de otros mundos y representantes de varios planetas, todos esplendorosamente ataviados.

Al principio Ackbar no había querido venir a la ceremonia de inauguración, ya que había causado accidentalmente la destrucción de la antigua Catedral de los Vientos. Temía que los vors pudieran albergar algún resentimiento contra él, pero los vors eran una raza extrañamente desprovista de emociones a la que no parecían afectar en lo más mínimo los acontecimientos individuales. Se limitaban a seguir adelante, recuperándose rápidamente y esforzándose al máximo para completar sus planes. No habían censurado a la Nueva República y no habían exigido ninguna compensación por lo ocurrido, y se habían limitado a trabajar incansablemente en la reconstrucción de la Catedral de los Vientos.

El viento silbaba alrededor de Ackbar. La música era bellísima.

Cerca de ellos había una mujer muy hermosa cubierta de joyas y prendas de brillantes colores primarios que se agarraba al brazo de un joven de aspecto cansado y macilento medio derrumbado en su sillón. Ackbar volvió la mirada hacia ellos durante unos momentos y después se inclinó hacia Winter.

—¿Podrías decirme quiénes son esas dos personas? —preguntó en voz baja—. No las reconozco.

Winter estudió a la pareja y su rostro adquirió una expresión absorta y distante, como si estuviera repasando ficheros en su mente.

—Creo que son la duquesa Mistal de Dargul y su consorte —acabó diciendo.

—Me preguntaba por qué estará tan abatido —dijo Ackbar.

—Quizá no le gusta la música —sugirió Winter, y se sumió en un silencio bastante tenso—. Me alegra que decidiera volver al servicio de la Nueva República, Ackbar —dijo pasados unos momentos—. Tiene una gran aportación que hacer al futuro de nuestro gobierno.

Ackbar asintió solemnemente mientras contemplaba a la humana que había servido a Leia durante tantos años como acompañante y protectora.

—Y a mí me alegra verte libre del exilio en Anoth, Winter —dijo—. Empezaba a estar un poco preocupado por ti. Tus talentos personales y tu capacidad de percepción nos son muy necesarios en estos momentos, y siempre he valorado mucho tus aportaciones.

Ackbar se dio cuenta de que Winter ocultó meticulosamente su expresión, permitiendo que sólo el destello casi imperceptible de una sonrisa mostrara que ella estaba siendo tan cautelosa como él.

—Bien, entonces todo va bien —dijo Winter—. Supongo que en el futuro nos veremos con más frecuencia, ¿no?

Ackbar asintió.

—Creo que eso me gustará mucho.

Qwi Xux escuchaba con fascinación la música de los vientos. Las notas se hacían más agudas y luego iban descendiendo poco a poco por la escala armónica, entretejiéndose para

formar una complicada melodía que nunca llegaría a repetirse, ya que los vors prohibían que se llevara a cabo ninguna grabación de sus conciertos de las tormentas, y no había dos que fueran totalmente iguales.

Las criaturas aladas revoloteaban subiendo y bajando por los conductos cristalinos, abriendo trampillas y tapando agujeros con sus manos o sus cuerpos para dar forma a la sinfonía, impulsándola y dirigiéndola mientras la tormenta se iba aproximando rápidamente.

La música parecía contar la historia de la vida de Qwi. Creaba vibraciones emocionales dentro de ella, y soplabla por los recovecos de su corazón de tal manera que Qwi por fin podía oír las sensaciones y emociones que había experimentado a lo largo de toda su existencia: la pérdida de su infancia, la tortura de su adiestramiento, el lavado de cerebro y los años que había pasado prisionera en la Instalación de las Fauces..., y la repentina excitación jubilosa de la libertad cuando conoció a miembros de la Nueva República que la ayudaron a escapar..., y después la aparición de Wedge Antilles, que le había abierto las puertas de más mundos nuevos y de un sinfín de amaneceres resplandecientes que Qwi nunca había sido capaz de imaginar hasta aquel momento.

Qwi se había recuperado de sus heridas emocionales y había vuelto a la Instalación de las Fauces. Había recorrido los pasillos y había puesto los pies en su antiguo laboratorio, y había acabado decidiendo que no seguiría llorando esos viejos recuerdos perdidos.

Kyp Durron había cometido un acto de horrible violencia cuando borró sus pensamientos, pero con el paso del tiempo Qwi había llegado a pensar que aquel joven atormentado y manipulado por el lado oscuro quizá le hubiese hecho un gran favor después de todo. Qwi no deseaba recordar cómo funcionaban sus armas devastadoras. Tenía la sensación de haber renacido, como si se le hubiera proporcionado una nueva oportunidad de iniciar una vida con Wedge, una nueva existencia en la que por fin quedaría liberada del terrible peso de los oscuros pensamientos asociados con las invenciones letales que había ayudado a crear.

La música continuaba sonando. Las notas eran huecas y melancólicas, y de repente se volvían tan jubilosas que llenaban de una inmensa alegría a quien las escuchara, creando un contrapunto inexplicable que no se parecía a nada de cuanto Qwi hubiese podido experimentar hasta aquel momento.

—¿Te gustaría volver a Ithor conmigo? —le susurró al oído Wedge, inclinándose sobre ella—. Esta vez sí que podríamos disfrutar de nuestras vacaciones.

Qwi le sonrió. La idea de visitar de nuevo las exuberantes junglas de aquel planeta le resultaba enormemente atractiva: las ciudades alienígenas autosuficientes que flotaban sobre las copas de los árboles, sus apacibles moradores... La experiencia aliviaría el dolor de los recuerdos que había perdido allí.

—¿Quieres decir que ya no es necesario que sigamos escondiéndonos de los espías imperiales y de la almirante Daala?

—Ya no tendremos que preocuparnos más por ellos —respondió Wedge—. Podremos concentrarnos por completo en la tarea de pasarlo bien.

Los vors abrieron todas las ventanas y trampillas de la Catedral de los Vientos. El centro de la tormenta lanzó sus vendavales más potentes contra la estructura, y la música se fue alzando en una espiral cada vez más amplia hasta llegar a un final triunfante que pareció desplegar sus ecos por toda la galaxia.

La claridad del amanecer se estaba extendiendo sobre la cuarta luna de Yavin.

Erredós subió por la rampa de losas emitiendo pitidos y silbidos electrónicos mientras los nuevos Caballeros Jedi le seguían. Se congregaron en silencio sobre la cima del Gran Templo para contemplar las copas de los árboles cubiertas de neblina. El gigante gaseoso anaranjado quedó iluminado desde atrás cuando el sol del sistema se fue aproximando a él, inundando todas las capas superiores de la atmósfera con su luz.

La luna de la jungla siguió avanzando en su órbita, y Luke Skywalker se puso al frente del desfile para saludar la llegada del amanecer. El joven Kyp Durrón caminaba junto a él, todavía con una leve cojera secuela de sus heridas recién curadas, pero moviéndose con un paso firme y decidido que revelaba una enorme fortaleza interior. Kyp había cambiado mucho en muy poco tiempo.

El joven se había enfrentado a la prueba más terrible de todas las que habían padecido los nuevos Jedi, pero los otros estudiantes de Luke también habían demostrado ser más grandes de lo que el había imaginado en un principio y de cuanto se había atrevido a esperar.

Juntos habían vencido a Exar Kun, el Señor Oscuro del Sith. Cilghal había salvado la vida de Mon Mothma mediante nuevas técnicas curativas Jedi. Streen había recuperado la confianza en sí mismo, y había demostrado una sorprendente capacidad para percibir y manipular el clima.

Tionne continuaba con su empeño de resucitar la historia Jedi, un trabajo que se había vuelto todavía más difícil después de la destrucción del Holocrón Jedi; pero Luke sabía que había otros Holocrones por encontrar, aunque quizá pudieran llevar milenios perdidos. Muchos de los antiguos Maestros Jedi habían grabado su vida y su sabiduría en aquellos artefactos.

Otros, como Dorsk 81, Kam Solusar y Kirana Ti, todavía no habían revelado sus aptitudes particulares, pero sus poderes eran amplios y fuertes. Algunos de los nuevos Jedi se quedarían en Yavin 4 y seguirían adiestrándose y desarrollándose, y otros se desplegarían por la galaxia para emplear sus capacidades como Caballeros Jedi en defensa de la Nueva República.

Erredós silbó un anuncio, su predicción del momento en el que el primer rayo de sol caería sobre el ápice del templo. El pequeño androide parecía inmensamente satisfecho de poder estar al lado de Luke.

Luke reunió a sus Caballeros Jedi a su alrededor y percibió el entrelazamiento de su creciente poderío. Eran un equipo, no un mero conjunto de individualidades imprevisibles con poderes y capacidades que no comprendían.

Los Caballeros Jedi permanecían inmóviles sobre las losas desgastadas por la intemperie de la plataforma de observación con la mirada vuelta hacia el sol escondido. Luke intentó encontrar palabras con las que expresar su inmenso orgullo y lo mucho que esperaba de ellos.

—Sois los primeros de los nuevos Caballeros Jedi —dijo por fin, alzando las manos como en un gesto de bendición—. Sois el núcleo de lo que llegará a ser una gran orden que consagrará todos sus esfuerzos a proteger a la Nueva República. Sois campeones de la Fuerza.

Sus estudiantes no dijeron nada y no reaccionaron de ninguna manera visible a sus palabras, pero Luke percibió el repentino agitarse de sus emociones y el orgullo que sentían.

Habría otros estudiantes, nuevos candidatos que vendrían a su Academia Jedi. Luke tenía que enfrentarse al hecho de que algunos de ellos podían serle arrebatados por el lado oscuro, pero cuantos más defensores de la Fuerza pudiese adiestrar, más poderosas serían las legiones del lado de la luz.

Los Jedi reunidos en la cima del templo dejaron escapar un jadeo ahogado colectivo cuando el sol apareció por detrás de Yavin. Rayos de una deslumbrante claridad blanca que brillaban como gemas facetadas-de-fuego se derramaron sobre las junglas de la luna, reflejándose y refractándose sin cesar al atravesar los torbellinos de la atmósfera.

Erredós emitió un silbido estridente, y los Jedi se limitaron a contemplar el amanecer en silencio.

La tempestad del arco iris proyectó su resplandor sobre todos ellos mientras el amanecer seguía haciéndose más y más luminoso.

FIN